

LA LIBERTAD ES EL BIEN MÁS PRECIADO

# EL TALLER DE MUÑECAS



B

# El taller de muñecas

ELIZABETH MACNEAL

Traducción de Sonia Tapia



SÍGUENOS EN

megustaleer



[@megustaleerebooks](#)



[@megustaleer](#)



[@megustaleer](#)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

*Para Enid y Arthur*

## LONDRES

*Noviembre de 1850*

### Un retrato

Cuando las calles están más oscuras y más silenciosas, una joven se sienta ante una mesita en el sótano de un taller de muñecas. Frente a ella, una cabeza calva de porcelana la observa con mirada vacua. La vela sisea.

La muchacha pone un poco de acuarela roja y blanca en la concha de una ostra, chupa la punta del pincel, ajusta el espejo que tiene delante y mira arrugando los ojos el papel en blanco. Añade agua para hacer una mezcla de color carne. La primera pincelada es como una bofetada. El papel, prensado en frío, es grueso y no se arruga.

A la luz de la vela, las sombras se magnifican y las puntas de su pelo se funden con la negrura. Sigue pintando: un único trazo para la barbilla, blanco para las mejillas allá donde la llama se refleja. Copia fielmente sus defectos: los ojos separados, la clavícula deforme, retorcida. Su hermana y su ama duermen arriba, y hasta el rumor del pincel se le antoja una impertinencia, un estrépito ensordecedor que las despertará.

Frunce el ceño. Ha hecho la cara demasiado pequeña. Quería llenar con ella la página, pero ahora su cabeza flota sobre una expansión en blanco.

El papel, en el que se ha gastado el salario de toda una semana, ha quedado inservible. Debería haber dibujado antes un boceto, debería haber tenido menos prisa para empezar.

Se queda sentada unos momentos con la luz y su pintura. El corazón le da brincos; el rostro de la muñeca la mira. Debería volver a la cama antes de que la descubran.

Pero al final se inclina sin apartar los ojos del espejo y acerca la vela. Es de cera, no de sebo, escamoteada del alijo secreto de su ama. Moja el dedo en la cera caliente y se hace un dedal. Luego pasa la mano por la llama para ver cuánto tiempo soporta el calor, hasta que oye el chisporroteo del fino vello del dedo.

## PRIMERA PARTE

Sin duda, algo reside en este corazón que no es  
percedero, y la vida es más que un sueño.

*MARY WOLLSTONECRAFT,  
Cartas escritas en Suecia,  
Noruega y Dinamarca (1796)*

Una cosa bella es un goce eterno:  
su hermosura crece, jamás  
se trocará en nada, pues nos guarda  
un rincón sereno, un lugar  
lleno de dulces sueños y salud y una respiración callada.

*JOHN KEATS,  
«Endimión» (1818)*

## Tienda de curiosidades antiguas y nuevas de Silas Reed

Silas está sentado a su mesa con una tórtola en la palma de la mano. El sótano está quieto y silencioso como una tumba, aparte de las lentas exhalaciones de su respiración, que agitan el plumaje del ave.

El hombre frunce los labios mientras trabaja. A la luz de la vela, no es feo, conserva todo el cabello a sus treinta y ocho años y no muestra signos de encanecimiento. Mira en torno a él: los tarros de cristal que se alinean en las paredes, cada uno etiquetado y, en cada uno, el hinchado cuerpo de un espécimen en conserva. Abotargados corderos, serpientes, lagartos y gatitos se aprietan contra los bordes de su confinamiento.

—No te me vayas a escapar ahora, bribona —masculla, tensando con las tenazas el alambre de sus garras.

Le gusta hablar con sus criaturas, inventarse las historias que han dado con ellas en su mesa. Tras considerar muchos escenarios imaginarios para esta paloma —la ha visto incordiar a las barcas en el canal y anidar en una vela de *El Odiseo*— se ha quedado con una fantasía que le gusta; y así, reprende a menudo a su compañera por su inventada costumbre de atacar a las vendedoras de berros. Por fin la suelta, y la tórtola se queda muy tiesa posada en su poste de madera.

—¡Bueno! —exclama, reclinándose hacia atrás mientras se aparta el pelo de los ojos—. A ver si así aprendes a no arrebatarme el manojito de verduras a una pobre niña.

Silas está satisfecho con su trabajo, sobre todo teniendo en cuenta que ha tenido que apresurar las etapas finales para que el encargo estuviera listo por la mañana. Está seguro de que el ave será del agrado del artista, pues tal como este había pedido, está congelada en pleno vuelo y las alas forman una uve perfecta. Lo que es más, Silas ha arañado un beneficio extra al añadir otro corazón de paloma a uno de los amarillentos tarros, donde pequeños orbes flotan en fluido conservante, listos para obtener un buen precio de médicos y boticarios.

Silas recoge el taller, limpia y ordena sus herramientas. Está en mitad de la escala, empujando la trampilla con el hombro mientras sostiene con cuidado la paloma en los brazos, cuando suena abajo el tísico resuello del timbre.

Espera que sea Albie, puesto que ya es de mañana. Abandona el ave en un armario y atraviesa la tienda presuroso, ávido por saber qué le traerá el chico. Sus últimas capturas han sido cada vez más insignificantes: ratas agusanadas, gatos viejos con el cráneo aplastado, incluso una paloma medio atropellada con un muñón por pata. («Pero, señor, si supiera lo difícil que es... Los recolectores de huesos se llevan lo mejor del negocio.») Si la colección de Silas ha de superar la prueba del tiempo, necesita completarla con algo verdaderamente excepcional. Piensa en la panadería cercana, en el Strand, que malvivía de unas abultadas hogazas integrales que solo valían como arma arrojada, hasta que al panadero, a punto de entrar en la prisión de los deudores, se le ocurrió macerar fresas en azúcar para venderlas en tarros. Aquello transformó el establecimiento y lo hizo tan famoso que hasta aparecía en los panfletos turísticos de la ciudad.

El problema es que Silas piensa a menudo que ha encontrado su ejemplar único, especial, pero nada más concluir el trabajo, se ve atormentado por las dudas, por el ansia de ir más allá. A los patólogos y coleccionistas que admira —hombres de ciencia y medicina como John Hunter y Astley Cooper— no les faltan especímenes. Ha escuchado, subrepticamente y pálido de envidia, las conversaciones de los hombres médicos en las tabernas frente a la Universidad de Londres,

cuando comentaban las disecciones de la mañana. Tal vez él no tenga sus contactos, pero seguro, seguro que un día Albie le traerá algo —le tiembla la mano—, algo notable. Y entonces su nombre será grabado en la entrada de un museo y toda su obra, todos sus esfuerzos serán reconocidos. Se imagina subiendo por los escalones de piedra con Flick, su queridísima amiga de la infancia, deteniéndose al ver «Silas Reed» grabado en mármol. Ella, incapaz de contener su orgullo, le posaría la palma de la mano en la parte baja de la espalda. Y él le explicaría que todo lo ha construido para ella.

Pero no es Albie, y cada llamada a la puerta conlleva un mayor desencanto: una doncella acude de parte de su ama, que quiere un colibrí disecado para un sombrero; un niño con chaqueta de terciopelo curiosear una eternidad por la tienda hasta que por fin compra un broche de mariposa, que Silas le vende con un estremecimiento de desdén. Y mientras tanto, Silas solo se mueve para meter sus monedas en una bolsa de piel de perro. En la quietud entre un cliente y otro, su pulgar recorre una sola frase de la revista *The Lancet*. «Tu-mor que separa la os-oss-ossa navi.» El sonido del timbre y los golpes en la puerta son los únicos latidos de su vida. Arriba, un dormitorio en la buhardilla; abajo, su oscuro sótano.

Es exasperante, piensa Silas mirando en torno al pequeño comercio, que los artículos más banales sean los que le dan de comer. El mal gusto de las masas no conoce límites. La mayoría de sus clientes pasan de largo las auténticas maravillas —el cráneo de un león de cien años, el abanico hecho con tejido de pulmón de ballena, el mono disecado en una campana de cristal— y va derecha al aparador de lepidópteros del fondo. Contiene alas de mariposa color bermellón que él encaja entre dos pequeñas placas de cristal; algunas son colgantes para collares; otras, mero adorno; todas, absurdas baratijas que ellos mismos podrían hacerse si tuvieran imaginación, opina. Solo los pintores y los boticarios pagan por lo que de verdad le resulta interesante.

Y entonces, cuando el reloj canta la undécima hora, oye unos ligeros golpes y el débil tartamudeo del timbre del sótano. Se apresura a la puerta.

Será algún niño idiota con solo dos peniques para gastar, o si es Albie le traerá otro maldito murciélago o un perro sarnoso que no valdrá más que para un guiso. A pesar de todo, se le acelera el corazón.

—Ah, Albie. —Silas abre la puerta intentando mantener firme la voz.

La niebla del Támesis se cuele en la casa.

Un niño de diez años le devuelve la sonrisa. («Son diez, lo sé porque nací el día que la reina se casó con Albert.») Un solo diente amarillento se planta en mitad de su encía superior como una lápida.

—Le he conseguido una criatura fresca.

Silas mira el callejón sin salida, sus desvencijadas casas vacías que parecen una hilera de borrachos, a cual más tambaleante.

—Habla, niño —replica, dándole un pellizco bajo la barbilla para establecer su superioridad—. ¿De qué se trata? ¿La pata delantera de un megalosaurio o tal vez la cabeza de una sirena?

—En esta época hace algo de frío para las sirenas en el canal Regent, señor, pero la otra criatura esa, el mega-no-sé-qué, dice que le dejará una rodilla cuando la diñe.

—Qué detalle.

Albie se suena en su manga.

—Le he traído toda una joya, a la que no pienso renunciar por menos de dos monises. Pero le advierto que no es roja como a usted le gustan.

El niño desata el cordón de su bolsa, con la mirada de Silas puesta en sus dedos, y de ella escapa una vaharada de aire cargado, dulce y pútrido.



Silas se lleva la mano a la nariz. No puede soportar los olores de los muertos; su comercio está tan limpio como una farmacia, y todos los días combate el humo del carbón, el polvo y el hedor. Le gustaría abrir el pequeño frasco de aceite de lavanda que lleva en su chaleco, para darse unos toquecitos en el labio superior, pero no quiere distraer al chico: Albie tiene la capacidad de atención de una musaraña en sus mejores días.

El niño guiña el ojo y forcejea con la bolsa, fingiendo que está viva.

Silas logra esbozar una sonrisa torcida que nota hueca en sus labios.

Odia que ese pillo, ese arrapiezo, se burle de él. Le hace retraerse en sí mismo, recordarse a la edad de Albie, cuando corría con pesados sacos de porcelana mojada por el patio de la alfarería, con los brazos doloridos de los puñetazos de su madre. Le impulsa a preguntarse si de verdad ha abandonado esa vida, cuando incluso ahora permite que un granujilla desdentado le tome el pelo. Pero no dice nada. Finge un bostezo, aunque observa atentamente, con una soslayada mirada de cocodrilo que con su falta de parpadeo delata su interés.

Albie sonríe y abre el saco para presentar dos cachorros de perro muertos.

Por lo menos Silas cree que son dos cachorros. Pero cuando agarra las patas solo advierte un pescuezo. Un cuello. Una cabeza. El cráneo está segmentado. El hombre ahoga una exclamación, esboza una sonrisa. Pasa los dedos por la coronilla para asegurarse de que no es un truco: considera a Albie muy capaz de unir dos perros con hilo y aguja para sacarle unos cuantos peniques de más. Alza el cuerpo, contempla la silueta a la luz de su lámpara, aprieta sus ocho patas, los bultos de sus vértebras.

—Esto ya está mejor, eh —resuella—. Huy, sí.

—Dos monises —repite Albie—. No menos que eso.

Silas se echa a reír, saca su bolsa.

—Un chelín, ni más ni menos. Y puedes entrar y visitar mi tienda. —Albie niega con la cabeza, se adentra más en el callejón y mira en derredor. Una expresión casi temerosa le cruza el rostro, pero no tarda en desvanecerse cuando Silas le pone la moneda en la palma de la mano. El niño se sorbe los mocos y escupe su desdén sobre los adoquines.

—¿Solo un monís? ¿Es que quiere que me muera de hambre?

Pero Silas cierra la puerta e ignora los aporreos subsiguientes. Se apoya entonces contra el armario y baja la vista para comprobar que los cachorros siguen ahí. Y ahí siguen. Los aprieta contra su pecho como una niña estrecharía a una muñeca. Las ocho patas peludas cuelgan suaves como topos. Parece que no llegaron a vivir siquiera para dar su primera bocanada de aire.

Por fin lo tiene. Su fresa encurtida.

## Niño

Después de que Silas diera el portazo, Albie muerde el chelín entre su único diente y sus encías, sin más razón que la de haber visto a su hermana hacer lo mismo. Lo chupa. Tiene un sabor dulce. Está contento; no había esperado dos monises. Pero si pides dos monises y te dan uno, ¿qué pasa si pides un monís? Se encoge de hombros, escupe la moneda y se la guarda en el bolsillo. Se comprará una escudilla de orejas de cerdo hervidas para comer y le dará el resto a su hermana. Pero primero tiene que cumplir otra tarea y ya llega tarde.

Hay un segundo saco de arpillera junto a su bolsa de Criaturas Muertas, que contiene diminutas faldas que ha cosido durante la noche. Siempre pone buen cuidado en no mezclar los dos. A veces, cuando entrega la bolsa en el taller de muñecas está convencido de que las ha confundido y siente como el temblor de una flecha en el corazón. No quiere ni imaginarse la cara que pondría la señora Salter si abriera una bolsa llena de ratas agusanadas.

Se echa el aliento en los pequeños puños para calentarse y echa a correr.

El muchacho zigzaguea por las calles con sus raquílicas piernas encorvadas hacia fuera. Corre hacia el oeste, a través del fango del Soho, entre las demacradas prostitutas que siguen su carrera con ojos ajados, como un gato agotado miraría a una mosca.

Sale a Regent Street, echa un vistazo a la tienda que vende dentaduras por cuatro guineas, se toca con la lengua su único diente y se lanza catapultado al paso de un caballo. El animal corcovea encabritado. Albie se aparta de un brinco y domina su miedo gritándole al cochero: — ¡Cuidado, granuja!

Y antes de que el cochero tenga ocasión de replicar con otro grito o lanzarle un latigazo, el muchacho sale disparado por la calle y atraviesa el umbral del Emporio de Muñecas de la señora Salter.

## Emporio de Muñecas de la señora Salter

Iris pasa la uña del pulgar por las costuras de las faldas en miniatura, dispuesta a quebrar el caparazón de cualquier pulga. Coge un hilo suelto y lo anuda. Aunque es casi mediodía, su ama la señora Salter todavía no se ha levantado. Su hermana gemela se sienta tras ella con la cabeza inclinada sobre su labor.

—Por lo menos no tiene pulgas. Pero ten más cuidado con los hilos —le dice Iris a Albie—. La ciudad está llena de costureras que venderían a sus hijos recién nacidos por quitarte el trabajo.

—Pero, señorita, mi hermana tiene la gripe y yo la he atendido durante la noche. Ni siquiera he podido ir a patinar desde hace días, y tampoco es justo que...

—Pobrecito. —Iris vuelve la cabeza, ve que su hermana Rose está absorta en su labor y baja la voz—: Pero acuérdate de que la señora Salter es un diablo, no una mujer, y la justicia nunca ha sido un asunto de su interés. ¿Tú alguna vez la has visto sacar la lengua?

Albie niega con la cabeza.

—Es bífida.

La sonrisa de Albie es tan abierta, tan carente de artificio, que a Iris le dan ganas de abrazarlo. Su mugriento pelo rubio, su único diente, su rostro lleno de churretes: nada de eso es culpa suya. En otro mundo podría haber nacido en su familia, en Hackney.

Le mete otro rintero de tela en la bolsa, se cerciora de nuevo de que Rose no los mira y le da seis peniques que pensaba utilizar para comprar otra hoja de papel y un pincel.

—Para que le compres un caldo a tu hermana.

Albie se queda mirando la moneda, vacilante.

—No es una trampa.

—Gracias, señorita —dice el niño, con sus ojos tan negros como cuentas. Le arrebató brusco la moneda, como temeroso de que fuera a cambiar de opinión, y se escabulle con tal prisa que casi se estampa contra el organillero italiano, que intenta darle un bastonazo.

Iris lo ve marchar y se permite respirar. Tal vez sea un arrapiezo roñoso, pero aun así nunca ha podido entender por qué apesta de tal manera a putrefacción.

El estrecho comercio de Regent Street está encajado entre dos confiterías rivales. Debido a ligeras fisuras en la chimenea, el Emporio de Muñecas de la señora Salter está perpetuamente inundado de olores a azúcar hervido y caramelo quemado. A veces Iris sueña que come bombones y jalea de ciruela, pastelillos perfectos de crujiente hojaldre y nata batida, que monta elefantes de pan de jengibre hasta el palacio de Buckingham. Otras veces sueña que se ahoga en melaza hirviendo.

Cuando las hermanas Whittle entraron como aprendices de la señora Salter —si está o estuvo casada sigue siendo un misterio—, Iris se quedó deslumbrada por el salón. Teniendo en cuenta su clavícula torcida y las cicatrices de viruela de Rose, esperaba que las encerraran en el sótano.

Pero lo cierto es que las dirigieron a un dorado buró en mitad de la tienda, donde los clientes curiosos podían observar su trabajo. Le dieron pinturas en polvo y pinceles de pelo de zorro para pintar las piernas, las manos y las caras de las muñecas. Por supuesto Iris sabía que las jornadas serían largas, pero le fascinaban los aparadores de ébano que corrían a lo largo de la sala, los estantes colmados de muñecas de porcelana. Y el lugar era cálido y estaba iluminado; las velas chisporroteaban en apliques de oro, y en el rincón había una chimenea.

No obstante, ahora, sentada a la mesa junto a su hermana, con una muñeca de porcelana y un pincel pelado, le cuesta contener un bostezo. Es el peso de un agotamiento que jamás habría llegado a imaginar, un trabajo más fatigoso que el de una fábrica. Tiene las manos rojas y agrietadas por el frío del invierno, pero si se las unta con sebo, el pincel se le resbala y estropea los labios y mejillas de la muñeca. Mira en torno a ella: los aparadores que no son de ébano, sino de roble barato pintado de negro, el barniz dorado que se desconcha de los apliques por el calor de las velas, y lo que menos le gusta de todo, el tramo pelado de la alfombra donde la señora Salter pasea a diario, ahora más ralo que el cabello de su ama. El empalagoso olor a golosinas, la falta de aire y las hileras de muñecas con sus miradas fijas confieren a la sala un aspecto más de cripta que de tienda. A veces a Iris le cuesta hasta respirar.

—¿Muerta? —le susurra a su hermana gemela, tendiendo un daguerrotipo hacia ella. Es una pequeña imagen sepia de una niña con las manos pulcramente dobladas en el regazo.

De pronto entra la señora Salter, se sienta junto a la puerta, y el lomo de su Biblia cruje cuando la abre.

Iris alza la cabeza. Rose intenta silenciarla con una mirada.

Es una de las pocas diversiones de Iris, por más que se sienta culpable: adivinar si los niños de los daguerrotipos están muertos. Por alguna razón que no comprende, le gusta saber si está haciendo una muñeca de duelo que será colocada en la tumba de un niño muerto, o si está pintando un juguete para una niña viva y saltarina.

La señora Salter obtiene el grueso de sus beneficios de este servicio de muñecas por encargo. Ahora, en invierno, el frío y las enfermedades que conlleva doblan su carga de trabajo y a menudo alargan sus horas laborales de doce a veinte.

—Es comprensible —suele decir la señora Salter con la voz que reserva a los clientes—, es de lo más natural que quiera usted conmemorar un espíritu querido que nos ha dejado. Al fin y al cabo, como dice en los Corintios, «Pero confiamos y más quisiéramos estar ausentes del cuerpo y presentes en el Señor». Su alma ha partido, y esta muñeca es un símbolo del cuerpo mundano que ha dejado atrás.

Deducir si las niñas de las imágenes están vivas o muertas puede ser una operación delicada, pero Iris ha aprendido a interpretar los signos. A veces resulta fácil. La niña parece dormida, rodeada de flores. Tal vez se vea detrás el soporte que la mantiene erguida, o incluso a la persona que la sostiene, oculta tras una tela para parecer un tapizado; o si hay otras personas en el daguerrotipo, la exposición las saca borrosas a todas menos a un niño, retratado con perfecta e inmóvil claridad.

—Viva —decide Iris—. Tiene los ojos borrosos.

—¡Silencio! ¡No tolero parloteos! —brama la señora Salter, con el súbito estallido de una cerilla al prender.

Iris agacha la cabeza y mezcla un rosa algo más oscuro para la sombra entre los labios de la muñeca. No alza la vista, pues teme ganarse uno de los pellizcos de la señora Salter, que suele infligirle en la blanda carne del interior del codo.

Las muchachas se pasan el día sentadas lado a lado, sin hablar apenas, sin moverse apenas, deteniéndose solo para hacer un almuerzo de pan con manteca. Iris pinta los rostros de porcelana, cose el pelo por los agujeros del cráneo, a veces lo riza con planchas calentadas sobre las ascuas si la niña tenía tirabuzones. Mientras tanto, Rose sube y baja la aguja como una violinista. Su trabajo consiste en añadir los detalles más finos y diestros a las toscas faldas y corpiños que elaboran por la noche las costureras: perlas naturales, mangas fruncidas, pasamanería, botoncitos de terciopelo tan pequeños como narices de ratón.

Aunque son idénticas, las gemelas no podrían parecerse menos. De pequeñas, Rose fue siempre la auténtica belleza, la favorita de sus padres, y se aferraba a esta condición como a un tesoro. La clavícula torcida de Iris, un defecto de nacimiento que le hace caer el hombro izquierdo hacia delante, propiciaba una amabilidad protectora en su hermana que solo a veces la irritaba. («No soy una inválida, ¿sabes?», saltaba cuando Rose insistía en llevar cualquier paquete y echaba a andar como esperando que Iris caminara tras ella.) También peleaban, discutían por la patata asada más grande en la cena, por quién saltaba más lejos, quién escribía con mejor caligrafía. Podían lanzarse ataques de rápida crueldad porque sabían que tras cada pelea habría una reconciliación, que con los brazos entrelazados se sentarían junto al fuego y soñarían con los detalles de su tienda imaginaria, Flora, y sus estanterías rebosantes de adornos florales, sus paredes cubiertas de lirios y rosas.

Pero cuando las hermanas cumplieron los dieciséis, Rose contrajo una viruela que estuvo a punto de matarla. Y aseguró desear estar muerta cuando vio el denso sarpullido de pústulas que le cubrían la cara y el cuerpo, la blanca bruma de su cegado ojo izquierdo. La piel no tardó en llenársele de cráteres y tornarse púrpura, y todavía empeoró con su rascar incesante. Las piernas se le llenaron de cicatrices.

—¿Por qué a mí? ¿Por qué a mí? —sollozaba. Y una vez, solo una vez, emitió entre dientes un susurro que Iris creyó tal vez haber entendido mal —: Debería haberte tocado a ti.

Ahora, a los veintiuno, tienen el cabello del mismo castaño rojizo, pero Rose lo lleva como una penitencia, caído hacia delante para cubrir todo lo posible sus picadas mejillas. El de Iris le llega a la cintura y está recogido en una larga y gruesa trenza, y su piel tersa y blanca es como una burla. Ya no se ríen juntas, ya no se susurran secretos. Ya no hablan de su tienda.

Algunas mañanas, Iris despierta y ve a su hermana mirándola con una expresión tan inexpresiva y fría que le da miedo.

A Iris se le caen los párpados, pesados como si les hubieran cosido trozos de plomo. La señora Salter está atendiendo a una cliente, y su voz es un melodioso canturreo: —En cada encargo ponemos el más delicado de los cuidados... pura porcelana de las fábricas del norte... somos como una familia... sin duda, unas muchachas muy honestas, tan distintas de las charlatanas sombrereras de Cranbourne Alley... inmorales todas...

Iris se hunde los dedos en los muslos para no dormirse. Cae un poco hacia delante, se pregunta si un momentito de sueño sería realmente tan terrible.

—Diantres, Rosie —susurra, incorporándose de un brinco y frotándose el brazo—. No sé para qué necesitas agujas con unos codos como los tuyos.

—Si la señora Salter te hubiera visto...

—No puedo soportarlo —susurra Iris—. No puedo.

Rose guarda silencio. Se toquetea una cicatriz en la mano.

—¿Qué harías si pudiéramos escapar de aquí? ¿Si no tuviéramos que...?

—Tenemos suerte —murmura Rose—. ¿Y qué otra cosa ibas a hacer? ¿Abandonarme aquí, ser una mantenida?

—Pues claro que no —sisea Iris—. Me gustaría pintar cosas de verdad, no estos interminables ojos y labios y mejillas de porcelana y... ¡Agh! —Sin darse cuenta ha apretado el puño. Lo afloja, intenta pensar en el dolor que está causando a su hermana. Pero su enfermedad no fue culpa de Iris, y a pesar de todo se la castiga por ello todos los días, se la mantiene apartada de cualquier afecto—. No puedo soportar esto más, no aguanto vivir en la guarida de Madame Satán.

Al otro lado de la tienda, la señora Salter gira la cabeza con la rapidez de un búho. Frunce el ceño. Rose da un respingo y se pincha con la aguja.

El viento cierra la puerta de golpe. Iris fuerza la vista a través del mugriento cristal de las ventanas. Ve los carruajes que pasan y se imagina a las damas resguardadas en su interior. Se muerde el labio, sacude un poco de polvo azul y moja el pincel una vez más en el bote de agua.

## Cachorros

—Bueno, granujillas. —Silas se sienta a la mesa del sótano y el ala negra de su pelo cae hacia delante—. Siento que hayamos tenido que llegar a esto. Pero si no os hubierais zampado el mazapán de la cocinera, otro gallo os cantaría. —Se echa a reír, complacido con la historia que ha ingeniado, y alinea los tres cuchillos de distintos tamaños. Los cachorros siameses yacen ante él panza arriba.

Al principio pensó en encurtirlos, pero en lugar de eso hará de la pareja dos especímenes, disecándolos y articulándolos. Cuando construya su museo de paredes de mármol, la forma taxidérmica y el esqueleto estarán lado a lado en el vestíbulo, guardados por columnas de estuco.

Se enjuga la frente, que suda incluso con el frío de noviembre. Flexiona los dedos. El cuchillo grande le hiela la mano.

Realiza una pequeña incisión en el abdomen del cachorro izquierdo y tira del pellejo con presión estable. Su aliento es un fino silbido entre los dientes. Tiene cuidado de no perforar la carne y los órganos que anidan bajo ella, bien apretados tras una membrana púrpura. Se mueve unos milímetros a la derecha, de modo que los perros caigan bajo la luz de la lámpara, y entonces corta el pelaje tanto como puede, deteniéndose en las suaves almohadillas de las patas y en la nariz en forma de diamante con sus cuatro fosas nasales. Las sombras entorpecen la precisión, de manera que trabaja despacio, usando el escalpelo más pequeño para las últimas incisiones. Cuando el día se torna ocaso en la calle, Silas despega la piel de una sola pieza.

—La de invitados que se quedaron sin mazapán para acompañar sus frutas de invernadero y la crema —comenta—. Hay que ver qué cachorros más malos. —Y se los imagina perfectamente disecados. Si Gideon lo viera ahora, si supiera lo mucho que ha mejorado en los quince años que han pasado. Pero Silas se traga el pensamiento. Está decidido a disfrutar de esta fase: cuando el potencial del cadáver yace ante él, antes de que su promesa se trunque. La emoción es la misma que cuando encontró su primer cráneo.

—Acompáñame —le dijo a Flick ese día, cuando salieron juntos de la fábrica de cerámica. Aunque, no recuerda por qué, acabó solo en el campo.

Fue entonces cuando se encontró el cadáver descompuesto de un zorro. Al principio le dio asco y se tapó la nariz, pero entonces vio que su pelaje era tan rojo como el de Flick. El zorro era perfecto, frágil, cada huesecillo más preciso que la pieza de un puzle. La criatura había vivido, había respirado, y ahora existía en el curioso umbral entre la belleza y el horror. Le tocó el cráneo y luego se tocó el suyo.

Fue a verlo todos los días, contempló cómo se lo apropiaban los gusanos, cómo se descomponía la piel y se ponía de manifiesto lo intrincado de su blanca estructura, como una flor que se abriera lentamente. Cada vez advertía algo nuevo: la sorprendente finura del fémur, el encaje de la membrana del cráneo. Cuando le daba un golpe con la uña, producía un ruido sordo. Una vez la cabeza quedó por completo limpia de carne, la envolvió en un paño y se la llevó.

Ese verano, con la piel cubierta por una gruesa pasta de polvo y sudor, rebuscó en cada matorral, en cada loma, en cada arboleda y en las orillas de cada río, hasta reunir quince cráneos. Puso trampas, afiló palos hasta hacerlos lanzas, y se acercaba sigiloso a los conejos viejos y lentos y con los dedos les oprimía la garganta para dejarlos sin aire. Los animales se debatían y pataleaban un momento, y luego a menudo Silas contenía con ellos el aliento. Entonces quedaban yertos y él seguía apretando, por si acaso.

¡Y con qué esmero ordenó los cráneos! Pensó que quedaría satisfecho con cinco, con diez, pero necesitaba más. Cada uno le hacía más feliz que el anterior y acrecentaba su ansia. Y ahora ha logrado su tesoro. Este animal peludo, con sus patas de araña, superior a cualquier cosa que hubiera podido imaginar siquiera de niño, y no cree que le vaya a faltar nada nunca más.

Ha completado el trabajo todo lo posible ese día, y ha aprendido de la experiencia que estropeará el espécimen si prosigue sin pausa. Deben de ser casi las cinco. Bosteza, decide descansar. Deja los cachorros despellejados en un cubo de latón. Más tarde, cuando los haya hervido para despojarlos de la carne, ensamblará el esqueleto con pinzas, pegamento y un alambre fino como un hilo.

Sube por la escala hasta la tienda, y luego por las escaleras hasta la buhardilla. Mientras se pone el camisón mira el estante de ratones disecados junto a su cama, cada uno ataviado con un diminuto disfraz.

Coge uno marrón. Acaricia sus faldas de lana, el chal que tejió con la lana más fina, el pequeño plato redondo que agarra entre sus patas. Lo coloca de nuevo en el estante y de un soplo apaga la vela.

Está casi dormido cuando oye unos golpes.

Se tapa la cabeza con la almohada.

Los golpes se convierten en un sordo tronar.

—¡Silaaaaas!

Suspira. ¡Menuda impaciencia! Es una suerte no tener vecinos que pudieran molestarle. ¿Y acaso no saben leer el cartel de «cerrado»?

—*Ouvrez la porte!*

Silas se incorpora con un gruñido, se pone unos pantalones y una chaqueta, enciende una vela chisporroteante y baja casi de lado por la estrecha escalera.

—*Je veux ma colombe!*

—Señor Frost —dice Silas en cuanto abre. Se trata de un hombre alto y delgado, vestido de harapos manchados de pintura. Emanaba una especie de frenético magnetismo, una seguridad en sí mismo, un aire de privilegio que Silas no sabe muy bien si desea complacerle o despreciarle. Louis Frost sonríe.

—¿Ves? Ya sabía yo que estabas aquí. Vengo a por mi paloma, si es que no la he ahuyentado de su percha. —Sin aguardar respuesta, se vuelve hacia una silueta que se recorta en la entrada del callejón—. ¡Aquí! ¡Por aquí! Tarde, para variar.

Casi ha caído la noche, y al principio Silas no acierta a identificar al hombre que se apresura por el callejón esquivando los fétidos montones de mondas de verduras y polvo de carbonilla. Cuando se acerca un poco más, la luz de la lámpara se refleja en su rostro: Johnnie Millais. Está tan flaco que parece un jamelgo.

—Cielo santo, Louis, ¿qué ha pasado con tu ropa? Yo no le pondría esa camisa ni a mi perro.

—Un auténtico placer verte, Millais, como siempre —replica Louis, entrando en la tienda sin que lo inviten y sin limpiarse las botas en el rascador de hierro.

—Es una suerte que todavía estés abierto —comenta Millais, siguiéndole. Silas no le contradice.

—Silas ha terminado mi tórtola. ¿Dónde está, pues? —Louis levanta con las dos manos el cráneo de león y finge tirárselo a Millais—. ¡Grrrr! —exclama con una risa.

Silas se tensa. Desearía tener el valor de pedirle que lo deje, pero en lugar de eso se ocupa en sacar la tórtola del armario.

—¡Cielos! Es espléndida. Justo lo que tenía en mente —exclama el artista. La coge, le



acaricia la cabeza—. Ah, si mis modelos posaran tan quietos como tú... —Louis le pone una guinea a Silas en la mano, el doble de lo que habían acordado—. Y, Millais, tienes que comprar un ratón para la esquina de tu *Mariana*. Para añadir movimiento a ese trozo de lienzo desnudo. — Coge por la cola un ratón disecado de un estante—. Me llevo esto también.

—Es frágil... —comienza Silas, pero Louis, que no parece haberle oído, embute de cabeza el ave y el ratón en un morral.

Silas contempla a los dos hombres correr por el estrecho pasaje, las manos de Louis en los hombros de Millais, dando como un saltito cada tres pasos. Su lámpara ilumina los tobillos de Louis, el blanco destello de su muñeca. Le recuerda a Flick, piensa en sus manos, cuyo contacto no ha sentido en más de veinte años.

Cuando se desvanecen en las tinieblas, Silas mira en torno a su pequeña tienda: el techo bajo, los aparadores desportillados que él mismo se ha esforzado en pintar. Y las comisuras de sus labios caen hacia abajo.

—Se acabó eso de atacar a las vendedoras de berros, ¿eh? —dice—. A tu nuevo amigo no le gustaría.

## La pintora

A pesar de su agotamiento anterior, Iris no puede dormir. El olor a azúcar quemado le da dolor de cabeza, y un pelo de caballo le pincha el muslo a través del colchón. Se mueve, saca un brazo flaco fuera del cubrecama y deja que se enfríe. Intenta concentrarse en quedarse inmóvil y serena, en sincronizar su respiración con la de su hermana. Pero su mente no para. Quiere pintar. Visualiza los delgados tubos de metal de las acuarelas Winsor & Newton, las conchas de ostra en las que las mezcla y su propia colección de pinceles de pelo de marta cibelina, que por fin pudo comprar después de medio año de cuidadoso ahorro.

Le da un golpecito a su gemela.

—Pero yo no he visto el periquito —masculla Rose, e Iris sabe que dormirá profundamente hasta que den las cinco en St George. A través de la pared oye roncar a la señora Salter, con gruñidos y silbidos de locomotora. Estará como muerta después de sus nocturnos lingotazos de láudano.

Cuando ya no puede soportarlo más, se despoja de las mantas. Los tablones de madera crujen bajo sus pies, pero el pestillo de la puerta, que ella misma mantiene bien engrasado, cede con facilidad. Siente el extraño impulso de echarse a reír, pero ahoga su inminente hilaridad tapándose la boca con la mano.

Al salir al pasillo, una ligera brisa le agita el camisón. La puerta de la señora Salter está entreabierta y la luz de su lámpara tiñe el suelo de un resplandor amarillento. Se percibe el hedor del ácido estomacal. Iris está segura de que la enfermedad de la señora Salter está causada, más que aliviada, por su nocturna batería de medicamentos: « *Amiga de madre* » para sus dolores gástricos, « *Inocuas obleas de arsénico para el cutis del doctor Munro* » para ocultar sus granos... Iris está cansada de frotar la alfombra rígida de vómito con las manos escocidas de vinagre. Y lo que es peor, de soportar las bofetadas de la señora Salter los días en que sus alucinaciones cristalizan en la certeza de que alberga dos rameritas gemelas en su casa y que Iris está a un tris de ser seducida por un caballero de piel verde y largos colmillos.

Ojalá el boticario añadiera a su medicina veneno para ratas, piensa Iris para sus adentros mientras baja de puntillas por el borde de las escaleras, donde los crujidos son más callados.

El almacén del sótano es pequeño y está atestado, las paredes manchadas de humedad. El olor a yeso mohoso anula hasta el último atisbo de aroma a azúcar.

Iris se acerca al aparador abierto de la esquina. Está a rebosar de cubos llenos de brazos, pies y cabezas de porcelana sin pintar. Una bolsa de trapo contiene balas de cabello humano, procedente de cabezas de campesinos del sur de Alemania. Iris levanta la bolsa y saca la primera lámina y sus materiales, ocultos debajo. Lo lleva todo a la mesa y se sienta.

La escala de su rostro está tan mal como recordaba. Al principio se siente abrumada por la desesperación de no ser bastante buena, de saber que no lo será nunca. Pero cuando se fija mejor, encuentra en la obra una crudeza que le gusta, y también vivacidad. Si la cabeza no vagara de modo tan flotante en la parte superior de la página, si pudiera anclarla más... Es reacia a cortar el papel: ya es una hoja pequeña. Pero tal vez pueda salvarlo, encontrar la manera de llenar el espacio vacío.

La áspera textura de su camisión —franela blanca con manchas amarillas bajo las axilas— le rasca el cuello. Antes de pensar siquiera lo que hace, se levanta y se lo quita por la cabeza. Su figura, que refleja la luz de las velas, es tan pálida y brillante como un pececillo. Por un momento se imagina el disgusto de sus padres si la vieran, su indefectible énfasis en la moralidad. Pero aquí no corre peligro de que la sorprendan; más alarmante es la idea de la decepción de Rose, o peor aún, de que la señora Salter entrara en la sala, su horror amplificado por el láudano (la llamaría de todo, ramera, puta), la posibilidad real de perder su empleo y, con él, veinte libras al año. Pero no da pábulo a estos pensamientos. Mezcla las acuarelas, la silla fría contra sus muslos.

Vuelve a mirarse al espejo, pero esta vez deja que su vista baje hasta sus pechos pequeños con los pezones duros. Se muerde el labio. Es deforme. Y aun así se pregunta si no habrá en ella trazas de belleza.

Antes odiaba esa clavícula retorcida, el modo en que el hueso se había soldado en un ángulo hacia fuera después de romperse al nacer. Solo afectaba un poco a sus andares, pero los niños de su calle lo exageraban («Aquí viene la jorobada»), y su hermana los reprendía con tan solo un atisbo de lástima, atrayendo también su virulencia («Las gigantas gemelas»). Pero los últimos años ha llegado a aceptarla como una parte de sí misma que no cambiaría ni aunque pudiera. Ciertamente no disuade a los buhoneros, que de tanto en tanto intentan agarrarle la cintura al pasar.

«¿Te apetece un revolcón?», le gritan, o «Me da la impresión de que andas buscando un buen meneo con mi verga». Ella se mantiene inexpresiva («¿A qué tanta melancolía, señorita? ¡Alegre esa cara!»), se abre paso entre ellos, ignora sus silbidos. Rose, de quien no se burlan, a quien no tocan, a quien no desean, baja la vista, e Iris le rodea los hombros con el brazo y le recuerda lo mucho que odia los requiebros, en un tono que suena demasiado insistente.

Supone que algún día tendrá que dar ánimo a uno de los mozos que retuercen su gorra en el umbral de la tienda, porque el matrimonio es una salida, aunque no sabe hacia dónde. Al fin y al cabo, tiene veintiún años y no queda mucho tiempo para que su belleza entre en declive. Sus padres le notificaron que un portero estaba dispuesto a cortejarla, pero cuando fue a visitarla, ella lo evitó.

Sin embargo, Rose nunca encontrará marido. Lo mejor a lo que puede aspirar Iris es a casarse adecuadamente y mantener a su hermana.

Abandonar a Rose... no sabe si podría hacerlo. Son gemelas, están ligadas, y la enfermedad de su hermana parece que a la vez tensó y desató el nudo que las une. Cuando eran pequeñas e Iris dibujaba con una tizna de carbón en cualquier papel que pudiera encontrar —envolturas de mantequilla, recortes de periódico, restos viejos de papel de pared—, su hermana quedaba fascinada al ver cómo su mano replicaba las formas que tenía delante. «¡Dibuja esas tijeras!»,

ordenaba, e Iris obedecía. «¡Dibújame un elefante!», aunque Iris nunca sabía improvisar. Ahora su hermana le da la espalda cuando intenta entretenerla con un dibujo.

Iris aparta esos pensamientos y mezcla el rosado correcto para la parte inferior de su pecho, donde cae la sombra. Pasa el pincel por la lámina, contempla la acuarela florecer en el papel. Se siente al mando, como si su cuerpo fuera suyo de nuevo, no una carcasa que la señora Salter usa para fregar suelos, no un mero recordatorio diario de lo que podría haber sido para Rose. Siente el temblor de lo que podría ser vergüenza, podría ser satisfacción, podría incluso ser el frío.

Se mira el costado. Es imposible imaginarse ahí la tosca mano de un hombre. Lo presiona con la palma, sube el brazo y se coge un pecho. Da un respingo y vuelve a la pintura.

Nunca le ha hablado a Rose de lo que la vio hacer con Charles, «su caballero», como lo llamaban. Al principio Rose apenas hablaba de otra cosa y le mostraba con alegre orgullo los regalos que de él recibía: bombones y un canario amarillo (que voló chimenea arriba y murió).

Tenían quince años, y se suponía que él la iba a rescatar de su vida rutinaria y gris, que la haría prosperar convirtiéndola en su joven esposa en su modesta casa de Marylebone. Se hizo también amigo de Iris y aseguró que les prestaría algún dinero para montar su tienda cuando Rose y él estuvieran... Y guardó silencio ante esa sugerencia de matrimonio.

Flora saldría resplandeciente de sus imaginaciones para hacerse real. Iris se volvió hacia su hermana para cerciorarse de que no le importaban esas atenciones, que no le molestaba que su caballero la incluyera a ella en sus sueños de pareja.

Charles iba a visitarla todos los domingos cuando sus padres estaban haciendo algún recado, y Rose siempre le pedía a su hermana que se quedara arriba, en su habitación. Pero una tarde, tras una discusión, de pronto a Iris le irritó que la dejaran de lado, que la apartaran de sus secretos. De manera que se acercó a la puerta para espiarlos por el ojo de la cerradura y vio que él se sentaba, tiraba de su hermana, le subía las faldas y se desabrochaba los botones del pantalón. Y apenas tuvo tiempo de tomar aliento antes de que Rosa montara a caballo sobre él y comenzara a subir y bajar con practicado ritmo. Iris se quedó horrorizada, fascinada, incapaz de apartar la mirada, hipnotizada por las contorsiones del rostro de Charles, por esas manos que se aferraban a los lechosos muslos de su hermana. Deseó por un momento ser ella quien tuviera subidas las enaguas, que fuera su gemela quien espicara por el ojo de la cerradura. Todo sucedió con espantosa facilidad, con absoluta simpleza, en la silla de madera que había encargado hacer su abuelo.

Iris todavía no sabe cómo descubrió Charles que Rose había contraído la viruela. El día después de que las pústulas estallaran por todo su rostro y su cuerpo, Iris le dejó pasar al vestíbulo y tomó la carta que le tendía.

—Le encantará tener noticias tuyas. Es solo un reuma y se le pasará enseguida —mintió.

Pero él no habló apenas y se marchó abruptamente. La carta no era de amor, sino que puso fin a todo, incluidas la estrepitosa risa de su hermana y sus susurradas confidencias. Cuando Rose le gritó a Iris que se marchara de la habitación, ella agarró la silla y la estampó contra la pared.

Un ruido súbito. Pasos pesados.

Iris está tan absorta en el recuerdo que da un brinco y tira el agua sucia de pintura sobre la mesa. Se abalanza sobre su dibujo y lo salva antes de que el líquido se encharque en él. Los pasos han retrocedido.

—Ay, Virgen santa —masculla, llevándose la mano al pecho. Casi se echa a reír de alivio. ¡Qué tonta ha sido! Pero es que el ruido sonaba tan cerca y tan fuerte que tuvo la certeza de que era la señora Salters en las escaleras. Pero se trataba solo de los aprendices de la confitería, que volvían tarde tras pasar la velada en un teatracho.

Solo cuando empieza a secar el agua advierte la cabeza de la muñeca y lanza una maldición.

Ha debido de salpicarse cuando se cayó el bote, y ahora una marca gris de agua le mancilla el rostro.

—¡Oh, no! —exclama. Seca la cabeza contra su camión. Le costó horas pintarla. La frota cada vez con más fuerza, escupe en cada mejilla, pero no sirve de nada. La porcelana está manchada sin remedio.

Rechina los dientes, deja escapar un fiero gruñido. Pensar que era solo alguien que pasaba por la calle, y ahora... Mira a través de la alta ventana de barrotes y calcula que debe de ser medianoche como muy pronto; tendrá que trabajar hasta el alba para pintar otra cara. Se pone el camión, consciente de pronto del frío de la pequeña estancia. Se niega a mirar su retrato. Es una obscenidad.

Le asalta la conocida sensación de que hay algo horrible en ella, como un tumor que no puede sajarse. Destruirá su retrato, acercará el papel a la llama de la vela.

Pero en lugar de eso se levanta, lo mete bajo la cesta y coge otra cabeza de porcelana en blanco.

## La Gran Exposición

Es sábado por la mañana y las campanas doblan. Durante las dos últimas semanas Silas ha estado tan inmerso en el ensamblaje del pálido esqueleto de los cachorros que ha vivido tan solo a base de bizcocho rancio y cerveza aguada. Se muere por un brandi dulce en el Dolphin. Echa un vistazo al reloj: no abrirá hasta dentro de varias horas.

—Ah, al infierno —dice, y decide pasar el tiempo visitando las obras de la Gran Exposición. No sabe muy bien qué sentir al respecto: ¿cómo puede compararse ni de lejos su pequeño comercio con uno de los más grandes museos jamás construidos? Un edificio tan ostentoso parece diseñado meramente para menospreciar sus logros, y aun así acude a contemplar su montaje casi cada semana, deseando verlo terminado.

Su callejuela suele estar desierta, pero hoy hay un par de hombres tirados en el fango de la cuneta, uno manchado con su propio vómito, el pantalón mojado de pis. Silas se los queda mirando un momento. La forma de la cabeza y los hombros le recuerdan tanto a Gideon... pero sabe que se equivoca. Se lleva el pañuelo a la nariz y roza la pared del callejón al pasar junto a ellos.

Silas conoció a Gideon cuando llegó a Londres en 1835. Vivía en un abarrotado hostel de Holborn y su habitación estaba plagada de criaturas y cabezas disecadas. Se había trasladado a la ciudad con la esperanza de expandir su reputación más allá de los salones de Stoke; además, no tenía mucho sentido quedarse después de que Flick desapareciera. Había oído hablar de una camarilla de cirujanos, de hombres de medicina fascinados por la disección y la preservación, y no le fue difícil dar con la Universidad de Londres. Y ahora todas las tardes espiaba a través de los barrotes de las barandillas, mientras los cirujanos de gran renombre atravesaban la prístina plaza verde y las pesadas puertas se cerraban de golpe tras ellos.

Por la noche merodeaba por los soportales traseros, sabiendo que pronto llegarían los cadáveres, aunque no entendía del todo de dónde procedían.

Efectivamente, tras una corta espera, un movimiento en el patio, el relincho de un caballo, las maniobras de un carruaje negro, y llegaba el botín sostenido sobre tablas de madera, envuelto en paño. Silas se inclinaba y alargaba el cuello, anhelando ser parte de la lección del momento.

Gideon se le acercó una tarde. Era estudiante de medicina, un hombre rechoncho con un lánguido aire de privilegio. Le habló de los especímenes en la sala de disección: los pulmones tumorosos en jarros, las hileras de cráneos sifilíticos, un cerebro preservado cercenado por la herida de un hachazo, los sistemas nerviosos en flor conservados con cera.

—Por supuesto reunimos estas muestras para comprender la vida, para ver cómo podemos alargarla. El interés que tiene usted en preservar los muertos es otra cosa, aunque empero muy fascinante...

Silas hinchó pecho y, a medida que pasaban los días, Gideon buscaba su compañía cada vez con más frecuencia y le sonsacaba detalles de su colección. Y junto a la barandilla, Silas le fue confesando detalles de su trabajo con los gorriones y las ratas y los ratones de campo, le confió sus planes para su museo y la perpetuación de su nombre. Se preguntaba en qué punto se habían hecho amigos; cabría pensar que el momento debía haberse acompañado de una celebración, y no obstante había sucedido sin que se dieran cuenta.

—Creo —comentó Gideon cuando Silas le llevó un petirrojo disecado tras numerosas súplicas— que su rasgo más notable es el caprichoso ángulo de su pico, un fenómeno que jamás

he visto en la naturaleza. —Le tembló el bigote y ocultó su admiración tras la mano—. Una verdadera rareza científica. Y ciertamente no recuerdo haber visto nunca un petirrojo con paso tan torcido. Una maravilla, una maravilla.

A Silas le dieron ganas de echarse a reír. Gideon, un estudiante de medicina, todo un caballero, estaba impresionado con su trabajo. ¡Con él!

Y tener un amigo así, que elegía conversar con él la mayoría de las tardes, por brevemente que fuera, era un honor.

Después de aquello reunió el valor para pedirle un «artículo para su colección», y Gideon le confesó que tenía en mente un auténtico tesoro para él, un tesoro que sería la clave de su éxito.

—Es una pieza que incluso Frederik Ruysch se removería en su tumba por poseer —susurró Gideon con una convulsión en el labio superior, cuando por fin le hizo entrega de una pequeña bolsa de trapo.

Silas la tomó con estudiada calma y comenzó a abrirla, imaginando las subsiguientes conversaciones que mantendría con Gideon, con las cabezas muy juntas en una taberna. Por su peso, sería un corazón tal vez, o...

—No. —Gideon le aquietó la mano—. Espere a llegar a casa. Es un tesoro demasiado espléndido. Si mis tutores llegaran a descubrir que lo he dado...

—¿Cuánto? No puedo permitirme una gran suma.

—¡Por favor! Después de todos los —Gideon hizo una pausa— placeres que he recibido de su compañía.

—No sabría cómo darle las gracias.

—Podría darme reconocimiento en su famoso museo. Cuando se abra.

—¡Por supuesto! Por supuesto.

Silas asintió con la cabeza sonriente y, a pesar de su ansia voraz por abrir la bolsa, siguió las instrucciones de Gideon y corrió a su casa, esquivando carruajes en su apresuramiento.

Cerró de un portazo al entrar, echó la llave y arrancó el paño del paquete.

Dentro había un muslo de pollo mordisqueado, junto con dos zanahorias recocidas.

Silas se mordió el labio para no echarse a llorar, solo entonces comprendiendo la burla que yacía bajo cada comentario, tras cada meneo del bigote.

Cuando se quiere dar cuenta, Silas camina por un sendero de Hyde Park con un calambre en el muslo por la fatiga. Echa la vista atrás y se percata de que no recuerda nada del paseo, de que tiene la mente en blanco desde que viera a los dos hombres del callejón. Es una sensación familiar: desde donde le alcanza la memoria, se ha tragado ocasionales recuerdos, como un daguerrotipo antes de exponerse a los humores del mercurio. Se sacude, pero no aparece ninguna imagen.

Aunque no debería preocuparse. Aquí el aire es menos salobre y un pájaro canta. Aquí hay belleza. Los árboles esqueléticos que se despojan del último verdor del verano son hermosos, y las ramitas secas crujen como huesos. Un hombre le da un codazo, se disculpa, y él sigue adelante, junto a la multitud encaminada hacia la zona de obras de la Gran Exposición.

Silas ha acudido a menudo a contemplar la construcción, pagando una pequeña tarifa para entrar en los confines de la empalizada de madera. No comprende por qué el edificio será desmantelado al cabo de un año. ¿Qué sentido tiene un museo si no es el de preservar para siempre los objetos?

Alza la vista hacia el almacén, las grúas y poleas perfiladas como buitres contra el cielo, y algo se le encoge por dentro. ¡Es magnífico! Reunir y exponer tantos productos de la industria, el comercio, el diseño, la ciencia... más de cien mil objetos, según ha leído, y todo bajo un

gigantesco techo de cristal. Silas no sabe dónde posar la vista. No es de extrañar que la revista *Punch* lo haya bautizado como el Palacio de Cristal.

A su alrededor hay un ajeteo de actividad. Un capataz grita instrucciones a los trabajadores con chisteras que tiran de gruesas cuerdas mientras otros fustigan los lastimados flancos de los caballos de tiro. El vapor jadea hacia el cielo. La vasta caja costal del transepto asciende despacio mediante poleas, oscilando en la brisa.

Ah, si los organizadores le pidieran una pieza para la sección de artes...

Pero nadie se ha puesto en contacto con él. Nadie ha contestado a sus cartas. ¿Y por qué no? ¿Por qué no se toman en serio su colección? Intenta despejar las telarañas de resentimiento, pero tiene los puños apretados. El viento arrastra unas nubes bajas. Los negros pulmones de Londres se hinchan y se encogen. Un caballo relincha.

Redoblará sus esfuerzos. Trabajaré más arduo, hasta más tarde, y tal vez algún día abriré un museo incluso más grande que este.

Un niño sale disparado y escamotea un pañuelo rojo del bolso de una dama. Silas se fija en él y reconoce esa maraña de pelo claro. La familiaridad es un bálsamo, un recordatorio de que no está solo en esta agitada masa de industria. Sonríe y grita: —¡Albie!

Pero el niño no lo oye. Y entonces Silas comprende: lo han atrapado.

Una mujer lo agarra de la muñeca, el pañuelo como una bandera yerta en su puño, y Silas se resbala en el césped en su apresuramiento, dispuesto a salir al rescate de Albie, a suplicarle a la mujer que no lo denuncie a las autoridades... Pero entonces ve que Albie se ríe.

Silas mira con más atención. La mujer es tan alta como un hombre y lleva el pelo rojizo recogido en una larga trenza. Es... ¿Flick? Adulta, femenina. Pero no puede ser. Esta mujer está algo torcida hacia el lado izquierdo.

De pronto, se oye como el tañido de una campana en una casa vieja.

Silas ha notado el temblor del alambre que penetra en el edificio a través de suelos y paredes. Se queda contemplando paralizado mientras las vibraciones provocan una serie de tañidos de campanas más pequeñas.

No sabe lo que significa.

## Ratero

Albie está agazapado en una zanja de Hyde Park, tenso en cuclillas, sus nalgas dos sucias lunas llenas, cuando pasa un grupo de hombres. Uno de ellos se detiene y, con una chanza, le tira un palo.

—¡Largo, bribón! —grita Albie, limpiándose el culo brevemente con una hoja de roble. Se sube los pantalones. Su mierda humea en el aire, y él la mira con la misma curiosidad que dedica a todos sus desechos corporales. ¿Cómo es que sus orejas saben producir ese mejunje amarillento y amargo? ¿Y cómo sabe su nariz fabricar el pegote negruzco que él se suena en la manga?

Coge el mojón con dos palos y lo tira hacia el grupo de hombres, se troncha de risa al verlos dispersarse, y luego sale disparado en dirección a la multitud.

Es un buen día para hacerse de un capricho o dos. Bien vale la pena la molestia de escalar la empalizada para entrar. El gentío está distraído con la construcción del gran palacio, las cuerdas tensas, los vítores, los empujones. Albie no sabe para qué es el edificio, ni le importa especialmente, pero se queda mirando el armazón de metal, tan gigantesco que se alza muy por encima de los olmos. El terreno circundante es poco más que un charco de barro que los carros remueven dando vueltas cargados de hierro y andamios. El niño se imagina que vuelve cuando el cristal esté instalado y lanza un ladrillo solo para ver a los ricos horrorizados.

Se va abriendo paso agazapado por aquí y por allá, un pequeño hilo que cose la multitud. Lleva una mano falsa metida en la manga y utiliza la de verdad para escamotear de los bolsillos pañuelos de seda. Deja las pulseras de perlas y las relucientes cadenas de oro, pues, aunque nunca lo admitiría, tiene miedo de que lo sentencien a trabajos forzados o que lo metan en un barco rumbo a las colonias y tener que dejar atrás a su hermana.

Esta gente, con sus brocados de oro y sus casas enclaustradas, no le permitirían ni fregar sus letrinas. De manera que sonríe y les alivia de su carga. En Duck Lane hay un prestamista que sin hacer preguntas se quedará cada artículo de la mercancía por medio penique. En breve tendrá bastantes cuartos para una elegante dentadura. De marfil de morsa: ese es su sueño.

Saca un pañuelo de lunares rojos de la manga de una mujer, y se lo acaba de meter por los pantalones cuando alguien le agarra la mano de yeso y se la arranca de la chaqueta.

—No... yo no he... —comienza, pero entonces ve que es Iris y su alivio se expresa en una risa carrasposa, como un gato con una bola de pelo, y le dedica su sonrisa más encantadora.

—Devuélvelo, Albert —ordena ella.

—¿Que devuelva qué, señorita? —Iris frunce el ceño y él suspira—. Ay, señorita, es una cosa de nada, ¿no? Y la vida es dura. Si supiera lo dura que... —Pero el discurso ha perdido su encanto y el niño lo sabe. Entrega a Iris el objeto en litigio, ella lo devuelve («Disculpe, señora, pero creo que se le ha caído esto...») y él evita su mirada—. Estás hecho una buena pieza.

—Otra vez robando, ¿eh? —dice un hombre, y Albie reconoce a Silas, ataviado con su pulcra capa azul—. No pensé que te hiciera falta, después de los dos chelines que te he dado.

Albie se tensa. No le gusta nada que ese hombre le aceche. Su olor limpio y medicinal le revuelve el estómago. De todas formas decide no corregir a ese miserable diciéndole que no soltó más que un monís.

—Iris yonoséqué —comienza, intentando fingir un acento de clase alta, aunque suena a irlandés—. Este es, o sea, le presento a Silas. Tampoco sé su apellido, la verdad. —Iris esboza



una sonrisa cortante—. Coso retales para ella en la casa de muñecas Salter.

—¿En Regent Street? —pregunta Silas. Iris asiente con la cabeza.

—Y a Silas le llevo bichos muertos. —Albie se plantea estrangular el aire para crear un efecto dramático, pero se lo piensa mejor al volver la vista un momento hacia Iris. La joven parece sentir un cierto asco. De pronto Albie tiene ganas de reírse de Silas con ella, pero no logra atraer su mirada.

—Ah.

—Mi colección —explica Silas— será famosa algún día.

—Bueno, pues estaré encantada de visitarla —replica ella, pero su voz es plana y casi mecánica.

Albie advierte que apenas escucha. Se despide: está buscando a alguien.

El niño ve desaparecer su tocado entre la multitud, se encoge de hombros, se toca la gorra en un gesto a Silas. El hombre mira a lo lejos agarrándose la clavícula allí donde la de Iris se tuerce.

—Señor —le dice Albie, pensando que aquel hombre de verdad es medio lelo—, eso que tiene en el cuello no es contagioso.

## El gran gasto

Iris se desliza entre el gentío alejándose de Albie y el hombre que está con él. Desearía ser más baja y poder desvanecerse bajo las chisteras y los tocados, que no fuera tan fácil para Rose localizarla. Mira alrededor buscando señales de su hermana. Nada. Bien: se ha escapado de ella.

Cierra los ojos. Cuando los abra, verá la escena como nueva, se imaginará que tiene delante un gran lienzo con cada detalle perfectamente bosquejado, un estudio de perspectiva.

Alza la vista. La alta estructura de hierro parece tocar el borde de las nubes. El vapor parece el humo de las escenas de batallas napoleónicas que ha visto en la Galería Nacional, pero es más vívido, muy distinto de los cuadros parduzcos que recuerda. Le gustaría pintar con los colores que ve ante ella, retratar el mundo como una vidriera.

Se imagina las estructuras de este museo llenas de paneles rojos y azules y verdes, como entrar en un descomunal caleidoscopio. Pero resultaría demasiado deslumbrante; esto ya posee una grandeza incomparable a cualquier cosa que pudiera imaginar. Si los hombres pueden hacer esto, si pueden encerrar olmos y conquistar la naturaleza a esta escala, ¿qué podría hacer ella? Hay momentos en que se siente más insignificante que un piojo, pero otras veces se ve capaz de echar a volar hacia el cielo y liberarse de las ataduras de la casa y la tienda, e incluso, piensa con desazón, de su hermana.

—¿Verdad que es magnífico? —le comenta a una mujer a su lado.

—Ciertamente maravilloso —replica la otra con inesperada simpatía.

Iris siente un arrebató de amor por aquel ser humano desconocido, por todas las personas apretadas a su alrededor. Todo el mundo, con sus preocupaciones y sus alegrías y sus amores y sus frustraciones, con sus lágrimas, sus sueños y su risa: todos son gloriosamente similares.

Echa a correr. Sale disparada hacia los campos abiertos del parque, su trenza roja rebotando en su espalda. Sus pies son tan ligeros como los de un gatito, la hierba es suave bajo sus plantas, pero apenas ha llegado a la primera avenida de árboles cuando se ve obligada a detenerse jadeante. La punta de una ballena se le clava en la cadera, la estructura del corsé le oprime las costillas, le sudan los dedos en los guantes de encaje.

Oye un ruido a su espalda, un nombre, y sabe quién es sin darse la vuelta. Se pregunta por qué su hermana se empeña en seguirla a todas partes, qué estará esperando descubrir, cuando su vida es más opaca que la plata sucia. Además, la hipocresía es exasperante: Rose habría aceptado a su caballero, si este se hubiera ofrecido, dejando atrás a la «jorobada» sin pensárselo un instante.

—Ah —dice Iris, fingiendo ver a Rose por primera vez. Su hermana tiene la mano tendida de pura agitación, la falda del vestido manchada de tierra. Se mueve con la elegancia de una dama, como sobre ruedecillas, y desde esa distancia Iris casi puede creer que es tan hermosa como lo fue en su día. Piensa entonces en su propio andar desmañado que ha visto reflejado en los cristales, en su hombro torcido—. ¡Por Dios, Rose, menos mal! Por fin te encuentro. Vamos a llegar tarde a la cena. Mamá estará inquieta.

—Pero si te has ido corriendo. Te vi. Pensé que me habías abandonado.

Y el rostro de su hermana está tan desolado, tan perdido que Iris se desprecia a sí misma.

El fragor del ómnibus de Hyde Park a Bethnal Green; un empujón aparta el brazo de Iris del de Rose. Un breve chasquido de lengua, un olor a ropa sucia. Se sientan a la mesa. El padre de Iris tose en su manga.

Iris intenta masticar el pudín de manteca de vaca, pero se traga un trozo de carne entero. Oye

la comida dar vueltas en la boca de su hermana, el soplo de su aliento. Cuando ya no puede soportar el sonido, dice: —Estoy deseando ver mañana a mi alegre párroco favorito.

—Estoy encantada de que encuentres sus sermones tan edificantes —la interrumpe su madre, con una mirada de advertencia.

—Huy, desde luego. —Iris calla un momento, con el tenedor a medio camino de la boca. La ternilla del riñón relumbra, la grasa amarillea. Intenta atraer la mirada de su hermana, compensar lo de antes—. Siempre me ha parecido que esa afición al vino de la comunión es una clara señal de su fuerte fervor religioso. La sed del ministro por la sangre de Cristo es insaciable.

Alza la vista, y Rose sonríe un instante, pero entonces comienza a frotarse con la mano los cr ateres del mentón, de manera que Iris se queda mirando el pulido perro de porcelana de la repisa de la chimenea, una baratija de mala calidad destinada a imitar la excesiva decoración de las casas adineradas. Muy propio de sus padres esos patéticos intentos por compartir los hábitos y la moralidad de una sociedad a la que no pertenecen. Otras jóvenes trabajadoras, est  segura, no tienen padres tan intransigentes, tan obsesionados con la desgracia moral.

Su madre suspira.

—Iris, por favor. Supongo que te crees que eso tiene gracia.

Iris la ve entrelazar el brazo con el de Rose, una formación de batalla que se trazó el día de la carta de Charles, el día de la enfermedad de su hermana. Iris nunca lo ha entendido. Rose la trató como si hubiera sido ella la que escribiera la nota, la que arruinó sus perspectivas, la que le desfiguró la cara a base de pústulas. Después ya nunca pudo arreglar las cosas, como si se le hubiera olvidado de la noche a la mañana cómo consolar a su hermana, cómo entretenerla. Se acuerda de cómo era todo antes, cuando diseñaban su tienda imaginaria con su papel estampado de flores y sus rosas prensadas enmarcadas. Iris quiere a su hermana, por supuesto. Y aun así...

Lo intenta de nuevo: —La Gran Exposición es espléndida...

—El Gran Gasto más bien —tercia su padre, con una risotada, como para animar a su audiencia a apreciar su ingenio. Iris sonríe obediente.

—La señora Salter dice que la adoración por los lujos será la perdición de la sociedad —añade Rose.

—Ella lo sabe mejor que nadie —suelta Iris sin poderse contener.

— Me quieres decir por favor qué significa eso? —pregunta su madre.

Iris no contesta. Se da unos golpecitos con la servilleta en el mentón: salsa marrón sobre lino gris.

—Iris salió corriendo y me dej  sola —barbota Rose—. Pas  mucho miedo. Estaba conmigo y de pronto desapareció. Se desvaneció entre el gentío. A veces me resulta difícil ver con mi... —No termina la frase, se limita a bajar el ojo bueno.

*Soplona.*

— Es eso verdad, Iris?  Y por qué? Antes querías mucho a tu hermana, y ahora... sales corriendo, la abandonas en una multitud...

Iris sigue sin hablar. Sabe que fue una crueldad por su parte, pero no es ella la responsable de la lejanía entre las dos. Intenta acordarse del transepto que flotaba y oscilaba sobre el armazón de hierro, el júbilo que sintió al verlo. Pero la angustia de su pecho se niega a aliviarse.

Nunca escapará. Nunca será libre. Está destinada a subsistir en esa vida miserable, a sufrir las bofetadas e insultos de la señora Salter, a soportar los celos de su hermana, hasta que por fin algún mozo escualido la engorde con un hijo detrás de otro, y entonces se pasará los días estrujando la colada con un rodillo, embutiendo vísceras podridas en los pasteles del domingo, y todo esto sin dejar de atender a niños que berrean enfermos de escarlatina y de gripe y de sabe

Dios qué más, hasta que ella también se contagie.

Su madre suspira. Iris intenta ignorar su mirada fulminante.

—¿Más patatas? —pregunta su padre, dándose distraídos golpecitos en el bolsillo, como hace siempre cuando Iris y Rose le han entregado la mayor parte de su salario semanal. Tiene la cabeza inclinada, la coronilla grasienta.

—No, gracias —murmuran las otras.

Su madre tose.

—¿Iris? —La voz de su madre es un hilo tenso. Su padre alza la vista, el vello de su antebrazo se estremece—. ¿Por qué no puedes contestar como tu hermana? ¿De verdad te resulta tan difícil?

Iris se queda mirando la densa capa de salsa coagulada en su plato. Le cuesta un esfuerzo no descargar un puñetazo en la mesa, no agarrar el mantel manchado y tirarlo todo al suelo. Le gustaría ver el perro de porcelana romperse en mil añicos.

Pero sonrío.

—No, gracias. —Y come otro bocado.

El reloj da la seis.

## HPR

—Una jarra de brandi caliente —pide Silas, dejando una moneda sobre la mesa entre el vigoroso tañido de las campanas de la iglesia. Las vísperas de las seis en punto. Está sentado en el reservado más cercano al fuego, la mejilla sonrosada del calor. El mundo relumbra: la chimenea con forma de concha, el techo con sus jarras plateadas colgando, las ascuas que saltan, centellean y mueren en la alfombra a sus pies. En la pared hay una placa con la frase «Beber sin medida, alarga la vida», y Silas se preocupa de sonreír cada vez que la mira, solo para demostrar que sabe leer. Su bebida, cuando llega, está especiada y caliente. Con el primer sorbo remueve la capa de mantequilla líquida. Vuelve a acordarse de la muchacha, de su clavícula retorcida, del verde de sus ojos.

—Hacia tiempo que no lo veíamos por aquí, señor —le dice la patrona en un tono que parece amistoso, aunque Silas está seguro de que su expresión muestra incomodidad—, aunque a ustedes los artistas los vemos bastante a menudo. Demasiado a menudo, cabría decir.

—He estado ocupado —replica Silas, aunque se pregunta por qué ha evitado tanto tiempo el calor y el bullicio del Dolphin. Le gusta el lugar: la cerveza es dulce y las conversaciones que escucha disimuladamente, más dulces aún.

Una joven en la mesa frente a él, con el escote tan bajo que asoman las rosadas medias lunas de sus pezones, ríe a carcajadas y pega un manotazo en el pecho de un hombre de pelo cano. Lleva su habitual pluma de avestruz en el pelo, teñida de rosa. La madame se apresura hacia ella.

—Vamos a ver, Campanilla, no te permito que faltes al respeto a nuestros estimados clientes.

Silas coge la jarra entre las manos, e incluso la espuma del brandi le recuerda al color de su pelo. Iris, la llamó Albie. Sus ojos, con las cuencas algo hundidas, contenían una soledad y un anhelo que de inmediato le resultaron familiares. Fue como si un cordón invisible los uniera.

Le recordó de tal forma a una versión adulta de Flick que casi se preguntó si era ella. Flick, antes de desaparecer de la fábrica cuando tenía quince años. Una vez intentó mostrarle su colección y ella corrió por el campo junto a él. Recuerda el destello rojo de su pelo, sus manos de huesudos nudillos. Se sintió como un caballero que llevara a una dama a su estudio por primera vez: «Este es mi mundo». Se esfuerza por recordar sus expresiones cuando sacó las cabezas de conejo y el tejón y la liebre, y su tesoro: el carnero de retorcidos cuernos.

Su mente retrocede a menudo hacia ella, y aquella visión de lo que podría haber sido le reconforta: Flick se convirtió en Iris. No la niña que imaginó muerta en el río Staffordshire o a manos del heredero de la fábrica de cerámica o bajo las ruedas de un cochero borracho, sino la niña que escapó a Londres, a un taller de muñecas y mejores perspectivas.

—¡Salta, Louis! —grita alguien. Silas se vuelve y reconoce a tres artistas que se ríen junto a la barra. Han pasado casi tres semanas desde que Louis Frost y Johnnie Millais visitaron su tienda, seguramente es demasiado pronto para intentar venderles otra criatura. El tercer hombre, Gabriel Rossetti, ha entrelazado los brazos con los de Millais para crear un puente a la altura del pecho. Louis está unos pasos más atrás, con una mata de pelo oscuro más enmarañado que un molinillo de diente de león.

—¡Caballeros! Se lo ruego... —advierde la madame, pero Louis ya ha cogido carrerilla: salta sobre los brazos extendidos de los otros dos y aterriza con un golpe sordo en el suelo. El techo repiquetea. El hombre se sacude el polvo de los pantalones y sonrío a los parroquianos. Unos vitorean, otros miran ceñudos sus platos.

—*Vive la HPR!* —grita Rossetti, y esto irrita a Silas, no porque le moleste el ruido, sino por la exclusión implícita en el secreto de las siglas con las que se denominan a ellos mismos. ¿HPR? ¿Alguna asociación?

Louis encabeza el ataque de *La marsellesa*: —*Allons enfants de la Patrie!*

—*Le jour de gloire est arrivé!*

—*Tais toi*, que no ha llegado del todo todavía —trueno la patrona, y los hombres se callan. Ella los pastorea hasta una mesa de madera detrás de Silas—. El día de gloria está bien lejos, de hecho, si hemos de juzgar por la feroz crítica de tu trabajo en el *Times*.

—Un golpe bajo...

—De lo más grosero...

—Ya llegará nuestro día, ya lo verás, mi queridísima arpía.

Unos cuantos clientes sueltan risitas. Silas no se cuenta entre ellos. Mira a los jóvenes, diez años más jóvenes que él, pero dueños de una rebosante energía y confianza con las que él jamás podría soñar. Los ha visto ir a la caza de lo que ellos llamaban «sus bombones»: cuando con los brazos entrelazados inspeccionan a cada mujer que pasa por la calle. Tal vez él podría haber encontrado un círculo de amistad similar de haber sido estudiante de medicina.

Ahora capta fragmentos de su conversación.

—Tottenham Court Road, ni un bombón a la vista. Cómo voy a terminar *El cautiverio de la reina de Guigemar* para la exposición sin...

—Peor que andar buscando gitanas por los tugurios como Mad...

—Dice el «mocosos llorón pelirrojo».

—Te ruego que no me recuerdes la crítica de ese cretino.

—Ay, Millais, todo el mundo conoce a Dickens por lo que es... —Es la voz de Louis, consoladora.

—¡Un estúpido majadero!

Se echan a reír, y Silas se plantea inclinarse para hablar con ellos, intentar venderles un gorrión disecado o un gatito o un cráneo como fondo para sus cuadros. Últimamente se ha enfrascado demasiado en los cachorros siameses y no ha vendido tantos collares de alas de mariposa como le habría gustado.

—¡Mirad, es el Cadáver! —grita Rossetti. Silas reconoce su apodo. La partición entre los reservados se corre y Silas se vuelve, hace un gesto con la cabeza, alza su jarra.

—Perdona la impertinencia —se disculpa Louis, arrodillándose en el banco y adelantándose de tal manera que su cabeza parece flotar en el aire sobre Silas. El artista parece incluso más vampírico que de habitual: el pelo negro desgreñado, la piel tan pálida que es casi azul—. Gabriel, no seas gañán, seguro que a ti no te gustaría que te llamaran así.

—Tonterías. Es un apodo cariñoso —replica Rossetti, cuyo rostro aparece junto al de Louis.

—Estoy seguro de que me han llamado cosas peores —dice Silas.

Louis repiquetea un ritmo desconocido sobre el borde del reservado con las uñas manchadas de pintura.

—Silas, de hecho justamente te andaba buscando. Me has ahorrado un viaje a tu tienda.

Pronto tendrá un museo, piensa Silas, no una tienda. Bebe otro sorbo de brandi y contesta: —¿Ah, sí? ¿Le gustaría adquirir algún otro animal?

Louis hace un gesto con la mano.

—No. Y siento decir esto, pero esa tórtola que me vendiste...

—¿Sí? —Silas piensa en la pícara asaltante de vendedoras de berros, el abanico perfecto en el que alineó sus plumas. Era una de sus mejores piezas, un ejemplo sublime de su arte.

Louis suspira.

—Pues bien, me temo que se ha descompuesto.

—¿Perdone? —balbucea Silas.

—Que se pudrió. Me fui a Edimburgo tan solo una semana y cuando llegué me encontré la casa plagada de moscardas. —Louis se estremece y habla gesticulando—. Estaba... agh, estaba comida de gusanos. Me asomé a la puerta y estuve a punto de vomitar. Cielos, Johnnie, ¿te acuerdas de la peste?

—Yo casi la olía desde Gower Street.

—¿Está seguro de que fue el ave? —pregunta Silas, arañando el borde de la mesa. Un escalofrío en el vientre—. Estoy seguro de haberla secado bien.

—Que está seguro —brama Rossetti—. Que está seguro. ¿Y qué otra cosa iba a ser, sus pinceles, que de pronto han echado hongos? Tienes suerte de que le pasara a Louis y no a mí. Yo no poseo su equitativo temperamento.

—Rossetti, por favor —tercia Louis, agarrándole del brazo—. Odio mencionarlo, te lo aseguro —se dirige con más suavidad a Silas—, pero es que... bueno, ha complicado ligeramente las cosas. Mi modelo, mi reina, salió de estampida. Asegura que no piensa estar bajo el mismo techo que un hedor tan putrefacto, y en esta etapa de mi cuadro es un verdadero inconveniente.

Silas aferra su jarra con más fuerza.

—Lo siento. No se me ocurre qué puede haberlo causado. Por descontado, le compensaré. —Louis desecha la idea con un gesto de la mano, pero su generosidad no logra sino aumentar la aflicción de Silas.

¿Es posible que se le pasara secar adecuadamente el ave, absorto en su trabajo en otro espécimen? Un murciélago, piensa que era. Le dará el murciélago a Louis para compensarle. O insistirá en pagarle. Debe hacerlo, y no pensará en el dinero perdido; aunque sí piensa, y frunce el ceño. Ellos le retribuirán con más compras en el futuro, y tiene unos pocos ahorros para cubrir el alquiler.

—Y ahora, gracias a esa paloma podrida, tu situación es desesperada —prosigue Rossetti, dando la espalda a Silas y hablando tan alto que hasta Campanilla arruga la frente. Silas mira fijamente su jarra, sin atreverse a enfrentarse al desdén en los rostros de los otros parroquianos. Es un fracaso, y a Rossetti no le importa que se entere todo el mundo.

—Yo no diría desesperada —objeta Louis.

—Tu tórtola es una asquerosidad comida de gusanos, arrojada a las profundidades de las aguas negras del Támesis.

—Casi la había terminado de pintar...

—Tu modelo, esa tendera que no paraba quieta...

—Tampoco se movía todo el tiempo...

—... te ha abandonado porque tu vivienda apesta como una cripta mohosa.

—Estoy seguro de que Sid accederá a sustituirla. O ya encontraré alguna chica de los tugurios —insiste Louis.

Rossetti resopla.

—¿Lizzie Siddal? Pues más bien no. La está utilizando Millais. Y en tu cuadro de una mujer ahora no hay ni mujer ni esperanzas de que la haya.

Ahora mismo lo que tienes es una silueta en blanco y una paloma pequeña pintada. A ver cómo metes eso en la Real Academia. —Rossetti vuelve a sentarse y une las puntas de los dedos—. Y dices que tu situación no es desesperada.

Louis frunce el ceño.

—Pero tengo mi visión, mi idea está ahí. Ya lo veo en las paredes de la Academia. Aunque... —aquí vacila—. Aunque, tal vez, con una mujer en él.

—Lo importante es tu visión —le consuela Millais, con unos golpecitos en el brazo—. Esos detalles pueden resolverse.

—Y tú, Cadáver —prosigue Rossetti, volviéndose hacia Silas. El hombre se encoge.

—Silas —le corrige Louis.

—Silas —dice Rossetti mirándolo de reajo—, has prometido que compensarías a Louis. ¿Cómo? ¿Harás que vuelva por arte de birlibirloque la inquieta moza a la que tu espécimen podrido ahuyentó? Esto es indignante.

—No es la situación ideal, Silas —añade Millais, y Silas se sonroja. Hasta Millais está decepcionado con él—. Deberías haber visto a Louis estos últimos días.

—Su melancolía ha sido deplorable —asegura Rossetti—. Como profesional, tenía mejor opinión de ti.

*Tenía mejor opinión de ti. Indignante. Paso torcido.* Quiere enterrar la cara entre las manos. *Paso torcido.* Los tres hombres parecen compartir a una la maliciosa mirada de Gideon, sus labios agitados con disimulada burla. Silas sabe entonces que no sirve para nada, que es despreciable, que no tiene talento alguno...

Y entonces Louis dice: —Realmente, caballeros, esto no es tan horrendo como lo estáis pintando. Silas, por favor, perdónales. Esta noche están demasiado enardecidos. Estoy seguro de que encontraré la manera de solucionarlo todo. Por lo menos conseguí pintar la paloma antes de que se pudriera. —Tiende la mano y Silas se encoge, pero Louis solo le da una palmadita en el hombro. Su contacto es firme, reconfortante, y aquella súbita amabilidad le resulta abrumadora después de los gritos de Rossetti. Silas no puede levantar la mirada, ni siquiera puede templar la voz cuando interviene: —Creo que tengo una solución. —Le tiembla la mano al apurar la copa, siente vértigo. El brandi le resulta empalagoso, demasiado dulce. Sus emociones son un torbellino. Quiere complacer a ese hombre, aferrarse a este atisbo de amistad, compensar lo de la tórtola... y antes de poderse contener, barbota—: Creo que tengo una modelo para usted... Lo que quiere es una reina, ¿verdad?, alguien majestuoso. Trabaja en Salter.

—¿La tienda de muñecas?

—Eso tengo entendido, sí. —Silas se interrumpe. Se lleva la mano a la cara, se cubre el cuello como para contener las palabras en su garganta. Iris es demasiado valiosa, es suya, y apenas puede creerse lo que acaba de hacer. »Pero no será adecuada —intenta desdecirse—. He hablado sin pensar. Tiene un defecto. Su clavícula... no le va a agradar.

—Bueno, mañana lo juzgaré yo mismo. —Louis saca un cuaderno de piel y un lápiz y anota: «Salter.»

Es demasiado tarde.



## Disputa

Iris está sentada con un pie de muñeca en la mano. Se estira, bosteza con ganas y alza la vista. Da un respingo.

A través de un círculo despejado en la bruma de la ventana, los rostros de cuatro hombres la miran. Son jóvenes, atractivos, y uno de ellos —el del pelo oscuro rizado— fija una mirada de particular intensidad. Ella se sonroja y siente el extraño impulso de taparse el cuerpo, aunque está totalmente vestida, y a la vez de permitir que sigan mirándola. Se le retuercen las tripas y piensa una vez más en el mal que yace en ella: la compulsión la llevó a pintarse de manera tan obscena, de espiar a su hermana por el ojo de la cerradura y excitarse con ello.

Rose tiene la cabeza gacha. Está descosiendo un minúsculo cuello de encaje.

Iris vuelve a incorporarse, queriendo avisar a su hermana, pero el hombre de pelo alborotado se lleva un dedo a los labios. Ella se tensa.

¡Menuda impertinencia! ¿Cómo se atreven a mirarla como si fuera una meretriz en un escaparate, un artefacto expuesto en un museo? Aquel hombre parece poco más que un buhonero; ni siquiera lleva sombrero. Iris se toca inconscientemente la clavícula.

—¡Mira! —le dice a su hermana, tras comprobar que la señora Salter no está en la habitación—. Mira esos groseros...

Pero los hombres se han agachado, e Iris se ve señalando una ventana desierta.

El sol se filtra débilmente por los cristales hasta que llega la oscuridad.

Se encienden las velas y las lámparas de aceite, el fuego se atiza una última vez y se deja morir. Las jóvenes cenan, la señora Salter se amorra a su botella de láudano como si fuera una teta y todas se retiran a sus respectivas habitaciones.

En la cama, Rose pega las rodillas a las de su hermana. Iris le coge la mano y Rose se lo permite.

—Siento haber salido corriendo.

—No importa.

—¿Te acuerdas de nuestra tienda? —La mano de Rose está caliente en la suya—. Las latas de galletas que yo iba a pintar, los pañuelos que tú ibas a bordar.

—Hum.

—¿Qué hice mal?

Rose no contesta.

Al cabo de un rato Iris se da cuenta de que su hermana se ha quedado dormida. Aguarda inmóvil un rato, con la mano de Rose yerta en la suya, y luego se suelta y sale de la habitación a través de la puerta bien engrasada, baja por las escaleras y llega al sótano. Se desviste y se dispone a pintar, el espejo delante de ella, el papel sobre la mesa.

Con cada pincelada, con cada arco de sombra, con cada punto de luz, la tensión de su garganta se disipa. Desliza la mano al bajo vientre, donde antes notó un aleteo. Aquellos hombres... ¡menuda grosería! Pero recuerda también la callada aprobación de su mirada. Piensa en su hermana dormida arriba, en la piel de sus muslos contra la áspera tela de los pantalones de su caballero, en los moratones que los dedos marcaron en sus nalgas.

Su mano fría danza por su piel, más abajo del ombligo.

La puerta se abre con un crujido. Iris se abalanza de un brinco sobre su camisón y lo aprieta

contra su cuerpo.

—Es... es... —balbucea, tan desconcertada que no se da la vuelta. El corazón le martillea en los oídos. Está segura de que se trata de la señora Salter y de que su empleo ha tocado a su fin. Se verá forzada a coser en casa, a degradarse, a explicar sus actos a su familia. Debería haber sabido que la descubrirían, que su crimen moral saldría a la luz.

—¿Qué haces? ¿Qué...? —Una voz airada, pero no es la señora Salter.

Es Rose.

Iris no puede evitarlo, aunque intenta acallar el sentimiento: se decepciona.

Su hermana está ante ella. Acerca la pintura a la luz de la vela y la mira con el ojo bueno.

—¿Qué estás haciendo? ¿Qué... que es esto? —Rose sacude el papel. En sus mejillas han aparecido dos manchas rojas.

—Dame eso. —Iris le arrebató el dibujo. Ya no está arrepentida, ya no está avergonzada—. No tiene nada que ver contigo.

—Es... ¡Es obsceno! Sin el camisón... como si lo estuvieras haciendo solo para insultarme. ¡Qué vanidad! ¿Y cómo que no tiene nada que ver conmigo? ¿Y si nos echaran a las dos sin darnos referencias? —Rose alzó la voz—. ¡Sabes perfectamente lo que la señora Salter opinaría de esto! ¿Y qué podríamos hacer entonces? ¿Qué ama nos aceptaría?

—Yo no... no pensé que a ti también te fueran a culpar.

—Hermana —dice Rose con tono apremiante, agarrándola del codo, posando los dedos en el pálido moratón del pellizco propinado anteriormente por la señora Salter—, tienes que prometerme que no vas a pintar este... esto... —La joven ahoga un grito—. Yo sé, y mamá también lo sabe, que hay algo malvado en tu interior.

Iris nota la mirada de Rose recorrer lasciva su cuerpo. Se pega el camisón para taparse los pechos, y su hermana aparta la vista de prisa, pero no antes de que Iris capte esa expresión que tan bien conoce: amargura y envidia.

—Prométeme que no vas a volver a hacer esto nunca más —insiste Rose.

Iris se queda muda. En una mano, su autorretrato, el retrato de Rose también antes de que su figura quedara picada de viruela. En la otra mano, el camisón. No puede prometerlo. No está dispuesta a prometerlo.

—Prométemelo —repite Rose, en voz más alta—. Me lo tienes que prometer. Insisto. O si no, se lo diré a mamá.

Iris guarda silencio, nota el palpitante de su espanto. Encoge los dedos de los pies contra el suelo de madera. ¿Por qué han llegado a esto su hermana y ella? Antes iban juntas a todas partes, de buena gana, sus manos como dos piezas de puzzle que encajaban solo una con otra. Y ahora la presencia de Rose es asfixiante.

—Si no...

—¿Qué? —pregunta Iris, y se oye como una niña petulante con una rabieta—. ¿Se lo contarás a mamá y a la señora Salter? Bueno, ¡pues las odio! ¡Odio este desperdicio de vida! Tú me quieres aquí atrapada, quieres que sea tan desgraciada como tú. Y no, no te prometo nada. A ti no te importa lo que yo quiero, no te ha importado desde tu enfermedad...

—¿Desde mi enfermedad? —La voz de Rose se rompe en un sollozo—. Tú...

—¿Yo qué? ¡Yo no hice nada! Tu enfermedad no fue culpa mía. Yo tampoco quería que cogieras la viruela, ¡pero tú me castigas por ello! Me quieres dar lecciones de moralidad, pero tú... —Iris busca la palabra precisa, porque incluso en su furia sabe que no podrá retirarla—. Pero tú fuiste la que erraste. ¿Te crees que no sé lo que hacías con Charles?

Iris oye la bofetada antes de sentirla. La mejilla se le enrojece con un chasquido de dolor.

—¡Cómo te atreves! —chilla, sin pensar siquiera en que podría oírla la señora Salter—. ¡Te odio! —Tira el camisón al suelo y se olvida de que está desnuda, de que está ridícula.

Rose parece desmoronarse ante ella, su llanto es el de un bebé, ronco, desesperado. Tiene la boca abierta, el rostro desencajado de dolor, y un hilillo de saliva cuelga entre sus dientes.

—No... te vayas —intenta decir, pero Iris no puede soportarlo. No permitirá que la imagen de su hermana ablande su determinación. Estrecha el retrato contra su pecho y sube como una furia por los escalones fríos hasta su cama en el desván. Cierra la puerta con llave, se da cuenta demasiado tarde de que se ha dejado el camisón abajo. No volverá. No puede soportarlo.

Se tumba desnuda en la cama, hirviendo de ira.

La despiertan las campanas de St George al dar las cinco. El colchón a su lado está vacío. Vuelven a su memoria fragmentos de la noche anterior, y horrorizada se echa el cubrecama sobre la cabeza. No debería haber hablado así a su hermana. No debería haber perdido los estribos. Debería haberla consolado.

Llaman a la puerta. Abre. Rose debe de haber dormido en el suelo del sótano.

Iris no dice nada. Su boca no formulará una disculpa. *Hay algo malvado en tu interior.* Se visten en silencio, frías, interactuando solo para atarse mutuamente los corsés.

—Por favor, hermana —susurra Rose, mientras tira de las cuerdas.

Iris no promete nada, no prometerá nada, aunque sabe que es el fin de su retrato. Rose jamás la dejará en paz, la amenazará, la pinchará, intentará persuadirla. Una lágrima se le escapa por la comisura del ojo.

—Siento lo que te dije —habla por fin—. No iba en serio.

La voz de Rose es agua helada.

—Por lo que debes disculparte es por tu retrato.

—Siento que te hiciera sentir así.

—Eso no es una disculpa —replica Rose. Iris no contesta.

Cuando Rose se aleja para usar el orinal, Iris saca el dibujo de entre las sábanas y se apresura a bajar para ordenar el sótano antes de que se despierte la señora Salter. Pero se lo encuentra impoluto. Las cajas de partes de muñecas de nuevo en el aparador, el escritorio limpio. Se le viene una idea a la mente. Rebusca bajo la cesta.

Su hermana está en la puerta, la piel picada, el ojo izquierdo lechoso y vacío.

—¿Dónde están mis pinceles? ¿Dónde están mis otras... mis otras obras? —le pregunta Iris—. ¿Qué has hecho con ellas?

Rose se enrosca un mechón de pelo en el dedo, como el lazo de una horca.

—¿Esas pinturas me llevaron meses! ¿Dónde están? Como las hayas quemado... ¿Y dónde están mis materiales?

—¿Qué más da? No son más que cosas materiales —responde Rose con voz trémula—. Y tienes que entender que... que quiero lo mejor para ti. Si nos echaran, ¿qué sería de nosotras? ¿Qué...?

—¡Mentirosa! Tú quieres que yo sea desgraciada porque tú lo eres —salta Iris—. Esas pinturas eran mías. Las compré yo. Ahorré para comprarlas. Me llevó meses.

—Deberías haberles dado el dinero a nuestros padres. No tenías derecho a gastarlo.

—Zorra —masculla Iris, una palabra que jamás había pronunciado en voz alta, que mitiga el escozor de la herida—. Zorra.

Pasan el resto del día en ominoso silencio, el cuerpo de Iris torcido para apartarse de su hermana. Confunde sus pinturas azules y verdes, se sale de la línea de los labios.

Por fin, hacia principios de la tarde, la señora Salter le ordena ir a entregar en mano dos

muñecas a una familia de Berkeley Square.

—No me fio del arrapiezo desdentado con un encargo tan importante.

El alivio de escapar de la tienda es palpable. Iris se levanta de un brinco y mete las muñecas en la cesta como si fueran un par de arenques.

—No te entretengas —advierte la señora Salter. Pero Iris ya ha salido por la puerta y la campanilla suena a sus espaldas.

Son las cuatro, y la calle está llena de vendedores y compradores. Todo el mundo compra, permuta, regatea: jabones, baratijas, caramelos... un constante tira y afloja. Un vendedor de perros terrier alza una jaula sobre su cabeza, pero el precio que berrea y los ladridos del perro se pierden entre el fragor de cascos de caballo y ruedas de carros. Iris vuelve la vista hacia el cartel verde de la tienda con sus letras doradas. Desearía tener a mano una antorcha y una botella de brandi.

—Disculpe —le dice alguien, tocándole la manga.

Ella retrocede de un brinco, a punto de alzar un brazo para apartar de un golpe a un ratero, pero encuentra ante ella a una mujer de alargada nariz.

—Le pido disculpas por abordarla de esta manera.

Iris piensa que tal vez la haya confundido con otra persona.

—Creo que no nos conocemos. Usted trabaja en la tienda de muñecas. Me llamo Clarissa Frost. —Iris se esfuerza por oír sobre los chirridos de las ruedas de carro—. ¿Y usted es...?

—¿Perdone? —Iris baja la cabeza para oírla.

—¿Su nombre?

—Iris.

—¿Señorita Iris...?

Iris se sonroja por su falta de etiqueta.

—Iris Whittle. Pero ¿por qué...?

—Espero que sepa disculpar la impertinencia de abordarla así, señorita Whittle. Le debe de resultar del todo chocante.

Iris ve, detrás de la mujer, la expresión nerviosa de uno de los hombres que la habían contemplado a través de la ventana el día anterior. Frunce el ceño. Él sigue sin llevar sombrero.

—Usted otra vez —dice. Está resentida desde por la mañana y de mal humor, y se ve incapaz de dominar su irritación.

—Ah. —Clarissa se vuelve hacia el hombre con el ceño fruncido—. Tenía entendido que no habíais sido presentados.

—¿Presentados? Qué va. Debería aprender a no quedarse mirando a las mujeres a través de los escaparates.

Él se ríe, una descarada carcajada.

—No tiene gracia —se sonroja Iris—. Soy una mujer, no un objeto de exposición.

—Es mi hermano —aclara la dama, silenciándolo con un gesto al ver que parece a punto de decir algo.

—¿Su hermano? —repite Iris. Parece un ropavejero con esos pantalones demasiado cortos y esa camisa salpicada de blanco. Su chaqueta azul empieza a abrirse por las costuras. La idea de que pudiera estar emparentado con aquella elegante mujer del vestido de seda es casi risible.

—Seré la primera en admitir que su estilo indumentario es muy distinto del mío —comenta Clarisa. Cuando Iris da un respingo ante el codazo de un transeúnte, añade—: Tal vez podríamos hablar más tranquilamente ahí dentro. El estrépito de los caballos es abominable.

Guía a Iris hasta una elegante confitería de techo abovedado, manteles blancos perfectamente

planchados, relucientes juegos de té. Iris se olvida de la cesta que lleva en la mano. Su mente contempla muchas explicaciones, pero ninguna le resulta satisfactoria. ¿Por qué es merecedora de tal extravagancia? Su viejo bonete se ve terriblemente pasado de moda comparado con el *petit bord* de su acompañante. Intenta ignorar el gesto desdeñoso del portero. La señorita Frost, que no parece haber advertido nada, chasquea los dedos y pide unos sándwiches y un té.

—Esta vez no escatime en pepino, y le advierto que reconozco una crema aguada cuando la pruebo.

Solo entonces Iris se da cuenta de que aquella mujer es una alcahueta y el hombre, un proxeneta, enviados ambos a recorrer las calles en busca de jovencitas ingenuas a las que embaucar.

—Debo marcharme —anuncia, moviéndose ya—. No me acabo de caer de un guindo. Ahora lo comprendo todo. Buenos días.

—Espere... por favor —la interrumpe la mujer—. Mi hermano es pintor.

—¿Pintor?

—Es Louis Frost.

Él alza la cabeza, esperanzado. Ella niega con un gesto.

—Pues a ver, tal vez... forma parte de una hermandad, un grupo de pintores. La HPR. La Hermandad Prerrafaelita. ¿No le suena? ¿Holman Hunt... John Millais... Gabriel Rossetti? —Clarissa alza la voz con cierta expectación.

—No... no he oído hablar de ellos.

—Ah. Bueno, pues pronto oírás hablar —asegura Clarissa muy seria. Señala una silla e Iris se sienta—. Louis se formó en la Real Academia. Le expusieron dos cuadros en la última Exposición de Verano. Está a punto de lograr grandes cosas, no me cabe duda. No obstante —aquí vacila su voz—, hace falta convencer a los críticos.

Real Academia, exposición, críticos. Iris se repite mentalmente esas palabras. Suenan deliciosas, dulces como cerezas. ¡Ah, arrancar esas palabras del aire! ¡Enmarcar esos sonidos! Tal vez se las han arreglado de algún modo para ver sus pinturas y quieren que se una a la hermandad...

Pero ya imagina solo por el nombre que se trata de un grupo exclusivamente masculino.

—¿Y yo? —pregunta. El hombre la mira fijamente y no aparta la vista cuando ella lo sorprende mirándola así. Sus ojos son tan oscuros que resultan casi negros, pero en el centro son dorados. Si le pidieran que pintara una muñeca con esos ojos, Iris no tendría el color.

—Suena poco delicado, pero le aseguro que todo se realizaría con la máxima propiedad. —Clarissa carraspea—. Está buscando una modelo.

—¿Una modelo? —Iris intenta no mudar la expresión. Se tira de un hilo de la manga. Incluso ella sabe que hacer de modelo está solo medio escalón por encima de la prostitución. Su hermana no se lo perdonaría nunca, interpretaría esa ostentación de su cuerpo y de su rostro como un desprecio personal. Sus padres no la dejarían volver a poner el pie en su casa. Perdería su puesto en la tienda de muñecas.

—¿Ocurre algo? Admito que puede sonar...

—No, no es nada.

—Aquí, aquí —le indica Clarissa a una muchacha, que coloca sobre la mesa una fuente con ribete de oro en la que se apilan sándwiches blancos sin corteza. Clarissa mastica pensativa, hace un gesto a Iris.

—Si Louis alcanza la fama que merece, no olvide que usted quedará inmortalizada en su lienzo. ¡Piénselo! Ser admirada dentro de cien, doscientos años... —Bebe un sorbo de té con el

meñique tieso—. Además, se le pagaría un chelín por hora, lo que imagino excede su salario actual.

—¿Un monís... o sea, un chelín por hora?

—Sí.

Iris intenta tragar saliva. No sabe ni cómo. Se empuja la comida hacia la mejilla.

—Y yo estaría... en fin, cómo decirlo...

—Le aseguro que será de lo más respetable —se apresura a replicar Clarissa, y Louis la mira con una expresión que indica justo lo contrario—. Yo misma he posado para él. Y si quisiera, puede traer a alguna acompañante.

*Rose.* Iris recuerda fragmentos de su discusión. Los materiales robados, las pinturas quemadas, la bofetada. Su boca se tensa.

—Ya veo que tal vez no dispone de nadie apropiado. Si desea que esté yo presente, me ofrezco de mil amores.

—Es porque... por... —Iris se señala la clavícula e inclina la cabeza—. ¿Quiere pintar esto?

—¿Qué? —interviene por fin Louis. Su voz es educada, profunda, densa como melaza—. ¡No! Es porque usted resulta interesante. Tiene cierta majestad. Su rostro... medio hermoso, medio desconcertante. ¡Y su pelo! Ni un bosque de horquillas podría domarlo, estoy seguro. ¡Es extraordinario!

Iris se estremece. No sabe si debería sentirse halagada u ofendida. Intenta concentrarse en los sándwiches.

—Además, opino que es usted la reina perfecta. No, es usted la mismísima Regina.

Clarissa le interrumpe: —Verá, es que está trabajando en un cuadro. *El cautiverio de la reina de Guigemar*. Louis puede llegar a ser bastante obsesivo. Se le olvida que los demás no siempre compartimos su entusiasmo por las trovas medievales. En pocas palabras —alza la cabeza y su voz cobra una entonación aburrida de tanto repetir unas manidas palabras—: una reina es encarcelada por su marido celoso. Un tipo llamado Guigemar naufraga por allí cerca, y se enamoran. Pero por supuesto eso no puede durar, y el rey los descubre y condena al exilio a Guigemar. Pero ella le ata la camisa de cierta forma que solo ella puede desatar, y él hace lo propio con su vestido. ¿Es correcto?

Louis asiente con la boca llena.

—Y entonces ella escapa del marido y llega hasta el castillo del rey Mériaduc, que intenta seducirla, pero ella lo rechaza. Y entonces se encuentra por casualidad a Guigemar en un torneo y demuestra quién es desatándole la camisa —por lo menos eso creo— y luego él sitia al rey Mériaduc y la rescata. ¿Qué tal el resumen, Louis?

—Me vale —contesta él, acompañando las sílabas con el tamborileo de sus uñas—. Y estamos aquí ahora para rescatarla del rey Mériaduc.

—¿De quién?

Louis suelta una risotada.

—De esa vieja bruja de pelo gris con la boca más fruncida que el trasero de un perro.

—¡Ah! La señora Salter. —Iris disimula su risa con una tos. Mira entonces a Louis y pregunta, en voz tan queda que sale como un susurro—: ¿Me puede enseñar a pintar?

—¿Enseñarle?

Esa incredulidad la zahiere en todas sus inseguridades. Iris se pone en pie.

—Debería marcharme. Tengo un encargo y voy ya muy tarde. Gracias por el té.

—Quédese un momento. —Louis tiende el brazo y sus dedos se asientan en la parte interior de su muñeca, donde la manga se encuentra con el guante.

Tal desfachatez la deja horrorizada. Iris aparta brusca el brazo.

—Mire, discúlpeme, pero es muy sencillo. Usted tiene que ser mi reina.

—¿Tengo que ser su reina?

Louis ignora su comentario.

—Lo supe en el momento en que la vi.

La irritación de Iris va en aumento.

—Bueno, pues yo supe desde el momento en que lo vi que es usted un impertinente. —Louis se echa a reír y ella recuerda las palabras de su hermana. *Hay algo malvado en tu interior*. Alza el mentón—. Lamento que le parezca tan divertido que quiera aprender a pintar.

Él se pone serio.

—Perdone mi impertinencia. Es que no me lo esperaba. Pero en fin, una de nuestras modelos, la señorita Siddal, también pinta. De acuerdo. Un chelín por hora por ser mi modelo y la enseñaré a pintar durante una hora a la semana.

—Pero quiero aprender como es debido, no solo como un pasatiempo.

Louis se ríe de nuevo.

—Toda una mujer de negocios. Muy bien, pues. Clase media hora al día.

Y puede usar mis pinturas cuando no esté posando. —La mira de reojo y añade—: Ay, señorita Whittle, diga que sí.

Iris se muerde el labio. Se apoya contra la mesa. Es lo que más desea... y aun así... no conoce al señor Frost ni a Clarissa. La han educado con historias de niñas inocentes seducidas con falsas promesas, la han advertido de los peligros que acechan como lobos en las sombras: costureras a las que ofrecen puestos bien pagados en turbios establecimientos, criadas contratadas por libertinos de mala reputación que luego las someten a toda clase de espeluznantes abusos... Pero por otra parte, pintar, educación, escapar... Si fuera cierto...

Clarissa le da unas palmaditas en la mano.

—Escuche. Mi hermano es a veces demasiado vehemente, le puede su entusiasmo. ¿Por qué no va a visitar su estudio, antes que nada? Sin duda, nadie podrá ver nada impropio en ello. Y luego decide.

Iris se endereza el bonete. Recoge su cesta. Está temblando.

—¿Cuándo puedo ir?

## SEGUNDA PARTE

Lizzie, Lizzie,  
¿es que has probado por mí el fruto vetado?  
¿Tu luz ahora se ha de ver apagada,  
tu vida ha de quedar arruinada, a mi infortunio unida,  
a mi destrucción uncida, con esa sed de fruta prohibida?

*CHRISTINA ROSSETTI,  
«El mercado de los duendes»  
(1851)*

Coged las rosas mientras podáis,  
el tiempo siempre vuela.  
La misma flor que hoy admiráis mañana estará muerta.

*ROBERT HERRICK,  
«A las vírgenes, para que aprovechen el tiempo»  
(1648)*



## Megalosaurus

Albee está en un clíper que cabecea y se bambolea al viento, sus velas como los latidos de un corazón. Los camarotes están artesonados, las hamacas cuelgan. Su hermana va a su lado, cogida de su mano, y él tiene dientes nuevos en la boca. Si cierra los ojos, logra sentir el mordisco del aire y el mar en las mejillas, puede correr de proa a popa, pronunciar las palabras que una vez le enseñó un marinero: «¡Cambio de rumbo! ¡Mesana a barlovento! ¡Virada por adelante! ¡Timón a sotavento!» A su alrededor corre sin fin el horizonte, una línea azul de mar contra cielo contra nube.

El barco cruje con más violencia, su hermana gime un poco. El chasquido de las velas se hace más fuerte, más percutivo, un *chac-chac-chac* en el viento. Está en un barco. Está en un barco. Su hermana le aprieta la mano.

Ahora está bajo cubierta, en su hamaca, con otra hamaca sobre él. La tormenta provoca que la cama de arriba —no, la hamaca— se hunda contra su nariz con cada embate de viento. Está en un barco. Está en un barco.

Pasa la tempestad con un rugido final, las uñas de su hermana se clavan en su mano, y Albie quisiera matar el viento, estrangularlo, apalearlo hasta arrancarle los últimos jadeos y resuellos.

Cuando la puerta se cierra de golpe, sale arrastrándose de debajo de la cama. Le duele la mano. En el dorso se ve la marca de cuatro medias lunas rojas.

Su hermana da un respingo cuando él le mete el pelo rubio tras la oreja.

—Esta vez no se ha puesto violento —dice Albie—. ¿Verdad?

Ella niega con la cabeza, poniendo las monedas mugrientas sobre la almohada. Las muerde. Él las cuenta. Seis peniques. Habrá ganado por lo menos cinco veces más cuando acabe la noche. Albie sabe que estará ocupada con lo de su gripe: la ha hecho pasar por tisis y ha subido su tarifa un penique. Las muchachas moribundas son las más apreciadas de todas.

Ante esa idea, se apretuja contra ella y entierra la cara en su pelo.

—Mucho mejor que trabajar en la fábrica.

Su hermana se pone en pie y él se queda en la cama, coge hilo y aguja y canta para sus adentros. La vieja carbonera es más pequeña que una petaca: desde la cama donde está sentado, Albie puede tocar las cuatro paredes, y si se arrodilla en el estrecho colchón, también el techo.

*La primera vez que conocí a corneta*

*fue en un regimiento de dragones,*

*le di lo que no le gustó*

*y le robé los cubiertos de plata.*

Albie observa de reojo a su hermana, en cuclillas sobre el barreño de vinagre con un émbolo en la mano, su vello púbico un grasiendo torbellino.

Anhela decirle: «¡Vámonos! Vamos a colarnos en un barco, vamos...» Pero ¿no será siempre igual? Estén donde estén, será lo mismo. Lo aborrece. Lo aborrece en súbitos ramalazos que no examina, aunque también lo acepta.

Y no piensa en la vida en términos de felicidad o infelicidad, solo como supervivencia, mantenerse apartado de los hospicios o los féretros... Siente el impulso de marcharse, de salir corriendo, de escapar de todo zancada a zancada.

—¿Es que te están estrangulando?

—Se llama cantar —replica él sin inmutarse, blandiendo su aguja de coser—. Además, voy

armado. Le pincharé los ojos a cualquier asaltante como si pinchara una grosella.

Vuelve a su costura. Está haciendo a base de retales una escarapela como regalo de Navidad para Iris, pero no se atreve a decírselo a su hermana por temor a que lo llame nenaza. Albie ha pensado muchas veces en esa moneda que Iris le puso en la mano, y no hace más que confirmar su certeza de que es una especie de reina. Recuerda asimismo sus otros detalles bondadosos: una hogaza de pan metida a hurtadillas en su bolsa de costura, una peonza que por lo visto era suya de pequeña.

Su hermana se mete bajo las mantas.

—Voy a dormir antes de que vengan más.

—¡Eh! —Un estrépito en la reja de la ventana sobre ellos—. Eh, Alb... hay un perro...

—Que ni se te ocurra volver a traer un appestoso cadáver —dice su hermana.

Pero Albie ya ha echado a correr, atraviesa la cortina que hace las veces de puerta, sube por las escaleras y salta sobre el escalón podrido de la entrada para salir a la calle con una bolsa de Criaturas Muertas en la mano.

—¿Está muy mal? ¿Es muy viejo?

—No sé. Pero lo atropelló un carro —contesta el niño.

—¿Está muerto?

—Qué va. Aúlla como para despertar a los muertos de St Anne. Date prisa.

El sol se pone, una débil yema se filtra por el polvo de carbón y el humo. Los niños salen disparados por las callejas —Old Compton, Frith y Romilly— hasta oír el aullido del perro. Mientras corren, van negociando —un caramelo, una bolsa de cortezas— hasta que Albie accede a comprarle a su amigo una bolsa de guirlache de jengibre por el sople.

El perro tiene la pata trasera atrapada bajo la rueda de un carro, machacada y carnosa, el hueso asomando. El animal se agita para liberarse, pero cada vez que se mueve, sus aullidos se tornan más penosos.

La sangre se vierte a la cuneta.

—Que alguien acabe con la desgracia de ese bicho —reclama un hombre—. Unas cuantas patadas y se acabó.

—Déjame a mí. —Albie se acerca con cuidado al perro—. Shh, shh.

—Le da miedo que le muerda, porque entonces se volvería loco y echaría espuma por la boca. La pata está destrozada; el perro solo puede morir. Está tan roja como los filetes crudos que algunos niños mendigo se meten en la manga para dar pena—. Eres una perra muy bonita, ¿verdad? —El niño le acaricia el lomo, el animal se calla, los ojos muy blancos de miedo. Está temblando—. Shh, shh, princesa.

Hace una señal a su amigo, que le pasa un adoquín. Albie cierra los ojos.

Es mejor así, mejor que dejar que el animal muera lentamente de dolor, o que una pandilla de arrapiezos le pegue una paliza por diversión. Y además, así igual le puede sacar otro monís a Silas, un paso más hacia sus dientes nuevos. Le iría mejor estrangular a la perra, obtendría más cuartos puesto que el cráneo estaría de una pieza. Pero no podría soportar asustarla así, contemplar su agitado pánico mientras se le desvanece el pulso.

Un golpe, un crujido, la perra guarda silencio. Albie jadea en cuclillas.

El párpado del animal aletea, pero el niño sabe que está muerto. Se enjuga la cara con la mano, le tiemblan los dedos cuando libera la pata destrozada de la rueda del carro.

—Lo siento, princesa. —Y lo dice de corazón.

*Megalosaurus, megalosaurus, megalosaurus.*

Albie no recuerda dónde ha oído la palabra ni lo que significa, pero confiere un ritmo a sus

pasos. La repite entre dientes mientras zigzaguea a toda velocidad hacia la tienda de Silas, en Covent Garden. La perra en su saco está aún caliente, el pobre animal. Algún día él también terminará como ella, su cuerpo tirado en algún osario, un desecho que solo valdría para la losa del cirujano. Se estremece. Su hermana siempre le está diciendo que no corra tanto, que no se cuele así entre los carruajes, los caballos encabritados, los cocheros con sus látigos plateados. Así es como ha perdido casi todos los dientes: un carro se los arrancó de un golpe cuando tenía cuatro años, y los nuevos nunca llegaron. Ahora se pasa la lengua por su único colmillo.

*Megalosaurus, megalosaurus, megalosaurus.*

Por el amplio bulevar del Strand, a través de las hileras de hormigas de ajetreados oficinistas hasta un callejón sin salida, de apenas la anchura de los hombros —contiene el aliento, porque el olor es abominable— y trota hasta la tienda de Silas. Junto a la puerta hay un pequeño cartel que, según le aseguró Silas en su día, informa a los clientes de que deben llamar a la puerta y tocar el timbre, de manera que tira de la campanilla y aporrea la puerta. Aquello está negro como boca de lobo, sin velas en las ventanas.

Ningún desgraciado pasa por allí. Un gato maúlla y araña una pared.

—¿Qué pasa? —pregunta Silas. Parece incluso más cadavérico que de costumbre. Juguetea con un mechón de pelo, y sus ojos son incapaces de centrarse: miran a Albie, luego el callejón y de vuelta otra vez.

—Tengo toda una joya —dice Albie, aun sabiendo que esta captura no es de las mejores—. O por lo menos tenía un diamante, aunque se lo tuve que tirar a un golfo que me perseguía.

—¿Qué era?

Albie se rasca la cabeza.

—Si no recuerdo mal, era un megalosaurus, uno pequeñajo, pero supongo que ahora tendrá que pasarse sin él. —Se encoge de hombros, pero parece que Silas no le ha oído—. Pero ya verá lo que le traigo, señor...

Hace una pausa, temiendo que su perra sea recibida con desprecio: ya nota que la atención de Silas se deshilacha. De cualquier manera, coge el animal con dos manos, lo saca y alza la cabeza con ojos esperanzados. Los dientes de marfil valen cuatro guineas y él solo tiene ahorrados doce chelines. A este ritmo, será todo encías hasta cumplir los treinta.

Silas no dice nada. Parece mirar a través de él. Albie prosigue, pero su voz cantarina se ha apagado un poco: —Señor... un espécimen de lo más fresco, acaba de morir, ni siquiera está tieso... piénselo, ¡menudo esqueleto!... todo ordenadito, señor... la piel para hacer guantes, pelo para adornos. Y los huesos... podría blanquearlos, señor, hacer silbatos y peines y de todo... o teclas de esas de piano de hueso de perro, o...

—Esa muchacha —le interrumpe Silas, apartándole la mano de un golpe.

El perro cae al suelo. Albie lo recoge y le acaricia la cabeza distraído.

—¿Qué muchacha?

—Ya sabes. —Silas se toca la clavícula y Albie pone cara de despiste, aunque lo ha captado a la primera.

—No sé a quién se refiere, señor.

—La de casa de la señora Salter. Iris.

Albie arruga la nariz y finge rascársela.

—No me diga. Pues no recuerdo a nadie con ese nombre, señor. Qué va.

—En la obra de la Gran Exposición. Nos presentaste tú, por Dios bendito.

—No... se lo habrá imaginado —insiste el niño, esperando poder hacer presa de la distorsionada visión del mundo de aquel hombre, de sus delirios—. Señor, yo no le he presentado

a nadie. Lo habrá soñado. No sé de nadie con ese nombre. No conozco a nadie.

Pero Silas mira más allá de él, tirándose del pelo, mordiéndose unos labios ya desgarrados.

—Por favor, señor, usted no ha visto a ninguna muchacha.

No hay respuesta.

Y Albie sabe que todo será inútil.

## Correspondencia

*La Fábrica, 6 Colville Place  
2 de enero*

A la reina de nadie: Le pido perdón: ha pasado más de un mes desde nuestro encuentro. He sido convocado a Edimburgo dos veces en ese tiempo, y me encontré muy gravemente indispuesto. Pero no tema usted: puede cancelar su pedido de una pluma negra de avestruz y los atavíos completos de duelo, porque los cuidados de mi querida Ginebra me han devuelto mi lozana salud. Mi hermana estuvo de lo más desagradable al acusarme de sufrir un reuma solo privativo de caballeros hipocondríacos. De haber oído usted las toses que sacudían mi debilitado cuerpo y amenazaban con romperme los huesos, estoy seguro de que no habría sido tan cruel.

Escribo tan solo para decir: ¡Huya del rey Mériaduc! ¡Huya de su captor de inmediato! No he sido yo nunca de observar el Sabbath (en modo alguno el menor de mis muchos vicios), de manera que si puede usted pasarse sin sus genuflexiones y todo eso, aguardo su presencia el día doce de este mes.

Traiga una muestra de sus dibujos, etcétera, y yo la asistiré con una breve lección.  
Le pediré a Clarissa que esté presente.

*Siempre suyo, etcétera, etcétera,  
LOUIS FROST HPR.*

*Emporio de Muñecas de la señora Salter,  
Regent Street  
2 de enero*

Querido señor Frost: Me alegra oír que se ha recuperado. ¿Quién es Ginebra?

Puedo tomarme una hora el domingo después de la iglesia, no más tarde de las tres en punto. Como ya comentamos durante el té, solo asisto por interés, etcétera. No puedo ser su modelo. Ni mi ama ni mis padres lo permitirían, de manera que le ruego que no ponga sus esperanzas en ello.

*Respetuosamente,  
IRIS WHITTLE*

## La fábrica

La casa es a la vez más destartada y más distinguida de lo que Iris imaginaba: alta, estrecha, de ladrillo, con el aspecto de libertino ya en declive. Sus ventanas son ojos de mirada fija. Una está rota. Palmas y helechos espumean en cada orificio: en jardineras, en macetas de terracota, por los costados de cestas colgantes. El camino cubierto de paja es apenas transitable cuando pasan un carro y un caballo, e Iris casi tiene que agazaparse en un macetero, con un helecho haciéndole cosquillas en la cara.

Una vez el carro ha doblado la esquina, la joven carraspea y se mira la ropa. Alisa los bordes deshilachados de una pequeña escarapela de seda que lleva en el pecho, regalo navideño de Albie, rasca una mancha de sopa en la manga del vestido. Es su mejor prenda, de un algodón grisáceo que en sus tiempos fue azul. Antes le gustaba cómo se le ceñía a la cintura, y las coquetas mangas que le estilizaban los brazos, pero ahora piensa que parece una solterona, no la clase de persona que se permite el lujo de comer sándwiches de pepino en forma de triángulos perfectos, ni una nata tan densa que le dio dolor de estómago.

Alza la mano hacia el timbre de la puerta, y entonces lee la placa que hay debajo.

LA FÁBRICA. HPR (HAREMOS POR RECIBIRLE)

Iris sonríe. Es una astuta manera de trazar la línea que separa a los profanos de los que conocen el verdadero significado de las siglas.

«Hermandad Prerrafaelita», piensa con un fugaz orgullo. Ella lo sabe porque Clarissa se lo dijo. Rose lo ignora. Solo aquellos que aderezan su discurso con palabras y expresiones como «críticos», «Real Academia» y «exposición» conocerían esas siglas. El viento agita la pintura que lleva en la mano: un papel metido en una funda de tela escamoteada a la señora Salter.

—¿Va a llamar al timbre o prefiere que le dé clase en la calle?

Iris retrocede de un respingo, tropieza con una maceta y se da un buen golpe en el dedo del pie. El dolor la atraviesa. Mira alrededor.

—Aquí arriba, señorita Whittle. —Louis la saluda desde la ventana de la primera planta.

—Yo... yo... estaba a punto de llamar.

—¿Y ha estado a punto durante cinco minutos? Debo admitir que casi delaté mi presencia cuando pasó ese carro a toda velocidad. Parecía que estuviera usted pastando en esa maceta.

—¿Me ha estado vigilando? —Iris se sonroja.

—Yo diría más bien «observando». Es una habilidad importante en un artista. Voy a recibirla.

Ella trae preparadas sus frases. *Todavía no soy su modelo... ¡No puede quedárseme mirando así durante cinco minutos!* Pero cuando se abre la puerta, Louis sonríe y la indignación de Iris se desvanece. Aspira el olor a aguarrás y cera y aceite de linaza. Las alfombras están raídas, a la araña le faltan la mitad de sus lágrimas, pero las paredes están cubiertas de cuadros, algunos terminados, otros apenas comenzados. El zaguán está pintado de un sorprendente verde lodoso y hay unas plumas de pavo real dispuestas en ordenada hilera entre el friso y el techo. Se ven dorados por todas partes: los zócalos, los marcos de las puertas, las barandillas y los pilares de las barandillas.

Iris querría tomarse su tiempo, pero Louis la hace pasar deprisa.

—¿Está su hermana, señor Frost?

—¿Clarissa? Huy, qué va. Está ocupada con su causa de mujeres caídas en desgracia. La Marylebone Society. No sé qué crío necesitaba atención. Y por favor, llámame por mi nombre de

pila. No soporto las tonterías de las buenas maneras.

—Pero...

—Ya lo sé, ya lo sé. Le pedí que viniera como compañía. Pero te prometo que marcharás de aquí muy lejos de haber sido sacrificada a Venus.

A Iris se le encoge el pecho. Le gustaría encontrar la manera de decirle, con delicadeza, que debería abstenerse de tales coqueteos, que está allí para aprender a pintar y nada más. Tal vez otras modelos se comporten como meretrices, pero ella es diferente. Ella se aferrará bien a la gema de su respetabilidad. Y entonces se da cuenta de que ya está pensando como si hubiera accedido a posar. No es así. No lo hará. O tal vez no lo haga.

—¿Están presentes sus criados?

—¿Criados? —Louis aletea con la mano—. No podría soportar ese incordio constante. Una asistenta semanal es todo lo que un caballero debería necesitar en estos tiempos modernos. — Señala la estrecha escalera —. Ven, que te haré la visita al estudio.

Iris nunca ha conocido a nadie así. Resulta o muy liberador o muy intimidatorio, no sabe muy bien qué. Salta a la vista que es la clase de persona acostumbrada a salirse con la suya, que hace virtud de escandalizar con sus opiniones. Eso le provoca una perversa sensación de deleite, porque ella no le dará la satisfacción de escandalizarse. Ella se complacerá en frustrarle y fingir absoluta compostura ante sus comentarios.

—Advierto, al menos, que ya no se encuentra a las puertas de la muerte —dice.

—Debo conceder el mérito de mi rápida recuperación a los expertos cuidados de Ginebra.

—Parece una mujer muy generosa —replica Iris, de súbito contenta de que sea un hombre casado, pues eso elimina cualquier complicación.

—Pues sí. Pero se comió todo mi pudín de Navidad, de manera que está lejos de ser una criatura modelo. De hecho, en breve la conocerás.

—¿Ah?

Louis la guía por las escaleras y a través de una puerta.

—El estudio, señorita. Lo he ordenado especialmente para la ocasión.

—¿Ordenado? —Iris pisa una concha de mejillón y da un respingo.

Parece que la habitación hubiera estado girando como si fuera un globo terráqueo hasta que los contenidos de cada cajón y cada estante volaran por los aires. Un oseño disecado yace en un rincón, cubierto de periódicos. En la pared hay un par de espejos convexos. El estudio es un torbellino de trastos.

—Por supuesto que mi madre y yo tampoco nos pondríamos jamás de acuerdo en una definición de la palabra. Or-de-na-do. ¡Qué tedioso vocablo! Porque cuando todo está dispuesto tal como debería ser, resulta de una mediocridad apabullante. ¿No te parece? Yo nunca he creído en catalogar las cosas: poner los libros aquí, la cubertería allá y lo otro acullá. ¡Demuestra tal falta de gusto e imaginación!

Mientras él habla, ella intenta fijarse en todo. Mira el caballete, manchado de colores.

—Es una mente tan deplorablemente mecánica la que ordena... Una mente fabril.

Un movimiento en un rincón. Iris pega un grito.

—¿Qué...? ¡El oso está vivo! ¡Dios mío!

Louis se echa a reír, se desternilla de tal manera que tiene que agarrarse al borde de la puerta con la boca abierta en un silencioso aullido y los ojos fuertemente cerrados.

—Un... un... oso...

—No tiene ninguna gracia —comienza Iris, intentando mantener la compostura mientras la criatura se acerca despacio. No quiere provocar más burlas, pero tiene miedo de que la ataque. El

señor Frost parece justo la clase de persona que compraría un animal peligroso por diversión para luego morir en sus garras. Iris retrocede—. ¿Le ha arrancado los dientes y las uñas?

Eso basta para que Louis se enderece, enjugándose las lágrimas de los ojos.

—¡No! ¿Cómo iba a hacer algo así? Sería una crueldad. Esta es Ginebra, un tejón australiano, y está de duelo.

—Oh. Ah... ya veo. Y no es su... —casi llega a decir «esposa», pero se contiene. Prueba la desconocida palabra—: Un tejón. De duelo. —Advierte entonces el pañuelito negro atado en torno a su cuello e intenta disimular una risa con la mano.

—Yo no le encuentro ninguna gracia —asegura Louis—. Perdió a Lancelot en Navidad, aunque debo admitir que no eran amigos. Él deambulaba por arriba y ella vive aquí abajo. Para mí fue una terrible pérdida.

—¿Era muy viejo?

—Ojalá. Rossetti pensó que sería entretenido darle a fumar un puro, pero Lancelot se tragó toda la caja, aparte de una tableta de chocolate, y estiró la pata al día siguiente. Rossetti y yo ya no nos hablamos.

—Lamento oírlo. —Iris dirige una desganada caricia en dirección al tejón australiano, que no llega a hacer contacto con su pelaje. Ginebra, peluda y castaña, posee la envergadura de una bala de cañón—. ¿Es cariñosa?

Por toda respuesta, Louis, con un gruñido de protesta por su peso, acurruca a la criatura en sus brazos y le hace cosquillas bajo el mentón.

Mientras Louis acaricia a su mascota, Iris vaga por el estudio, intentando memorizar cada detalle. El caballete, en la esquina más alejada, es una enorme estructura salpicada de pintura, muy diferente al pequeño escritorio en el que ella pinta. Anhela ver en qué está trabajando, pero no se atreve a ser indiscreta. ¡Tener una habitación así, un espacio en el que pintar! Pero si su familia la viera ahora, a solas con un artista soltero, pensando en ser su modelo... Sus reflexiones la frenan. Se siente como si estuviera siendo observada, o, por una fracción de segundo, como si Rose también estuviera allí.

Inspecciona más de cerca los aparadores, con sus estantes atestados de toda clase de curiosidades. Desearía tocarlas todas, sentir su peso en la mano, descubrir todos los tesoros ocultos tras ellas. Nacaradas conchas, cráneos, huevos vaciados, un nido de pájaro, y luego los objetos más grandes: una armadura y una cota de malla, una gárgola de piedra, y enormes torsos y bustos de escayola. Pasa el dedo por la fina nariz de un senador romano y luego coge una mano de mármol.

—¡Huy! Mejor deja eso —dice Louis, arrebatándosela.

—¿Es muy frágil?

—En absoluto, pero es... tremendamente valiosa. Verás, es que la tomé prestada del Museo Británico.

—No sabía que se podía hacer eso.

Louis se mueve nervioso.

—Bueno, no es que se la pidiera exactamente...

—¿La ha robado? ¿Y si le hubieran cogido?

—Estoy seguro de que no me habrían cogido. Yo sería un magnífico ladrón profesional, de haber querido. Pedí a Rossetti que creara una distracción. Millais nunca habría consentido. —Habla con amplias gesticulaciones—. Y no es un robo si la devuelvo.

—Es usted un lógico fascinante —replica ella, cogiendo una sedosa pluma de pavo real para fijarse en los azules y verdes y púrpuras. El negro y dorado le recuerdan los ojos de Louis.



—Veo que lo desapruebas.

—¿Yo? No.

—Tú no robarías nada.

—¿Cómo lo sabe? —Pero no le mira a los ojos.

—Demuéstralo. —Louis se acerca un paso.

—¿Por qué?

—Muy bien, pues eso lo confirma. ¡Qué puritana eres!

—¡No es verdad! —Iris se cruza de brazos. Aun así nota su cercanía, huele el aceite en su ropa y siente un aleteo: no sabe si de pánico o de emoción.

—Bueno, hasta que no me demuestres lo contrario, me temo que me he formado la opinión de que eres una delicada damisela nada ladrona.

—¿Una delicada damisela? ¡Si apenas me conoce! —exclama ella, aunque no quiere entrar al trapo.

—Algunas damas verían en ello un cumplido.

—Yo no soy «alguna dama». —Louis está tan cerca de ella que por un momento piensa que va a besarla. Se apartaría si lo intentase, aunque su pecho tamborilea. Pero él se limita a morderse el labio y acercarse a la ventana.

—¿Puedo ver tu pintura? —pregunta, y acerca dos sillas a un escritorio en el rincón—. Ven, siéntate.

—No es muy buena —se disculpa ella vacilante. Saca el papel de la funda de tela y lo aplana en la mesa ante él.

Era la única pintura que había sobrevivido al estallido de su hermana —la que tenía escondida debajo de la cama—, y ha cortado el papel justo debajo de la barbilla. La mira ahora con ojos nuevos y decide que está satisfecha: espera que impresione al pintor.

Aguarda.

—Hum —masculla él, mirándola más de cerca—. Es ciertamente primitiva.

—¿Primitiva? —Iris la recoge de un manotazo.

—Ay, calla. No es un insulto... Aunque te confieso que muestra un entendimiento limitado de anatomía, proporción, perspectiva, claroscuro o composición...

Iris no sabe si quiere gritar, llorar o darle una bofetada. Se enfurece tan deprisa que no se puede contener.

—Ya imagino que yo tampoco encontraría su trabajo de mi gusto.

—Es muy posible, y no serías la primera. Creo que Dickens llamó la atención hacia mi... —y comienza a hablar con un soniquete, como recitando la crítica de memoria— «odiosa desgracia de Romeo cuya Julieta tiene mucho en común con el cadáver de una ajada vieja de hospicio». Ya ves, así es mi obra. Si quieres alabanzas, te sugiero que vuelvas a la tienda de muñecas.

—No he dejado la tienda de muñecas y no tengo intención de hacerlo —replica ella, pero le vacila la voz—. Y el crítico... ¿eso dijo? Yo creo que le habría dado un puñetazo, si fuera un hombre.

—Bueno, sí que anduve mohíno unos días. Pero estamos haciendo algo nuevo en arte, y eso lleva su tiempo. A él le gustan los incondicionales de siempre, los lerdos sin imaginación ni chispa ninguna.

Louis coge su retrato de nuevo.

—He dicho que es primitivo, y es cierto. Pero no necesariamente considero ese término un insulto. De hecho —se fija más de cerca en el pequeño retrato—, aquí hay promesa, lo cual, debo confesar, no me esperaba. Yo esperaba insípidas florecillas, no algo tan natural. Sin duda, carece

de habilidad y maestría, pero no has recibido instrucción alguna. Y lo más importante es que es honesto. —Sus gestos cobran energía—. Mira, has pintado la forma de tu rostro tal cual es, no un óvalo idealizado... a ver, hay que admitir que la nariz tiene los mismos contornos que un calabacín, lo cual desbarata la belleza que se encuentra en el original. Pero el uso del color... Ay, sí, tiene el aspecto de un manuscrito ilustrado. ¡Está vivo!

Iris se sienta sobre sus manos para evitar que le tiemblen. Él le hace una señal.

—Ven, acerca la silla. Tienes que volver pronto a tu amada fábrica, pero te prometí una clase rápida. —Alza uno de los espejos convexos de la pared y lo pone frente a ella. Refleja la habitación en su gloriosa plenitud caótica, como el retrato de una nueva vida perfectamente formada—. A veces odio estos espejos... me dan la sensación de que tengo un doble distorsionado. Pero cuando estoy pintando, puedo ver un objeto en múltiples dimensiones. También puede conferirle un aspecto mágico.

—Ah.

—Mira bajo tu nariz. —Su voz se suaviza. Iris capta en él una dulzura que no había advertido antes—. Has cometido el primer error de los pintores aficionados. Has pintado aquí la sombra con un rosa más oscuro.

—Iris se sonroja al ver su reflejo. Los ojos de ambos se encuentran en el espejo—. Fíjate bien. No es un color carne más oscuro: también hay azul, un poco de rojo, algo de amarillo. Y tus ojos... no son meramente verdes... mira qué profundidad de color. Están ensombrecidos por tus párpados, además de la riqueza de su propio tono. —Iris parpadea—. ¿Te importa si mejoro esto?

Ella niega con la cabeza, y él mezcla un azul pálido para dar unas pinceladas bajo la nariz y el mentón. Intensifica el verde de los ojos, corrige la hinchazón de la nariz con unos pocos y sencillos trazos.

—¿Cómo puede hacer eso? —Iris apenas puede creer que se trate del mismo retrato. Parece mucho más real, mucho más ella. Como si el pintor acabara de realizar un truco de magia.

—Práctica. Y eso es lo que tendrás tiempo para hacer si accedes a ser mi modelo. Cuando no te esté pintando o dibujando, puedes ponerte en esta mesa y trabajar en lo tuyo. Puedes usar mis lienzos y pinturas. Y al final de cada día te daré una clase.

Iris no dice nada.

—Y te puedo enseñar a usar los óleos, y a lo mejor el año que viene puedes presentar un lienzo para la Exposición de Verano de la Real Academia. Te lo pueden rechazar, por descontado. —Louis se encoge de hombros—. Yo vivo para pintar. Si no pudiera pintar, no sé lo que haría. Uno se siente así con el arte, o no. Y veo en ti algo similar a nuestros principios... pero da igual. La decisión es enteramente tuya.

Iris mira alrededor, decidida a demorar el momento en el que debe rehusar.

—¿Podría hablarme de su... de su hermandad?

Él asiente y se levanta, y camina tras el caballete en el que está el lienzo. Ella lo sigue. La urdimbre del lienzo es tan fina que parece madera.

Está pintado todo de blanco, con pequeños dedales de tosco color que se agolpan en secciones al fondo: las hojas rojizas de la enredadera de Virginia, el amarillo de la piedra. La única parte terminada es una paloma que pasa volando ante el bosquejo de una ventana; el pico y las plumas están pintados con todo detalle, el ojo refleja la luz con diminutos toques de azul pálido, de blanco. En el pico lleva una plateada rama de olivo.

Y dibujados con grafito, la silueta de un hombre y una mujer: ella erguida, él arrodillado a sus pies, besándole la mano.

—Millais posará como Guigemar —explica Louis—. Mostrará el momento en el que rescata a

la reina del rey Mériaduc.

Podría ser el rostro de Iris el que completara el cuadro.

—Nuestra técnica es distinta de la que se enseña en la Academia.

Nosotros usamos colores vívidos en un fondo blanco húmedo. Louis habla y habla, Iris escucha. Nunca en su vida ha prestado tanta atención. Ningún hombre le ha hablado con tal franqueza, con tal inteligencia. Habla como convencido de que lo entenderá, no como si se dirigiera a un niño pequeño o una mascota. Iris desearía que hubiera forma de guardar sus palabras para poder oírlas de nuevo más tarde, para reflexionar sobre todo lo que está compartiendo con ella.

Le cuenta que su hermandad quiere representar la naturaleza tal como es; que Johnnie Millais, el miembro más joven que haya habido nunca en la Real Academia, está siendo ahora menospreciado por la institución, pero que no le importa porque cree en su movimiento artístico. Le habla de la importancia de la Exposición de Verano de la Real Academia, de la enorme importancia del lugar en el que cuelga un cuadro —tiene que estar en la línea, que es dentro de la línea de visión del espectador—, de lo aburridos que todos encuentran sus estudios en la Academia y de la hartura de dibujar infinitos moldes y esculturas de yeso. Provoca sus risas contándole que los otros estudiantes despreciaban a Millais por su talento, y que una vez lo colgaron de la ventana con unas medias de seda atadas a los tobillos y que fue rescatado solo porque Louis pasó por allí por casualidad. Saca un libro de grabados del Campo Santo de Pisa y comenta la belleza que hay en ellos, antes de que el arte se tornara deshonesto e idealizado después de Rafael.

—Ahora es todo una sarta de mentiras. Nosotros queremos pintar a Jesús con los pies sucios, a José con una verruga en la barbilla. Queremos pintar lo que es real, no esta insípida monotonía de fondos oscuros. Queremos que nuestras obras estén vivas.

—Pues si quieren que las obras sean reales, si pintan con tanto detalle la realidad exacta, ¿por qué escogen estas escenas tan idealizadas?

—Me temo que no te sigo...

Iris señala la escena de un caballero ofreciendo un ramo de flores a una apocada doncella descalza.

—Bueno, un caballero y esta clase de amor perfecto... ¿No debería estar pintando escenas reales que concordaran con el estilo? El amor real: pobres chicas abandonadas por sus pretendientes —Iris, en contra de su voluntad, piensa en Rose—, o niños muertos de hambre por la calle. En Londres hay realidad de sobra, vida y honestidad de sobra.

Louis la mira de modo diferente, con el mentón alzado.

—Hum —murmulla. Iris nota que se le sonroja el cuello—. Hunt está intentando algo parecido. Pero sí, supongo que lo entiendo. —Se la queda mirando—. ¿Posarás para mí?

Iris se muerde el labio, desearía que su boca formara las palabras apropiadas por su cuenta, que la decisión no dependiera de ella. Se imagina que tiene detrás a Rose y a sus padres, apremiándola a hacer lo correcto. Y en lugar de eso, dice: —No estoy segura. Me gustaría, pero...

—¿Estás segura de que no puedes posar y a la vez trabajar para la señora Salter? Lizzie, que a menudo posa para Rossetti, siguió trabajando y a su familia no le importó.

—Sé que la señora Salter no lo permitiría. Y mi familia no me lo perdonaría nunca.

—Bueno. —Louis se aparta un rizo de la frente—. En ese caso, tendrás bastantes cuartos para una buhardilla propia. Hay un sitio en Charlotte Street para mujeres, de lo más respetable, por dos chelines a la semana. Eso lo ganarías en dos horas. Con el tiempo, podrías hacer más dinero con tu obra. Aunque no es seguro.

Los pensamientos de Iris son fognazos: Rose y las pinturas quemadas, el perro de porcelana, el ruido del pis de su hermana contra el orinal. Y luego se imagina una pequeña buhardilla, su propio orinal. Una pizca de intimidad. Y más: pintar todos los días, rodeada de artistas. Su propio cuadro colgado en la Real Academia.

Coge una pluma de un estante y juguetea con ella.

—Lo entiendo —dice Louis por fin—. No todo el mundo ama el arte hasta el punto de hacer sacrificios. No te lo puedo reprochar. Ya encontraré otra reina, aunque me resulta una lástima, por tu pintura.

—¡No! —exclama Iris, y todo su ser anhela quedarse en esa sala. Es como si hubiera un ancla en su interior que la inmoviliza, que la impulsa a suplicar: «¡No me dejes marchar! ¡No me dejes ir ahora, ni nunca! Permite que me quede aquí.»

—¿Lo harás?

Iris nunca había disfrutado del lujo del poder de decisión, jamás se había sentido con derecho a llevar el timón de su vida. Es algo que la destempla. Se le viene a la cabeza el untuoso portero, los futuros guisos, las manos enrojecidas y agrietadas del trabajo. Y luego esto. Otra vida.

Pintar. Y Louis.

Asiente de manera casi imperceptible y une con fuerza las manos.

—Sí, sí. ¿Y usted me enseñará a pintar?

—Te lo prometo.

Despachan entonces los últimos detalles: su dimisión, su alojamiento (Clarissa preguntará en la residencia de mujeres), una tentativa fecha para comenzar al cabo de una semana. Louis la ayuda a recoger el chal y el bonete. Los dedos de Iris no atinan con los botones de sus guantes.

Cuando sale por la puerta, el aire es frío y su aliento forma nubes. Oye abrirse una ventana y alza la vista.

—¡Adios, mi querida reina!

Iris se echa a reír.

Camina por la calle intentando disimular su cojera. Es difícil moverse sin ladear el cuerpo, porque la mano de mármol pesa. Por lo menos él no volverá a considerarla una «delicada damisela», piensa, ahogando una sonrisa.

—*À bientôt!*

Iris saluda con la mano.

—Ay, disculpe —dice, al tropezar con un transeúnte.

Su alegría, el calor que siente dentro, se corta como la leche.

—Rose...

La furia tiene a su hermana rígida, le alza el mentón cuando normalmente camina furtiva con la cabeza gacha. Tiene las manos blancas, la nariz roja del frío de la espera.

—Espero que «tu caballero» te haya pagado bien. —Su voz es un cuchillo.

## Un par de cartas

*32 Belgrave Square, Londres  
5 de enero de 1851*

Estimado señor Reed: Le escribo en nombre de la Comisión de la Gran Exposición, Comité Local de Londres, en especial referencia a su correspondencia hacia nosotros y hacia el Comité Local de Stoke-on-Trent del 16 de junio, 27 de julio, 18 de agosto, 8 de septiembre, 29 de septiembre, etcétera, etcétera.

Perdone la demora de la réplica. Como estoy seguro comprenderá, hemos recibido varios miles de solicitudes, teniendo en cuenta particularmente el tamaño de nuestra metrópolis siempre en expansión y la posición de Stoke-on-Trent como excelente capital fabril.

Estamos interesados en exponer su «Vitrina de lepidópteros» en la categoría XIX, «Tapiz, Encaje y Bordado», con el requisito de que pueda confirmar que es su inventor y fabricante, y esté dispuesto a prestar su obra durante el periodo de la Exposición. Para confirmar su idoneidad será necesario que traiga su producto a mi residencia, como miembro que soy del Comité Local de Londres, en el número 32 de Belgrave Square, en la mañana del 8 de este mes. Tal urgencia ha surgido debido a que un número de inventores han sido incapaces de completar sus obras en los plazos acordados.

Además de una muestra de su producto, le ruego aporte asimismo un breve resumen del trabajo realizado y cualquier intención temática. Por ejemplo, el artículo número 218 se describe como sigue: «Mantel consistente en 2.000 retales de tela que conforman 23 personajes históricos y ficticios. El diseño y ejecución es únicamente obra del expositor y ha ocupado sus horas de ocio durante 18 años.»

*Sinceramente suyo,  
THOMAS FILIGREE*

Miembro del Comité Local de Londres, Comisión de la Gran Exposición de los Trabajos de la Industria de Todas las Naciones.

*Seabright Street  
7 de enero*

Querida Iris: Quedamos inmensamente disgustados después de tu visita de ayer y ante tu decisión de abandonar tu satisfactorio puesto con la señora Salter.

No podemos lamentar más tu decisión y te suplicamos (en los términos más enérgicos posibles) que la reconsideres. No es demasiado tarde.

Creemos que te han engañado miserablemente, que te han manipulado para que adoptes un curso de acción que no deseas tomar.

Permanecemos firmes en nuestra decisión. Hemos hecho todo lo que hemos podido por ti, te ofrecemos una educación por encima de tu posición en la vida, te asistimos en tu aprendizaje y pagamos sus costes sin queja, te criamos en la honestidad y con una fuerte orientación cristiana, te presentamos a un posible pretendiente con una profesión de lo más respetable (cuyas proposiciones, huelga decir, cesarán en cuanto averigüe tu voluntaria deshonra), y nos hiere el modo en que nos pagas tanta bondad.

Te preguntamos, cuando caigas en desgracia, ¿a quién recurrirás?

Sufrimos por ello. Sufrimos por tu hermana, cuyas oportunidades decrecerán más que nunca por tu menoscabo. Al menos piensa en ella, que ya ha sufrido demasiado.

Si modificas tu curso de acción antes de mañana, digamos, lo perdonaremos todo y prometemos no volverlo a mencionar, no recordarte nunca lo cerca que has estado de ponerte en peligro a ti misma, tu reputación y tu futuro. Pero si decides lo contrario, abandonarás tu lugar en esta familia para tal vez no recobrarlo nunca más.

Devolvemos el pago anticipado que recibimos de tu nuevo «amo».

Puedes quedarte estas monedas mancilladas.

«Porque mi hijo estaba muerto y ahora está vivo de nuevo; estaba perdido y ha sido encontrado.»

Rezamos por que encuentres de nuevo el camino y te conviertas de nuevo en nuestra hija.

*Tu padre y tu madre, que te quieren.*

## Petirrojo

—Por favor, hermana —suplica Rose. Es la tarde anterior a la partida, y el rostro de Rose tiembla en sus esfuerzos por contener el llanto. La escasa ropa de Iris está doblada en una bolsa en el rincón, como gélido recordatorio de que esta es la última noche que pasarán juntas—. Por favor —insiste.

A medida que la resolución de Iris se endurecía, la arrogancia de Rose ha ido cediendo paso, finalmente, a estas súplicas. «Calla», quiere decir Iris, y ansía provocar una discusión que alivie la separación y los remordimientos que incluso han apagado su apetito. Advierte que Rose se ha mordido las uñas hasta hacerse sangre. Su hermana mira fijamente la bolsa como si pudiera forzarla a deshacerse ella sola, hacer que la enagua de Iris se metiera por voluntad propia en un cajón y el vestido gris de lino se colgara de su gancho al lado de la puerta, junto al de Rose.

—Te compraré pinturas nuevas, si...

Iris no dice nada. Se limita a dar la última vuelta a su trenza y se mete en la cama al lado de su gemela. El pelo de caballo le rasca la pierna. Pasa las manos por el colchón.

—¿Dónde está el...? —comienza, cada vez más agitada—. Ese maldito pelo... Me araña todas las noches. ¡Todas las noches! ¿Dónde está? —Y la emprende a puñetazos con la cama, sorprendida de verse tan cerca del llanto.

Rose se inclina, agarra una pequeña mota blanca y la saca.

—Ah, gracias —dice Iris, avergonzada. Pero su estallido ha obrado el efecto de hacer permisible la ira, y Rose habla tan de súbito, con tal pasión, que resulta obvio el tiempo que lleva guardándose las palabras.

—Tú no lo entiendes.

—¿Qué no entiendo? —pregunta Iris, con la misma rápida vehemencia.

Y se encuentra disfrutando de esta confrontación final, necesiándola.

—Ojalá pudiera hacer que lo vieras. —Rose habla con fiereza, pero sin perder del todo un tono suplicante y triste, e Iris se da cuenta, demasiado tarde, de que el enfrentamiento tendrá el efecto contrario al que esperaba, que acrecentará sus remordimientos en lugar de mitigarlos—. Tú no sabes lo que es quedar destruida, con la vida destrozada, entregarte a algo con todo tu ser y perderlo. Desear, incluso ahora, que él... —Se le rompe la voz—. Es que lo sé, sé que te destruirá, igual que...

—No —la interrumpe Iris. No entiende cómo su hermana no ve lo sencillo que es su deseo—. Yo solo quiero pintar.

—Pero él te destruirá. Y entonces serás como yo y...

—Ay, Rose. —Iris tiende la mano bajo las mantas y esta vez su hermana la coge, la estrecha contra su cuerpo y la cubre de besos una y otra y otra vez. Es una muestra de afecto tan abrupta, tan fiera, tan alejada de cualquier sentimiento que su hermana haya mostrado en años, que a Iris le repele, teme esos besos que aterrizan en sus nudillos y aparta la mano.

—Será diferente. Es por la pintura, no por él.

—Mientes. —Rose se gira para darle la espalda—. Estás mintiendo, como mentiste al decir que no me encontrabas en la Gran Exposición, cuando sé perfectamente que huías de mí. Te vi mirando por encima del hombro, queriendo alejarte de mí, como haces ahora...

—Pero no te miento —insiste Iris—. Ojalá pudieras comprenderlo, ojalá pudieras ver lo que esto significa para mí. Sabes que siempre he querido pintar.

Rose se rasca las mejillas enrojecidas.

—Significa para ti más que yo, eso lo has dejado bien claro.

—No. —Iris quisiera expresarse con precisión, pero solo alcanza a parlotear—. No tiene por qué cambiar nada. Podemos pasear y ver los escaparates de las tiendas elegantes de Mayfair, y a lo mejor todo vuelve a ser como era antes, si no nos vemos todos los días... Ay, Rose, ¿recuerdas cómo era?

Una súbita inhalación. Rose se lleva el pulgar a la boca y corta tiras de piel con los dientes. Iris desearía decirle que parase, que no puede soportarlo.

—Ya lo he pensado. Y no puedes tener las dos cosas. No puedes. Si me dejas, no... no quiero volver a verte.

—No lo dices en serio.

Rose emite un sonido estrangulado y abre la boca como para hablar.

Pero la cierra de nuevo.

No queda nada que decir.

Iris mira el techo, la pauta del enyesado, que parece una concha. El silencio se alarga: diez minutos, treinta. Por fin oye la respiración tranquila de Rose cuando se queda dormida. La vela sigue encendida, pero Iris no la apaga. Se vuelve de costado, mira los párpados cerrados de su hermana, sus labios torcidos hacia abajo.

Dos veces durante la noche se levanta, coge una pluma y comienza una carta para Louis. «Le ruego disculpe mi cambio de parecer.» Pero cada vez recuerda el estudio con su químico olor a pinturas y barnices, y los espejos convexos como portillas a su nueva vida, y arruga el papel.

Cuando el amanecer comienza a iluminar la habitación, Iris besa a su hermana en la mejilla. No puede despertarla. Podría cambiar de opinión.

Se viste en silencio, furtiva, sus dedos resbalan en los cordones del corsé, no atinan con los botones del vestido. Busca la mano de mármol.

Se echa la bolsa al hombro y se permite una última mirada a Rose.

Capta el gesto veloz con el que cierra el ojo. Está despierta, pues. Iris vacila en el umbral, inhala por última vez el empalagoso olor dulzón, sale y cierra la puerta.

Para cuando llega al perímetro del Museo Británico, le duele la espalda por el peso de la mano. Maldice la insensatez de habérsela robado a Louis.

La triquiñuela parece pertenecer a otra vida, a una ligereza que ha olvidado cómo habitar. Ya no sabe muy bien qué hacer con ella. Se imagina devolviéndosela a un bedel, pero ¿y si le hace preguntas?, ¿y si da por sentado que fue ella quien la robó?

Las picas de la verja son gruesas, ornamentadas, tres veces más altas que ella, con la punta dorada. Da la impresión de que ni el mismísimo Dios podría perturbarlas. Le dicen que aquel es un lugar de estudio privado, de intelecto, de dinero, de hombres. Pero más que eso, parecen los barrotes de una prisión.

Se imagina un grito de «¡Al ladrón! ¡Detengan a esa mujer!», la carraca de un agente de policía, una celda en Newgate. Aceptaría la cárcel como justo castigo por su traición. Ha dejado destrozados a sus padres y ha abandonado a su hermana.

Avergonzada de pronto por el dramático giro de sus pensamientos, Iris saca la mano de mármol envuelta en un paño, la desliza entre los barrotes y la empuja lo más adentro posible del patio. Espera que no la tiren pensando que es basura; ¿habría estado más segura en poder de Louis?

Sabe que él habría tenido valor para devolverla como es debido.

Nadie advierte nada.



Mientras se aleja, abre una vez más la carta de su madre, un pellizco que no puede evitar infligirse. «Caída en desgracia, heridos, en peligro...»

Las palabras flotan en el viento mezclándose con el humo y la grasa caliente de freír pescado. Y con abrupta violencia rasga el papel y disemina los pedazos por la calle. Un carro pasa por encima de los enlodados fragmentos. Iris intenta dominar una oleada de euforia. Es libre.

Está haciendo lo que quiere. Su hermana tenía razón: se le ha dado una oportunidad y la ha atrapado al vuelo, se ha aferrado a ella. Pasa a toda velocidad por delante de un pescadero, y riéndose corre hacia la casa de Louis, hacia su propia buhardilla, con la bolsa rebotando contra su espalda.

Por primera vez en meses, en años, tal vez en su vida, no siente constreñido el pecho.

Un petirrojo canta sobre un montón de huesos de pollo, las alas aceitosas. Iris tiende la mano, pero el pájaro se aleja dando saltitos.

## Ataúd

Un hombre con librea azul marino le abre la puerta a Silas. Tiene un aire de petulancia, con el pecho henchido de un petirrojo.

—Buenas tardes —saluda el mayordomo, y tras una deliberada pausa añade—: Señor.

Silas se toca las solapas de su propio abrigo azul, de tela barata pero bien cosida, y piensa en algún comentario mezquino, en algún gesto, pero no se le ocurre nada, de manera que se agacha para pasar de la entrada al fresco verdor de la plaza. Estuco recién pintado de blanco, pulcras barandillas, árboles podados: todo tan prístino que parece una hilera de casas de muñecas. Silas prefiere esta zona de la ciudad, con la limpia geometría de sus casas adosadas. Aborrece los crispados callejones de Spitafields y el Soho, donde la naturaleza se abandona a su curso, donde hombres y mujeres no van acicalados, lustrados y planchados, donde los reflejos de luz provienen de charcos de orina, no de bruñidos pomos.

Los cachorros disecados y el esqueleto cuidadosamente montado van en una caja de madera que lleva en los brazos —cuando conoció a Thomas Filigree hizo un ensayado chiste comentando que iba sacar a la criatura de su ataúd, pero el hombre no se rio—; el adorno con el ala de mariposa va en su bolsillo. La Gran Exposición mostrará los tres artículos. Los pasos de Silas se hacen más resonantes cuando lo piensa. Al presentarle los cachorros al señor Filigree, en un último intento desesperado para que el Comité los expusiera también, había esperado reticencia por su parte, pero el señor Filigree admiró el espécimen, señaló la finura del minúsculo esqueleto, el intrincado encaje de las costillas, las columnas, las pelvis, sus patas de igual tamaño. Chupó su pipa y dijo: —Sí, veo que quedarán bastante bien en la sección zoológica. Corren ciertos rumores de que se trasladará la exposición a una nueva ubicación cuando hayan pasado los seis meses, y yo le aseguro que presionaré para que haya una sección dedicada a la paleontología. Piense en esto, y en otros especímenes suyos, junto a restos de iguanodón y de pterodáctilo.

Silas trató de acallar su corazón.

Comentaron la vitrina de lepidópteros, de la cual el adorno que lleva es un pequeño ejemplo. Medirá medio metro de altura y de anchura. Silas aprisionará alas de mariposa entre dos hojas de cristal, de forma que creen una hermosa imagen, casi como una vidriera. Necesitará ciento cincuenta mariposas, tal vez más, de diversas especies: pavo real, atalanta y mariposa de la ortiga. No le será fácil terminarlo a comienzos de mayo, sobre todo porque hasta abril hace demasiado frío para las mariposas, pero puede ir preparando la estructura, y en cuanto cambie el tiempo enviará a Albie a los parques con una red. ¡Lo contento que se pondrá el arrapiezo cuando él, su buen amo, le dé más trabajo!

Mientras camina por los amplios bulevares, entre resplandecientes carruajes, atildados caballos, libertinos con peluquín y perros gordos a los que pasean criados empolvados, su éxito le recuerda al primer reconocimiento que obtuvo, la primera guinea en su mano. Y lo mejor de todo es que en el corazón de todo ello estaba su madre: ah, si supiera lo que había hecho para ayudarle a escapar, cuando ella no deseaba otra cosa que restregarle la cara contra el fango.

Ahíta de ginebra, dando tumbos, encontró una tarde la colección de Silas, oculta en una bolsa de lino tras la casita que compartían con otras tres familias. Y cuando, sacudiendo el saco ante él, le preguntó qué diablos le pasaba, qué significaba aquella especie de brujería, Silas tuvo miedo.

Los cráneos resonaban como campanillas. Le arrebató la bolsa entonces, escapó corriendo de ella sin dificultad puesto que sus pasos no competían con el alcohol, y la escondió. Volvió a la

casa tarde y con el paso encogido de un cachorro que sabe que ha sido malo. Esperaba que su madre estuviera dormida.

Al día siguiente, con la mejilla magullada, se sentó junto a Flick mientras ella limpiaba con arena los platos calientes. Huiría con ella, si tuviera dinero. Su madre, con su profunda voz de hombre, ya había deleitado a los trabajadores del patio con la historia de su colección: habló a berridos de los cráneos, declaró a voces que su hijo estaba mal de la cabeza, y con tal maña lo contó que los hombres a un tiempo se asquearon y se rieron.

—Una bolsa llenita. Venga de calaveras amarillas y sonrientes. Como si fuera el ayudante de la Parca. Habrá sido la influencia de su padre.

Siempre he dicho que el niño se le cayó de cabeza aquel primer verano.

Cuando Silas notó en el hombro la mano del dueño de la fábrica, se acobardó. Solo lo había visto de lejos: a él y a su quisquillosa esposa y sus seis niños malcriados.

—¿Tú eres el niño de los cráneos? —le preguntó. Y los ojos de Silas rebotaron de los ladrillos del horno a la arenosa suavidad de los platos sin cocer que tenía delante, a Flick y la cesta de pinceles de esmaltar.

No sabía lo que implicaría decir que sí.

—¿Eres el más pequeño de Mo Reed?

—Yo...

—Ven conmigo. —Y se llevó a Silas a un atestado despacho con una mesa de tablero de cuero.

El dueño había oído a su madre hablar de su colección de cráneos, y resulta que su esposa tenía un aparador de curiosidades y en él guardaba una mariposa y un petirrojo disecado y un escarabajo y otras sandeces. El hombre no lo entendía, prefería sus labores de aguja antes que aquel mórbido y perturbador impulso coleccionista, algo que ahora estaba muy en boga, ¿no era cierto? Estaba seguro de que en la condición femenina había algún trastorno. El caso es que las damas con las que su mujer pasaba tanto tiempo poseían colecciones avanzadas, como una sirena de las colonias indias, aunque cualquier idiota vería que no era más que un mono cosido a una cola seca de pescado, aunque eso no venía al caso, ¿no era cierto?, y ¿consideraría llevarle un par de cráneos para mostrar a su esposa? Ella le pagaría si fueran de su agrado.

Lo haría, pero el propietario no debía contárselo a nadie. Ni a su madre ni a nadie.

El día que Silas, a sus quince años, vendió su primer cráneo fue a la vez el más duro y el mejor día de su vida. Lamentaba cada venta, cada vez que debía separarse de un amarillento compañero al que había aprendido a querer. Pero con cada moneda que deslizaba en su bolsillo, estaba un poco más cerca de librarse de la fábrica, de llevarse a Flick de allí. Su familia ignoraba que el desmañado Silas era el predilecto de los salones de Stoke-on-Trent, donde lo atusaban y lo acicalaban y se alborotaban por él, donde los criados le lavaban las ennegrecidas mejillas cada vez que aparecía en la puerta. Y él hacía un estupendo negocio con los esqueletos y preparaba su escapada.

Y ahora, entre los lacayos de librea roja que se apresuran por la calle, piensa en la reacción de Iris cuando le cuente la noticia de la Gran Exposición. Conversa a menudo con ella en su cabeza y se imagina su rostro iluminado de deleite, el calor de su mano agarrada de su brazo.

Como siempre, ella hace y dice muy poco. Silas orquesta sus conversaciones con cuidada precisión y ella escucha, sentada o de pie, con maravillado embeleso.

—Cuénteme otra vez lo que le dijo —le pide—. ¡Thomas Filigree! Un hombre de Belgrave Square. Descríbame lo para que pueda imaginármelo yo misma.

Y él se lo cuenta y ella abre mucho los ojos y echa atrás la cabeza y se ríe con su chiste del ataúd y los cachorros, y él le ve el color rosado del interior de su boca. La coge del brazo, la guía

por su tienda explicándole sus especímenes, y ella se detiene ante cada uno y coge cada artículo como sopesándolo.

—Silas —le dice—, he pensado en usted a menudo, con gran aprecio, desde que Albie nos presentó. Y ahora su amistad —y se da unos toquecitos en el ojo— lo significa todo para mí, más que la vida misma.

—No, eso es excesivo. Silas borra la frase y sus lágrimas—. Lo significa todo para mí, es usted tan querido para mí como un hermano. —Sí, mejor.

Silas parpadea, mira alrededor, sorprendido al ver que está en el cruce de Picadilly. Su intención es proseguir hacia el este, en dirección a su tienda, pero en lugar de eso se encamina hacia el oeste, hasta Regent Street. Si es bastante bueno para la Gran Exposición, sin duda, será bastante bueno también para ella, ¿verdad? Está seguro de que lo está esperando, siempre deseosa de que aparezca.

Hablará con Iris. Le contará la noticia. Al fin y al cabo, se conocieron en el lugar de las obras, de manera que comentar que participará en la exposición no es del todo inadecuado, y ella misma dijo que le gustaría visitar su colección. Su corazón es un tambor. Le enseñará los cachorros, le regalará el adorno del ala de mariposa.

—Ay, Silas, a menudo me he preguntado dónde podría encontrarle —le dirá ella.

Recorre el lado más elegante de la calle. El alboroto es un palpitar en sus oídos. («¡Oh, qué agradable sorpresa!», y le mirará con admiración apartándose un mechón de pelo tras la oreja.) En las últimas semanas, Silas ha pasado por delante de la tienda muchas veces, cada rodeo justificado con el más vano de los pretextos. Y cada vez ha resistido el impulso de alzar la vista, ha mantenido los ojos en el suelo.

Ahora entra.

Vé a Iris en su mesa, inclinada sobre un trozo de tela. ¡Qué hermosa es su costura! Ante ella, un diminuto carrito de encaje desenrollado. Silas se acerca furtivo, deseando que ella alce la vista, aguardando el momento en que lo reconozca. Una mirada, una sonrisa...

Ella levanta por fin la cabeza y Silas casi tropieza. Su rostro está terriblemente marcado. No puede ser ella, no puede haber quedado tan desfigurada en tan poco tiempo. Pero el pelo, la figura, todo... ¿Cómo es posible? El ojo izquierdo está nublado, blanquecino, el otro enrojecido como si hubiera estado llorando. Tiene una expresión de intensa tristeza.

—Iris, ¿qué ha...?

La joven frunce la boca.

—No soy Iris —replica, con la frialdad de la nata helada—. Si está buscando a mi hermana, ya no trabaja aquí. Se marchó esta mañana.

—¿Qué? ¿Dónde está?

—¿Y a mí qué me importa? O a usted.

Silas deja la caja de los cachorros, procurando no irritarse ante aquellos modales. ¡Es tan distinta de su hermana!

—Necesito dar con ella. Es muy importante. Era una buena amiga mía.

La joven suelta una risa burlona.

—No me sorprende nada. Parece ser que ha hecho muchas amistades sin mi conocimiento.

Silas no sabe a qué se refiere.

—¿Tiene su dirección? ¿Algún lugar donde pueda encontrarla? Es que debo encontrarla, ¿sabe?

—¿Y por qué se lo iba a decir?

—No pretendo hacer ningún daño —asegura Silas. Pero entonces capta una cierta expresión

en la hermana y entiende, por su gesto asqueado, que piensa que Iris y él son amantes. Le conmueve y no la corrige—. La conocía muy bien. Un buen día me abandonó sin más y ahora necesito verla.

—Lo sabía. —La joven retuerce un retal entre los dedos, y él se deleita en el malentendido—. Pues vaya a molestarla, que a mí me da igual. Dele un buen susto. Sorprenda a su último *inamorato*.

Silas no sabe lo que significa esa palabra. Se queda mirando el pelo de muñeca que se amontona en la mesa, ansioso por obtener la información que necesita.

—¿Y dónde...?

—Colville Place número 6. Allí la encontrará.

Silas recoge su caja.

—Gracias...

—Rose.

—Gracias, Rose.

Colville Place es una calle angosta de casas inclinadas unas sobre otras. Los edificios son altos —cuatro plantas— pero no tienen más amplitud que la de una habitación. Varias casas son talleres; hay un velero y un carpintero.

Se plantea llamar a la puerta, pero se lo piensa mejor. Da por sentado que Iris es una fregona o similar en esta residencia, a las órdenes de alguna viuda anciana que tal vez no le permita visitas. «La Fá-bri-ca. HPR. Hare-mos por reci-bir-le», lee con cuidado. De manera que eso significaban las iniciales que oyó gritar a los pintores en el Dolphin. ¿Pero por qué hablaban a voces de recibir a nadie? Debía de ser el argot callejero que utilizaban los jóvenes adinerados.

Silas se sienta y aguarda en un escalón a la puerta de un establecimiento abandonado, las rodillas juntas, la caja sobre el regazo, la mano jugueteando con un botón. Está casi directamente enfrente de la casa en la que trabaja Iris. Para distraerse, inspecciona la luna rota del escaparate.

Ensayo su presentación. A Iris le impresionará que haya logrado dar con ella, de eso está seguro.

Alguien empieza a tocar en un piano una triste melodía. A veces Silas se ha colado en alguna iglesia, ha escuchado el tronar de los órganos, el canto de los violines, de los coros. Se imagina que Iris es la clase de persona que se conmoviera ante un réquiem: un alma femenina y tierna. Se pregunta si podría ser incluso ella la que toca. Piensa en sus esbeltos dedos corriendo de un lado a otro por el frío marfil, en el bamboleo de su espalda.

Espera y espera y espera, agitándose y poniéndose en pie cada vez que oye pasos en la calle. Nunca es ella. Pero al fin, justo cuando tiene ya tanto frío y tanta hambre que piensa en marcharse para comprar una patata asada o un pudín, aparece ella doblando la esquina de Colville Place, más alta de lo que la recuerda, menos escuálida. Le sorprende la fuerza de sus hombros.

Silas da unas palmaditas a su caja y se levanta. Ella pasa de largo sin mirar siquiera. Él la llama.

—¿Señorita... Iris?

Ella se vuelve, sin una sonrisa, sin un gesto. Él se humedece los labios, traga saliva.

—¿Sí? —Pero mira a su alrededor («Silas... por fin has venido»). Lo siento mucho, pero no recuerdo...

De todas sus respuestas, Silas no había imaginado esta, tan seguro estaba de que ella también pensaba en él.

—Yo... me llamo Silas. —Iris mantiene su ceño. Pronto se echará a reír, fingirá que ha sido una broma. Pero Silas prosigue, por si acaso—. Nos conocimos en la Gran Exposición. Mi amigo

Albie...

Otra arruga en la frente. Silas echa un vistazo a su caja con los perros.

No es ninguna broma.

—Sí, por supuesto, ya me acuerdo. —Iris aguarda. Él no dice nada—. Bueno, ¿puedo ayudarle? —pregunta por fin—. ¿Es que Albie ha caído enfermo?

—No, no. Es que... Me han aceptado en la Gran Exposición. —Silas señala la caja con la cabeza—. Bueno, no a mí, sino un esqueleto y un cachorro disecado y una vitrina... O sea, una vitrina hecha de mariposas. Los cachorros están aquí, pegados. —Silas carraspea—. En su ataúd, como llamo yo a esta caja. Y cuando la abro, es como si los sacara de su tumba.

Ella parece perpleja.

—Es solo un... en fin, un chiste mío. Bueno —prosigue, con voz tan solo ligeramente vacilante.

—Me tengo que ir —interrumpe ella, señalando el número seis—. Solo he salido un momento a por una vela. Ha sido un placer.

—Cuando nos conocimos —se apresura él—, dijo que le gustaría conocer mi colección, y quería preguntarle cuándo le resultaría conveniente venir a verla.

Iris mira alrededor y habla despacio. Es cortés. Es impecablemente cortés, y ahora Silas sabe que apenas se acuerda de él, se le ocurre pensar que tal vez no quiera ir a verlo en absoluto, que tal vez acceda solo para no herirle en sus sentimientos. ¿Y entonces qué? Una idea le cruza la mente, clara como el cristal. Bueno, dice la voz, entonces tienes que matarla. Y casi se echa a reír. ¡Qué ridiculez!

—Bueno, si algún día paso por allí cerca... —Iris se toca la escarapela del vestido.

Él se agita.

—¿Vendría mañana?

—¿Mañana?

—Venga a las cinco. —Se mete la mano en el bolsillo, saca el adorno de ala de mariposa y se lo tiende—. Esto es para usted.

Ella mira el ala azul con su ojo blanco y marrón.

—¿Lo ha hecho usted?

—Sí.

—Oh. —No dice nada más, no parece importarle que se alarguen los silencios en la conversación. Acaricia el cristal con el pulgar, pero no parece ser consciente de él. Se le ve la forma de la clavícula a través del vestido. A Silas le encantaría conocer el tacto del hueso bajo la piel.

—Puedo enseñarle cómo hago las mariposas, si quiere, pero mis otros artículos son mucho más impresionantes. Mi tienda se llama Tienda de curiosidades antiguas y nuevas de Silas Reed. Está al final de un tranquilo pasaje que sale del Strand. Pregunte la dirección a cualquiera de los oficinistas o a los escribientes de cartas.

Ella asiente, pero no parece muy concentrada.

—¿Y usted es el señor Reed?

—Puede llamarme por mi nombre de pila. Silas.

—¿Silas?

—Sí —contesta él, intentando tragarse la amargura. Al fin y al cabo, Albie los había presentado, y anteriormente en la conversación había mencionado su nombre, y ella no recordaba nada de él—. Tienda de curiosidades de Silas, mañana a las cinco —repite.

—Muy bien. Gracias por el regalo.

—No es nada. —Pero ella ya ha dado media vuelta, y Silas tiene la impresión de que el suelo

se ondula y él se encuentra a la deriva sobre olas negras.

## Gutagamba y carmín

—Por favor, intenta no moverte —pide Louis, dándose golpecitos con el lápiz en los dientes.

—Ya lo intento —dice ella. Mantiene la pose, un brazo en alto, el otro doblado ante ella. Lleva un largo vestido verde con un cinturón muy suelto en la cintura—. Si tomaran mi imagen, ni siquiera saldría borrosa. Podrían confundirme con un daguerrotipo *memento mori*.

—Queridísimo cadáver, por favor... el mentón... ahí, mejor.

Su caballete está a poco más de dos pasos de donde ella posa. Tiene una pequeña peca en el pómulo, que ella había confundido con una manchita de pintura. Sus pestañas son oscuras contra su piel pálida, y sus labios, tan turgentes como los de una mujer.

Mirarle la distrae del tormento de los brazos. Nadie le dijo que posar sería tan largo, tan aburrido, tan incómodo, tan profundamente agotador.

Es como si le hubieran perforado las piernas con un millar de las agujas de la señora Salter. Ella se había imaginado tirada en una *chaise longue*, apoyada sobre cojines, no eternamente de pie hasta que se le hincharan los miembros.

Y Louis mirándola. Mirándola de verdad, como si Iris fuera algo digno de ser estudiado, apreciado, admirado. Con el lápiz quieto sobre el papel, sus ojos se centran ahora en un punto del pómulo. Y su mirada es tan intensa que parece que la estuviera tocando. ¿Pensará que es hermosa?

¿Estará juzgando la geometría ligeramente irregular de su nariz, el lunar de su frente, o se limita a asimilar sombras y contornos? Antes le había dicho que un verdadero pintor ve el mundo como un cuadro: una serie de formas y ángulos, un movimiento que podía ser detenido y capturado. Son muchas las preguntas que ella quisiera hacer, y se siente de nuevo una niña pequeña tirando de la mano de su madre, preguntando por qué las palomas tienen alas y por qué el azúcar proviene del pan de zanahoria. Y el reproche de su madre: «Siéntate, cállate, no te muevas, no hables tanto, tienes que parecerme más a Rose.» Siempre un cierra el pico y ninguna respuesta.

Es más fácil pensar en Louis que en su familia, de manera que vuelve mentalmente a él. Se pregunta si siempre mirará de la misma forma a sus modelos, con esa suavidad en la expresión, como si estuviera a medias de contar un chiste. ¿Habrá estrechado a mujeres contra él, se habrá desabrochado, agarrado sus muslos, retorcido la boca en éxtasis, como hacía el caballero de su hermana? Se imagina a Louis besándole la mano, sus labios contra sus dedos. Desecha la imagen con un parpadeo y visualiza en su lugar a los críticos delante de los cuadros pintados por ella, el desprecio de su familia convertido en orgullo: «¡Un cuadro de nuestra Iris está en la Real Academia! Se ha vendido por...» ¿Cuánto valen los cuadros? ¿Veinte libras? No está muy segura. Tiene que acordarse de preguntárselo a Louis, aunque tal vez sea una pregunta vulgar.

El lápiz de Louis acaricia el papel. Al otro lado de la sala se oye el *ras, ras, ras* de la espátula del señor Millais, un recordatorio de que él también está allí. Por la comisura del ojo atisba borrosa la blanca silueta del cráneo humano que está dibujando. La primera vez que lo vio pensó en el rostro que en su día estuvo pegado a él, las mandíbulas que se abrirían ante la comida, los dientes desnudos en una carcajada. Iris se estremece. Y ahora el cráneo de esa persona no es más que un objeto para ser pintado.

En el exterior, las ruedas de los carruajes rechinan en Charlotte Street y baten el aguanieve convirtiéndolo en lodo. La nieve se posa en los bordes de los cristales. Un hombre canta, una mujer vocea: «Limonas a penique, limonas a penique.» Su hermana estará en la tienda, atravesando con su aguja terciopelo tieso. Todo el mundo sigue con su vida y ella está aquí.



Ella está con artistas, y no lo lamenta ni un ápice.

Tras devolver la mano de mármol al Museo Británico el día anterior, fue directamente a la buhardilla de Charlotte Street que la hermana de Louis había dispuesto para ella, justo detrás de la esquina de Colville Place. La matrona le abrió la puerta de su habitación, le tendió una llave y entonces Iris fue de nuevo consciente de que tenía su propia cama en su propia habitación con su propio aguamanil y su propia cómoda.

Fue a ver a Louis para pedirle dos velas, y Clarissa la ayudó a llevar carbón y yesca para la diminuta chimenea de hierro. Juntas fregaron los cristales sucios y el suelo de madera, pulieron el armazón de bronce de la cama con saliva y un paño. Clarissa, que aseguraba estar acostumbrada al trabajo de doncella, hablaba sin pausa: sobre Louis y su arte, sobre su madre, sobre su trabajo de beneficencia, que consistía en enseñar a coser y a gestionar la casa de mujeres caídas en desgracia. Cuando Clarissa se marchó, Iris intentó no considerarse una mantenida, intentó ignorar el desprecio que sentiría su hermana si la viera. «Poco más que la buhardilla de una prostituta.» Se sacudió las manos en el vestido, cruzó la habitación en un paso y medio y se quedó junto a la ventana. Vio a una niña llevar por un callejón a un hombre con levita. ¿En qué consistía siquiera la respetabilidad? La casera se mostró firme: nada de visitas de caballeros.

De manera que no podía decirse que estuviera viviendo en un burdel. Y nunca ha besado siquiera a un hombre, mientras que su hermana y su caballero...

La rabia ante la hipocresía de Rose despejó sus remordimientos. Iris cayó sobre la cama y despertó cuando ya era oscuro.

—Mucho mejor —dice Louis, cogiendo un carboncillo—. Ya sé que solo son bocetos de preparación, pero quédate muy quieta.

—Estaba haciendo todo lo posible por imitar la mano de mármol —replica Iris, con la inocencia de una niña.

Él no dice nada.

—¿La mano de mármol es más grande que la mía o más pequeña?

Silencio aún.

—Tal vez deberíamos medir mi palma con ella...

—¿Por qué no lo compruebas tú misma? —replica por fin Louis, detrás del lienzo—. Está ahí, en el estante.

Iris se vuelve, y ahí está: la mano en forma de garra, que parece que fuera a escabullirse.

—¿Qué...?

—Fue una buena artimaña —reconoce Louis—. Al principio la busqué frenético por toda la habitación. Y tengo que admitir que cuando caí en la cuenta de lo sucedido, me encantó. Muy astuta. Pero sabía que la devolverías, ayer por la mañana lo más probable, de manera que te esperé junto al museo. En cuanto terminaste de tirar papeles a la calle, la pesqué de nuevo entre los barrotes.

—Cómo... —comienza Iris. Pero Louis está escondido tras el caballete y ella no puede captar su expresión.

A las tres la luz se desvanece y el estudio queda iluminado principalmente por el fuego de la chimenea. Louis deja el lápiz e Iris da vueltas a los hombros, toda entumecida y dolorida por haber estado tan quieta. Millais está tirado sobre un cojín tapizado y usa a Ginebra como almohadón.

—¿Damos la clase ahora? —sugiere Louis.

Lleva a Iris hasta la mesa del rincón, coloca la mano de mármol ante ella, saca papel y un lápiz.

—Dibuja la mano. Dibújala tal como la ves. —Se arrellana en su asiento y se pone a ojear una revista. *The Germ*, lee Iris en el lomo.

Unos cuantos trazos: un semicírculo para la punta del dedo, una línea para el borde de la mano.

—Millais, este poema de Christina...

Fuera, la nieve se convierte en granizo. Iris deja el lápiz y apoya el mentón en las manos.

—¿Qué pasa? —pregunta Louis—. ¿Por qué te paras?

—Pensaba que iba a enseñarme.

—¿Cómo puedo enseñarte, cuando solo has dibujado dos líneas en un papel?

—Ni siquiera me estaba mirando.

—Bueno, ¿qué te gustaría que te enseñara?

Iris mira el caballete cubierto de gruesas manchas de pintura.

—¿Me puede enseñar a usar los óleos?

—Primero hay que aprender a gatear.

Millais resopla.

—Eso es justo lo que nuestro viejo tutor decía. ¡Aprended primero a gatear! Y tú lo odiabas, Louis. ¿No recuerdas cómo despotricabas? Louis Frost, un tutor sacado del mismo molde que el viejo Perky. Jamás pensé que llegaría a verlo...

Louis se pone en pie y se sacude el pantalón.

—Ay, está bien. Te daré una clase sobre óleos, aunque solo sea para que ese se calle. Pero te lo advierto: mañana volvemos al dibujo.

Millais saluda a Iris con la cabeza y ella sonrío.

—Una mirada entre conspiradores —dice Louis. Se sienta junto a ella ante el caballete, echa una plasta de óleo en una paleta de porcelana—. El truco es primar el lienzo con blanco de zinc. Apenas mezclamos los colores y los usamos de manera muy transparente, de modo que el fondo blanco brille detrás. Eso los hace mucho más vívidos.

Iris mira los colores: verde esmeralda, ultramarino, rojo violáceo y gutagamba. Es como recibir un pudín de tofe tras meses de comer gachas.

—Toma. —Louis le tiende un pincel de marta—. Practica.

Iris lo moja en escarlata.

—¿Cómo?

—Como quieras.

—¿Pero qué tengo que pintar?

Al ver que ella no mueve la mano, Louis añade con suavidad: —Tú comete un error, a ver qué te parece. Dios sabe que yo mismo he cometido fallos de sobra.

Iris mueve el pincel hacia abajo en un único trazo triunfal. Sigue pintando el lienzo a base de manchas poco mejor que las que haría un niño, pero la sensación que le provoca es tempestuosa, eufórica. Le está permitido jugar y ensuciar. Dirige furtivas miradas de reojo a Louis, sus rizos oscuros que relumbran castaños a la luz del fuego; su dedo, más pálido que la mano de mármol, está señalando algo en el lienzo y ella debería escuchar, pero no lo hace. Recuerda cómo le agarró la muñeca aquel primer día en la abovedada casa de té y se roza la mejilla con la palma de la mano para sentir el recuerdo.

Suena el timbre y Louis se levanta para contestar. Vuelve con una carta arrugada.

—¿Quién era? —pregunta Millais.

—Nada importante. —Louis tira la carta al fuego. Iris ve cómo prenden los bordes, cómo consumen las llamas la inclinada caligrafía. «Querida Iris», recuerda. «Quedamos inmensamente

disgustados.»

—¿Vas a pintar otro autorretrato? —pregunta Louis.

—Mi primer cuadro será la mano de mármol.

—Ah, la antigüedad robada. ¿Por qué?

Le recuerda a la tienda de muñecas, a la mano de yeso de Albie para robar bolsillos, a una época que le constriñe el pecho. Pero tampoco quiere olvidar todo eso. La mano le parece un puente entre sus dos vidas. No obstante, se limita a encogerse de hombros y contestar: —Por ninguna razón en particular.

Iris pasa el pincel por el lienzo y los colores saltan y vuelan. El silencio en la sala es blando y acolchado: el sonido de marta cibelina sobre tela, el chisporroteo del fuego. Louis bosteza y se estira con la destreza de un gato. El granizo se torna lluvia. Rugen los truenos. Y ellos, a salvo allí dentro, tres pintores. Iris se acuerda un instante del hombre que la abordó la tarde anterior y la invitó a su tienda —¿Elias? ¿Cecil?—. ¿Qué intentaría venderle?, se pregunta.

Oye un silbido y un resoplido. Millais duerme. Yace bocarriba, la boca abierta, la nariz respingona como la de un cerdo. Louis e Iris se echan a reír en silencio, hasta que olvidan qué les hizo gracia. Ella cierra los ojos y piensa: «No quiero que esto acabe nunca.»

Si estuviera en la tienda de muñecas, todavía estaría pintando bocas y botas y uñas, y tendría dolorida la tierna cara interna de los brazos por los pellizcos de la señora Salter.

Rose...

No.

En un rincón, el reloj de pie da las cuatro y media.

## León

Silas sigue el tictac del reloj con el dedo. Dentro de treinta minutos, a las cinco en punto, ella estará allí. Él estará sentado en la butaca, como ahora, junto al aparador de lepidópteros, con una expresión de ensayado estudio y aprendizaje en el rostro. La puerta chasqueará y él alzarla la vista, se ajustará los anteojos y cerrará su ejemplar de *The Lancet* como si lo hubieran interrumpido. Ha recompuesto su postura dos veces, tres. Se ha aceitado y repeinado el pelo oscuro hacia atrás, ha acentuado su palidez con jabones y aceites. Su nariz, con su romano perfil, es su rasgo favorito, de manera que ha encendido las velas en lugar de las lámparas de aceite porque la luz con sombras la favorece más.

—Iris —saludará—, es todo un placer. Estaba tan absorto en *The Lancet* que he perdido la noción del tiempo. —Ella tenderá una mano sin guante (del mismo tono rosado que el salmón escalfado que comen los dandis en los restaurantes) y él echará el pestillo a la puerta para que ningún cliente los moleste.

—Ahora tiene usted toda mi atención —le dirá. Y ella reirá encantada y admirará sus tesoros con ojos brillantes. Cogera el cráneo de león, tal vez él la ayude, pues es pesado, y pasará las manos sobre la rugosa textura del hueso.

—Siempre me figuré que los huesos serían muy suaves —diría—. No me los imaginaba así. Es demasiado horrendo para una persona como yo.

Y ocultará una risita tras la mano y le contará que tiene un secreto. Él se mostrará preocupado, expresará su deseo de que se encuentre bien.

—Sí, sí —insistirá ella, antes de revelar que el día anterior fingió no reconocerlo solo por hacer una chanza—. Le confieso que me dolió contemplar su decepción. ¿No supo ver por el gesto de mis cejas que todo era una broma?

—Una broma muy cruel, amiga mía —suspirará él, blandiendo el dedo.

Ella se sentará en el taburete a sus pies y pinchará una fresa en conserva que Silas ha comprado en la panadería del Strand. La sostendrá ante su boca, la pulpa roja y húmeda, y luego la masticará despacio. Con la fruta en la mejilla le suplicará que le cuente cómo hizo el esqueleto de los cachorros («El ingenio de la mariposa es ahora mi más preciada posesión.

Veó en usted una tremenda generosidad, un alma buena. ¡Ah, si yo tuviera talento para regalarle algo de igual valía!»), y él atisbará la pulpa de la fresa en su boca mientras ella habla. Sus dientes serán tan blancos como porcelana cocida, pequeños como los de un gato.

Silas elabora su historia, decide que sus padres la querían, pero perecieron cuando ella tenía ocho años, y tanto ella como su desfigurada (aunque cariñosa) hermana tuvieron que depender de una tía benevolente.

Ella le confesará que también se ha sentido sola, necesitada de un amigo.

Él le contará que no ha podido trabajar desde la última vez que la vio, tan inmediato e intenso fue el lazo de amistad entre ellos. Le hablará de su niñez, de las palizas y el humo y el calor y el dolor en los dedos y el cuello, de sus dudas de lograr escapar algún día. Y de la interminable soledad sin límites, del desprecio de los otros niños. Le hablará de Flick, que desapareció una mañana cuando fueron a recoger moras y ya nadie la encontró, que se la imagina muerta en un río, su pelo rojo en torno a ella como el cadáver de un zorro, que siempre ha sospechado que la mató su padre, aunque por supuesto era posible que ni siquiera hubiera muerto, aunque él sabe que está muerta, por más que no sepa explicar por qué lo sabe.

El reloj sigue su curso. Las cinco menos cuarto. Debería haberle pedido que acudiera antes; entonces estaría ya allí. Cada segundo repica con el latido de su corazón.

*Chac.*

*Chac.*

*Chac.*

Se levanta, se estira, mueve una vela de un lado del aparador a otro, la contempla, decide que su lugar original era mejor. Se mira al espejo. El marco es un abanico de huesos: diminutas costillas de trucha que él mismo fue pegando con goma solo un mes antes. Ahora le resulta inconcebible tener esa paciencia, ese pulso. Su reflejo tiembla muy ligeramente. Se pasa los dedos por el pelo, se limpia la grasa en la camisa.

El reloj apenas se ha movido.

Menos diez.

La manecilla salta.

Menos cinco.

Vuelve a sentarse, con cuidado de poner la rodilla de manera que le confiera un aspecto severo, pero accesible. En cualquier momento ella entrará como si tal cosa por la puerta.

Vuelve a coger *The Lancet*.

—«Do-ble pie za-zam-zambo se-vero —masculla— resultado del largo des-uso y pos-posi- posición incor-in-correcta de los pies; ten-o-to-mía y ro-tura... »

Las palabras se mezclan, no tienen sentido. Tira la revista al suelo, se cerciora de que ella no ha llegado, la vuelve a recoger y alisa las páginas con las manos. Finge leer. Siente el pulso en los oídos y la garganta.

Las cinco en punto.

Querrá gastarle una broma, haciéndole esperar un poco. Le tiembla el cuerpo por el esfuerzo de mantener la postura; mira fijamente la puerta. La lluvia arrecia, se desliza por las ventanas. Rugen los truenos. Estará mojada cuando llegue, chorreando.

—¡Menuda tormenta! —exclamará—. Pero ha valido la pena bregar con ella por estar aquí.

Él la secará con un paño.

Y cinco.

Se estará resguardando de la lluvia, esperando una pausa para echar a correr.

—¡No podía llegar empapada! ¡No pretenderá que una dama estropee su vestido!

Y diez.

Ha cesado de llover, pero ella no querrá que se le humedezcan los zapatos. Estará esquivando charcos como si fueran madrigueras de conejo, encantada en el fondo de que él la esté esperando.

Y cuarto.

Ha tenido que desviarse por una misión urgente. Un niño que se ha caído de un caballo, un gatito al que había que rescatar de una ventana alta. Será algo ligeramente heroico, lo suficiente para que Iris retenga su delicadeza y al mismo tiempo justifique su ausencia. Ahora se estará apresurando, disgustada por haberle hecho esperar.

Y media.

Le ha sucedido algo. La ha atropellado un carro. Y mientras se desangra tirada en la calle, le envía un mensaje urgente para que acuda.

Silas espera y espera y espera, paralizado como una sombra.

El reloj da la seis, las siete, las ocho, y aún él no se mueve. Está sentado como en trance. Iris acudirá. Enviará una nota. Tal vez esté muerta. O por lo menos está jugando a comprobar hasta qué punto él está interesado.

Ha oscurecido y se ha desvanecido el ajeteo del Strand. Y Silas sabe, aunque finja lo contrario, que Iris no va a venir, que no ha sufrido ningún percance. Ayer no lo reconoció y hoy se le ha olvidado la cita. No es una broma; sencillamente es que no le guarda ningún aprecio.

Silas flexiona los dedos, se pone en pie. Atraviesa la habitación hasta el cráneo de león colocado en el aparador («Siempre me había figurado que los huesos serían suaves», idiota, imbécil; se está riendo de ti igual que Gideon) y lo estrecha entre sus brazos como si fuera un bebé.

Abre el pestillo de la puerta —el chasquido que lleva esperando oír todo el día es una chanza cruel— y sale con la respiración agitada. La nieve sucia se agolpa contra los edificios, los adoquines relumbran a la luz de la vela en su tienda. Capta su rostro en un charco, grotescamente distorsionado. Alza el cráneo sobre su cabeza, vacila un instante y lo estampa contra el suelo. Se rompe en tres pedazos: la mandíbula, y la sutura en dos limpias mitades. Se fragmenta con la facilidad de la arcilla seca.

Coge la mitad del cráneo y presiona el borde serrado contra su cuello. El dolor es cálido. Presiona más, nota cómo cede su piel elástica. Su respiración se calma. No hará falta mucha más presión para sajar la carne.

Tira el hueso contra los adoquines y luego va cogiendo cada trozo, uno por uno, para estrellarlo una y otra vez, hasta que el cráneo de león queda hecho añicos del tamaño de una uña y él jadea y el sudor le corre por la espalda.

## Adorno

Un fuerte chasquido despierta a Iris. La buhardilla está fría, el fuego apagado hace tiempo. Se echa el aliento en las manos para calentárselas.

Mira por la ventana el manto blanco de nieve. Los copos caen borrando huellas y marcas de carruaje con la eficiencia de una escoba. Desde su habitación, el mundo se ha encogido hasta tornarse una miniatura. Los caballos que resbalan en el aguanieve son rechonchos como ratones garrapiñados, y los vendedores ambulantes parecen juguetitos de cuerda.

Un hombre está cortando leña, y su hacha es poco más grande que una cerilla.

—La gente honrada está intentando dormir —grita una mujer desde una casa al otro lado de la calle.

—Honrada como esta nieve, con las huellas sucias de una docena de hombres —brama el otro, antes de alzar el hacha una vez más.

Iris se viste con los músculos agarrotados de tanto posar inmóvil, deseando ver a Louis y proseguir con su boceto de la mano. Durante la semana pasada, la ha dibujado una vez al día, cada dibujo una mejora sobre el anterior. En su apresuramiento, tira algo de un estante, y al recogerlo ve que es un ala de mariposa, muy bonita, atrapada entre dos pequeños círculos de cristal. Se acuerda de aquel hombre peculiar que se la puso en la mano.

Cuando alisa las sábanas, se le cae de nuevo, pero esta vez no se molesta en recuperarlo. No es que no le guste, pero la incomoda: se lo habrá dado como señuelo para convencerla de que visite su tienda. Por lo menos tenía su gracia que la hubiera confundido con la clase de dama que tiene cuartos de sobra para gastar en tales fruslerías. Se acuerda de la tienda que habían imaginado Rose y ella, Flora, con su marquesina azul y una galaxia de lámparas de gas: surgiría de la niebla de Londres como una especie de gruta mágica. Por supuesto siempre fue un sueño que jamás se haría realidad, por supuesto no era más que una forma de matar las horas, y por supuesto jamás habrían tenido el dinero necesario para escapar del Emporio de Muñecas. Pero ahora que su salario es mayor, tal vez pueda ir ahorrando poco a poco para darle a su hermana los fondos necesarios para establecerse por su cuenta... si es que Rose lo acepta.

Rose cose y cose cada día, y con cada puntada disminuyen sus posibilidades, cada vez más cerca de convertirse en una solterona, un despojo, un ser dependiente. Iris le escribirá pronto, ahora que su hermana ha tenido una semana para acostumbrarse a su ausencia. Ayer por la tarde se acercó a Regent Street y se quedó plantada delante de la tienda, al otro lado de la calle, quince minutos o más. La vela ardía en su antigua buhardilla.

Iris se estremece de frío. No vale la pena encender de nuevo el fuego, es mejor salir de allí lo antes posible. Louis mantiene su casa tan caliente como un horno y se levanta temprano.

Pero cuando llama al timbre, abre la puerta una joven con un chabacano mandil.

—¿Está el señor Frost? —pregunta Iris, mientras la criada hace una reverencia.

—¿A quién debo anunciar, señorita?

—Ir... La señorita Whitte.

—¿Es de la familia, señorita? ¿Me da su tarjeta?

—No. Soy su modelo y...

Un gesto desdeñoso aparece en el rostro de la doncella.

—Búscalo tú misma. —Y la mujer se inclina para echar una montaña de ropa en la cesta de la colada.

Iris se la queda mirando. Que una doncella, una limpiadora, la desprecie así, que le muestre el mismo asco que si fuera un chinche... Pasa junto a ella, que chasquea la lengua, y toma las escaleras hacia el estudio, con la espalda muy recta, el mentón alzado. No se lo dirá a Louis, no le dará a esa muchacha la satisfacción de ver lo bien que ha calado su menoscabo.

Louis le dedica una fugaz inclinación.

—Ah, mi reinita. —Está delante de su cuadro, entre sus archiperres y sus tesoros, frotándose la cara. Iris se imagina que es su mano la que le acaricia la mejilla.

—¿Sucede algo?

—Pues nada —dice él—, que no puedo trabajar. ¿Por qué no me hice oficinista o abogado o cualquiera de esos profesionales de sombrero negro? Incluso un enterrador. ¿Por qué elegí torturarme de esta manera?

—¿Qué diablos pasa, querido principito?

—No tiene gracia —replica él, aunque sonrío—. No hay forma de que me salga bien. Guigemar. Está demasiado idealizado, demasiado... no sé, ¿típico? Lo que dijiste sobre la realidad de pintar... me llegó. Quiero que sea interesante, diferente. Y no es más que un hombre arrodillado a los pies de una mujer y...

Iris se fija en las figuras de la pequeña celda. Una mano de Guigemar sostiene el nudo desenredado del vestido de la reina, con la otra le besa el nudillo.

—Tal vez deberías pintar solo a la reina, sin Guigemar.

—¿Qué? —dice Louis, e Iris se da cuenta de que ha interrumpido sus pensamientos—. Pero entonces ¿cómo íbamos a saber que la han rescatado?

—¿Y eso por qué es importante? Puedes mostrar sufrimiento y esperanza, y el amor que siente en su desesperación. ¿No es eso más interesante? Y la paloma... —Iris la señala: pasa volando por la ventana con su rama de olivo— simboliza redención y escape. ¿No es demasiado tener eso y además a Guigemar?

Louis frunce el ceño.

—Podrías enmarcarla de otra manera... con la mano tendida hacia la paloma, por ejemplo. Podría ser la reina hecha prisionera por su esposo celoso después de que Guigemar haya sido exiliado, antes de escapar ella por sus propios medios. No el rescate más tardío de Guigemar, cuando la tiene cautiva el rey Mériaduc.

—Tendría que empezar de nuevo.

—Tienes tiempo. Y no hace falta empezar de nuevo. Solo tienes que pintar sobre Guigemar arrodillado. —Iris casi toca el lienzo.

—¡Para! —brama Louis—. La pintura está húmeda.

Ella retira la mano y él muda la expresión.

—No iba a...

—Sí, creo que eso es. —Louis se la queda mirando—. Tienes razón.

Podría poner un espejo justo detrás de ella, que mostrara al observador que la puerta de la celda está entreabierta y tal vez no se haya dado ni cuenta.

—Louis se pone una capa apolillada y le tira a Iris la suya—. Ven, no puedo estar en esta jaula ni un momento más. Vamos a pasear.

Iris le sigue por las escaleras, riéndose.

—¿Pero es que te has vuelto loco?

—Creo que sí. Y mi dolencia es grave.

—¿Hay alguna esperanza de recuperación?

—El boticario me asegura que la compañía de una amiga bondadosa es mi única oportunidad



—replica él. Le coge la mano para ponérsela sobre el brazo al salir a la calle, ante la mueca de disgusto de la criada.

Iris sonríe. Le gusta ir agarrada de su brazo y le sorprende lo de prisa que han llegado a estar tan cómodos el uno con el otro. Es normal, es respetable, que una mujer camine del brazo de un caballero. ¿Acaso no ha ido ella misma a la iglesia de ese modo con su padre? No siente nada más que una leve presión a través de los guantes, el ocasional roce de sus pantalones contra sus faldas.

Sus pasos hacen crujir la nieve por las calles silenciosas. Él forma un cuadrado con los dedos, le explica que debería observar el mundo con ojos de artista.

—¿Ves los carámbanos que penden de esa casa? Piensa en cómo los compondrías, qué deberían sugerir. Peligro, tal vez, aunque también se pueden utilizar como espejo para que muestren algo que queda fuera del cuadro. Mira cómo se refleja en ellos el vestido de esa muchacha —señala a una niña que agita unos frasquitos de polvo blanco—, mira el ángulo de su brazo, fíjate en que forma un triángulo y podría guiar la vista hacia algo más importante en el cuadro.

—Veneno de rata a un penique —anuncia la niña—. Receta secreta... un penique, un penique.

—Podrías mandar un regalo a tu querida señora Salter —sugiere Louis—. Para que lo añada a su colección de medicamentos.

—Eres tremendo.

—Ah, mira, esto está mejor. —Antes de entrar en Regent's Park, detiene a un niño cargado de flores de invernadero—. Me llevo una de esas primulas azules.

—Un chelín, caballero.

Iris está a punto de tirarle del brazo. ¡Un chelín por una sola flor! Pero él le pone al niño la moneda en la mano. Iris se acuerda de cuando ahorraba dos peniques a la semana para sus pinturas, y algo en aquel gesto extravagante la inquieta al tiempo que la emociona.

—No es un lirio, pero bueno. ¿Puedo?

Iris asiente, y él se lo engancha en el pelo, rozándole la oreja con el dedo. Todo aquello es demasiado: demasiado rápido, demasiado encantador. Iris desearía que las cosas fueran más despacio. No tiene tiempo de asimilarlo todo, de adaptarse, de reflexionar sobre lo que está bien o mal. Todo resulta tan fácil que debe de ser un truco. Hace tan solo una semana estaba en la tienda de muñecas. «Creemos que te han engañado miserablemente, que te han manipulado para que adoptes un curso de acción que no desees tomar.»

Siente la garganta densa, aceitosa, como si se acabara de tragar una cucharada de manteca. Era lo que Rose y ella almorzaban todos los días, y recuerda su viscosidad, la capa fría que untaban en el pan. Se le pegaba al paladar en una gruesa pátina y se le quedaba el sabor en la boca todo el día.

—Estás terriblemente callada —comenta él. Ella responde que solo está cansada.

Mientras pasean por Regent's Park, Louis habla con una sinceridad que la sorprende. Le habla de su madre francesa, fallecida recientemente («Durante toda mi vida fue una viuda, pero vivía con comodidad. No sintió la necesidad de casarse cuando murió mi padre. ¿Y por qué se iba a casar?

Yo no sentí que me hiciera falta un padrastro»), e intenta también sonsacarle a ella detalles de su vida. Pero Iris está más cerrada que una ostra. No es que quiera guardar ningún secreto, pero ¿cómo puede compararse su historia con la de Louis? Es como si su vida hubiera estado pintada a carboncillo hasta ese momento y ahora haya cobrado la viveza de un cuadro al óleo. ¿Cómo puede contarle que apenas ha visto otra cosa que el interior de una tienda, que apenas ha hecho nada excepto levantarse a las cinco todos los días e ir cumpliendo sus deberes como una sonámbula?

Está segura de que Louis jamás ha oído el vinagre de lavar ni girado la rueda de un escurridor de ropa. Y a pesar de todo, Iris se había considerado afortunada.

—¿Cómo es tu madre?

—No hablemos de mi madre. —Porque Iris tiene la sensación de que una prensa se ha cerrado en torno a su cuello. Abre la boca y un copo de nieve se deshace en su lengua—. A ver si puedes coger ese —le dice, señalando un copo tan grande como un diente de león.

Louis corre hasta ponerse bajo él y lo atrapa de una dentellada, como un perro.

—¿Qué he ganado?

—La gloria eterna.

—Eterna, ¿eh? No tenía ni idea de que fuera tan fácil.

Pasean hasta el lago helado y se detienen junto a las cabañas de los vendedores de hielo. Iris se queda mirando a los patinadores, que se deslizan tan deprisa como sus pensamientos.

## Patínaje

Albie gira en una larga pirueta, las faldas de su abrigo abiertas en abanico sobre el hielo. Viene aquí casi todas las mañanas después de entregar los vestidos cosidos a la señora Salter. Pero hoy el lago está muy concurrido: niños ricos que con sus abultadas vestiduras de seda patinan junto a los aprendices de panaderos y carniceros. Mira alrededor: las pequeñas cabañas de los vendedores de hielo, el bajo glóbulo del sol de invierno, el aguanieve marrón que se acumula en la superficie como la flema de un tísico. El hielo susurra. Albie se engancha a la larga hilera de niños que «hacen el tren», y juntos se deslizan por el lago bramando al aire sus *chucuchucu-chuuu*.

Cuando ya tiene los pies mojados y sufren el mordisco del frío, Albie se acerca bamboleándose hasta el borde y se desabrocha los patines prestados. Piensa en comprarle a su hermana unas gachas con jengibre.

—¡Albie! —El niño se vuelve y sonrío—. Ya imaginaba que estarías aquí. Estaba manoteando como una loca.

Iris abre los brazos y Albie se arroja entre ellos.

—Cuéntame —le pide ella al instante—, ¿cómo estaba Rose esta mañana?

—No le caigo muy bien. Siempre se tapa la nariz y dice que huelo mal.

—El niño resopla.

—¿Podrías... podrías decirle que la echo de menos?

Albie se encoge de hombros y luego señala la escarapela de Iris.

—Llevas la cosa esa que te regalé. —Piensa por un momento en hablarle de Silas, contarle que le preguntó por ella y que fue muy raro.

Albie lo vio una vez con las manos en el cuello de una mujer, empujándola contra la pared, pero no sabía nada de lo sucedido anteriormente. Tal vez ella había intentado robarle. ¿Resultaría extraño, incluso exagerado avisar a Iris? Seguro que se echaría a reír si le dijera que hay un hombre preguntando por ella.

Pero antes de que pueda decidirse, Iris corta el hilo de sus pensamientos.

—Albie, debo presentarte al señor Frost.

—Encantado —dice el hombre. Y cuando Albie sonrío, lo mira muy de cerca—. Cielo santo, ¿qué te ha pasado en los dientes?

Albie se tapa la boca con la mano.

—Los grandes no me crecieron, señor. Quiero unos falsos.

—Pues te costarán unos buenos cuartos.

—Cuatro guineas la dentadura. —Albie nota que la mirada del hombre se aguza, y se siente como si lo estuvieran pelando. Se encoge como hace su hermana cuando la visita cierto tipejo de cara abotargada y llena de granos. Albie lo llama «la patata», por sus costras y forúnculos, que parecen manchas negras de almidón.

—Que me aspen, Reinita, es perfecto.

—¿Perfecto para qué? —pregunta Iris. Albie está pensando en preguntar eso mismo, y también quién es «Reinita», pero tiene la lengua ocupada explorándose en el paladar la quemadura que se ha hecho antes con un pastel caliente.

—Para mi cuadro del pastor, que empezaré pronto. ¿No lo ves?

—Supongo —dice Albie—. Si hay cuartos de por medio, no hace falta mucha ciencia para

pastorear ovejas. Y yo aprendo deprisa. ¿Para el mercado de Spitafields, señor?

## La reina

*Pasan los meses.*

En la última mitad de enero, Louis termina sus bocetos de preparación, define la silueta de Iris como la reina y comienza a sombrear su pelo cobrizo.

Iris aprende a mantenerse inmóvil («Ahora soy una mujer modelo», le dice a Louis, sarcástica) y también a pintar: a ir desarrollando los colores y la profundidad de los óleos, a ir añadiendo detalles cada vez más precisos con un pincel de marta cibelina de manera que no se adviertan las pinceladas, a discernir la geometría y perspectiva de un rostro o una mano.

Diluye los óleos con tanto aceite de linaza que sus cuadros casi poseen la transparencia de las acuarelas. («Similar al estilo de Rossetti», afirma Louis, e Iris quisiera saber si ella muestra algo de su talento, pero deja la pregunta en suspenso.) Pinta encima de sus pinturas y encuentra deleite en su transitoriedad, en el hecho de que sus errores no importan. Sus bocetos se van apilando, y solo permite que los vea Louis, nunca Holman Hunt o Millais. Dibuja la mano de mármol más que ninguna otra cosa, fijándose en la inclinación de los dedos o el pequeño desconchón en el pulpejo de la mano.

Por la noche, cose vestidos para las «mujeres reformadas» de Clarissa, convierte los rollos de grueso algodón azul marino en faldas y cinturas, espaldas que las mujeres puedan abotonarse ellas mismas, brazos holgados para las faenas de la casa. Se imagina que esas muchachas empiezan de nuevo sus vidas, igual que ella, por más que la sociedad biempensante pueda opinar que ella ha hecho justo lo contrario que aquellas mujeres rescatadas, que ella ha elegido la degradación.

Hunt y Louis discuten brevemente cuando Hunt afirma que *El cautiverio de la reina de Guigemar* es demasiado parecido a la celda carcelaria del cuadro que él acaba de terminar, *Claudio e Isabel*, y que el rescate es una imitación de su *Valentina rescata a Silvia de Proteo*, pero se reconcilian cuando Louis señala que, en todo caso, bien podría acusar a Millais de copiarle con su *Mariana* que espera melancólica a su amante en su cámara, y le compra a su amigo una caja de sus dulces hervidos favoritos. Hunt al final se echa a reír y concede que puesto que la pintura de todos ellos parece tratar de prisiones, rescates y la agonía de la espera, bien pueden celebrarlo como un motivo HPR para 1851.

Todas las noches Louis acompaña a Iris a su casa de huéspedes al otro lado de la esquina, y sus despedidas en la calle son silenciosas, contenidas.

Cuando ella no puede dormir, traza con el dedo el dibujo del papel pintado en la pared y piensa: «Estoy viva... es ahora cuando de verdad empieza mi vida.» Siente que le corre por las venas una nueva capacidad de ser feliz, de amar, de reír. Por primera vez teme la muerte. Se mira la mano, incapaz de concebir que algún día su espíritu la abandonará, que su chispa se apagará. Su rostro pintado, en cambio, la sobrevivirá, preservándola tal como es ahora.

Está tan llena de júbilo que es como si nunca pudiera extinguirse.

En febrero, la mueca de la criada es tan desdeñosa como siempre, y sus padres se niegan a abrirle la puerta. A Iris le importa menos, pero no le sucede lo mismo con Rose, que sigue sin contestar a sus cartas. Recuerda la vez que Rose vio el dibujo de la caja de rapé de su padre, cuando tenían trece años, y preguntó embelesada: «¿Pero tú has pintado esto de verdad?

¿No me mientes?» Luego insistió en llevarla a la Galería Nacional y allí tendió las manos y le dijo que ella sería mejor que cualquiera de esos artistas. «Cuando tengamos nuestra tienda, puedes

ser tendera y, además, una pintora famosa. Eso atraerá muchos clientes, ¿no crees?» Otro recuerdo aterriza sobre este, clavándole un puñal de pena: la angustiada expresión de su hermana aquella noche en el sótano.

Piensa en Rose cada vez que estruja un tubo para echar pintura en la paleta, cada vez que su lápiz toca el papel. Pero los pensamientos se desvanecen deprisa, consumidos por la lenta alegría de mezclar colores, de copiar formas, y ella pasa las horas satisfecha, inmersa en su concentración. Dibuja la mano desde todos los ángulos, luego esboza el perfil que usará cuando esté lista para pintarla como es debido. Compra en Brown, en High Holborn, un diminuto lienzo de trama fina, tan suave que parece un panel de caoba imprimado. Louis le da un pincel tan delgado que para ver las cerdas hay que alzarlo hacia la luz.

Practica pintando sobre zonas pequeñas, del tamaño de sellos. Louis le permite trabajar en el fondo de *El cautiverio de la reina de Guigemar*: Iris pinta dos ladrillos de la celda, cinco hojas de hiedra que enlazan sus tentáculos a través de los barrotes de la ventana, dos rubíes engarzados en la corona de la reina. Él termina la comida dispuesta a sus pies en una bandeja de plata: ciruelas maduras en las que picotea una avispa («Para indicar que su belleza se agosta en la espera», explica Millais), una hogaza de pan, una copa de vino. Utiliza resina copal para intensificar más el brillo, para que el vestido de la reina, verde ribeteado con piel, reluzca como una vitrina.

—Si esto es la cárcel, yo estaría allí encantada —comenta Iris, arrancando una uva de un racimo.

Pero Louis no logra dar con la expresión de la reina: es demasiado lánguida, demasiado afectada. Decide dejar el rostro durante un mes o así.

Y ambos siguen hablando, de poesía, de ambiciones, de Millais, de la primavera, de la familia, hasta el punto que Iris comienza a preguntarse si no la verá como una hermana. Le sorprende lo atento que es: si ella menciona un pigmento que desea, se lo encuentra sobre la mesa al día siguiente; si comenta que cuando caminaba hacia el parque captó el delicioso aroma de un pudín de manteca, él volverá de una reunión de la HPR con una torta de melaza envuelta en papel. Y apenas le permite darle las gracias, asegura que no es más de lo que haría por Clarissa, e Iris está segura de que si la deseara ya habría intentado seducirla. A pesar de que ella hubiera tenido que rechazarlo.

Oye rumores de amoríos entre Ford Madox Brown y su modelo Emma Hill, de su hija ilegítima, Catherine; y Millais chismorrea sobre la atracción que ha observado entre Gabriel Rossetti y Lizzie Siddal, aunque Rossetti la niega. Iris intenta sonsacar a Millais (que ya no es para ella el señor Millais), de forma tan discreta que él no alcanza a comprender lo que le está preguntando. Sí, le asegura frunciendo el ceño, pues claro que Louis ha pintado antes a otras modelos. Iris no sabe cómo afinar el tiro.

Una tarde, Louis le pregunta si puede enseñarle a Millais sus bocetos.

Ella accede y se sienta en un rincón, acariciando la cabeza durmiente de Ginebra y aguzando el oído para no perderse palabra.

—Por Júpiter, qué calladito te lo tenías —exclama Millais, mirando de cerca—. Aquí hay una simplicidad majestuosa.

—¿Entiendes ahora lo que quería decir?

De pronto Iris se da cuenta de que Louis ha hablado de su arte con Millais. Daría algo por saber qué le habrá dicho, con lo escasos que suelen ser sus cumplidos: Louis solo le dice cómo puede mejorar.

—Pensaba que serían dibujitos tontos de niña, y todas estas semanas me pasmaba que

perdieras tanto tiempo en su formación.

Louis asiente con la cabeza.

—Mira cómo ha dibujado aquí los dedos. Por descontado le falta mucha maestría, pero es de lo más prometedor, ¿no te parece?

Millais pasa al siguiente dibujo.

—Desde luego. Como no tengamos cuidado, nos va a pisar los talones.

Y a Iris le cuesta todo un esfuerzo no agarrar a Ginebra por las patas para ponerse a bailar con ella por la habitación.

En marzo, Louis e Iris dan largos paseos. Y él da tales zancadas que ella tiene que corretear cada pocos pasos para no quedarse atrás. Le coge un ramo de campanillas y a ella le cuesta tirarlo cuando las flores se marchitan y mueren. Iris comienza a ver el mundo como un lienzo: los rápidos dedos de una pescadera destripando arenques podrían quedar inmovilizados en su cuadro; el fuego de carbón que arde tras ella reflejado en el cuchillo algo mellado; un toque de rojo violáceo mezclado con gomaguta, un atisbo de azul ultramar para el metal plateado, y sus uñas, de puntas blancas, serían cinco espejos arañados; la posibilidad de movimiento mostrada en la tensión del brazo, en el pelo alborotado por la brisa. Y a pesar de todo, a Iris le da miedo pintar algo tan real, tan vivo, de manera que dibuja la mano de mármol una y otra y otra vez.

Louis y ella pasean por Regent's Park y Green Park y hasta el cementerio de Highgate, donde se sientan juntos y bocetan un arcángel de piedra, y a Iris le parece que cada día se aparta más de su papel como su alumna y modelo para convertirse en colega, en amiga. Atesora cada contacto con él: cuando le pone la mano sobre la suya para guiarle el lápiz, cuando sus dedos se rozan sin querer al atravesar las puertas del cementerio...

Iris lleva un corsé más holgado y vestidos más sencillos, se deja el pelo suelto y recibe cualquier mirada maliciosa de reproche con fría indiferencia. En una ocasión, fuma de la pipa de Louis.

—¡Caray! —exclama Louis al verla fruncir el ceño a un caballero que la ha mirado mal cuando bajaban la empinada cuesta desde Highgate—. Dominas perfectamente la mirada asesina. Espero no ser jamás merecedor de ella, porque me fulminaría en el acto. De delicada damisela, nada.

Él la ayuda con el cuadro de la mano de mármol. Ella esboza la composición con grafito y añade la primera capa de blanco y un toque de esmeralda y azul ultramar y destaca las líneas más finas de la palma.

Trabaja hasta tarde por la noche y, cada vez que posa, reflexiona sobre las modificaciones que realizará esa velada, los bordes que resaltará, las sombras que extenderá. El cuadro consiste tan solo en la mano sobre una superficie de madera, con un fondo terso de rosa rojizo.

Cuando lo acaba, está lejos de ser perfecto, pero Iris está orgullosa de él y se plantea presentarlo a la Exposición de Verano de la Real Academia.

Louis le comenta que lo más probable es que no se lo acepten y la conmina a aguardar un año más.

—¡Piensa en lo mucho que mejorarás en un año! Tienes muchísimos años por delante. —Pero ella está impaciente por alcanzar el éxito.

Visitan el emplazamiento de la Gran Exposición y contemplan los carros de los vidrieros que corren por las canaletas, los cientos de paneles de cristal que se van colocando en su lugar.

Y hablan sin cesar. Él le cuenta de sus propios viajes. —Ostende y París y Venecia, donde un gondolero gordo estuvo a punto de hundir la góndola, donde bailaron toda la noche y donde se encontraba la más magnífica arquitectura gótica. Le cuenta de la energía y la inspiración que

encontró en la ciudad, que leyó *Las piedras de Venecia* y cómo valora Ruskin la libertad artística y la verdad de un modo, a su parecer, muy en concordancia con los principios de la HPR, le confiesa lo mucho que desea que el crítico se fije en su obra. Le habla de las plazas georgianas de Edimburgo, donde Clarissa vivirá durante medio año para cuidar de una amiga enferma.

Él mismo se ausenta una semana para acompañar a su hermana en el viaje en barco. En su ausencia, Iris toma prestados algunos de sus pinceles y pinturas, y los primeros dos días disfruta de la reclusión trabajando a solas en su buhardilla, disfruta del tiempo que puede dedicar a pintar y dibujar. Nunca ha conocido una paz igual: solo ella y su obra. El tercer día, ansía compañía, desea que pasen las horas, tener a alguien con quien poder hablar de su pintura, alguien que la entretenga con alguna anécdota. El cuarto día, escribe a su hermana y aguarda una respuesta con una inquietud que jamás había experimentado. No recibe tal respuesta. Y la soledad la ataca nuevamente. Su absoluta dependencia de Louis la asusta. Louis es todo cuanto tiene. Piensa en él constantemente, revive sus conversaciones, recuerda cada roce de sus manos. Debe apartarlo de su mente, pero cuanto más se lo dice, más ocupa sus pensamientos.

Cuando Louis vuelve, la encuentra curiosamente incómoda con él.

Ambos se muestran callados. Su relación parece haber perdido la confianza.

Él la dibuja para *La pastora*, y ella tiene agujetas todos los días después de estar sentada sobre sus piernas. Louis le pregunta si está cómoda y ella miente diciendo que sí. Cuando por la tarde la instruye, lo hace con la frialdad de un profesional. Iris se pregunta si sucedió algo o se dijo algo en Edimburgo que haya forzado esta distancia. Louis procura que las conversaciones no se desvíen del arte, lejos de cualquier mención a Clarissa, su casa o sus sentimientos.

—No —dice, dando unos golpecitos en el dibujo—. Eso desobedece los principios de la perspectiva. Dibújala como la ves. Sé que lo puedes hacer mucho mejor.

Iris le coge el papel, responde a sus preguntas con monosílabos, y él no intenta sacarla de su enojo.

Y al poco, comienza el mes de abril y llega el fin de plazo de la Exposición de Verano. *El cautiverio de la reina de Guigemar* está calzado en el caballete, la pintura seca excepto por la cara de la reina, que Louis pone todos sus esfuerzos en perfeccionar.

—¿De verdad hacía falta, Reinita? —dice Louis cuando Iris bosteza, y asoma en él el primer atisbo de afecto desde que volvió de Edimburgo—. Por favor... Eso. Y ahora no te muevas.

Hace horas que ha anochecido, el carruaje espera fuera el cuadro acabado. Se oyen los relinchos y resoplidos del caballo, el chasquido de sus cascos en los adoquines.

—Siempre en el último momento. Quemándose las pestañas —comenta Millais.

—Una contribución de lo más útil, la tuya —replica Louis—. Seguro que tú enviaste tus lienzos hace semanas, y barnizados y todo. No todos podemos trabajar a tu ritmo.

—No olvides que el año pasado me admitieron de milagro.

—Si rechazan el *Mariana*, yo mismo les quemo la academia. —Louis frunce el ceño—. O me como a Ginebra. Te lo ruego, no me distraigas.

Iris vuelve a tener ganas de bostezar, pero se aguanta. El reloj da las once. Louis, el pelo todo alborotado y desgredado, se muerde el labio. De vez en cuando pasea, alzando una mano si Millais intenta hablar.

—¿Estás seguro de que es buena idea trabajar en él ahora? La pintura estará húmeda y podría correrse...

Louis le sisea por toda respuesta. Y sigue trabajando, a veces sonriendo, a veces gruñendo ante el caballete («¡Está fatal! ¡Seguro que me lo rechazan!»). Iris piensa en su propio cuadro: la pequeña mano de mármol, el pálido rojo violáceo del fondo. Sabe que podría mejorarlo, que no



es nada probable que se lo admitan, y no solo porque el pulgar está un poco desproporcionado, sino que el comité no ve con buenos ojos a las mujeres artistas. Pero ¿acaso no ha expuesto varias veces Mary Thornycroft? ¿No podría ella al menos presentarse? Aguardará hasta el último momento para decidir si mete su cuadro en el carruaje junto al de Louis. Ginebra se frota contra su pierna, pero ella se resiste al impulso de acariciar al tejón australiano.

Cuando Louis deja bruscamente por fin el pincel y dice «He terminado», Iris se acerca al caballete y lo contempla con ojos nuevos.

—¿Qué te parece? —Louis se da golpecitos en la muñeca con la espátula—. ¿No es demasiado... chillón? —Ha pintado la cavidad entre los labios con un esmeralda sin mezcla—. Demasiado trivial... demasiado... ¡ay, yo qué sé! Dudo que lo acepten.

Iris pretendía decir algo burlón, tal vez un «Por lo menos muestra una gran promesa», pero guarda silencio.

En parte está contenta por él. Pero en parte también siente envidia.

Las pinceladas son invisibles, tan precisas que le parece oler la humedad de los muros de la celda, tocar la vena de una hoja de hiedra, palpar los sedosos hilos que envuelven a la criatura presa de la telaraña. La reina está en pie, casi tan real como ella misma, con una mano tendida hacia una paloma que vuela por delante de los barrotes de la ventana con una rama de olivo en el pico. En torno a su cintura, una cinta de seda anudada; a sus pies, suntuosos alimentos desperdigados. Su rostro está de perfil, pero inclinado hacia el observador, una media sonrisa en los labios, color en sus mejillas. Y Louis ha logrado captarla como si estuviera a punto de moverse, lista para salir corriendo, libre. Es un momento de redención.

Pretende ser un eco del *Mariana* de Millais, y Louis ha inscrito debajo una cita idéntica: « *Mi vida es sombría, / él no ha venido*», además de tres versos del *Lai de Guigemar* en francés medieval.

—¿Y bien? —insiste Louis, tamborileando con el pincel sobre la paleta—. ¿Qué?

—Es... es perfecto.

—Notable —comenta Millais—. Qué diantres, si no cuelgan esto en la línea, no sé qué van a colgar.

—Bien. —Louis quita el cuadro a toda prisa del caballete y lo mete en una caja de madera, en cuya tapa ha escrito «PINTURA HÚMEDA» y «MANEJAR CON CUIDADO». Iris decide en ese momento presentarse a la Exposición de Verano. Tal vez la rechacen, pero por lo menos lo intentará.

—¿Dónde está mi cuadro?

—Baja conmigo al carruaje y te acompaño a casa —se ofrece Louis.

—Pero ¿dónde está mi cuadro? Dijiste que me lo harías enmarcar.

Louis mira a Millais. Están en el umbral, sosteniendo entre ambos la caja como si llevaran un féretro.

—Iris...

—¿Qué? Crees que no debería presentarme. —Iris se muerde el labio—. Ya sé que no es tan bueno como el tuyo, que puedo mejorar, pero...

Louis vuelve a mirar a Millais.

—Bueno, yo no se lo pienso decir —asegura este.

—Debería haber mencionado...

Iris nota un dolor en la garganta.

—Tú crees —dice amargamente— que al fin y al cabo no nuestro promesa.

—Ay, Iris. No seas tan dura. No es eso. —Pero no la mira a los ojos—. Es... Ginebra. La

culpa fue toda mía. Dejé tu cuadro en el aparador del salón. Verás, es que Hunt estaba por aquí y quería que lo viera. Pero no me di cuenta de que también estaba Ginebra. Tendría que haberlo comprobado, ya lo sé... El caso es que debió de cogerlo. Y ya sabes lo afiladas que tiene las garras y... en fin, que está casi destrozado.

## Tugurio

Silas se ha olvidado de Iris. Eso mismo se dice al despertar todas las mañanas. Han pasado dos meses y medio desde la tarde en la que no se presentó en su tienda. Sabe que no está muerta porque al día siguiente fue a Colville Place y aguardó hasta que la vio aparecer. No le envió ninguna carta explicando su ausencia y tampoco fue a visitarlo a las cinco en punto al día siguiente, ni al otro.

De manera que la ha olvidado.

Si se la encontrase por la calle, ella se llevaría la mano a la cara, le pediría disculpas por haber faltado a su cita, y él intentaría recordar quién era.

—Ah —diría por fin—, es usted la joven que iba a venir a verme. Me temo que no recuerdo su nombre. —Y tendría el placer de rechazar sus súplicas para ir a ver su tienda otro día.

O bien él estaría contemplando sus obras en la Gran Exposición y vería una silueta vagamente familiar junto a su vitrina de lepidópteros, claramente perfilada. Ella se apresuraría hacia él, chasqueando con los zapatos en las losas del suelo, estrechando en la mano su adorno de mariposa, y a él le daría igual.

—Ojalá hubiera ido a su tienda —le diría—. Pero tenía miedo. —O bien —: Olvidé su dirección.

Y él replicaría: —Ah.. Isobel, ¿no era?, no tiene por qué preocuparse. Pero ahora estoy demasiado ocupado para enseñarle mi pequeño museo.

Trabaja en sus piezas sin descanso. Los cachorros, empaquetados en cajas acolchadas marcadas como «MUI FRAJIL», se han entregado en mano al Comité. La vitrina de lepidópteros está casi terminada. Albie ha atrapado más de sesenta mariposas y le lleva las criaturas presas en tarros de barro, todavía vivas porque el chico es tan blando que asegura ser incapaz de matar una cosa tan bonita. Silas se pregunta si el arrapiezo sería siempre tan sentimental. Parece un rasgo nuevo y exasperante.

Él le paga un cuarto de penique, o medio penique, dependiendo de cuántos insectos haya cazado, y destapa los tarros en el sótano. Ha perdido una o dos mariposas que salieron volando antes de que pudiera atraparlas.

Ahora tiene más cuidado. En una ocasión le arrancó un ala a una *Gonepteryx*, que se estuvo arrastrando en círculos, su cuerpo como un puro fino. Se la quedó observando un rato, hasta que se aburrió y la espachurró con la pinza de sus antojos.

Una vez tiene las alas, Silas las ordena por colores, y parecen hojas de otoño extendidas por el suelo del sótano: azules y blanquitas de la col y ortigueras. Las pega en patrones simétricos en las láminas de cristal. La vitrina está dividida en nueve cuadrados perfectos, y cuando termina un cuadrado, le coloca encima otro cristal. El trabajo le serena como no habría esperado.

Pero a medida que avanza el mes y solo ha completado cinco de los nueve paneles, Silas se da cuenta de que tendrá que llenar los espacios vacíos con polillas. Cuando oscurece, enciende una lámpara en su tienda y abre la puerta. Las criaturas entran revoloteando y, con movimientos casi de borracho, chocan contra el techo y los armarios. Silas las atrapa con una red, con cuidado, porque solo hace falta el más mínimo golpecito para que sus alas se deshagan en polvo.

Una tarde, después de disponer las alas de seis bolorias en un arco de manchas naranja, siente la necesidad de beber algo. Se masajea los hombros, doloridos tras pasar todo el día encorvado.

—¿Un brandi con mantequilla, como siempre? —le pregunta la patrona del Dolphin, mientras

limpia con un trapo una mancha de unguento rojo del borde de un vaso.

—Dos —pide Silas, deslizado las monedas hacia ella. La taberna está tranquila para ser una tarde de jueves. Es uno de los primeros días cálidos del año, y todos los borrachuzos estarán atestando los parques.

—¿Espera compañía, señor?

—No.

—Pues vaya. Muy bien, dos brandis, caballero. Uno tiene que mimarse, es lo que yo siempre digo. Uno tiene que mimarse como si se hubiera criado a base de dulces de jengibre y sopa de tortuga. —Se echa a reír, pero Silas ya la ha oído antes soltar esa misma frase y la sonrisa que le devuelve es más una mueca.

Se lleva sus dos copas y apura una de ellas de un trago. El licor le quema el vientre. Da un respingo, pero la sensación es reconfortante. Es cierto que ha estado muy ocupado, de hecho ha estado viviendo en una especie de frenesí. La ropa le cuelga de los huesos y por la noche puede recorrer con los dedos las canaletas de sus costillas. Se ha olvidado de comer; necesita un toque femenino. Tal vez, si alcanza renombre en la Gran Exposición y le encargan abrir un museo auténtico, podrá permitirse una doncella. Se imagina una jovencita arreglándole el cuello, echándole tuétano en el plato, cebándolo con humeantes fuentes de pudín de ternera.

Ella le escucharía, se maravillaría ante su ingenio y su pericia, le llamaría «la mente más grande de su generación».

Echa un vistazo hacia la mesa en la que Campanilla manosea el pecho de un anciano abogado, enrolla un dedo en la cadena de su reloj de bolsillo y jala de él como si fuera un pez en un sedal. El caballero tiene los ojos medio cerrados y el arrugado rostro enrojecido de besos. La pluma rosa de avestruz en el sombrero de ella se estremece al calor del fuego.

El caballero se pone en pie y Campanilla brama: —Patrona, tráigale al caballero un cubo para que orine.

Cuando el hombre se marcha, Campanilla se inclina hacia Silas. Él se sonroja, anhela sentir su contacto. Piensa que si le abraza, se echará a llorar.

Ella susurra algo.

—¿Perdón?

—Digo que vuelvas a meter tu sucia lengua en la boca. Eres como una perra en celo. Me das asco.

—¿Yo?

—Sí, tú. No por nada te llaman Silas el Mirón.

—¿Silas e-el Mirón?

—Ay, mira, vuelve a la asquerosa madriguera de la que has salido, ¿quieres?

Silas, resentido, mira los remolinos de su bebida, ve su imagen ondular en la superficie, siente el rubor que le sube por el cuello. El mundo da vueltas. Apura la segunda copa, descarga el vaso contra la mesa y se levanta.

—Deberías aprender modales. Algún día seré un noble caballero y te arrepentirás de haberme hablado así.

Ella se encoge de hombros y hace un mohín ante un espejito de bronce para aplicarse otra capa de carmín.

Silas arrastra los pies hacia la barra, intentando no tambalearse. Se le ha nublado la vista. Debería comer algo.

—Esa ramera... —Y señala con el dedo a Campanilla—. Más vale que le enseñes algunas cortesías.

La patrona se inclina y se apoya sobre los codos.

—¿Que le enseñe? ¿Después de lo que le hiciste? No es de extrañar...

—¿Después de lo que le hice? Si yo no he hablado con esa pazpuerca en mi vida...

—Ya, tan inocente como un corderito recién nacido —replica la madame, antes de dar media vuelta para atender a otro cliente.

Los pasos de Silas martillean sobre el pavimento. No esquiva a los buhoneros, no se aparta del camino de niños ni damas ni caballeros de levita con sus botas bien relucientes. Que lo respeten ellos a él, para variar.

Camina deprisa, imparabile, recto como un dobladillo.

Se detiene en el cruce de Oxford Circus. Contempla a los caballos que pasan atronando, algunos con bridas plateadas, otros flacos y con espuma en la boca, y se imagina que se arroja ante sus patas, se imagina el pataleo de sus cascos, la abrasión de una rueda de hierro, la aniquilación. Su cuerpo sería poco más que un pellejo abierto en canal en la carretera.

Se bambolea sobre los talones y los recuerdos chisporrotean en las comisuras de sus ojos. «Silas el Mirón, paso torcido», el siseo del cuero cabelludo de Campanilla cuando tiró de su pelo hacia atrás, la boca abierta de Flick, e Iris... Iris, que no acudió. Silas cierra los ojos y se inclina un poco más, un poco más cerca al fragor de los carruajes.

Da un respingo, retrocede. No les dará esa satisfacción. Alcanzará el éxito. Triunfará. ¿Acaso no ha logrado casi todo lo que deseaba? ¿No era esto todo lo que había soñado? Intenta visualizar su vitrina de lepidópteros, el esqueleto de sus cachorros junto a su cuerpo disecado en un exhibidor de la Gran Exposición. El mayor espectáculo de la era, y él está incluido. Los organizadores calculan que al menos pasarán cinco millones de personas en tan solo seis meses. Cinco millones de personas verán su obra, admirarán su pericia.

Pero lo único que alcanza a ver es el rostro de Iris.

Se tira de la piel de las mejillas y se encamina hacia St Giles. Y cuando una muchacha muy rubia le coge la mano (está solo a un corto paseo de Colville Place), se permite irse con ella.

—¿Está lejos? —pregunta.

Ella le distrae con su parloteo.

—Nuestro establecimiento es muy fino... —Entran en un mugriento callejón, un cenagal de basura roída por las ratas que huele peor que las curtidurías de South Bank—. No se deje engañar por la calle, señor. —Silas va esquivando mierdas de caballo—. Todas las chicas somos jóvenes, inocentes como palomitas... —Y se detiene ante un tambaleante tugurio apuntalado con una viga de madera a modo de pierna gotosa—. Baratas, señor, pero honradas... Cuidado con el escalón.

Silas da un respingo, ve llorar a una ventana por la que una mujer vacía un cubo de metal, y entra. Ella lo lleva escaleras abajo hasta una diminuta habitación de techo tan bajo que no puede incorporarse del todo. Huele a vinagre, a sudor, a las pastosas poluciones. El techo está hinchado, manchado de humo como un pulmón negro, vencido por la humedad. Pero las paredes también son oscuras. Silas cae en la cuenta de que aquello debía de haber sido una carbonera.

La mujer se levanta el mugriento camisón para dejar al descubierto unas ubres no mayores que la picadura de un chinche. Silas le mira la cara por primera vez. Tiene un aire tan infantil, tan...

—No —dice con voz ahogada—. Contigo no. Quiero una pelirroja.

—Ay, señor, pruebe conmigo. Estoy segura de que sabré complacerle... o tal vez sabrá complacerme usted a mí. —Lanza una risa rota y Silas se fija en sus dientes ennegrecidos. No es capaz de mirarla a los ojos. Ve una gorra en un rincón y la reconoce de inmediato. Albie.

—No —insiste, y le da la espalda.

—Espere —grazna ella.

—¿Hay aquí alguna pelirroja?

La muchacha baja la vista.

—Moll —responde sombría, cualquier coqueteo ya ausente de su voz—. La habitación encima de esta.

Silas sube los escalones de dos en dos. Nota un tirón en los pantalones, el hormigueo de lo que le espera, y entra sin llamar.

Una pelirroja está sentada en una cama pequeña. Su camisón está menos descolorido, sus ojos son menos jóvenes; su delantera, más que adecuada.

La habitación es más alta; cuenta con una pequeña ventana, aunque el cristal de abajo está roto, y unas ascuas arden en la chimenea. Huele mejor que la otra estancia: un olor a perfume barato y alcohol viejo que enmascara otros olores más rancios.

—Ah, por fin. Esto es mucho mejor. —Silas mira las amarillentas cubiertas de la cama—. ¿Cuándo se lavaron por última vez las sábanas?

—Uno obtiene lo que paga —grazna la zorra, con voz grave y rota—. Si quieres una *grande horizontale*, vete a Haymarket y gástate un montón de guineas. Pero esto, guapo, te costará seis peniques, suponiendo que quieras lo habitual. —Le da unas palmaditas en el bulto de los pantalones—. Y puedo decir que nuestro humilde entorno no ha enfriado su ardor, caballero, en absoluto.

—Desde luego —murmura Silas—. Tu pelo es... muy rojo.

La mujer le frota la entrepierna y él cierra los ojos mientras le tiende las monedas. Se sienta en la cama junto a ella, con un chirrido de muelles.

Incluso a la tenue luz de la vela, se ven manchas de sangre en las sábanas, una hondonada en el colchón con forma de gusano, allí donde la mujer debe de acurrucarse cada noche. Silas se ve a través de sus ojos: su benevolencia al visitarla, una perspectiva mucho mejor que los puercos de la fábrica a los que debe servir. Incluso se tomó la molestia de lavarse dos días atrás.

—Le gustamos las mujeres picaronas, señor. Se lo noto.

Silas desearía que dejara de hablar, querría taponarle la boca con la mano hasta silenciarla. Odia la honda ronquera de su voz, su íntimo soniquete, que suena forzado y cansado. Su pelo rojo... se concentra al menos en eso.

Cuando la mujer se rasca el codo, las escamas de piel seca danzan a la luz de la vela. Silas intenta no pensar que está inhalando a esa mujer, que está respirando su piel y su mugre y su enfermedad, y cuando ella le abre los pantalones y lo toma en su mano («Menuda verga, señor. Usted sí que sabe mimarnos a las chicas malas»), él tan solo desea que se haga la oscuridad. Desea abalanzarse sobre ella, follársela por todas partes hasta no sentir nada, hasta que toda su vergüenza y su tristeza y su rabia sean tan solo un vacío. Desea follar hasta eliminar cualquier recuerdo de Iris. Iris.

Le aparta de un golpe la mano, le agarra el pelo y la empuja sobre la cama. Ella deja escapar un grito, «¡Ah!», y él le hunde en el pecho las uñas y le desgarró el camisón con un rápido movimiento, arañándole la piel. La tela se abre fácilmente.

—Eso lo vas a pagar —sisea ella. Pero Silas vuelve a tirarle del pelo, ignorando su grito. Se prepara, poniéndole una mano en el cuello e inmovilizando con la otra sus brazos como palillos. Echa un rápido vistazo a su cuerpo comido por las pulgas. Su vello púbico es negro. Advierte entonces el tinte de su pelo, el engaño, y se le ablanda el pene.

—Qué... ¡es falso! —exclama, apartándola de un empujón. Ella se libera resollando, se aparta como puede. El tinte ha manchado de rojo la almohada. A Silas le duele el estómago y los testículos. Trastea con los botones de los pantalones, deseoso de alejarse de ella, de estar de

nuevo a solas. Sale a trompicones de la habitación, baja por las escaleras ignorando los gemidos que oye tras cada puerta, el llanto de un bebé. ¡El lugar es repugnante! Un nido de vicio.

Sale corriendo a la calle tapándose la boca con la mano y, deshaciendo sus pasos, se encamina hacia el Soho y el Dolphin y se sienta fuera a esperar y esperar y esperar. El temblor de su mano se acalla y por fin lo invade una oleada de calma.

## Marfil de morsa

Los estantes están atestados de tarros de cristal rebosantes de dientes tan amarillos como perlas manchadas. Los aparadores los muestran en moldes de yeso unidos con muelles de oro. Albie se pregunta a quién habrán pertenecido, recuerda que a una niña de su barrio le arrancaron los suyos el día que murió de tisis. Y los dientes de Waterloo, que se los arrancaban a los soldados, según cuentan.

Se los imagina anidados en su propia boca: cómo sonreiría, la de ternilla que podría comer. Ahora vive de bazofia: patatas blandas, orejas de cerdo hervidas, manteca. Podría partir nueces con las muelas, igual que su hermana, y morder una cebolla como si fuera una manzana.

Ni el propietario ni el aprendiz lo han visto todavía. Albie se agacha detrás del mostrador, frotando el dedo sucio contra la vitrina. El aprendiz, de espaldas a él, blande unas feroces tenazas mientras, atado a la silla, un niño chillaba como un cerdo desangrándose. Albie se muere de envidia: ¿qué es un poco de dolor cuando el muy cabrón sacará una dentadura de marfil, pagada enterita por su querida mamá? Él se arrancaría de un puñetazo su último diente si supiera que a continuación le darían todo un juego de postizos.

El propietario está hablando con un viejo caballero.

—Cuatro guineas por una dentadura de marfil de morsa. Se descoloran menos que los dientes de Waterloo, aunque bien sabe Dios que esos valientes soldados tenían buen cuidado de sus perlas, ¿no es cierto? Y solo tres guineas por los de porcelana, aunque vale la pena gastar un poco más, pues pueden ser terriblemente proclives a resquebrajarse...

¡Cuatro guineas! Oír la cifra en voz alta rememora lo lejos que está de conseguirlo. Sufrirá para siempre su boca desdentada, con ese diente solitario como de conejo imbécil. Su hermana dice que hay cosas peores de las que preocuparse, pero él es tan vanidoso como cualquier encopetado. Se plantea romper el cristal y coger una dentadura, o rajarle el bolsillo al hombre para sacarle los cuartos. O podría hacer fortuna robando equipajes en las estaciones y comprarse una docena de dentaduras si le diera la gana. Pero sabe que eso no es más que un sueño lejano, pues todo lo más que se atreve es a robar pañuelos. No podría soportar que lo apartaran de su hermana si lo pescaban, no podía soportar que tuviera que sufrir a los hombres ella sola.

El dueño por fin lo ve.

—¡Eh, tú! Te tengo dicho que no vengas por aquí. ¡Largo!

El hombre se acerca a él e intenta agarrarle de la chaqueta.

—¡Suelta, cerdo, hiena del infierno! —exclama Albie, que se zafa de un brinco, sale a la calle y gira bruscamente para entrar en el Emporio de Muñecas de la señora Salter.

Rose aguarda. Su ojo blanco y nublado es muy feo. Albie se pregunta si no sabrá que por una libra podría hacerse uno de cristal, y que le aspen si alguien se daría cuenta.

Le tiende la bolsa y ella va contando en voz alta los diminutos corpiños y faldas de terciopelo.

—Tres corpiños, cuatro faldas, cuatro corpiños, cinco faldas...

Albie se mordisquea una uña suelta.

—Iris dice...

—No, por favor.

—Dice...

—Por favor... —Albie capta el temblor en su voz, su expresión de resignada tristeza cuando mira en torno a la tienda—. Te he pedido que no me la menciones.



—¿La echa de menos?

—Eso no es asunto tuyo —le espeta Rose.

—Ella dice que la echa de menos a usted.

—¿Te quieres...?

—Dice que usted es su hermana y que nunca quiso abandonarla, señorita —añade Albie, sin poderlo evitar—. Y es feliz, es feliz de verdad, y dice que usted también podría escapar...

Espera de ella una agresión, un veloz pellizco en el interior del codo, que es la especialidad particular de la señora Salter. O como poco un siseo: «¡Te he dicho que cierres el pico!»

Pero Rose no dice nada, y es tal la rendida tristeza de su rostro purpúreo que Albie tiene que apartar la vista.

Camina arrastrando los pies, como una locomotora que se hubiera quedado sin vapor. No tiene energía para juegas, de manera que se dirige hacia su casa, deseando ver a su hermana, hacerla reír y caer dormido junto a ella.

Está ya en la puerta cuando Silas pasa de largo corriendo. Albie se queda desconcertado: puede que los tugurios de St Giles queden cerca de su tienda, pero en todos los demás sentidos están a un mundo de distancia.

¿Habrá ido a buscarlo? Pero entonces advierte sus pantalones medio desabrochados, la expresión de su rostro, la mano sobre la boca, y el niño deja caer su bolsa de Criaturas Muertas y entra disparado. El escalón podrido se astilla bajo sus pies. No, piensa. No, no, no por favor...

Pasa como una exhalación junto a las mujeres del vestíbulo («Ni que tuviera un petardo en el culo»), junto a la pelirroja Moll, que llora en el último escalón cogida de la mano de Nancy («No ha pasado nada, cariño mío. Ha sido solo el susto... todas nos llevamos alguno»), da un salto por encima de ellas y está a punto de caerse por las escaleras. Aparta el viejo y manchado telón de teatro y encuentra a su hermana sentada en la cama mirando la pared. Una vela se ahoga en su propio sebo.

—¡Ah! Estás bien... Pensaba... —Albie se sienta a su lado y le toma la mano—. Hay un hombre... es un hombre malo... y si viene aquí no puedes verlo, para nada, tienes que gritar y decir que no. Y me da igual si a Nancy no le gusta...

—¿De qué estás hablando? —Su hermana le alborota el pelo—. ¿Quién? ¿Quién es malo?

Albie respira.

—Acaba de estar aquí un hombre. Tiene el pelo negro y huele muy raro, y tú no puedes verlo, para nada. Me da muy malísima espina...

—Ha venido —replica su hermana con voz monótona—. Y lo vi.

—Pero no...

Ella niega con la cabeza.

—Me dijo que yo no le gustaba, que quería una pelirroja. A Nancy no le hizo ninguna gracia, dice que está hasta las narices de que no sea del agrado de los hombres, que mi deuda ha subido a dos libras. Pero con la Exposición vendrán más clientes, ¿no? —La joven se tira del pelo—. Alb, a veces es peor cuando no me desean que cuando sí.

## El lamento del tejón

*La Fábrica*

*9 de abril*

Queridísima Reina, Gracias por tu breve visita, y no es en absoluto una inconveniencia que no acudas hoy. Me alegro de que aun así vayas a venir a cenar con nosotros esta noche. Lamento mucho lo sucedido con tu cuadro. Sé que has sido muy benévola al respecto, pero fue un grave descuido mío. Te lo compensaré, por no mencionar los tremendos esfuerzos que nuestra amiga caída en desgracia tendrá que realizar para redimirse.

De hecho, ese es el principal propósito de la presente misiva. Justo después del desayuno, me encontré con este poema, acompañado por la huella de tinta de una garra que guarda una notable semejanza con la de tu arrepentida archienemiga. ¿Podría ser ella la autora de esta obra? Admito que su estilo deja mucho que desear, pero es una cuadrúpeda gorda que prefiere dormir a cualquier forma de satisfacción intelectual, de manera que tampoco cabría reprocharle esta falta al travieso animal.

*Tuyo,*  
*LOUIS*

### EL LAMENTO DEL TEJÓN

#### CANTO I

*¡Ay de mí! ¿Qué tragedia ha separado  
a una musa de un tejón tan consternado?  
Que este pobre poema llame a la reconciliación.  
¡Oh, diosa, concédeme inspiración!  
¿Cómo empieza esta historia tan sombría?  
En Colville Place; una muchacha en la cercanía  
¿osará buscar a esta poeta en su guarida, o huirá a retomar su antigua vida?*

#### CANTO II

*¡Y hete aquí! Apenas había amanecido  
cuando tres meses pasaron en un suspiro, y entre tres no podía haber dicha mayor  
de la que sentía este tejón.  
El sol lucía cada mañana luminosa  
sobre los dulces rizos de la diosa.  
Y en Ginebra, su sierva más devota, el llanto por Lancelot menos se nota.  
Pero ¡ay!, qué gran desgracia se cernía  
porque la traviesa bestia hambre tenía.*

#### CANTO III

*Porque el tejón, de veras acuciado por el hambre, se lanzó a devorar lo que creyó fiambre.  
Relamiose los labios la criatura  
¡sin saber que el fiambre era pintura!  
Y la querida Iris, la más dulce flor, lloraba y sollozaba mostrando su dolor.*

*Maldiciendo el cuadro, al artista y al tejón, sus lágrimas enjuga abatida en un rincón.  
¿Y el tejón? Este tejón oye tu amargura  
y suspira como jamás suspiró otra criatura.*

#### CANTO IV

*La pobre Ginebra trabajó demasiado, hasta tener todo el pelaje cano y arrugado.  
Y mientras la sombra de su vida ante sí acechaba: «¡Soy yo, Iris», su cruel voz anunciaba.  
Trabajó y trabajó en un palacio de cuento  
para mostrar a su ama su hondo arrepentimiento.  
Jamás templo más regio fue levantado  
que el erigido por el tejón más odiado.*

#### CANTO V

*Y tras una crueldad tal, ¿tendrá Ginebra el perdón?  
Dejaremos de momento sin final nuestra canción.*

## Luz de luna

—Iris —saluda Louis, abriendo la puerta. Le dedica una media sonrisa que ella no le devuelve.

A lo largo del día Iris ha paseado hasta el emplazamiento de la Gran Exposición, ha ido a ver su cuadro favorito, *El retrato de Arnolfini* en la Galería Nacional y ha sentido un secreto placer en evitar la llamada de Louis, la invitación incontestada para que lo acompañara a Brown a elegir un nuevo lienzo.

Piensa en el cuadro en el que tanto trabajó, el modo en que diluyó los óleos para que el fondo blanco brillara a través de ellos tras la mano.

Cuando Louis se lo mostró después de haber metido el suyo en el carruaje, ella tuvo que hacer un esfuerzo por no echarse a llorar. Los hilos del lienzo estaban desgarrados, la pintura desconchada y arrancada: era obvio que no tenía arreglo. Iris lo arrojó a la chimenea antes de que él pudiera detenerla.

Las llamas humearon y se ennegrecieron, y Louis tuvo que envolver el atizador en una manta para apagar el fuego.

Ahora se pone una mano en la cara.

—Pasa, pasa. Oye, Iris, siento mucho...

Se oye un ruido tras ellos, y Ginebra entra con paso lento en el vestíbulo.

—Largo, infame criatura —la echa Louis, manoteando. El tejón lo mira con ojos tristes y se encamina escaleras arriba—. Aquí no eres bienvenida. Si te quedas, ella podría retarte, ¿y de qué te iban a servir tus blandas garras contra su afilado ingenio?

—Para ti todo esto no es más que una broma, ¿verdad? —le espeta Iris, mientras lo sigue hasta el salón. Una de las muchachas de la pensión le ha prestado un vestido de seda azul para asistir a la cena que celebra Millais, y le queda ajustado como una faja. La incomodidad aviva su irritación—. No te divertiría tanto si hubiera sido tu cuadro. Si te importara mi obra, no la habrías dejado tirada sobre la mesa como si fuera basura. Yo la dejé en el caballete, fuera del alcance de Ginebra. Ya sé que a ti no te parecía gran cosa...

—Al contrario. Quería presumir de ella delante de Hunt.

—Pero no hace falta que te burles.

Louis la mira.

—Lo siento. De verdad que lo siento. Solo estoy haciendo bromas porque... bueno, porque no sé qué más decir. Es de lo más enojoso. —Louis se mete el pelo detrás de la oreja—. De verdad que lo siento mucho.

Está tan cerca que Iris huele el té con menta en su aliento y el humo de cigarro en la ropa, y su ira se desvanece en nada.

—¿Me perdonarás algún día?

—Huy, más bien no. Todavía te estarás arrepintiendo dentro de medio siglo.

—Pediré entonces que inscriban una última disculpa sobre mi tumba.

—Murió de remordimientos. —Iris se fija por primera vez en él: en el ceñido chaleco de flores, el reloj de bolsillo, el pelo engominado con una marcadísima raya—. ¿Y, por Dios bendito, qué llevas puesto?

—Ropa usada de Millais, puesto que soy su mayordomo. —Louis se tira de la manga—. Pero en fin... Confío en que recibieras el poema de Ginebra...

—Pues sí. Todo un detalle por su parte.

—¿No quieres ver el palacio que te ha construido?

—¿De qué estás hablando?

—Del poema. Ay, de verdad, pensar que la pobre se esforzó tantísimo, que tuvo que doblar su gorda garra en torno a una pluma... Barrunto que no le resultó nada fácil. Y tú no le prestaste atención, ni la más mínima, cuando ella se tomó tan tremendas molestias para mostrar su arrepentimiento.

—¿Es que tienes fiebre?

—Ven. Creo que deberíamos investigar. —Louis se pellizca dos veces el lóbulo de la oreja, uno de sus tics nerviosos.

Iris lo sigue hasta el estudio, sintiéndose más tiesa que una muñeca con aquel vestido prestado.

—Dime, desgraciada criatura. —Louis se acerca a Ginebra, que está dormida sobre un cojín, y tiende la oreja hacia la boca del tejón australiano. El animal tiene el pelaje grasiento, habiendo sido untado con una generosa capa de aceite de Macasar—. ¿Dónde está ese palacio prometido? ¿Dónde lo has construido?

—Más vale que no sea uno de sus nidos de barro, o me temo que nuestra amistad quedará muy maltrecha.

Louis alza la garra de Ginebra y apunta con ella hacia la escalera. Se encoge de hombros.

—Supongo que deberíamos ir en la dirección que nos señala.

Iris no sabe qué pensar. Se pregunta si le habrá comprado algo, una caja de cerillas o una bola de nieve tal vez. Suben más allá de la planta en la que debe de estar el dormitorio, hasta la buhardilla de la doncella. Iris nunca ha llegado hasta allí.

—No es que sea muy palaciego. —Louis husmea y sonrío, sin malicia, radiante—. Espero que no te decepcione.

Un cartel en la puerta reza: «Cuidado. Artista trabajando.»

—¿Qué es esto? —pregunta Iris.

Louis abre la puerta y ella se queda pasmada.

La buhardilla ha sido convertida en un estudio: hay un caballete en un rincón, con un lienzo del color de las vendas, y estantes con botes de pinturas y pinceles. Por la pequeña ventana, encarada al oeste, el sol se pone sobre cientos de torres londinenses. La estancia tiene el prístino aspecto de una caja de galletas pintada. La luz dorada del atardecer baña el rostro de Louis.

—Parece ser que Ginebra piensa que esto es para ti. Aunque sabe Dios de dónde habrá sacado el dinero para las pinturas. A lo mejor ha estado trabajando de cepillo de deshollinador. —Se echa a reír, pero es una risa incómoda que sus ojos no acompañan. En realidad, observa a Iris.

—¿Para mí? —Ella cruza la habitación, coge un tarro y pasa el dedo por la etiqueta que Louis ha pegado: «PINCELES DE IRIS».

—¿Te gusta? Ya sé que no es gran cosa, pero me sentía tan consternado por lo del cuadro...

—¿Que si me gusta?

Louis toca un gancho de bronce.

—Esto es para que cuelgues tu primer cuadro. Puedes trabajar aquí siempre que no estés posando para mí, yo no te molestaré, y ahora ya no tienes que dibujar en esa mesita del rincón y tolerar mi insufrible cháchara. —Iris no es capaz de descifrar su expresión—. Te vuelvo a pedir perdón por lo del cuadro. De verdad que lo lamento. Puedes presentarte el año que viene... ¡Piensa en el debut que harás! Los críticos se van a quedar sin tinta. —Y añade precipitadamente—: En sus alabanzas.

Está apenas a un palmo de ella. Iris podría tender el brazo y acercarlo, sentir su peso contra

ella. De pronto se siente insegura y dice con ligereza: —Ay, Ginebra... Es mucha travesura haber organizado todo esto.

—¿Te agrada? —vuelve a preguntar Louis.

—Me agrada.

Se alegra cuando Louis cierra la puerta y la deja sola. Se acerca a la ventana, con las manos entrelazadas, y se echa a reír. Da vueltas por la habitación, que es bastante grande para ella, aunque el vestido está tan ajustado que no le permite alzar los brazos. ¡Aquello es suyo! Es para ella... su estudio donde pintar. Está tan feliz que crispa los puños y golpea el aire. ¿Qué pintará? El lienzo es gigantesco comparado con las pequeñas obras en las que ha trabajado antes. Agarra el borde hasta que nota ceder la tela bajo su mano. Tiene que contenerse para no hacerlo jirones, para no estampar los tarros de cristal contra la pared, para no destruir aquella habitación en su júbilo.

En ese momento llaman a la puerta y Louis le dice que deben irse.

—Millais nos estará esperando. Y necesitarán que los rescatemos del insufrible Rossetti.

Iris recupera la compostura, se alisa el pelo con la palma de la mano y domina el impulso de estallar en carcajadas. Ya no tiene ningún deseo de asistir a la cena. Solo quiere quedarse en su estudio a solas.

—Estoy deseando conocerlo.

—Estoy seguro de que él está deseando conocerte a ti más.

—¿A qué te refieres?

Louis se encoge de hombros y echa a andar escaleras abajo delante de ella.

—Además, a Millais y a Hunt les cae bien —comenta Iris, intentando mantener en su mente el hilo de la conversación. Pero sus pensamientos no hacen más que abrirse camino hacia la buhardilla y el caballete y los pinceles.

—Rossetti no envenenó a su mascota con una caja de puros. Nuestro querido Lancelot, pobrecito.

—Hasta hace nada deseé que hubiera envenenado a Ginebra también.

Estaba a punto de hacerme el próximo lienzo con su pellejo como compensación.

—No lo dices en serio. —Louis arrincona al tejón australiano en el vestíbulo, donde está pateando la alfombra con unas uñas tan redondas como almendras. La coge en brazos con una interjección de esfuerzo y canta tras su voluminoso cuerpo, moviéndole las patas con expresiva melancolía: *Voi che sapete che cosa è amor,*

*Donne, vedete s'io l'ho nel cor, Donne, vedete s'io l'ho nel cor!*

*Quello ch'io provo vi ridirò, È per me nuovo, capir nol so.*

*Sento Un affetto pien di desir, Ch'ora è diletto, Ch'ora è martir.*

Iris no tiene ni idea de lo que canta, si es francés o... o cualquier otro idioma continental.

—Mozart —dice él—. *Le Nozze di Figaro*.

—Ya lo sé —miente ella.

—¿Has ido alguna vez a la ópera?

—Pues...

—Entonces te llevaré.

A veces Iris desearía saber más, poder impresionarle con conocimientos sobre viajes, sobre poesía, sobre arte y arquitectura, pero, sin dinero ni privilegios, lo único que domina son las telas y el oficio: la diferencia entre el punto de aguja y el encaje, o la importancia de un escaparate.

Siente que no ha visto nada excepto el cansino tramo de las calles entre Bethnal Green y Regent Street, los ajados dorados de la tienda de muñecas, las ruinosas paredes de su buhardilla y

la habitación del sótano.

Su vida era antes una celda, pero ahora la libertad la aterra. En ocasiones hasta echa de menos la enclaustrada familiaridad de su vida previa, porque esta extensa libertad parece ir a devorarla. ¿Cómo asimilarlo todo? Dos buhardillas para ella sola: una donde dormir y otra donde pintar. ¿Y está mal adorarlas, desear estrecharlas contra su pecho y no soltarlas nunca? Y mientras se deleita en todo esto, ha abandonado a su hermana, que sufre en un sombrío tugurio de mala muerte.

Se sacude el vestido de pelos de tejón.

—Venga, vamos.

—Sinceramente, no sé por qué perdéis el tiempo con la Real Academia —opina Rossetti, con un bocado de codorniz en la boca. Es guapo, de pelo largo y cuidado suelto sobre los hombros, aunque más corto de lo que Iris esperaba. Cuando los presentaron, la coronilla de él le llegaba a ella a las cejas, y le dio la sensación de que tenía que agacharse—. Los críticos han dejado su postura más que clara. Si no nos aceptan, a mí me importan ellos una higa. Este año no he presentado obra.

—¿Pero no crees que deberíamos atacar la institución desde dentro? —propone Millais.

—¡Bah! El problema es que te crees que eres el caballo de Troya, cuando en realidad eres un caballito de juguete y los críticos se parten de risa.

Hunt resopla, pero Louis intercambia una mirada con Iris como expresando un «te lo dije», aunque en realidad ella encuentra la franqueza de Rossetti encantadora. Mira en derredor, los ventanales del comedor que dan a Gower Street, la roseta de yeso del techo y las elaboradas cornisas.

Aunque corre el mes de abril, un fuego ruge en la chimenea.

Seis personas se sientan a la bruñida mesa: William Holman Hunt, Johnnie Millais, Gabriel Rossetti, Lizzie Siddal, Louis e Iris. Los otros miembros de la HPR —William Rossetti, Thomas Woolner y Frederick Stephens— estaban ocupados. («Nos evitan —aseguró Rossetti—, excepto mi hermano, que es quien lleva a casa los cuartos y trabaja hasta tarde.»)

Iris está frente a Lizzie, que es tan bella como se había imaginado. El cabello suelto color castaño, un rostro con una perfección de muñeca, una piel tan tersa que podría hacerse añicos. Mantiene una expresión de tal concentración que Iris está segura de que, al igual que ella, bebe cada palabra de la conversación. Tan digno es su aspecto que Iris apenas se la puede imaginar entre las sombrereras de Cranbourne Alley, donde solía trabajar (recuerda por un momento a la señora Salter: «Las sombrereras, esas ruidosas charlatanas, inmorales todas ellas»). No sabe a ciencia cierta por qué han sido invitadas: las cenas suelen ser un asunto solo de caballeros. Al principio pensó que sería porque tanto Lizzie como ella aspiran a pintar. Pero cuando Rossetti les transmitió las preocupaciones de su casero sobre su profesión con una risotada («Me advirtió que debería mantener una caballerosa contención con mis modelos, puesto que algunos artistas sacrifican la dignidad del arte a la bajeza de las pasiones»), se preguntó si no sería porque las otras modelos de los pintores eran ramerías, y a Lizzie y a ella las exhibían por ser más respetables.

Al fin y al cabo Lizzie muestra un dominio perfecto de sí misma, una absoluta discreción. Apenas come. Se limitó a remover la sopa juliana, apartó el pescado y ahora corta un fino tajo de codorniz para darle un bocadito. Iris se acuerda de las instrucciones de su madre sobre etiqueta («En sociedad, come poco y con delicadeza»), pero ella no puede contenerse: la comida es tan deliciosa que acaba inspeccionando el esqueleto del ave en busca de algún resto comestible y amontonando en el tenedor el puré de patata con mantequilla. Ganas le dan de lamer el plato hasta dejarlo reluciente.

—Estas intrincadas criaturas —se queja Rossetti de la codorniz—. Estoy pensando en tragármela entera. —Arranca un ala, se la mete en la boca, mastica los huesos y hace una mueca.

—Eso va a ser una dolorosa rasgadura cuando evacues mañana —dice Hunt—. Más te vale llamar al médico.

—Que hay damas presentes —le recrimina Millais. Pero Iris advierte que Lizzie disimula una sonrisa.

—Ah, nuestro sexo delicado. Pido disculpas —dice Rossetti, que desliza una mano bajo la mesa para coger la de Lizzie.

Iris aparta la mirada. Ahora ambos susurran, sus frentes separadas por la distancia de un cabello. Y sostienen que no son amantes. Algunos susurros escapan de la conversación: «Mi querida filósofa con enaguas, mi dulce Sid». Louis parece demasiado concentrado en su plato.

—¿Cuáles son vuestros siguientes proyectos? —pregunta por fin, haciendo resonar los cubiertos.

Hunt comenta su idea de una obra pastoril, con las figuras de un pastor y una pastora, o un cuadro que ha decidido llamar *La luz del mundo*, sobre el que lleva reflexionando un tiempo. Millais habla de sus planes para *Ofelia*, de la expresión de callada melancolía que quiere plasmar en el rostro de la muchacha ahogada, de la simbólica profusión de flores que la rodeará: nomeolvides, amapolas y fritillarias.

—Por Júpiter, necesitaré una criatura de magnífica belleza.

—Tienes que usar a Lizzie —sugiere Rossetti.

—Por supuesto —asiente Lizzie—. De sus obras de teatro, es mi favorita.

—¡Ahí está! Sabía que la educación que le proporcionaba resultaría efectiva. A continuación vamos a pasar a las historias de Shakespeare —dice Rossetti. Hunt asiente con aprobación.

—Muy bien —accede Millais—. Necesitaré que te tumbes en una bañera, pero la calentaré con lámparas de aceite.

—Todavía no estoy del todo dispuesta a morir de frío por el arte.

—En cuanto a mí —Rossetti enciende con el candelabro un grueso habano—, todavía no he decidido qué hacer a continuación. Sé que me gustaría pintar a Dante y a Beatriz. Tal vez Dante siendo consolado un año después de la muerte de Beatriz.

Louis resopla.

—No es una historia muy de mi agrado. ¿Cómo puede Dante amar a una mujer durante el resto de su vida, es más, incluso desatender a su esposa por ella, cuando solo la ha visto dos veces? Ah, el amor cortés. Comienza a aburrirme. —Se vuelve hacia el mayordomo que está apartando los platos—: Gracias, Smith.

—¿Cómo puede aburrirte? —pregunta Millais—. ¿No es acaso hermoso, real, donde las verdaderas emociones se revelan de la manera más honesta? Sin la represión de las convenciones, sino expresando pasión, heroísmo, despertar espiritual...

—Pero justo de eso se trata —objeta Louis—: los sentimientos no son reales. Fue Iris la que me llamó la atención sobre ello, y lo he estado pensando desde entonces. Todos esos romances idealizan el amor, cuando en realidad no es nada ni parecido.

Iris se inclina hacia delante y pregunta: —¿Cómo es, pues? —Y está a punto de añadir «para ti», pero sus palabras quedan ahogadas en el resoplido de Rossetti, que desecha la idea con una sacudida de la servilleta.

—Yo deseo creer en el amor que pintamos —prosigue Louis—, pero estos últimos meses he comenzado a plantearme... Bueno, si el amor no será algo muy distinto de todo eso. Si no estaremos confundiendo un encaprichamiento rápido e insensato, como el de Dante viendo a



Beatriz dos veces, con la verdad del amor, su resiliencia, la admiración, el conocer de verdad a otra persona...

—No es posible que estés hablando en serio. —Rossetti exhala una columna de humo hacia el techo—. Johnnie me describió en detalle tu último cuadro: si el rescate de Guigemar no es amor cortés, no sé qué será.

—Pero ya no estoy pintando el rescate de la reina. Estoy pintando su escapada después del destierro de Guigemar. Y no olvides que Guigemar y su reina fueron amantes durante un año y medio, no es que se vieran de lejos un momento, como Dante y Beatriz.

—Bah. La verdad es que Guigemar rescató a su reina más tarde, y eso es el meollo del asunto. ¿Acaso no queremos rescatar mujeres, y no quieren las mujeres ser rescatadas? Al fin y al cabo, nosotros hemos rescatado a la señorita Siddal y a la señorita Whittle. —Hace un gesto hacia Iris y Lizzie. Iris recuerda el ceño altanero de la criada; sus padres y su hermana, sin duda, dirían que ha caído en una trampa, no que ha sido rescatada—. Sé cuánto has despotricado contra el matrimonio, Louis. Siempre has dicho que sofoca el amor, que no causa más que problemas, y yo tengo muy en cuenta tu advertencia.

Iris capta una mirada entre ellos: la de Rossetti implica que sabe algo, la de Louis es una amonestación.

—¿Quién querría el gasto de adquirir y mantener a una vieja esposa, teniendo al alcance la emoción, el deleite del dulce amor? —Rossetti se besa los dedos de uno en uno. *Muac, muac, muac, muac.*

Iris no es capaz de mirar a Louis. Inspecciona los pinchos de su tenedor, y con una voz que pretende ser natural pero se delata con un extraño graznido, pregunta: —¿No está usted de acuerdo con el matrimonio, señor Frost?

—Pues... no, lo confieso. Veo muchas razones que lo convierten en estado de asfixia —replica Louis, fulminando de nuevo a Rossetti con la mirada—. ¿Por qué debe haber un documento legal que declare el amor de uno por el otro? ¿Por qué hacen falta testigos de ello? Si dos personas se aman, ¿no basta con eso? ¿Por qué exhibirlo? ¿Y por qué atarte de esa manera? ¿Y si te equivocas? Además, al fin y al cabo, yo soy un pagano, y la unión de la carne ante los ojos de Dios significa poco para mí.

Iris se lo queda mirando.

—Me inclino ante tu superior conocimiento de la condición matrimonial —medita Rossetti—. Ni matrimonio ni amor apasionado. Pobre Sylvia, tu primera doncella cortés. Pero espero que tu última enamorada no haya agriado todas tus esperanzas de amor.

—Vigile su lengua, caballero. —Louis se sonroja—. Insúltame si lo deseas, pero no permitiré que faltes al respeto a la señorita Whittle.

Rossetti arroja el habano en el plato.

—Diantres... estos malditos habanos están húmedos, no hay forma de encenderlos. —Y se moja los dedos en el cuenco de agua con olor a rosas—. Está bien. Punto final.

Y la conversación prosigue por otros cauces, en un ataque a Joshua Reynolds.

Iris deja de escuchar. No sabe poner orden en sus pensamientos. ¿Acaso la ven a ella como su enamorada? ¿Y quién es Sylvia? ¿Y es una insensata por querer a Louis? Él nunca se casará con ella, y no solo porque no crea en el matrimonio, sino además porque no es más que su modelo y él jamás le ha dado pie para hacerse ilusiones. No le ha escrito una carta de amor, no la ha cogido de la mano, no le ha hecho promesas de ningún tipo excepto la de los pagos acordados y las clases de pintura. Su generosidad ha surgido de la amistad, de un fraternal sentido del deber. Presta atención a medias a la conversación: sir Sloshua, Chaucer, Eastlake, Shakespeare... nombres que solo

reconoce por los meses que ha pasado con Louis.

Cuando el mayordomo sirve un enorme pudin de melaza que parece un erizo con púas hechas de caramelo, a Iris se le revuelve el estómago y por un momento piensa que va a vomitar. Está de vuelta en su estrecha cama, el muslo de Rose caliente junto al suyo, los olores de azúcar quemado filtrándose por la chimenea. Su hermana está allí y ella está aquí, exhibida como una ramera, la «enamorada» de Louis, por la que él no siente absolutamente nada y mucho menos estará dispuesto a desposar. Iris da la vuelta al pudin con la cuchara, evitando la mirada de Louis.

—Ya te dije que es insufrible —comenta Louis—. Ha hecho todo lo posible por humillarnos, y las cosas que ha insinuado... No lo entiendo. ¿Y para qué? Para divertirse con toda su malicia, como un gato que juega con un ratón. Tenía que haberme defendido como Dios manda, tenía que haberle mostrado que yo también poseo garras y dientes...

Louis habla y habla mientras atraviesan Colville Place. Iris acelera el paso. Está deseando volver a su pensión de Charlotte Street, un espacio suyo donde puede repasar la velada, sopesar lo que ha oído.

—Reinita, te mueves más deprisa que un petardo...

—Me llamo Iris —le espeta ella, en voz más alta de lo que pretendía. El vino le ha producido dolor de cabeza y se siente un poco achispada. Se recompone mirando al cielo. El horizonte bosteza. A través de los jirones de humo se ve la gorda moneda de la luna.

—Vale, Iris. —Louis se pone ante ella para impedir que siga avanzando.

La calle está oscura y desierta, con la excepción de un pordiosero jorobado.

—Estás enfadada. Mira, intenta no hacer caso...

—No lo estoy.

—Vamos, sé que a una señorita siempre le pasa algo cuando contesta de modo tan abrupto. Es por Rossetti, ¿no es cierto?, ha estropeado...

—Ya, pues a lo mejor yo soy distinta. A lo mejor no soy como todas esas señoritas que por lo visto... —Ha estado a punto de decir «conoces tan bien», pero incluso en la bruma de la embriaguez se echa atrás. Nunca ha bebido nada que no fuera cerveza aguada o el vino de la comunión, y la sensación le resulta novedosa. Vuelve a preguntarse quién será Sylvia.

—Todas esas señoritas que por lo visto ¿qué?

—Nada. No he dicho nada.

Louis se detiene, jugueteando con la cadena de su reloj. La elegancia no cuadra con él.

—Quiero andar —declara Iris.

—¿Andar? ¿Andar adónde?

—No lo he decidido.

Toman hacia el norte por Charlotte Street, alejándose de la buhardilla.

Sus pasos resuenan.

—Bien, pues yo he decidido estar también indeciso en cuanto a mi destino. Si lo prefieres puedo ir detrás, como un perro obediente.

—Si lo deseas... —Iris sonrío a su pesar. Louis va detrás, los pasos de ambos se sincronizan, e Iris empieza a olvidar por qué estaba enfadada.

Doblan esquinas, franquean plazas y calles. Aún hay un regusto amargo en su garganta, pero también una sensación distinta: un toque de transgresión que le acelera el corazón. Allí está ella, haciendo exactamente aquello contra lo que le habían advertido, soltera, sin compromiso, caminando por las calles de Londres con un hombre que no es de su familia, un hombre que no es ningún inocente. Ve de reojo el movimiento de su pelo, suave como las virutas de madera en el suelo del cuadro de Millais. Su respiración se ha acompasado.

—Londres siempre me ha parecido muy romántica al caer la noche —rompe Louis el silencio. A ella se le acelera el pulso—. A pesar de los ladrones y la —se aparta de una mujer que tiende el brazo hacia él—prostitución. Creo, Iris, que es el peligro de lo que podría ocurrir.

—¿Qué quieres decir?

Louis señala un vano oscuro tras una escalera.

—¿No resulta emocionante pensar que allí podría estar oculto un hombre con un cuchillo, listo para abalanzarse sobre nosotros y asaltarnos? O ahí, detrás de esa barandilla. —Louis la mira—. Espero no haberte asustado.

Ella se ríe con desdén.

—Soy más fuerte que eso. No soy una de esas damiselas proclives al desmayo.

—¿Cómo! ¿Me está diciendo que ha vuelto a salir sin sus sales? De verdad, señorita Whittle. —Iris sonríe—. Vaya, pues es una auténtica lástima. Bien que me habría gustado medirme contra un forajido, llevarme un puñetazo en el mentón por defenderte. —Se encoge de hombros—. Pero tal vez comienzo a sonar un poco como Rossetti. —Mira entonces en derredor—. ¿Dónde estamos?

—No lo sé. Yo te iba siguiendo.

—Vaya, pues yo te seguía a ti. —Louis estira el cuello ante el nombre de una calle—. El problema es que ambos caminamos con tal autoridad que damos por sentado que el otro sabe adónde vamos. Menudo par. —Señala con la cabeza una negra expansión ante ellos, donde no se atisba el brillo de una farola ni el resplandor de una vela—. Supongo que eso debe de ser Regent's Park. Y pensar que hemos atravesado toda Frizrovia y Marylebone sin darnos cuenta.

—Yo creía que los artistas se daban cuenta de todo.

Cruzan la calle y se quedan junto a las negras picas de la valla del parque. Louis pasa el dedo por la punta de una de ellas.

—Una vez conocí a un hombre que, cegado por el opio, se cayó por una ventana y quedó empalado en una de estas. Se agitaba como un pez en la cubierta de un barco. Fue espantoso.

—¿Qué cosa más horrible!

—Pues sí. —Sus ojos son tan negros que Iris no sabe qué estará mirando—. A veces no me puedo creer que vayamos a morir, que ya no existiré y el mundo seguirá dando vueltas como si nada, que mis cuadros serán la única señal de que he vivido. Cuando murió mi madre... ya sé que parece una necedad, lo sé, pero recuerdo que me sorprendió que el sol saliera por la mañana. Parecía que todo debiera detenerse, que el sol debería dejar de brillar cuando ella ya no estaba allí para verlo. ¿Digo tonterías?

Iris niega con la cabeza, pensando en la membrana entre sus dedos cuando abría la mano contra el papel pintado de la pared, las venas azules como las de las alas de una mariposa.

—¿La echas de menos?

—Cada momento. Era formidable.

—Oh.

—Creo que tú le habrías gustado. Le gustaban los caracteres fuertes. Siempre se entusiasmaba con todo, ya fuera por enseñarnos francés o con uno de mis dibujos o con el cerezo en flor todas las primaveras. —Louis baja la vista—. Cielos, cómo la echo de menos.

—Si mi madre muriera, yo creo que no la echaría de menos ni una pizca.

—Puede que sí.

Pero ella niega con la cabeza.

—Nunca le gusté. Por más que hiciera, nunca estaba contenta conmigo.

Ni siquiera cuando era pequeña. Pasó algo... no sé —Iris baja la voz—. Tuvo alguna afección

a consecuencia de mi llegada, y a menudo sufría dolores y ya no pudo tener más hijos, y eso le provocó rencor hacia mí. Eso fue lo que me pasó en la clavícula. El parto fue difícil y se me rompió al nacer, y no se curó bien. Y, además, yo era mala... siempre lo hacía todo mal.

—No me puedo imaginar estar enfadado contigo. Igual que no me imagino hacerme viejo.

—Algún día estarás arrugado como una bota vieja —dice ella, y acto seguido franquea la puerta de la verja para adentrarse en la oscuridad.

Abre las manos. El vino la caldea por dentro; ya no le duele la cabeza.

—Iris, ¿adónde vas? El parque es peligroso.

—¿Pero tú no querías enfrentarte a los bandidos?

—Sí, bueno, pero es que ahí puede haber bandidos de verdad.

Y, con una carcajada, Iris echa a correr. Corre en las tinieblas, en el frescor de la noche de abril. La hierba susurra bajo sus pies. Acelera el paso, veloz como una liebre. La camisa de fuerza que es su vestido le constriñe el pecho. Nunca ha hecho nada tan liberador en su vida. ¡Si la viera ahora su hermana! En Regent's Park, después de anochecido, con Louis corriendo a su lado intentando detenerla. Y a ella le da igual. Porque puede. Porque hasta ahora nunca había podido. Da un tropezón en un montículo o una madriguera de conejo. El negro comienza a tornarse gris y ya se distinguen las formas de los árboles, los caminos de grava y el lago.

Se detiene al borde del agua, agarrándose el costado, jadeando. Louis la ha adelantado y también sonríe.

—Ay, Iris. Es precioso.

Se quedan mirando el lago, el reluciente plateado de la luna, su imagen gemela en el agua, la bruma que se alza como vapor. Parece que el mundo hubiera sido creado solo para ellos.

—Quiero pintarlo. No quiero olvidar esto nunca. Es... perfecto.

—Sí que lo es —dice Iris.

Louis da un paso adelante tirando de sus cordones.

—Voy a bañarme.

—No seas absurdo. —Y un pensamiento surge espontáneo en su mente: Louis, desnudo y pálido a la luz de la luna. Iris arruga la frente—. Es mejor que vayas tú primero, así podré rescatarte.

—¿Rescatarme? Ni hablar. Tendría que salvarte yo a ti.

Una parte de su ser se caldea por el atisbo de seducción en lo que dice, pero siente también una ligera decepción. Esperaba de él más imaginación, palabras menos manidas.

—Las damas primero. —La rodea por la cintura con el brazo y finge arrojarla al lago. Ella se tambalea, tropieza, cae contra él, se agarra a su costado. El agua le lame los pies, puede que le esté destrozando los zapatos.

Louis no mueve la mano. Ella tampoco.

Allí se quedan en el limo, en silencio, el agua tan fría que corta el aliento. Iris no lo mira, porque tiene miedo de que la bese. Si la besa, ¿qué pasaría?

Nota cada uno de sus dedos cuando la agarra por la cintura. La estrecha con más fuerza, y ella quiere morir. La mano de Iris descansa bajo sus costillas. Louis es fuerte, delgado, y tiritita ligeramente, y eso le calienta a ella el cuerpo, como si tuviera toda la energía canalizada en los lugares en los que se tocan. Quiere que todo cese y quiere que no cese nunca.

La mano de Louis en su cintura. Su mano en su cintura. El momento pasará, pero Iris desea quedarse allí con la bruma y la oscuridad. Con él.

En este momento, es suya.

## Alma gemela

Silas está a la puerta de la pensión de Iris en Charlotte Street, con ampollas en los pies de tanto andar. Alza la vista hacia una farola, hacia el orbe de gas que oscila y chisporrotea, y ni siquiera parpadea.

Como un adicto al opio que ha logrado estar limpio dos semanas y cuyos pasos lo arrastran hacia los cochambrosos cubiles de Shadwell para inhalar los vapores de la amapola, sabía que no podría resistirse a buscarla. Su criatura.

Poco queda en su mente de esa tarde, y anhela librarse de los jirones de recuerdos que todavía perduran: el vagabundeo por las calles en un estupor después de quedarse un rato en la puerta del Dolphin; las miradas fugaces a damas ataviadas con sedas, con andrajos, con vestidos de algodón; la espera, la espera interminable en Colville Place, convencido de que Iris era una criada en esa casa. Y la impactante conmoción al verlo aparecer a él, algo ya espantoso en sí mismo, pero luego mucho mucho más terrible, junto al lago. Fue peor que cuando vio a Flick con el hijo del dueño de la fábrica, sus coquetos contoneos mientras él le besaba el cuello.

La farola chisporrotea, resopla, vuelve a brillar.

En su interior hay un torbellino: furia iracunda, un feroz y arrebatador deseo. Pero no lo muestra. Está inmóvil como una piedra, mirando la vacilante farola con los labios entreabiertos. Le hormiguean los pies y las manos de estar tan quieto, pero le gusta este recordatorio de que está vivo, de que respira. Se concentra en lo que puede sentir, ver y oler. Sus uñas, medias lunas clavadas en su palma. La luz danzante. El olor a perfume barato, el de Campanilla, que debió de frotarse contra él en la taberna.

La luz chasquea y muere. Silas parpadea. La lámpara siguiente se extingue. Silas se vuelve lentamente, agarrotado, y ve que el alba se extiende como una magulladura por el horizonte. La necesidad de dormir lo entorpece. Se siente debilitado por la tristeza de la noche. Gira la esquina de Colville Place con los miembros doloridos. Se sienta en el mismo escalón de antes, apoyado contra la puerta de madera de la tienda abandonada, y descansa la cabeza sobre la pintura llena de ampollas.

Se le ocurre una idea. Empuja la puerta, que cruje un poco. Es evidente que la tienda está desierta. Si entrara, estaría a salvo, escondido, y podría dormir todo cuanto quisiese. Mira en derredor, espera a que pase una muchacha con un balde de leche. Pega el hombro a la madera, y solo le hacen falta unos cuantos empujones para que salte la endeble cerradura.

Silas medio se desploma en el zaguán.

Al principio está oscuro, pero pronto se le acostumbran los ojos. El yeso de la pared está agrietado, el suelo de piedra, polvoriento. Hace con su abrigo una almohada y el sueño lo asalta casi de inmediato.

Cuando despierta no sabe dónde está. Manotea en torno a él sobre las sucias losas en busca de su estante de ratones, su pila de periódicos. Nada.

Entonces recuerda. Y recuerda también el abrazo, la mano de Louis en la cintura de Iris. Se tapa la cara con las manos.

Se acerca al escaparate de la tienda. Desde ese ángulo puede ver la estancia de la primera planta, donde Louis pasea y come y duerme y acecha... ¡Ese artero diablo! Louis en el Dolphin, rodeando con el brazo a todo un desfile de mujeres, sentándolas en su regazo. Y Silas le había entregado a Iris en bandeja.

Aguarda. Ella vendrá pronto, con sus mañas de zorra. Era suya y lo traicionó.

No pasa mucho tiempo, unos cuantos tañidos de la campana de los cuartos tal vez, hasta que por fin aparece, con sus encantadores andares.

Silas siente una sacudida al verla, la punzada del deseo muy honda en su interior. Iris posee un magnetismo que es imposible negar, un lazo que ata su corazón al de ella. Es abrumador lo deprisa que puede perdonarla. Lleva su vestido favorito, el que llevaba la primera vez que se vieron, con la clavícula expuesta en toda su belleza, esa piel pálida combada hacia fuera.

Ah, si pudiera olvidarla... si no lo hubiera embrujado.

Ella se detiene ante la tienda, y Silas estira el brazo como queriendo arrastrarla dentro.

Si miras aquí dentro, le dice mentalmente, comprenderé que eres mía.

Comprenderé tu mensaje: que él no significa nada para ti, que desees que siga vigilándote.

No se atreve a respirar. Se presiona el cuello con los dedos, allá donde late su pulso. Se calma un poco, aunque también le asusta que ella posea ese poder sobre su cuerpo, que sus reacciones al verla sean tan intensas.

Iris se acerca, traza círculos en el cristal con la manga para quitar el polvo, y entonces —Silas apenas puede creerlo— se hace sombra con las manos para mirar el interior. Silas pega la espalda a la pared, se queda quieto. El aliento de Iris nubla el cristal.

Un momento después, ella se vuelve hacia la casa de enfrente. Un sol glorioso brilla a través de los humos y convierte los edificios en siluetas fantasmales.

La ve pararse ante la puerta de Louis, esperar inquieta. ¡Las cosas que podría barruntar una mente más cruel que la de Silas! Pero él no sospechará tales bajezas, y menos ahora que le ha enviado tan claro mensaje.

Cuando vigilaba la casita de Flick, todo Stoke dormía excepto los hombres que alimentaban con carbón las ardientes bocas de los hornos durante la noche. Silas siempre se ocultaba bien. Se la aprendió de memoria: cómo caminaba flexionando ligeramente hacia fuera el pie. La amaba, ¡ay, cómo la amaba! Sabía que el hijo del dueño de la fábrica se estaba aprovechando de ella, que solo era para él un pañuelo en el que eyacular, un ensayo antes de las damas ricas que conocería en su momento. Silas cuidó de su amor durante años, hasta que no pudo esperar más. El pelo de Flick era una llama cuando corría por el campo. Él le enseñó el lugar donde coger moras, y ella se las metió en la boca a puñados, y la fruta relucía entre sus dientes.

Y cuando la tumbó en la hierba, estaba tan flaca que se le veía el esqueleto bajo la piel, el peldaño de cada una de sus costillas.

## Florecimiento

Iris se atusa la trenza mientras espera que Louis abra la puerta. Le hormiguea la piel. En la luz fría de la mañana, lo que hicieron resulta a la vez precioso y escandaloso. Una vez aguardó junto a esa misma puerta, y también entonces estaba nerviosa. Es como si pudiera tender la mano y tocar su sombra, ver su antiguo yo reflejado en la ventana.

Él está ante ella, el pelo alborotado, un ligero ceño. Sonríe un instante y la hace pasar. Sobre la cómoda hay una carta rota.

Iris se pregunta quién hablará primero.

Lo sigue escaleras arriba. La casa respira, los cuadros están torcidos.

—He estado pensando en mi nuevo cuadro —dice él por fin, cuando ya están en el estudio. Se acerca a la ventana y apoya la frente contra un cristal, dándole a ella la espalda.

—¿Sí?

—El de la pastora, del que ya hicimos bocetos. Quiero que sea de un metro por sesenta. Puede que hasta lo comience hoy, si puedo dar con aquel muchacho sin dientes.

—Albie. —Iris mira por la ventana una figura encorvada sentada en el escalón de enfrente. Hace un momento, cuando miró a través del escaparate de la tienda abandonada, no estaba ahí—. ¿Mandamos a buscarlo?

—Pues sí. Necesito distraerme con algo. —Louis se frota el cuello—. No tenía que haber bebido tanto vino.

Iris baja la vista. ¿Significará eso que se arrepiente de lo sucedido?

—Yo tampoco.

—No tenemos ninguna fama de bebedores. Pero disfruté mucho de la velada de ayer.

—Y yo... Yo también. —Iris alza la cabeza, él le mira a los ojos y ambos apartan la vista.

—¿Crees que me habría muerto si me llego a bañar en el lago? De frío.

Iris se ríe, en parte por su actitud autocomplaciente y en parte aliviada de que Louis haya reconocido que la velada tuvo lugar, que no son imaginaciones suyas.

—Opino que no.

—Me habrían tachado de suicida. No habría habido lirios para mí, ni una tumba en el cementerio de la iglesia. —Juguetea con un agujero de su camisa, enredando un hilo en torno a su dedo. A Iris le reconforta ver que él también está nervioso. Pero en su mirada hay algo que la inquieta, una cierta vergüenza que no sabe identificar. Al fin y al cabo, se dice, la noche anterior no pasó nada. Él no hizo promesa ni voto alguno, no la besó.

Louis ha tenido otra amante, una relación tan seria que hasta Rossetti la conoce. Sylvia. Iris siente en el pecho la patada de los celos.

Se distrae mirando de nuevo la tienda vacía y se la imagina regentada por su hermana. No había visto muy bien el interior, pero advirtió que era profundo, con sitio suficiente para dos mesas y tres largos estantes en cada pared. Sería perfecta para Flora. El polvoriento escaparate estaría bruñido como un espejo, colmado de frascos de perfume, cojines bordados, jabones con pétalos de rosa.

—Más vale que demos comienzo a la jornada —sugiere Louis—. Se me había ocurrido trabajar en el jardín, si Ginebra nos admite en su guarida.

Envían a buscar a Albie a través de un mensajero que lo conoce y salen a la jungla del jardín. Es un campo minado de agujeros excavados por el tejón australiano, y Louis tiene que ir apartando

las ortigas con un bastón para abrir camino hasta la musgosa fuente de la gárgola. Iris se sienta al borde.

Louis coloca un caballete y un taburete ante ella y comienza a dibujarla.

Trabaja deprisa, con amplios trazos.

Mirada, trazo, mirada, trazo.

Iris intenta no hacer caso de sus piernas entumecidas. Pero hoy permanecer quieta es una suerte de tortura. Necesita desahogar todos sus nervios y sus emociones. Siente una punzada en el bajo vientre.

Louis se detiene y le hace una seña para que se acerque. Ella se estira con un crujido de hombros.

—Mira, Reinita. —Louis señala el boceto de líneas y difuminados, aunque no es su mejor obra y los trazos oscilan—. ¿Ves? No he dibujado tu silueta con una sola línea, aunque Rossetti y los demás podrían preferir este método, sino en claroscuros, con el cuello resaltado por sus sombras. —Y repasa con el dedo su cuello en el dibujo.

—Ya veo.

—Y ahora, tu turno. —Y le ofrece una hoja de papel.

—¿Qué dibujo?

—Lo que prefieras.

No se ofrece él mismo, de manera que Iris se sienta con él a su espalda y dibuja la gárgola, se fija bien en las formas de su mueca y sus cuernos.

Es un alivio quedar libre de la quietud de la casa, estudiar cómo la brisa tamiza la luz entre los árboles. Su dibujo es más seguro y preciso que hace unos meses, menos lineal, más una exploración de la oscuridad. Pone el lápiz de lado para hacer sombreados transversales. Avista de reojo un pájaro en una rama. Anteriormente había pintado una mano de mármol y ahora dibuja una estatua de piedra. Lo único que ha hecho es replicar porfiadamente formas sin alcanzar del todo el detalle de un daguerrotipo.

Se alegra, por primera vez, de que la mano no haya sido su debut. Puede hacer algo mejor. Sus cuadros no han tenido narrativa, a diferencia de los de Louis, no ofrecían la sensación de un momento detenido en el tiempo, de que la vida prosiguiera fuera del lienzo. De pronto está cansada de la estasis de su trabajo, y alza la vista hacia el petirrojo, dispuesta a reflejar la energía de su plumaje, la rapidez de su pico. Millais y Louis jamás pintan animales vivos, sino disecados. Parece un engaño.

Comete errores, suspira.

—Quiero dibujar sus alas, cómo se agitan cuando se las atusa con el pico.

—Entonces me temo que luchas una batalla perdida. El arte consiste en detener el movimiento, justamente.

Iris mira su boceto.

—No soy nada buena.

—¿Es de verdad lo que piensas?

—Es que no lo soy.

Louis jamás responde a sus búsquedas de alabanza, e Iris se ve irracionalmente irritada por ello.

—Debería dejar de pintar —añade, deseando que él la contradiga—. No soy buena en modo alguno.

Pero él se limita a arrancar una rama de flores del árbol, y los pétalos caen en la brisa como lánguido confeti.



## Pastor

Albie está tumbado sobre varios cojines en el estudio de Louis, ataviado con una pelliza de pastor. Se imagina el cielo del que tanto parlotean los mojigatos como un nido entre las nubes, y esta piel de oveja debe de ser lo que se siente. ¡Cómo le gustaría brincar sobre las nubes! Acaricia la esponjosa orilla de la prenda y oye un gruñido al otro lado de la sala.

Recuerda entonces que se supone que debe permanecer inmóvil, y vuelve a ponerse la mano en la cadera.

—¿Cuándo me pagará? —pregunta. Y entonces, como ahora es un hombre con un trabajo, anuncia con el tono brusco que le ha oído a su hermana—: Me pagarás dos monises por adelantado, guapo, que no quiero ver que te las piras cuando hayas terminado.

—¿Qué? Yo no me las voy a pirlar a ninguna parte. Esta es mi casa. ¡Y estate quieto!

—Perdón. —Pero al niño le pica la nariz, y para cuando se da cuenta, tiene la mano en la cara. El hombre gruñe de nuevo.

—No soy ningún idiota, señor. No. Si no me paga una buena pieza de plata, no va a catar mi conejito.

—¿Qué? —repite Louis—. ¿Pero de qué diantres estás hablando? —Deja el lápiz de golpe—. Tendrás suerte si te pago lo más mínimo. Por Dios, ¿quieres estarte quieto?

La amenaza de no cobrar es suficiente para domar el nerviosismo de Albie al menos durante un minuto y medio. Le van a pagar dos monises al día. Será casi tan rico como los encopetados. Si supiera sumar, podría calcular cuántos días de trabajo necesitaba para ponerse unos dientes.

—¿Es que hay pulgas en el sofá?

—Lo siento, señor. —Y el niño pone todos sus esfuerzos en portarse bien.

Recuerda de nuevo el cuerpo de Silas bajo la capa, dormitando en el escalón de la tienda abandonada, y se estremece. Lo vio cuando se encaminaba a la puerta de Louis y al principio pensó que era un pordiosero. Pero aquel olor químico, incluso desde unos pasos de distancia, le dijo quién era. Tal vez Silas había averiguado dónde vivía Iris y la estaba vigilando.

Se chupa el diente y piensa en qué decirle a Louis. «Creo que hay un hombre chiflado por Iris.» Pero teme que Louis se ría de él. Al fin y al cabo, no sabe a ciencia cierta si aquello significa algo. Podría contárselo a la propia Iris, pero está en el jardín dibujando pájaros junto a una vieja fuente podrida y no quiere asustarla. Recuerda la marca roja en el cuello de Moll el día anterior. ¿No es mejor que avise a Iris, para que se ande con ojo?

—Hay un hombre —comienza por fin.

Louis frunce el ceño con una expresión que dice «Cierra el pico», pero Albie se ha lanzado, y como un caballo que corriera a galope tendido, no es fácil detenerlo.

—Lo he visto fuera. Puede ser un hombre muy malo, y debería usted andar con ojo.

—Por el amor de Dios, chiquillo, ¡estate quieto!

—Pero señor, creo que podría estar vigilando a Iris.

Louis se lo queda mirando.

—¿Quién está vigilando a Iris?

—Ese hombre, señor. Estaba fuera ahora mismo, en el escalón de enfrente. Vio a Iris en la Exposición y me preguntó por ella y...

Louis se pone en pie y se acerca a la ventana.

—Ahí no hay nadie. Míralo tú mismo. Espera, no, no, no te muevas.

—Estaba ahí antes, lo juro, señor. Se llama Silas y tiene una tienda llenita hasta arriba de las cosas más raras.

—Ah. —Louis suelta una risita mientras coge su lápiz—. Silas. Sé perfectamente quién es. Es un mentecato inocuo. No le haría daño a una mosca ni aunque quisiera. Seguro que era a mí a quien buscaba, no a Iris. ¿De dónde has sacado esa idea? A Millais le da la tabarra constantemente en Gower Street, y ahora ha debido de encontrar mi dirección. Probablemente, querrá venderme una paloma muerta o un perro.

Y Albie se sonroja, arrepentido de haber dicho nada. Sabía que era una tontería. ¿Por qué, entonces, su mente sigue inquieta? Se acuerda de la mujer aplastada contra la pared, cogida por el cuello, el modo distraído en que Silas preguntó por Iris. Intenta acallar sus miedos, pero solo consigue que se encabriten y lo ataquen con más violencia que nunca.

## Un niño

Han pasado dos semanas desde la noche en el lago, y no han vuelto a hablar de ello. Iris comienza a pensar que tal vez Louis se haya arrepentido, o sencillamente que nunca se acuerda. Ella sí recuerda la presión de sus dedos contra el costado, todas las noches cuando se desviste, y a veces la sorpresa de una remembranza basta para que su cuerpo se doble y sus muslos se aprieten uno contra otro en la agitación del deseo. No sabría poner nombre a aquello, no sabe adónde llevan sus sentimientos, excepto al anhelo de sentir el peso de su cuerpo contra ella, sus manos ahí abajo calmando el calor o inflamándolo... no sabría decirlo.

A veces le sorprende mirándola y apartando de prisa la vista.

Ahora mismo está dando la vuelta a un sobre bajo los inclinados rayos del sol del mediodía. En el reverso aparece el sello de la Real Academia: una marca de metal hundida en cera caliente.

—Ay, ábrela ya —le apremia.

Louis juguetea con los bordes, se muerde el labio, deja el sobre en el aparador, lo vuelve a coger.

Los dos lo miran.

—Estoy segura de que te han aceptado —dice Iris.

—Pero después del año pasado... los críticos... tal vez les irrite incluso que lo haya firmado como HPR...

—Pues entonces la abro yo. —Iris coge el sobre.

—¡Es la correspondencia privada de un caballero! —exclama Louis, pero no la detiene—. Ay, pon fin a mis sufrimientos. ¿Qué dice?

Iris rasga el sobre con un cuchillo. El papel se arruga en su mano.

—«Estimado señor Frost» —lee vacilante.

—¡Ay, por Dios bendito, dámela! —Louis se la arrebató y sus ojos vuelan de renglón en renglón.

—¿Y bien?

—Lo han aceptado.

—¿Entonces por qué pones esa cara?

—No sé. Todo depende tanto del lugar donde lo cuelguen... Y de los críticos.

—¿No decías que te importaba un bledo su opinión?

—Bueno... —Louis dobla el papel—. Puede que diga eso, pero preséntame a un artista que no le importe que se digan cosas horripilantes sobre su obra. —Ahora comienza a sonreír—. Supongo que sí es una buena noticia.

—¿Lo supones? ¡Ay, pensar que tu cuadro estará en la Real Academia!

—Tú también expondrás allí. Serás famosa. Me dejarás plantado para irte con Turner o Constable.

—Sin duda alguna. —Iris cogió la carta—. Aunque en realidad yo también estaré allí, ¿no? Seré yo... Madre mía, pensar que todo el mundo me visitará en mi prisión. —Dentro de siglos, cuando ella lleve mucho tiempo muerta, el cuadro todavía podría existir. El año que viene hará su debut, y será la creadora, no la musa tras la obra que perdurará. Solo necesita dar con una idea y podrá comenzar.

Llaman a la puerta. Louis acude a la carrera.

—Millais, ¿has sabido algo?

A Millais le han aceptado sus tres cuadros: *La hija del leñador*, *El retorno de la paloma al Arca* y *Mariana*. Louis lo abraza.

—Estoy seguro de que este es el año en el que vamos a ser reconocidos, recibiremos loas, y Dickens se verá obligado a tragarse su propio vitriolo.

*Le jour de gloire est arrivé!* Tal vez incluso Ruskin tome nota.

Louis saca una botella de chartreuse verde y tres gruesos habanos de un aparador del salón. Millais intenta declinar, pero Louis le pone a la fuerza un vaso en la mano, sirve tres generosas copas y brinda con Iris.

—Por el día de nuestra gloria.

Iris tose un poco por la dulzura del licor. Se acuerda de la última vez que bebió con Louis. No hace falta gran cosa para traer a su mente aquella noche, basta con verle las manos o la cintura.

—Tenemos que ir al Dolphin —propone Louis.

—Te invito a un trago de brandi blanco.

—Yo te invito a un trago de brandi blanco. —Se vuelve entonces hacia Iris—. Tienes que venir con nosotros.

—No puedo.

—¿Por qué no? —pregunta Louis, ya cogiéndole su bonete y sus guantes—. ¿Es que tienes algo mejor que hacer? ¿Debes prepararte para alguna velada, para ir a la ópera...?

Iris se lo queda mirando. Qué fácil debe de ser para un hombre, que no tiene que pensar esas cosas.

—Ir a una taberna con dos hombres solteros...

—Tonterías. Además, somos tus carabinas.

—¿Vosotros? Vosotros no estáis casados y... y yo tampoco. Sería considerada una... —Y de pronto se pregunta si pertenece a la clase de personas para la que tales asuntos deberían ser una preocupación. Una costurera convertida en modelo. ¿Qué hace falta para caer en desgracia?

—No sabía que te importara la sensibilidad de los mojigatos.

—Yo entiendo sus reparos —tercia Millais.

—Gracias. —Iris agarra el vaso con tal fuerza que da la impresión de que podría romperlo. Y como si tratara de hacer acopio de una respetabilidad que cada día parece alejarse más de su alcance, añade—: Señor Millais.

Louis frunce el ceño.

—¿Cómo, ahora yo también voy a ser el señor Frost?

—Debéis ir sin mí.

—No seas absurda. —Louis la mira de reojo—. No debería haber insistido. Me parece perfecto también quedarnos aquí mirando el friso.

Vuelven a llamar a la puerta.

—Debe de ser Hunt. Seguro que le aceptarán *El rescate de Valentina*, y los tuyos, Millais, los tres estarán en la línea.

—Ya hago yo de mayordomo —dice Iris, que es la que más cerca se encuentra de la puerta.

Todavía le llega la charla de los pintores en el salón mientras quita el pestillo.

Pero en el portal no encuentra a Hunt, sino a un niño que la mira perplejo. Tiene el cabello rubio, muy repeinado, y los ojos redondos como ciruelas. Lleva un arrugado traje de marinero y compone el rostro en esa expresión tan notablemente adulta que Iris reconoce por otros niños ricos.

Casi se echa a reír: el niño parece tan severo como un director de escuela.

—Buenos días —lo saluda, agachándose para ponerse a su altura—. ¿En qué puedo ayudarte,

caballerito?

—En el sitio donde llegó el barco —el niño arruga la frente—, o sea, los muelles, dijeron que enviarían aquí mi baúl. Pero... ¿Está mi padre? Mamá está enferma y me ha mandado aquí en el vapor con la tía Jane y no me ha gustado nada de nada. Mi tía es la que paga el carruaje y camina inter-

interminablemente despacio...

—¿Tu padre?

—Sí.

Iris oye abrirse la puerta del zaguán.

—¡Papá! —exclama el niño, y toda la seriedad de su carita se desvanece cuando se arroja en brazos de Louis.

## Indagaciones

*7 Gower Street*

*12 de abril*

Estimado señor Reed: He intentado visitarle en su local en diversas ocasiones, pero no me ha resultado posible determinar su horario de visita.

Estoy buscando un perro faldero para un cuadro, algo parecido a la pareja de galgos que me proporcionó para mi Isabella. Lo ideal sería un blenheim, un yorkshire o similar. Querría saber si dispone de algo adecuado actualmente, o bien si podría tener listo un espécimen en el periodo de un mes. ¿Serán suficientes dos guineas?

Le ruego me conteste a la mayor brevedad posible.

*Suyo,*

*J. E. MILLAIS*

*La Fábrica*

*7 de abril*

Iris: Lamenté verte partir con tal premura. Te agradecería una oportunidad para explicar mi situación etcétera.

*Tuyo,*

*L.*

*La Fábrica*

*18 de abril*

Iris: Confío en que recibieras mi última misiva y que a la presente te encuentres bien. Debo confesar una cierta preocupación por no haber recibido respuesta y por tu ausencia de esta mañana. ¿Te será posible venir a posar mañana como estaba previsto? Hay un asunto que quisiera comentar contigo, de cierta importancia. También me gustaría disculparme si he causado daño de alguna manera.

*Tuyo,*

*L.*

Brevemente...

Tu casera dice que has salido a dar un paseo, pero veo que tu vela está encendida. No me gusta acusar a una patrona de insincera, de manera que le daré el beneficio de la duda y quisiera, pues, llamar tu atención sobre los peligros de dejar velas encendidas etcétera etcétera.

Hoy te hemos echado de menos en el estudio. Ginebra apenas sobrevive sin el alimento de tus pinturas desechadas.

*6 Colville Place*

*19 de abril*

Iris: Tu silencio me alarma.

Te agradecería la oportunidad de hablar contigo y abordar una urgente situación.

Espero que disfrutes de la bolsa de tus tofes favoritos.

*Tuyo,*

*L.*

## Claude

Silas ha estudiado a Iris. Ha aprendido sus hábitos: cómo se chupa las puntas del pelo, cómo se alisa la andrajosa escarapela en su pecho.

Duerme en una pensión de mujeres y la ventana superior izquierda es la de su habitación. Lo sabe porque ve la luz de la vela en los cristales todas las noches pocos momentos después de que ella entre en el edificio.

Le gustan los caramelos de tofe, que compra a un vendedor de Tottenham Court Road. Silas también los come para sentirse más cerca de ella, aunque su dulzura es empalagosa y le deja los dientes lanudos. Hasta el día de hoy, ha pasado días enteros en Colville Place, y Silas intenta acallar cualquier conjetura sobre lo que estará haciendo. De vez en cuando una imagen se abre camino a la fuerza más allá de su filtro, y aparece Louis penetrando el cuerpo blanco de Iris, se oye el cascabel de su risa, sus calientes jadeos. Pero aparta esos pensamientos porque son mentiras. Sabe que Iris será suya, que es suya.

Recuerda cuando pensaba lo mismo de Flick. Ahora le parece poco más que un pasatiempo, una distracción de la auténtica belleza que le aguardaba años más tarde. Fue tan bueno con esa niña, ¡y ella, tan desagradecida! Estuvo ahorrando libras y libras de lo que le pagaban aquellas viejas brujas ricas de Stoke por sus cráneos, y cada vez que dejaba ir a un compañero, era por ella, era para escapar juntos, para llegar hasta Londres. Le perdonó incluso los devaneos con el hijo de la fábrica de cerámica. Pero ella lo despreció, despotricó contra él cuando le mostró su colección.

Con Iris, se dominará mejor. Hay días en los que ese dominio se debilita, cuando piensa que este amor es una locura, que Iris no lo ama en realidad. Pero una emoción tan intensa como la suya solo puede ser recíproca. Debe aguardar en silencio, inmóvil, oculto, hasta que ella esté lista para acudir a él. Silas todavía no tiene ningún plan, pero eso no le preocupa: su idea con Flick eclosionó de forma tan natural e inesperada que está seguro de que ahora sucederá lo mismo.

Y durante todo este tiempo ha estado tan ocupado cuidando de Iris que apenas ha atendido su tienda de curiosidades. Lleva más de dos semanas sin aparecer por su sótano. Ahora todo resulta hueco, carente de significado. ¿Qué sentido tiene la vitrina de lepidópteros? Nunca ha sido su auténtico objeto de interés, ¿por qué debería, pues, importarle? De manera que la ha dejado de lado, y las alas que Albie acumuló se han convertido en polvo. Unos meses antes, si se encontraba ausente, el arrapiezo le dejaba indicaciones de que había estado allí, de que tenía un tesoro. Pero ahora no hay nada. Se pregunta si el chico no se habrá aburrido también de este trabajo.

La única comunicación que recibió es de Millais, una carta que Silas examinó despacio, deletreando las palabras, y luego arrugó y tiró a la chimenea. La ingenuidad de Millais era de risa. ¡Como si tuviera paciencia para hacerle fruslerías para sus cuadros en un momento así!

Y entonces... otra señal de Iris.

Está en Regent's Park, cuando aún quedan algunos narcisos deshojados en las praderas, sentada junto al lago. Silas la prefiere sentada: parece más frágil, menos alta. Es una lástima que lleve un vestido de cuello alto que oculta su clavícula.

Es la primera mañana que no ha ido a visitar a Louis, y en la caída de sus hombros se nota que está apenada. A Silas le duele verla arrancar florecillas, una a una, de una rama caída, entre los pétalos ovalados y rosados que caen a su alrededor. Se queda allí sentada más de una hora, la cabeza gacha, y Silas anhela acercarse, tocarle la espalda, consolarla, saborear las pequeñas

lágrimas que gotean desde su bonito mentón.

—Tú me cuidarás, ¿verdad? Tú, que tan bien sabes cuidar —le dirá ella.

El viento le alborota un rizo escapado del bonete. De vez en cuando ella alza la mano para volverlo a meter, pero un momento después el mechón vuelve a liberarse. Mantiene la vista gacha y su rostro está pálido, los ojos faltos de su habitual viveza. Silas se pregunta cuál será su pesadumbre. Tal vez Rose ha caído enferma. Debería ir a comprobarlo a la tienda de muñecas.

Un perro de aguas se acerca corriendo a ella. Silas odia a los perros falderos. Le han contado cómo tratan a esas ratas mimadas: que comen hígado hervido, que los bañan en yema de huevo, que duermen en cestas forradas de satén y les ponen mitones de terciopelo para protegerles las patas. Sus dueños muestran más compasión con esos animales que con los hombres de la calle. A él lo criaron a base de hambre y puñetazos, mientras que las hijas del dueño de la fábrica vestían a sus malcarados chuchos y los paseaban por el patio en cochecitos.

Pero desecha estos pensamientos al ver la expresión de Iris, que tiende la mano hacia el perro. Es la primera vez que la ve hoy sonreír. El perro le da lametones, pega el morro a su muñeca, y ella le acaricia el vientre blanco.

La señal es inconfundible. Es tan clara como si la hubiera voceado.

«¡No abandones tu trabajo!», le está diciendo con cada caricia de su mano en el mullido pelaje. «Este es el perro para Millais.»

Y a Silas le conmueve su preocupación por su oficio; otro parecido más entre ambos. La bondad de uno pareja con la del otro.

«¿Estás segura?», le pregunta en su mente. «¿Estás segura de que es este?»

Y ella responde riéndose mientras el perro brinca sobre sus patas traseras.

De vuelta en su casa, Silas lee recortes del *The Lancet* con información sobre el cloroformo. Es su oportunidad de experimentar. Durante los últimos cinco años ha ido recortando todas las menciones del sedante en la revista médica con unas finas tijeras de plata, sin saber cuándo podrían hacerle falta. Al llegar abre el cajón, saca el raído fajo de papeles y los lee con atención. Alza el pábilo de la vela.

Volumen 51, 1848: «Cloroformo... sus be-ne-fi-cios y sus pel-peli-gros.»

Cuando intentó comprar el producto dos años atrás, era nuevo y difícil de encontrar. Ahora tiene más esperanzas. Toma un ómnibus a Farringdon para visitar a un químico al que no ha recurrido antes. Siente una curiosa seguridad en estos establecimientos: suele disfrutar admirando maravillado los tarros de porcelana y el repiqueteo de sus píldoras, los cajones de polvos con palas metálicas, los esqueletos de madera en el rincón y las pulcras hileras de cajas, latas y frascos tras el mostrador. Hoy, sin embargo, apenas mira a su alrededor. Sus modales son bruscos, directos.

—Vengo a por un frasco de cloroformo —le anuncia al químico—. Me envía el médico. Mi mujer estará pronto lista para el alumbramiento.

—Muy bien, caballero. Lo popular que se ha vuelto la droga... Dicen que hasta la reina podría probarla con su próximo hijo. La señora Dickens no tuvo más que alabanzas para este método. Espera que sea varón, imagino, ¿no es así, señor?

—¿Qué? —Silas parpadea—. Huy, no. Una niña.

El químico se vuelve para recorrer los estantes con el dedo. Silas martillea con las uñas sobre el mostrador en un sonoro tamborileo.

—Aquí está, señor. Solo necesitará un frasco pequeño, calculo. ¿Una sola dosis?

—Me llevo dos frascos.

El hombre hace una pausa.



—Le ruego que tenga cuidado, caballero. Entraña ciertos peligros. No quisiera que su esposa sufriera efectos indeseados.

—Estoy del todo seguro. Tendré cuidado. Pero no hay manera de saber si tendrá otras complicaciones después del alumbramiento. Sin duda, comprenderá usted...

—Muy bien, señor. A pesar de lo avanzado de nuestro tiempo, siempre puede haber complicaciones. —El químico le tiende a Silas dos frasquitos de cristal sellados con tapones de corcho.

Y el resto es fácil. Solo necesita vigilar, esperar. El perro de aguas se mete en el mismo charco todas las mañanas y se llena de barro las patas y el collar rosa, para enojo de la criada. Se llama Claude. Vive en el número 160 de Gloucester Place y tiene un rostro aplastado, porcino. El animal es blanco excepto por las rayas de caballa en las patas y una mancha como de hígado en el lomo. Ladra a las arañas. Una descuidada criada lo pasea al alba con una correa de terciopelo; bosteza ruidosamente, charla con las otras doncellas del parque y no recoge los excrementos del animal, sino que ahí los deja para los recolectores de estiércol.

Al cabo de tres días, Silas está listo. El paso arrastrado de la lánguida sirvienta junto al furioso correteo del perro a sus pies. Él aguarda junto a los árboles, con raspaduras de carne como cebo adicional.

El sol ha salido y el rocío centellea como ojos de ratones. A horas tan tempranas no hay por allí ricos, solo sirvientes que se congregan en grupos rascándose la fatiga de los ojos mientras mantienen una vaga vigilancia sobre los perros falderos de sus amas.

La criada suelta la correa y el perro corre libre, husmeando por la hierba. Olisquea el trasero de un galgo —Silas se ríe al pensar que su privilegiada dueña besará al animal en el morro después— y a continuación comienza sus rondas. Corretea hasta el borde del lago, mete una pata en el agua y retrocede. Se escabulle detrás de un árbol, ladra sin razón y luego trota hacia la arboleda. Silas lo encuentra acuclillado. El mojón humea en el aire fresco de la mañana.

—Ven, bonito —susurra, ofreciendo la carne.

El animal agita el morro. Es joven, poco más que un cachorro. Será justo lo que desea Millais. Iris ha elegido bien. El perrito comienza a devorar la carne, meneando el rabo de lado a lado como un péndulo mecánico. Es cosa de un momento: Silas se saca el frasco del bolsillo, vierte el líquido en el pañuelo y lo pega a la cara del perro. Añade unas cuantas gotas más, una cada cinco segundos. El experimento lleva más tiempo de lo que pensaba, tal vez un par de minutos. A Silas le preocupa.

El animal gime un poco, luego queda adormilado y yerto.

Ahora que el perro está sedado, Silas lo asfixia. Solo nota que está muerto por el cese de su pulso, el silencio del ronco aliento de su morro aplastado. Se lo mete bajo el abrigo y se va del parque.

Lo ha hecho por Iris. Debería estar contenta.

## Mancha

*La Fábrica*

*22 de abril*

Iris: Te ruego un momento de tu tiempo. Ya sé que la llegada de mi hijo debió de suponer una sorpresa, incluso un sobresalto para ti. Lo lamento.

En su momento no concedí gran importancia a un asunto tan privado y delicado, ni lo consideré un tema apropiado para sacar a colación. Me equivocaba.

Me gustaría explicarme, imperfectamente, y asegurarte que esto no afecta a tu posición como mi modelo y «aprendiz», si así quieres llamarlo.

Estoy casado de un modo solo nominal; Sylvia y yo hemos vivido separados durante varios años. Mi nombre no acarrea mancha alguna; de hecho, en Londres, aparte de la hermandad, nadie es consciente de que yo sea otra cosa que un soltero harto desaliñado. Si, tras la explicación de mi situación, decides abandonar tu puesto, lo entenderé (aunque el mundo del arte a partir de 1852 en adelante quedará disminuido, y Ginebra jamás recobrará el sano juicio). Pero te ruego no tomes una decisión antes de haberme dado la oportunidad de hablar contigo.

*Tuyo,*  
*L.*

*6 Colville Place*

*22 de abril*

Querida Iris: He hablado con tu patrona, que me informa de que quieres solicitar un puesto en una tienda de Covent Garden.

Desde una perspectiva altruista, te suplico que lo reconsideres: tus dotes de pintora son muchas, y estoy de todo punto convencido de que cometerías un grave error si abandonas tan pronto, cuando tienes al alcance una prometedora carrera.

Desde una perspectiva totalmente egoísta: se te echa de menos.

Estaré dando un paseo por Regent's Park a las cuatro en punto y te suplico que te reúnas conmigo en la puerta sur. Puedo explicar mi situación.

*Tuyo,*  
*L.*

*6 Colville Place*

*22 de abril*

Querida Iris: Me decepcionó no tener la oportunidad de pasear contigo esta tarde y ofrecerte una explicación en persona.

Aclararé, pues, mi situación aquí, porque es importante que entiendas la verdad del asunto. Es difícil saber por dónde empezar. Me resulta extraño, como si debieras estar aquí delante de mí, no como una lejana lectora de palabras sobre el papel. Por esa razón nunca me han gustado las cartas.

¡Son tan pobre sucedáneo de la auténtica compañía!

Pero tal vez sea más fácil si no te imagino aquí, si escribo esto como narrando la historia de cualquier otra persona.

Todo comenzó, supongo, por nuestros padres, es decir, el padre de Sylvia y el mío. Eran amigos del colegio y más tarde en Oxford; Clarissa y Sylvia tenían exactamente la misma edad y

se ofrecían dulce compañía; de niños pasábamos juntos los veranos.

La familia de Sylvia siempre la había destinado para mí, y ella me contó más adelante que su madre la había destetado con historias mías. Desde la edad de diez años, su madre le compraba una cinta nueva para el vestido o la obligaba a permanecer sentada durante horas con hierros calientes en la cabeza si cabía la ocasión de tropezar conmigo. Un verano volví del colegio cuando tenía quince años, y vi a Sylvia como por primera vez. Me creí alcanzado por la flecha de Cupido: instantánea y profundamente enamorado.

Su familia nos invitó a Clarissa y a mí a quedarnos con ellos en los Trossachs, y yo me llevé mi cuaderno de dibujo y unas cuantas pastillas de acuarela. A Sylvia y a mí nos concedieron la libertad de la que suelen disfrutar los niños: paseábamos solos por los lagos, construíamos presas en los arroyos... Pero me desvíó. El caso es que acabamos prendados el uno del otro. Era todo muy idealista, muy ingenuo. Yo alimentaba mi amor como una hoguera tóxica, lo nutría con poesía, música, arte... todo insufrible, pero eran las únicas lecciones que conocía del amor. Te pido que recuerdes mi edad en aquel entonces. Creía que el amor tenía que consumirme, que conquistarme, que me aplastaría entre sus grandes fauces y me haría desgraciado. Y a mí no me quedaría más que sucumbir.

Los sentimientos de Sylvia eran espejo de los míos: intercambiábamos terribles poemas, nos escribíamos efusivas cartas por la noche que al día siguiente poníamos uno en manos del otro. Nos imaginábamos ser personajes de un cuadro, cada gesto cuidadosamente considerado.

Por supuesto nuestros padres pensaron que era una pasión infantil que pasaría y, con suerte, desembocaría en algo más sustancial y duradero, y mi madre en particular me apremió a posponer el matrimonio varios años para poder viajar al continente y procurarme una fuente independiente de ingresos. Nosotros desestimamos sus recelos. Al fin y al cabo, razonamos, ¿cómo podían sus padres, con su patética y apagada ternura el uno por el otro, o mi madre, en el fondo dichosa tras la muerte de mi padre, comprender un amor más profundo que cualquier cosa que se hubiera sentido en siglos?

Decidimos fugarnos, un plan egoísta desde el principio. Nos casamos en secreto por la noche, incluso a pesar de que nuestros padres, probablemente, habrían consentido de haber sido consultados. Pero esta es la ridícula razón para todo ello: queríamos crear la noción de que se trataba de un amor prohibido e imperecedero, cuando era todo una invención.

Fuimos infelices casi de inmediato. Nuestros ideales no tardaron en hacerse añicos cuando nos vimos ante la realidad de la falta de dinero o la irritación por la compañía del otro. Ella no era lo que yo pensaba: la había inventado en mi mente, y ella a mí. Nos decepcionamos el uno al otro.

Porque cuán decepcionante es la carne y el hueso cuando se comparan con las leyendas románticas. Mirando atrás, puedo ver que yo era un joven difícil, muy lejos de ser un compañero idílico. Apenas había cumplido los diecisiete, ¿qué esperanzas tenía? Yo solo quería pintar o leer o viajar, no estar atendiendo todos sus caprichos. Resultó que teníamos muy poco en común, y cuando pasó el enamoramiento, nos dimos cuenta de que detrás no quedaba nada.

La decepción le provocó una enfermedad en la que la melancolía de la mente infectó el cuerpo. Se pasaba en cama todo el día. Las cosas más nimias la enfurecían. Se ponía a chillar si yo leía un periódico, pues creía que era una vía de contagio, y cualquier olor le revolvió el estómago.

Antes estaba más dispuesta a quemar las toallas mojadas que a tocarlas, y esperaba que yo me pasara los días sentado junto a su cama, consolándola y meciéndola.

Gasté dinero en médicos, viajamos a Venecia, a los Alpes, y ella no podía soportarme. No nos quedaba nada que decirnos. Releí las primeras cartas que me escribió y me di cuenta de que no

alcanzaba a ver en ellas nada de mí mismo. Yo no era real. Finalmente, insistió en que no podía vivir bajo mi mismo techo y, con franqueza, fue un bendito alivio. Al cabo de dos años ella había vuelto con su familia a Edimburgo y nuestro hijo se fue con ella. Nunca sentí el deseo de divorciarme, de acusarla tan abiertamente de una ofensa, y mancillar así nuestros dos apellidos. De hecho, jamás lo haré. Ahora parece ser que su enfermedad no es fingida, o eso dicen los médicos. Tiene un tumor o una hinchazón en el cuerpo.

Dicen que es un cáncer. Clarissa está en Edimburgo, cuidando de su vieja amiga. Sylvia me escribe incesantemente: exigiendo que la atienda, diciendo que se muere. Pero cada vez que la visito la encuentro algo irritada, incorporada en la cama sobre almohadas y pidiendo caldos y confites. Y arremete contra mí y no puedo soportarlo.

¿Qué más puedo decir? Estos son los hechos destacados: una esposa de la que vivo separado. Poco escándalo, puesto que llevábamos viviendo separados cinco años antes de que nadie hubiera oído mi nombre. Lo lamento todo inmensamente.

¿Y por qué te cuento esto? Porque espero que vuelvas a ser mi modelo y una pintora por derecho propio. Espero que demos paseos por el parque, que nos riamos de la mojigatería de Millais y que tengamos nuestros cuadros colgados lado a lado. Espero que aceptes mi imperfecta situación y te des cuenta de que en modo alguno estás mancillada por asociación conmigo. Que esto cambia muy poco. Que nuestra amistad debe basarse en la verdad.

Por favor, te suplico que vengas a verme mañana.

*Sinceramente,*  
*LOUIS FROST*

*Charlotte Street*  
*23 de abril*

Estimado señor Frost: Iré a visitarle mañana por la mañana. Le agradezco que refiriera su situación con tanto detalle y le agradezco que me diera tiempo para reflexionar sobre mi posición. No obstante debo pedirle que me proporcione una carta de referencia.

*Sinceramente,*  
*IRIS WHITTLE*

## Sylvia

Louis ha ordenado el salón, incluso según la definición que da Iris a la palabra. Los troncos están apilados en la cesta, el carbón en su balde, y los libros y revistas alfabéticamente ordenados en las estanterías. Él está sentado frente a ella en una butaca. Ha pasado menos de una semana desde que apareciera su hijo, y, sin embargo, se le ve casi tan flaco como a Millais. Tiene bolsas bajo los ojos y la piel más blanca que la porcelana.

No se muestra desgarrado, no llena la sala con sus gestos y su risa, sino que se sienta más tieso que una cerilla en su caja: los tobillos juntos, las manos en el regazo.

—Te he comprado tus tofes favoritos. Voy a por ellos a la recocina. —Louis hace ademán de levantarse y mueve la vista del techo hacia la puerta.

Incluso ahora a Iris le resulta atractivo —sus apretados rizos, la callada fuerza de sus antebrazos— y siente un barullo de deseo. Está tan cerca de ella que podría abrazarlo. ¿Dónde acabó el deseo de pintar y comenzó el deseo por Louis?

Con un gesto de la mano, declina la oferta.

—¿Cómo estás? —pregunta él.

—Muy bien, gracias —contesta, como si le hablara a la repisa de la chimenea. De pronto se siente sola y se da cuenta de que quiere estar con su hermana, que la echa de menos tan intensamente que le cuesta un gran esfuerzo contener el llanto. Le ha escrito, pero no ha obtenido respuesta.

Recuerda cuando hicieron banderas con papel de la pared y se abrieron paso entre las muchedumbres en St James para ver de lejos a la pequeña reina tras su boda con Alberto; cuando se contaban todos sus secretos en susurros y, chupando las densas trufas que le había regalado su caballero, se reía de los detalles que Rose le contaba sobre sus declaraciones de amor.

Creemos que te han engañado miserablemente, que te han manipulado para que adoptes un curso de acción que no deseas tomar.

—Has leído mi carta —afirma Louis. Ella le ve de reojo inclinarse hacia delante y siente una llamarada de rabia, contra Louis, contra Sylvia, contra su propia estupidez al albergar tantas y tan estúpidas esperanzas—. ¿Me permites que me explique mejor?

—Lo cierto es que no veo la necesidad. De hecho, no me debes nada excepto mis dibujos y una carta de recomendación. Por eso he venido.

Él resopla.

—No puedes hablar en serio.

—Por supuesto que sí —le espeta ella—. ¿Los tienes?

—Quería decir que sí te debo una explicación.

El aire es denso. Humo de leña y lana mojada.

—He solicitado un puesto... en una sombrerería de Covent Garden.

—Pues lo mismo podrías trabajar en una fábrica.

—¿Quién eres tú para decirme...?

—Lo aborrecerás. Odiarás la monotonía. No tendrás libertad creativa, como ya supondrás. Serás enteramente anodina, solo una mano de fábrica, no serás otra cosa que la función de uno de tus miembros, como si fueras engranaje.

—¿Y tú qué sabes? —pregunta ella, alzando un ápice la voz—. He venido a por mis referencias. Si no me las vas a dar, me marcho ahora mismo.

—Tienes razón. No lo haré.

—¿No me darás una carta de referencia? —Iris está horrorizada.

—Si así te quedas, entonces no, no te la daré.

—Pero no puedes hacer eso. —Iris trata de dominar su ira. No morderá ese cebo; vencerá a Louis conservando la calma.

—No hay necesidad de que te marches. No veo por qué...

—Tengo que marcharme.

—Pero ¿por qué?

—Porque... —Lo que desea decir es «Porque estás casado y yo tengo miedo».

—Tienes miedo —dice él.

—¿Por qué iba a tener miedo? —Intenta mantener firme la voz, pero su genio la vence—. Y me gustaría que dejaras de decirme lo que siento. Tú no sabes nada de mí.

—Tienes razón —contesta él con súbita vehemencia—. Siempre has dejado ver muy poco. Eres tan cerrada, tan incomprensible para mí...

—¿Yo? ¿Que yo soy cerrada? —explota ella, y sus palabras brotan con tal fuerza que ni ella misma da crédito—. Mientras que tú tienes una esposa, ¡una esposa!, que te has quitado de en medio para poder flirtear libremente con tus modelos. Hablas de la honestidad en el arte, hablas de la verdad, pero eres un fraude, un hipócrita... y —recuerda entonces a Rossetti comentando burlón los conocimientos de Louis sobre «la condición matrimonial»— y yo no soy más que un juguete que puedes usar y tirar. —Él intenta agarrarle la muñeca—. ¡No! No... no me insultes con tus carantoñas... con tus... insinuaciones.

—¿Mis insinuaciones? He hecho todo lo posible por ocultar mis sentimientos. Podría haberte seducido fácilmente.

—¿De eso nada! —exclama ella, con ganas de destrozar el pretencioso jarrón de flores que hay sobre la mesa—. ¡Cómo te atreves! Yo no siento nada por ti... Y ya te lo he dicho antes: no soy como tus «otras mujeres».

—¿Eso ya lo sé! Ellas no significaron nada... meras muchachas de los tugurios...

—¿Cómo puedes hablar así de ellas? Son personas también...

—¿Y tú crees que yo les importaba en lo más mínimo? Por lo menos ahora sé a qué atenerme contigo. —Louis abre las manos. Iris ve de reajo que le tiemblan—. No sientes nada por mí... vale, vale. Bueno, pues lamento que tú a mí me gustes, te pido disculpas por pensar que tú eras diferente. He sido un idiota todo este tiempo, pensando que existía la más mínima oportunidad de... Pero no... ¡No sientes nada por mí!

Iris se lo queda mirando, y sus miembros son lentos como la melaza. Él tiene el pelo alborotado y se frota los ojos. Sus palabras resuenan. «La más mínima oportunidad...» Le está dando la espalda. Iris podría estrecharlo contra ella y besarle, si no le detestara tanto. Se cierra el chal, dispuesta a marcharse, pero él aventura una fugaz mirada hacia ella, e Iris no puede contenerse. No puede dejarle ir... no puede. En ese momento siente que debe tenerlo todo o nada, y no puede soportar perderlo, a él y todo lo que lleva asociado: su mano sobre la suya cuando guía el lápiz por el papel, un tajo de rojo vivo sobre un lienzo, una fresa pintada, perfectamente madura, el brillo de su pedúnculo.

Se acerca a él, y sus labios se unen. Saborea su boca, el humo de la pipa, y siente un pellizco de vergüenza y de deseo. Siempre se había dicho que se resistiría a esto, que alzaría la mano y le recordaría su respetabilidad, su honor. Y aun así, cuando los besos de Louis se deslizan por su cuello, y ella mete la mano bajo la camisa y recorre el terso calor de su pecho... no puede resistirse.

—Iris... —Pero ella lo silencia con un beso y tira de él hacia el sofá.

Siente un hormigueo de deleite cuando él le alza la falda y las enaguas para deslizar la mano entre sus piernas. Lanza una exclamación y tiende la mano para tocarle a él también. El sillón le raspa los muslos. Lo quiere todo de él. Quiere estar tan cerca de él como sea posible, ser parte de él... entregarse a la exquisita deshonra.

## Mariposa

*32 Belgrave Square, Londres*

*23 de abril de 1851*

Estimado señor Reed, Espero que a la presente disfrute de buena salud.

He intentado mantener correspondencia con usted en varias ocasiones y también he enviado a un lacayo a su residencia. Le agradecería que mandara un acuse de recibo de esta misiva.

Todavía no hemos recibido acabada la «Vitrina de lepidópteros», Artículo 297, Categoría XIX. La fecha de entrega ha pasado, pero estamos dispuestos a ampliar el plazo hasta el día 25 del presente mes. Como, sin duda, sabrá comprender, tenemos una enorme cantidad de trabajo como curadores para compilar las obras antes del día de la inauguración el 1 de mayo. Si existe algún motivo que pueda obstaculizar la pronta terminación del producto, es importante que nos lo notifique. Tal vez podamos asistir en su montaje o transporte.

Hemos recibido el Artículo 106, Categoría XXX (perros siameses, articulados y disecados).

Le apremio a que me responda a la mayor brevedad posible.

*Sinceramente suyo,  
THOMAS FILIGREE*

Secretario del Comité Local de Londres, Comisión de la Gran Exposición de las Obras de la Industria de Todas las Naciones.



## Hueso

Iris está tumbada en el suelo del sótano de Silas. Se baja el vestido de cuello alto y le sonrío, suavemente, sin mostrar los dientes. Silas tiende la mano hacia ella. Está tal como la vio el día en que fueron a ver la construcción de la Gran Exposición. Un remolino de piel sobre el hueso.

Ella asiente con la cabeza, dándole permiso para tocarla. Él le agarra la clavícula, que se suelta como una chuleta. Silas la sostiene en la mano.

Ella le pone los dedos sobre los suyos.

—Ahora te has escapado de él.

—Gracias. Si pudiera ver tu obra en el Palacio de Cristal, creo que estaría satisfecha para siempre. La más excelsa de las mentes. —Iris oye un martilleo y mira en derredor.

—No te vayas —suplica él, pero ya nota que se la arrebatan. Iris comienza a difuminarse y el hueso que tiene en la mano desaparece. De nuevo unos golpes... e Iris se disuelve en la nada.

Silas cierra los ojos, deleitándose en el calor de la visión. Ha sido tan vívida que no dudó de que Iris estuviera frente a él, de que fuera real. Su mención de la Gran Exposición le da una idea: conseguirá una entrada para ella.

El martilleo prosigue, seguido de gritos, pero Silas se tapa la cabeza con la almohada y recuerda la textura del hueso.

—¡Silas! Sé que estás ahí... ¡Abre la puerta, cobarde!

Reconoce la voz de la patrona del Dolphin, con el tono que usa cuando echa a los borrachos de la taberna a medianoche. Arruga el ceño, cierra los ojos e intenta imaginarse la continuación del sueño. La mano de Iris sobre la suya... ahí es donde estaba... ¿Y qué hará ella después? Se inclina hacia él y dice...

—¡Abre esta maldita puerta, hijo de perra!

Pero a Silas le da igual. Otros clientes han llamado al timbre y a la puerta, más que nunca ahora que la temporada ya está casi encima y las muchedumbres de la Gran Exposición comienzan a abarrotar la ciudad, y sabe que, si no abre, al final acaban marchándose por el estrecho callejón tapándose las narices para evitar el hedor. El perro faldero está pudriéndose ahí fuera. Ha perdido interés en él.

La casa se sacude con otra patada a la puerta. ¿Qué diantres podrá querer para mostrar una reacción tan violenta? Silas no le abrirá la puerta, ni a ella ni a nadie. Apenas ha pensado siquiera en el dinero del alquiler desde hace semanas. Sonríe. Iris cree...

—¿Qué le has hecho? —grita la patrona—. Sé que has tenido algo que ver... ¡A mí no me engañas! Muerta en una cuneta la noche de vuestra pelea. Un resbalón en la calle, dicen. ¡Y una leche! Tú no te vas a escapar de rositas. Campanilla era como una hija para mí...

Y entonces, tras un alarido animal y una patada a la puerta, sus pasos se alejan por el callejón.

¿Qué estará berreando esa mujer? Debe de andar de ginebra hasta las cejas. Y si Campanilla la ha diñado como sostiene la patrona, pues bueno, era una malhablada y Silas no siente nada por ella.

Se rasca el pecho y sale de la cama. Se acerca a los estantes de ratones de la pared, todos paralizados como de un susto. Piensa que la escena parece un daguerrotipo: ha logrado detener el tiempo, ha inmovilizado a cada criatura para siempre. Estos animales no criarán moho, no se descompondrán. Perdurarán. Hace tiempo que no se fija en ellos.

Comienza ahora por un extremo de la hilera. Está la pequeña Flick en forma de roedor, con un

minúsculo plato de porcelana. Ha cortado unos mechones del pelaje rojizo de un gato para pegarlos a su cabeza de ratón.

Recuerda las gruesas yemas de sus diminutos dedos, endurecidos por el calor de la cerámica... Su amistad... ¿No eran amigos, aunque jamás se dijeran una palabra el uno al otro? Y recuerda más: los cardenales en su rostro y sus piernas, que se tornaban amarillos y morados y negros, cómo la agarraba su padre del brazo como si fuera una muñeca de trapo, los ruidos que salían de aquella casa de campo, lo mucho que Silas temblaba por ella. Tenían en común las palizas, como tantos otros niños, pero para él era algo significativo. Era una conexión. Silas y su madre. Flick y su padre. Todo su ser, todo su cuerpo triste y destrozado decía: «Sálvame. Mi vida no es más que un escupitajo en un fuego.»

Y él la salvó. Se lo puso más fácil. La ayudó a escapar.

## Caballero

Alfie ha huido del tugurio antes de que Nancy pueda atraparlo para que limpie las sábanas. Últimamente lo tienen como una especie de lavandera y le obligan a frotar esa baba seca como de caracol. Y el vinagre y los duros cepillos le pican en los dedos. No es justo, al fin y al cabo, y ayer le dijo a la bruja que ahora es un modelo, nada menos, y que no se atrevía a degradarse. Pero ella lanzó una carcajada y le dio un cepillo.

Lleva un par de polainas de gamuza azul, recién adquiridas en un puesto de Petticoat Lane, que el vendedor le dio a cambio de atraer a los clientes con sus acrobacias y volteretas. Tienen las rodillas rotas y recosidas, y unos botoncitos de cuerno para abrocharse por encima de la espinilla, y convienen perfectamente a su nueva posición. Camina pavoneándose como un rico y se quita el bombín ante el buhonero con burlona altivez.

—¿No le dije que algún día sería un fino caballero? —le suelta al vendedor de limones. El vendedor de limones se limita a mofarse de él.

—Lo más cerca que estarás de un caballero será en la puerta de los hoteles —le replica. Pero Albie da un brinco en el aire y entrechoca los talones—. Con esas encías en carne viva.

—Pronto tendré unos buenos marfiles, ya lo verá. —Consulta su reloj de bolsillo, un cartón redondo con un corto cordel, y anuncia—: La puntualidad es importante para un caballero, no llegar ni con tardanza ni con antelación, así que me disculpará usted, viejo y feo petimetre.

El vendedor de limones hunde la cabeza en el cuello.

Albie tuerce por Colville Place ocupando más calzada de la que necesita, con los brazos abiertos como alas. Un hombre le da un golpe en la muñeca con el extremo de plata de su bastón.

—¡Ve con cuidado, rapaz!

Albie le saca la lengua. No hay quien pueda hoy amargarle el ánimo, ni siquiera el silbido de viento entre las aberturas de su chaqueta, ni que el gato callejero al que reclutó para pasearlo con una mugrienta correa, a la manera del perro de aguas de un caballero, saliera disparado en Oxford Street. El negocio también va bien: con las muchedumbres de la Gran Exposición acudirán más hombres de campo para su hermana.

Va temprano, y un caballero es puntual. Llegar temprano es tan grosero como llegar tarde. (Le ha rogado a Louis que le cuente algunos rasgos de los caballeros, y este es el único que recuerda. Ha preguntado el significado de las palabras como si contuvieran el sentido de la vida: «con tardanza» significa «tarde», «con antelación» significa «temprano» y «puntual» significa «a tiempo».) Va repitiéndose entre dientes *Puntual, puntual, puntual*. La campana del reloj da la hora y el niño cuenta los anillos de sus dedos.

—¡Las diez en punto, oh cielos! —susurra—. No he sido invitado hasta la media de la hora.

Se fija en el escalón de la tienda abandonada en la que había visto a Silas y decide sentarse allí hasta la campanada oportuna. Cruza las piernas como un lacayo, con el mentón alzado. Pero se siente inquieto, como si los polvorientos cristales de la ventana le observaran. Se da la vuelta. El interior de la tienda está oscuro y apenas se ve nada más que unas viejas telarañas en los bordes de los marcos. Ve su reflejo y sonrío, pero se acuerda de sus encías y se lleva la mano a la boca. Y entonces lo percibe: un olor químico.

Traga saliva y se levanta para mirar mejor por el cristal. Un par de ojos y una mueca de la boca al reconocerle. Albie prueba la puerta, que se abre fácilmente, y entra en el viejo establecimiento. En la pared se ven candelabros vacíos.

—Silas, señor. —El hombre da un respingo. Está agazapado junto a la ventana. Por lo general va siempre muy limpio, muy pulcro, pero ahora está sin afeitarse y lleva un abrigo amarillo sucio y desgarrado.

Albie mira en derredor y se cierra la chaqueta.

—¿Qué hace aquí? —Y entonces, deseando que Louis tuviera razón con respecto a Silas, añade—: ¿Ha venido a venderle sus animales al señor Frost?

Silas, en lugar de decir nada, se da tres golpecitos en la clavícula, produciendo un horripilante ruido. Albie no sabe qué interpretar de todo ello.

—¿Señor? ¿Está usted borracho?

—Largo —sisea Silas—. Si ella viniera...

Albie traga saliva y sabe que debería haber insistido más con Louis, que su instinto estaba en lo cierto.

—Déjela en paz.

—¿Que deje qué?

—A ella. —Y el *tap tap tap* lo taladra, como si Silas estuviera martilleando dentro de su cráneo—. A Iris. Sé muy bien lo que planea hacer, señor, lo sé...

Silas hace un gesto con la mano y Albie sigue su mirada hasta el estudio de Louis.

—Tú no sabes nada, Alb... No sabes nada del sufrimiento que ella soporta.

Albie mira en derredor.

—Señor, por favor, déjela en paz. Ella no lo quiere. Tiene que dejarla.

—Hincha el pecho para hacerse más grande, acordándose de las manos de Silas en el cuello de aquella muchacha, de la manta de moratones en la pelirroja Moll. Y se ve invadido por la ira, por un sentimiento de protección hacia Iris. Ella no se lo merece. Y todo esto es por su culpa, ¿no es cierto? Fue él quien los presentó, ¿no? Ahora tiene que enmendarlo todo y avisar a Iris. Se yergue en toda su altura—. ¡Le estoy diciendo que la deje en paz! —Está tan cerca de Silas que lo huele. Bajo el olor químico hay un hedor fétido, más animal.

Silas no aparta la vista del estudio de Louis. Da un manotazo a Albie como si no fuera más que una mosca. Su brazo es más fuerte de lo que el niño esperaba y lo hace trastabillar hacia atrás hasta aterrizar con un golpe seco en el suelo. Sus polainas nuevas están cubiertas de polvo. Lo invade un ramalazo de odio tan puro que le tiembla el cuerpo. Se pone en pie y tira de la manga de Silas.

—¡Tiene que dejarla! Tiene que... ¡Tiene que olvidarse de ella!

La boca de Silas es una fina línea.

—Por favor —insiste Albie—. Déjela... se lo suplico... ella no.

Cuanto más lo ignora Silas, mayor es la agitación de Albie. Le da un empujón, pero no sirve para nada, y acaba dándole una bofetada en la mandíbula. Entonces Silas se vuelve bruscamente hacia él, agarra el cuello de su chaqueta, tensando la tela. Albie siente la fuerza de sus manos, la fetidez de su aliento, el hedor de unas polainas sucias. Intenta dar de puñetazos, hundirle las uñas en la espalda, pero no tiene impulso, nada a lo que agarrarse. El brazo de Silas lo inmoviliza como si fuera un grillete. La cabeza le rebota contra la pared en una oleada de dolor: su boca es una punzada roja y caliente, un crujido de hueso, la nariz mojada, goteante. El niño resuella a través de la burbuja de sangre.

—Como interfieras —dice Silas, su aliento caliente—, como te metas en esto en lo más mínimo, como cuentes algo, buscaré a la rata de tu hermana. Sé que era ella la que estaba en la vieja carbonera. Sé exactamente dónde encontrar a esa puta barata. —Silas sacude al niño.

Albie gimotea, intenta reunir un esputo de flema para escupirle en la cara, pero se ha quedado

seco.

Cuando Silas lo suelta, Albie no puede hacer sino desplomarse en el suelo. Tose y escupe algo duro en su mano... su último diente. La sangre le gotea de la palma como agua. Intenta meterse el diente de nuevo en la encía, pero es imposible.

Cuando alza la vista, Silas ha desaparecido.

Se levanta como puede. No se rendirá. De ninguna manera. Protegerá a Iris, el alma más buena que hay, el corazón más bondadoso. Sale de la tienda y llama a la puerta de Louis, con veinte minutos de antelación.

Puntual, piensa, y le tiemblan las piernas.

Pero no hay respuesta, a pesar de que sabe que ellos están dentro. Se siente distanciado de sí mismo, como ebrio, como titilante, y sus raquílicas piernas son líquidas. El dolor de cabeza es feroz. Con dedos trémulos se toca la nariz allí donde la ha oído crujir, y suelta un grito.

Llama una y otra vez, y el dolor es más denso, como un aleteo de mariposa contra su cara.

—Por favor —intenta decir, pero apenas puede hablar sin su último diente—. *Por favor.*

Las polainas nuevas están manchadas de sangre, y más sangre le cae de la barbilla a la camisa, al suelo. Le recuerda la baba de las sábanas que frotó ayer por la mañana, la desportillada sonrisa de su hermana, su mano en la suya mientras la cama se meneaba encima de él. Sabe que la amenaza de Silas iba en serio.

Las piernas le tiemblan menos, el pánico se va apagando. A medida que se intensifica el dolor, se imagina a su hermana molida a palos, tirada en la calle como un trapo viejo. Una puta más tirada en la cuneta. A nadie le importaría; nadie le escucharía.

Albie se aleja de la puerta, deteniéndose un instante por una punzada de dolor en el costado. No puede poner en peligro a su hermana. No puede. Él no vale para nada, ni para la vida de modelo ni para ser amigo de Iris. No es más que un perro callejero, un gallina, un cobarde. Una gruesa lágrima le corre por la mejilla y se detiene en la hendidura de su boca. No se atreve a enjugársela. Se la chupa con la lengua. Sal y hierro.

## Mirada

Ignoran la llamada a la puerta. Nada transgrede su pequeño mundo perfecto. Iris mece con el pie las pesadas cortinas de cretona de la cama y mira un momento a Louis, que tiene los ojos cerrados. Podría quedarse allí toda la vida, haciendo el amor una y otra y otra vez. Nota la viscosidad de su semilla en el vientre, donde se ha secado y se ha agrietado como clara de huevo. Él le dijo que no debía verter nada dentro de ella. Ahora, Iris apoya la mejilla sobre el pecho de Louis, justo bajo su hombro, y escucha los latidos de su corazón.

—Mi cabeza encaja aquí a la perfección. Es como si tu pecho estuviera tallado especialmente para mí.

—Tal vez sea así —replica él, y juguetea con los dedos arriba y debajo de su columna vertebral como si fuera un piano—. ¿Estás contenta?

—Mucho. —Iris cierra los ojos. Bloquea los miedos que acechan en la periferia de su mente y se concentra en el aquí y el ahora. Estoy aquí ahora, piensa, y Louis está aquí ahora, y todo es perfecto. O perfectamente imperfecto. Ella está perfectamente deshonrada. El pecho de Louis es lampiño, suave. Le pasa la mano por la curva de las caderas y siente en su interior un pellizco, un ansia; tiene los pezones todavía tiernos de sus caricias. Sus besos no fueron delicados, sino sedientos, apremiantes, y dos veces él le absorbió el labio entre los dientes y lo mordió.

Ella siempre había imaginado que cualquier forma de «asunto venéreo», como su madre lo llamó una vez antes de taparse la boca, implicaba sufrimiento, dolor, aguante. Una vez vio a un hombre andrajoso empujando la cabeza de una buhonera contra su entrepierna un poco más tarde de las once de la mañana, con la mano hundida en la maraña de su pelo, recuerda los sonidos de náuseas que ella emitía, como de gato vomitando. Incluso con el caballero de su hermana, le dio miedo ver el toqueteo de aquellas manos, la fuerza en sus brazos, los moratones que le infligía a Rose. Iris deseaba aquello y a la vez no. Aprendió a contemplar sus propias partes íntimas con vergüenza, como un secreto, un lugar grosero de sí misma que había que mantener escondido. Pero ahora lo siente todo como una conspiración: nadie le dijo que la trampa con la que la amenazaban sería tan seductora. Louis miró su desnudez, se rio cuando ella se agitó, y luego la besó «ahí». Dijo que era «hermoso». Ella al principio se horrorizó, pero luego...

—Si sigues haciendo eso, tendré que romper mi palabra de caballero y sacrificarte a Venus una vez más —dice ahora.

—Lo que me gustaría saber —replica ella, besándole el lóbulo de la oreja— es si ha valido la pena sacrificar la dignidad del arte a las bajezas de la pasión.

—Huy, desde luego que no.

—Has hablado como un auténtico pintor. Además, esto es poco más que una clase de anatomía.

—Es crucial estudiar tu forma meticulosamente. —Louis le coge el brazo y se lo besa—. Debo advertir cada inflexión, la tensión de cada articulación, y buscar la dramática verdad en todo ello. —Mueve la mano por su hombro y le pasa un dedo por el pecho—. Y mira, lo que busco aquí es pureza de sentimiento. Debo mirar esto durante días hasta habérmelo aprendido de memoria.

Ella le abraza con más fuerza. Ve un destello oscuro, la curva de su... ¿cómo llamarlo?, y se tensa de deseo. La primera vez que lo vio sintió un extraño conflicto entre fascinación y decepción por su fealdad. No tenía idea de que los hombres ocultaran aquellas rígidas partes bajo los pantalones (sus «innombrables», como lo llamaba su madre).

Deja vagar la mente al lienzo en blanco de su estudio. Siente una oleada de energía, y el cuadro se forma ante sus ojos: llenará cada milímetro de detalles y colores vibrantes. Louis y Albie estarán en el centro, pero... ¿y si ella también estuviera? Más que inspirarse en Shakespeare o en los romances medievales, podría imitar la simplicidad de su cuadro favorito de Van Eyck. Ve el triángulo formado por sus cuerpos: Louis y ella de la mano, Albie sentado a una mesa preparando fresas, la rápida tajada del cuchillo reflejando una esquirla de cielo, su mano alzada con inmóvil concentración, la fruta madura, justo en su punto.

Sus posturas serán relajadas, no con la rigidez de muñeca de porcelana que caracteriza a la hermandad; más bien será una escena interrumpida, como si el observador se hubiera asomado a una ventana. No habrá amargura pasiva en sus expresiones. Louis tendrá el aspecto de irse a echar a reír. Será una celebración de la vida tal como es, cada objeto será una señal de alegría. Ah, si pudiera convencer a su hermana para que también posara... Pero por descontado, Rose nunca accedería. Pondrá una rosa en un jarrón para representarla.

Recuerda un poema que Louis le leyó sobre belleza y soledad. Inscibirá un fragmento en el marco. «Una cosa bella es un goce eterno.» Y luego algo sobre un rincón sereno y los sueños.

—¿Es que te han secuestrado los duendes? —le pregunta Louis. Ella parpadea.

—Estaba pensando que voy a pintarte.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo?

Pero su idea es frágil. El más mínimo toque podría romperla.

—No estoy segura —responde—. Quiero que me tomen en serio como pintora, ¿sabes? ¿Crees que eso es posible, siendo mujer?

—Bueno, tú eres afortunada porque tienes talento. Y un modelo propio que te permitirá generosamente acceso a su figura, puramente en pro de la perspectiva.

Ella se incorpora sobre la almohada.

—¿Talento? ¿De verdad?

—Tú sabes que sí.

—Nunca lo habías dicho. Decías «promesa» con bastante retintín, como si estuvieras percibiendo un mal olor.

—¿En serio? ¿Nunca te lo había dicho? —Louis enrosca un rizo en su dedo—. Podríamos fingir que eres un hombre. Tus cuadros se venderán mucho mejor. Otras artistas lo han hecho y han engañado a todo el mundo.

Ella niega con la cabeza.

—No me sentiría yo si tengo que ser Ivan o Isaac.

—¿La señorita Whittle, la famosa pintora! La prueba viviente de que las mujeres pueden crear mejores cosas que tapices y florecillas insulsas.

Iris sigue la mirada de Louis hasta una miniatura enmarcada en la pared.

—Mi madre te habría adorado, ¿sabes?

—¿Sí? ¿A pesar de ser una tendera?

—Lo habría olvidado tan deprisa como yo. Tienes la estatura de una reina.

—Oh, Guigemar. —Iris acaricia su parte favorita del cuerpo de Louis, una áspera franja de piel al borde de su cadera.

—Te lo advertí —dice él, alzándole el mentón. Y ella le besa y le besa y le besa hasta que le parece que se ahogará.

## Entrada

Adjunto una entrada para la inauguración de la Gran Exposición el día de mañana, tal como pidió.



## Palacio de Cristal

Todo es ruido, confusión y apretado gentío. Una vasta fuente escupe relucientes chorros de agua hacia el cielo y una marea de mujeres atraviesa los torniquetes, agarradas unas a otras en una especie de éxtasis, y amontonan capas y bolsos sobre sus acompañantes masculinos. Los colores son tan abrumadores como en un burdel de clase alta: nidos de plumas enredadas, sombreros obscenamente abultados, parasoles abiertos y hectáreas de tiesa crinolina. Candelabros de cristal gotean entre los olmos y las esculturas y las venosas palmeras en sus jardineras. Es un caleidoscopio dando vueltas, imposible de detener, imposible de contener.

Silas intenta calmarse imaginándose la exposición de noche, desierta de muchedumbres, con el silencio imperando sobre las hileras de artefactos.

«Este momento pasará.»

—Peor que las fiestas de la corte.

—El vestido de lady Charlemont... ¡menudos dorados!... ¿en qué estaría pensando?

—Y las camareras...

Una voz más áspera: —Y hay letrinas con cisternas. Voy a ser el primero en bautizarlas.

Silas recibe el golpe de un abanico. Tiene calor y se afloja el cuello de la camisa. El edificio es un invernadero, y él es una fruta que se pudre.

Busca a Iris por todas partes, imaginándose su sencillo vestido entre aquellos estrepitosos pavos reales. Sabía que el Palacio de Cristal sería grande —¿cómo iba a ignorarlo, habiendo observado con tanta atención sus progresos?—, pero su enormidad lo apabulla. El techo curvo de cristal parece tan lejano como la cúpula del cielo. Podría tardar semanas en ver todos los artículos, en deambular por las plantas y pasillos y galerías.

Piensa en su pequeño palacio propio, del que tanto se enorgullece, en sus oscuros rincones, tan cálidos y acogedores, en su atestada tienda, la diminuta buhardilla donde duerme y la tumba de gruesas paredes que es el sótano: podría encajarlo todo en este espacio mil veces, decenas de miles de veces. Y las obras: ¿cómo podría él, en el transcurso de una sola vida, crear suficientes artículos para rivalizar con este edificio?

Iris le recordará su grandeza. Su presencia compensará toda una vida de decepciones. Iris será su gran logro, su joya, la más deliciosa de las criaturas. No se le ocurre pensar que a ella le resulte difícil dar con él entre la muchedumbre. Encontrará el camino hasta sus cachorros y se verán allí.

Cuando suena el *crescendo* de órgano y la reina avanza despacio por la nave, a Silas no le importaría que un cañonazo destruyera aquellas estridentes multitudes, que no quedarán en el mundo más que Iris y él.

Silas deambula por los pasillos de resonantes prensas de vapor, fascinado por el rítmico masticar de sus fauces, por los golpes de los yunques, como las máquinas negras de la fábrica de cerámica. De niño anhelaba meter un palo en sus sucias bocas. ¿Qué pintan aquí tales mecanismos? Tal vez muestren los progresos de la industrialización, ¿pero qué es el progreso, si no hacen más que producir en masa publicaciones de idéntica tipografía, idénticas porcelanas heráldicas, idénticas bobinas de algodón, por más pulcras y simétricas que sean? Si esta es la edad moderna, no quiere tener nada que ver con ella. Por lo menos, se consuela, una máquina jamás podría recrear su particular habilidad, jamás podría destripar o coser o articular o disecar una criatura.

Presuroso en dirección a sus cachorros, recorre las chillonas galerías con sus vigas azules y amarillas y verdes, abarrotadas de expositores de animales. Alces, un orangután dormido, un par de faisanes disecados de la especie monal colirrojo, bajo el título *Cortejo*. Podría traer aquí a Iris, preguntarle a qué pareja le recuerdan; ella le tocaría el brazo entre risitas y le diría que no fuera malo.

Mira arriba y abajo, preocupado porque tal vez sus compañeros se han perdido, han resultado dañados, olvidados... Pero al fin los ve. Ahí están: diminutos, intrincados, perfectos. Se ve poseído por una cálida oleada de orgullo. Recuerda el ruido del timbre, tantos meses atrás, recuerda cuando Albie le mostró los cachorros siameses, recuerda cómo se los imaginó ya en su museo. Y ahora aquí están, tal como los había imaginado, pellejo y esqueleto expuestos lado a lado en cajas de cristal, sobre pedestales de piedra. Él los ha hecho. Él pegó cada carpo, cada vértebra. Él disecó la piel, atendiendo cuidadosamente cada etapa como quien atiende a un niño de pecho. Esto es lo que tanto ha soñado: cientos, miles de personas admirando la pericia de su trabajo. Se queda entre los expositores, contemplando al gentío que se detiene a mirar su obra. Apenas puede resistirse a darles un codazo y contarles que la suya es la gran mente detrás de todo ello.

—Notable —comenta un hombre con un frac de seda a su femenina acompañante—. De lo más notable. Tal vez pueda el autor hacerte algo para tu vitrina.

A Silas le gustaría que Iris estuviera allí para ver todo aquello. Sin su aprobación, su éxito parece irreal. Estira el cuello confiando en verla aparecer pronto abriéndose camino hacia él. Estará un poco aturullada, pero al verle sonreirá, tal vez hará una reverencia (¿es eso lo que hacen las damas respetables, o solo las de las clases altas? Debería fijarse mejor), y entonces él le leerá con impresionante fluidez la tarjeta impresa bajo sus especímenes, para demostrar su educación.

«Cachorros siameses, articulados y disecados. El diseño y ejecución son obra exclusivamente del expositor, Don Silas Reed, y forma parte de una extensa colección de curiosidades desarrolladas por el señor Reed durante un periodo de veintitrés años.»

Pero a medida que pasa el día, mientras la mañana avanza y en el edificio hace cada vez más y más calor, se intensifican los temblores de las dudas. Debería haber aprendido de la última vez: ella no acudirá, incluso si asegura estar interesada. Sus logros jamás serán suficientes para ella. Iris se mantiene fría, distante, alejada de él. La ha estado esperando más de cinco horas.

No ha venido.

Silas respira despacio procurando mantener la calma. Se retuerce las manos para evitar hacer añicos la caja de cristal con sus cachorros, para no desgarrar la piel y aplastar el diminuto esqueleto. No significan nada, no son más que estúpidas fruslerías. ¿Qué son, comparados con ella? ¿No podía haber tenido al menos la cortesía de contestar a sus cartas, de devolverle la entrada que tanto le ha costado? Es una zorra mentirosa y desagradecida.

Era su última oportunidad. Y no ha venido.

## Rose

—Ayer recibí una carta de lo más curiosa —le grita Iris a Louis por encima del estrépito de los carruajes.

Es la tarde de la Gran Exposición y hay un embotellamiento de tráfico.

Hileras de berlinas paradas, caballos que patean y relinchan, cocheros que bostezan y sacuden sus látigos, ruedas que chirrían. Dos hombres gritan con las camisas remangadas como un preludio a una pelea a puñetazos.

Pero Louis apresura a Iris más allá de la riña y cruzan a la calzada oeste de Regent Street. Ella apoya la mano en el doblez de su codo.

—Llegó cuando estabas en casa de Millais. Te lo iba a comentar, pero se me olvidó.

—¿El qué se te olvidó?

—La carta. —Iris suspira—. De vez en cuando me gusta hablar de cosas que no sean la Academia.

Louis está hecho un manojo de nervios. Mañana es la visita privada de la Exposición de Verano de la Real Academia, y verán dónde han colgado su cuadro y oirán los primeros rumores de los críticos.

—Lo siento. —Louis le da un apretón en el brazo—. ¿De quién era?

—La verdad es que no lo sé. Llevaba dentro una entrada.

—¿Para qué?

—Para la Gran Exposición. —Iris se encoge de hombros—. Le debe de haber costado unos cuartos. Pero decía que yo había pedido una entrada, cuando no he hecho tal cosa. —Se da cuenta de que parlotea, pero Louis la mira con expresión extraña—. Ay, no me hagas caso. Seguro que es una tontería.

—¿Es esa tu manera de decirme que tengo un rival? ¿Debería sacar mi pistola de duelos?

—Huy, por descontado. Seguro que él habla muchísimo menos de la Academia.

Eso basta para que Louis vuelva a su tema favorito.

—Me sorprendería que esté en la línea, aunque tal vez un poquito por encima o por debajo... Y la probabilidad de que esté en una sala decente...

Pero ella no presta mucha atención. Porque se están acercando cada vez más al Emporio de Muñecas de la señora Salter. Da un respingo al ver la fija mirada de las muñecas del escaparate, recuerda haber pintado la mayoría de esos ojos. Ahí es donde se ha estado asfixiando durante años, una araña atrapada en ámbar. Su mundo ha cambiado tanto que le resulta extraño ver que la tienda sigue igual. La pintura verde está tal vez algo más desportillada, una de las muñecas es nueva, pero aparte de eso, todo está tal cual, una reliquia perfectamente conservada.

A través de los cristales, ve la cabeza gacha de su hermana, su pelo rizado y cobrizo.

—Tengo que entrar. Tengo que verla.

—¿Estás segura? Al fin y al cabo, ha ignorado todas tus cartas. Tal vez...

—A ti no puede verte. La sacarías de quicio. —Iris le tiende a Louis su parasol y se detiene un momento, consciente de que no lleva corsé, de su pelo suelto en torno a los hombros. Cuando entra, la campanilla de la puerta resuena. La señora Salter no está.

Su hermana alza la vista. Iris tiene el sol a la espalda, los rayos iluminan las motas de polvo. Ve a Rose perfectamente, pero no se da cuenta al principio de que a su hermana la ciega la luz hasta el punto de que no la reconoce.

—¿Puedo ayudarla, señora?

—Yo... yo... —Iris advierte el globo blanco del ojo izquierdo de Rose, mientras el otro intenta ajustarse a la tenue luz de la vela—. ¿Rose? —Y a su hermana se le demuda el semblante.

—¿Qué haces aquí?

—Por favor, hermana. —Iris camina hacia ella, tropezando con el gastado surco de la alfombra.

—Ya. ¿Has venido a atormentarme? Pues te puedes reír, que ya ves lo que me importa.

—¿Qué? No. Eso ni se me ocurriría.

—¿Por qué no puedes dejarme en paz?

—Te echo de menos. —Iris se sienta junto a Rose en el que antes era su sitio. El vestido se le engancha en la astilla de siempre, su espalda se apoya en una silla que casi parece amoldada a ella. Es como si el tiempo se hubiera frenado en seco. Siente la madeja de la vieja telaraña cerrarse en torno a ella e intenta respirar hondo.

—¿Qué estás cosiendo? ¿Viva o muerta?

Su hermana no contesta, pero Iris ve que le tiembla la mano con cada puntada.

—¿Dónde está la señora Salter?

—Ha salido a un recado. Está buscando una nueva aprendiz. La que vino después de ti no duró.

—Oye... pienso mucho en ti, Rose.

Su hermana guarda silencio un momento, antes de explotar: —¿Cómo pudiste hacerlo?

—¿Hacer qué?

Rose deja la labor.

—¿Cómo pudiste hacerles eso a mamá y a papá, y a mí?

—Tú sabes que no fue así.

—¿Cómo fue, entonces? A estas alturas debería estar acostumbrada a que me abandones. —Su risa es una tos hueca—. Y ese artista... ese hombre. Me imagino que te folla.

—¿Rose! —exclama Iris. No puede imaginarse siquiera a su hermana diciendo esas palabras, ni siquiera sabía que tuviera ese vocabulario.

—¿Qué? ¿Lo hace o no?

Iris baja la vista.

—Por favor...

Rose se ríe.

—Lo sabía. Te dejaré tirada, ¿sabes?, cuando ya se haya hartado.

—Pues no —le espeta Iris—. Me ama.

Ninguna de las dos habla. Iris recorre la espiral de un nudo de la madera y lo intenta de nuevo.

—Quiero que sepas que no me marché para hacerte daño. Yo te quiero.

—No digas tonterías.

—¿Pues claro que sí! ¿Cómo puedes dudarlo? Eres mi hermana. Pienso en ti a todas horas.

—Aquí encerrada.

—Sí, aquí encerrada —repite Iris—. ¿Quieres saber la verdad? No tienes por qué estar aquí. Hay otras formas, otros medios.

—¿La deshonra, quieres decir? Estoy demasiado desfigurada para eso.

—La deshonra no. —Iris tiene que entrelazar las manos para evitar abrazar a su hermana—. Yo puedo ayudarte.

—Guárdate tu caridad.

Solo entonces Iris cae en la cuenta de cuál es el olor de la sala, detrás de la humedad del

papel pintado y el aroma a azúcar: el olor de la decepción.

El aire está cargado de decepción. La señora Salter se oculta tras píldoras y pociones en un intento por sanar su propia infelicidad. Y Rose... La amargura la reconcome, amargura porque una sola carta le arrebató todos sus sueños, amargura por haber perdido su belleza y sus perspectivas. Y todos los días, el rostro de Iris radiante ante ella como un espejo de la que fuera una vez, o de la que pudo haber sido. Iris siente tal ternura por su hermana, que tiene que aferrarse al borde de la mesa.

—Sé que me odias por ello —dice. Rose aparta la vista—. Pero yo no te abandoné. Yo abandoné esta vida. Dejé esta esclavitud, esta miseria, dejé a Salter, dejé este penoso trabajo. Me marché para pintar. ¿No te acuerdas de lo mucho que deseaba ser artista, y que tú también lo deseabas para mí?

¿Te acuerdas de cuando fuimos a la Galería Nacional?

Rose tiene el pelo caído hacia delante de manera que Iris no puede leer su expresión. Oye su propia voz resonar en su cabeza, quejumbrosa e insistente, pero las preguntas que durante tantos años ha contenido, brotan ahora: —¿Por qué cambió todo? ¿Qué te hice yo? Sé que sufriste tu enfermedad y tu... tu decepción. Pero no fue culpa mía. Yo te habría ayudado, habría sido una amiga, pero tú me apartaste y...

Rose se vuelve hacia ella con una mirada fiera en su ojo bueno.

—Oh, muy bien Iris. Muy buena actuación.

Iris no entiende nada.

—¿Qué quieres decir?

—Siempre tuviste celos de mí. Siempre te comparabas conmigo.

—¡No es verdad! Tú...

—Y cuando no me tenías envidia, me veías como una criatura patética, lamentable.

—No. —Aunque Iris empieza a sentir náuseas.

—¡Y decir que no fue culpa tuya! ¡Después de que lo arruinaras todo para mí!

—¿Cómo? No sé qué...

—No me mientas.

—De verdad, Rose, que no tengo ni idea...

—Tú le escribiste.

—¿Que le escribí a quién?

—A Charles.

Iris tarda un momento en recordar que Charles era el nombre de su caballero.

—¿A qué te refieres? ¿Cuándo?

Rose señala su rostro desfigurado.

—Cuando caí enferma. Tú se lo contaste. Porque me tenías envidia, envidia, ¡envidia! Te fuiste metiendo entre nosotros, haciéndote amiga suya, ¿y cómo si no se enteró? Tú le contaste lo de mi enfermedad. ¡Y hasta tuviste la sangre fría de entregarme su carta! Tú destruiste mi única oportunidad de ser feliz. Si tan solo se lo hubiera podido contar yo, tal vez él habría...

Iris la interrumpe.

—Yo no le escribí nada. Te lo juro. Yo pensé que era una carta de amor. No tenía ni idea...

—¿Entonces cómo se enteró?

—No... no lo sé. —Iris se acerca a ella—. No lo sé. Pero tienes que creerme. —Ahora frunce el ceño—. ¿Cuánto tiempo llevas pensando eso de mí? ¿Por qué no dijiste nada?

Rose guarda silencio.

—Lo juro por todo cuanto tengo. ¿De verdad me crees capaz de algo así? Yo también lloré,

acuérdate.

Rose mantiene el ojo en el pequeño corsé que tiene delante.

—Pero yo pensé... Yo siempre creí...

—No. —Iris meneaba la cabeza—. No. Si alguien le escribió, no fui yo. Él tan solo me dio la carta y se marchó. Le dije que sufrías de reuma, nada más.

—Ya... ya veo. —Rose se pincha con la aguja y deja la labor—. Por favor, necesito un poco de tiempo. Para pensar.

—Déjame ayudarte. Te puedo ayudar hoy mismo. A la señora Salter no le importará... —Iris no puede soportarlo, de manera que sigue insistiendo —: ¿Te acuerdas de nuestros planes para la tienda? Iba a tener una marquesina azul y cientos de lámparas, y yo dibujaba los broches que haríamos.

Rose mantiene la cabeza gacha. Iris no le ve la cara. Anhela acariciarle el pelo, ese pelo que cepillaba todas las mañanas con el cepillo de tejón, los enredos que le deshacía.

—La íbamos a llevar las dos juntas. Decíamos que no queríamos ningún espantoso marido. ¿Te acuerdas?

Iris frota la lágrima de Rose que ha caído sobre la mesa.

—Teníamos tantos planes, tú y yo...

—Lo siento —dice Rose.

—Yo también. ¿Me puedo quedar?

—Ahora no.

Iris se levanta y se encamina hacia la puerta. No puede dejar de hablar, no soporta el silencio que se abre como un abismo entre ellas.

—Me marcho en un momento. Pero antes, que sepas que estoy ahorrando para tu tienda, y que te puedo ayudar con ella. Ya sé que no quieres el dinero de él, pero ganaré mi propio dinero vendiendo mis cuadros. Podemos montarla juntas, pero tú serás la patrona, y yo una mera dependienta. Ahora pinto mejor que nunca y puedo hacer toda clase de pequeños retratos al óleo...

—Está a punto de girar el pomo cuando vuelve la vista. Su hermana la mira con el ojo bueno y una expresión de tal angustia, que Iris la siente como un puñetazo en el pecho.

Rose murmura algo.

—¿Perdona?

—¿Querrás quedar conmigo algún día?

Iris asiente con la cabeza.

## Navaja

Los hombres de chistera se saludan con la cabeza unos a otros y, por una vez, Albie no toma nota de su comportamiento para imitarlo más tarde.

Está acostumbrado a sentir que puede volver a flote pase lo que pase, como un tronco en la turbulencia de las aguas del río, pero ahora se hunde.

Corre menos. Canta menos. Está siempre cansado.

Tiene los ojos morados y la nariz del color de la ictericia, y duerme mal desde que Silas apareció en su ventana y llamó dos veces. Solo una advertencia, solo un gesto para indicar que su amenaza iba en serio. Ha sido suficiente para acallar la conciencia de Albie, y cualquier sueño que tuviera de avisar a Iris queda socavado por la imagen de su hermana con el cuello rebanado como un cerdo. Piensa en ella, desnuda en la cama, contando los peniques del trabajo de la noche, su sonrisa torcida, el modo en que se acurruca contra él cuando la faena termina y por fin pueden dormir.

Se conforma con una segunda opción: seguirá a Silas como una sombra, vigilará cada una de sus interacciones con la máxima atención. Está siguiendo a un hombre que a su vez sigue a otra persona, casi parece una chanza, como si todo Londres estuviera involucrada en una ridícula cadena de espionaje. Pero esto no es una gansada, y si Silas intenta hacer daño a Iris, tendrá que enfrentarse con Albie. Ha aprendido de su último ataque infantil contra ese hombre, y ha hecho mella en sus ahorros para los dientes con el fin de comprarle una navaja al trapero. La lleva bien guardada en el bolsillo, envuelta en algodón como un miembro vendado.

—La mejor exposición de la Academia hasta la fecha —dice alguien.

Pero Albie no tiene ni idea de lo que es el gran edificio de piedra que tiene delante, y francamente, tampoco le importa. Para él las calles son peligros y siluetas a ser evitadas: ladrillos que se caen, carros a toda velocidad o látigos dispuestos a lamerle la mejilla.

Sus ojos siguen a Silas, que se abre paso a codazos entre las muchedumbres con un papel en la mano. Albie se pasa la lengua por las tersas encías. Esto mitiga el miedo que se asienta en su pecho, que le constriñe la garganta. Sabe que el papel significa lo mismo que la entrada de la Gran Exposición de ayer: que él no podrá ir más allá. Él no es más que un pobre desgraciado con la cara amoratada. Espera, al menos, que si Iris acude también se encuentre a salvo entre la buena sociedad, que Silas no se atreva a hacerle daño entre tantos ricos.

Se frota la frente. Sin duda, Silas se pasará horas ahí dentro, igual que ayer en la Gran Exposición. Horas y horas estuvo esperando el niño, y casi lo pierde en la refriega. Eso significa... significa que tal vez sea el momento que el día anterior tuvo miedo de aprovechar. Ahora tiene tiempo, y si encuentra algo raro en la tienda de ese hombre, algún indicio de que planea hacerle daño a Iris, puede llevar a un policía hasta allí y a Silas lo ahorcarán. Y entonces su hermana estará a salvo e Iris también.

Está seguro de que Silas esconde cosas —cosas malas, cosas siniestras— y en las dos últimas semanas se ha dejado llevar por un creciente pánico.

El chico se escabulle, se aleja de las grandes columnas de Trafalgar Square. Todavía le duele la pierna izquierda después del empujón de Silas, de manera que corre como un juguete torcido de hojalata, con el tobillo doblado hacia fuera.

«Academia, academia, academia», repite, apartándose con un zigzag del camino de un ómnibus abarrotado hasta arriba de oficinistas. Ignora los gritos del cochero.

«Academia, academia, academia.»

Echa un vistazo en derredor, una rápida mirada a izquierda y derecha, y se adentra en el callejón de Silas. Los edificios en torno a él son altos como barcos, con las ventanas rotas. De uno de ellos sale humo. La calleja está plagada de montones de ceniza y polvo, una pasta que se pega a los pies de Albie. El niño se atraganta un poco cuando le abofetea el hedor a podredumbre. Ve una criatura medio descompuesta, palpitante de avispas y gusanos que se abren paso devorando la carne hasta el esqueleto. La mandíbula parece la de un zorro. Tiene que entrar, alejarse de eso. Respira a través de la manga. Y tiene que darse prisa, además. ¿Qué le haría Silas si lo descubriera?

Sacude la puerta pero, por supuesto, está cerrada con llave. Alza la vista, advierte que Silas se ha dejado la ventana superior entreabierta. Es poco más grande que el hueco de una chimenea, pero Albie está acostumbrado a escalar paredes, a colarse por la más estrecha de las aberturas para tomar un atajo o hacer una bufonada. Trepa mejor que un gato, incluso con el cuerpo tan dolorido. Sus pies son duros como zarpas.

Su hermana bromeaba diciendo que tenía los huesos hechos de cartón, que sería el mejor ladrón de toda la metrópolis si no fuera tan honesto.

Albie vuelve a mirar alrededor, se frota las manos y emprende la escalada del costado del edificio.



## La visita privada

Los hombres de abrigos negros se agrupan a un lado, con desdeñosas muecas de cuervo. Silas pensaba que no lo admitirían, ni siquiera con su entrada por la que ha pagado un tremendo sobreprecio, pero tras una ligera discusión, lo dejan pasar.

En años previos ha esperado en el exterior con diversos especímenes para mostrar sus habilidades y fomentar el negocio con los pintores. No duda de que Louis estará aquí hoy, pues los artistas siempre vienen, y seguro que querrá mostrarle a Iris su obra.

Camina por las cavernosas salas. El desorden es enervante: Silas quiere los cuadros pulcramente colgados, los marcos uniformes y medidos con precisión, pero en lugar de eso aquí conforman una especie de papel de pared ornamentado y monstruoso. Al menos las molduras del techo son simétricas. Silas las mira para calmar el torbellino de su mente. Tropieza con un caballero de bigote que lo mira como si no fuera más que un pedo acechando bajo su nariz —*Gideon, Gideon*—, y Silas se siente una vez más fuera de lugar. En Stoke nunca lo aceptaron — hasta su madre lo odiaba—, y ahora la sociedad a la que aspira lo trata como a un perro callejero o bien como a un bufón. Intenta centrarse en la idea de que Iris llegará pronto, que la verá. Ansía, aunque sea atisbarla, ver en su rostro la comprensión de que él forma parte de esa sociedad, que él también puede obtener entradas para esa visita privada.

¡Qué sobresalto se llevará al verle rodeado de esta multitud! Silas deambula entre las nubes de humo de pipa y cigarros, sin apenas fijarse en los cuadros. Se pregunta qué dirá, si se atreverá a acercarse a ella.

¿Debería reprenderle que no fuera a ver su tienda, que no asistiera ayer a su exposición? Fue muy injusto por su parte, cruel incluso.

—Lo lamento —se disculpará ella con la cabeza gacha—. No podía ir sin compañía.

Silas echa un vistazo en torno a la sala y entonces —apenas puede creerlo— la ve, en la pared. Se abre paso entre el gentío, da un codazo a un hombre que se vuelve bruscamente y le gruñe: —¡Perdón, caballero!

Pero a Silas no hay quien lo detenga.

Es Iris. Realista, perfecta, inmóvil. La exactitud de la figura lo deja estupefacto. Le da la impresión de que podría trepar al cuadro y unirse a ella, sentir el cálido pulso de su cuello, la seda fresca de su mano contra su pecho. Su expresión —tan temerosa y a la vez tan esperanzada— parece dirigida solo a él. Lleva una pequeña corona de oro. Una reina, pues, tal como dijo Louis en el Dolphin hace ya meses. Un grupo de hombres admira el cuadro. Pero no pueden contemplarla a ella, Silas no desea que esos impostores embeban el mohín de su labio, el remolino de su clavícula, el ancho espacio entre sus ojos. Ella es su reina, solo suya.

Cuando los caballeros pasan de largo, se fija con más atención en la escena que la rodea, advierte los barrotes de la celda, su expresión anhelante. Y el pájaro que pasa volando... ¿No es su paloma hacia la que ella mira? Cada pluma está tan perfectamente plasmada que no parece disparatado imaginar que en cualquier momento el animal volará libre de su jaula de pintura.

Lee la inscripción en el marco. «Mi vida es sombría», y luego algo más que, por mucho que lo intenta, no logra descifrar. Y toda su imaginación cristaliza. Se da cuenta, trémulo, agradecido, de lo que tiene que hacer, cómo puede ganarse esa mirada, cómo puede tenerla solo para él. Cómo puede deleitarla, borrar su tristeza.

Lo atraviesa una alegría, un temblor, una vacilante emoción a la que no sabe dar nombre y que

si pudiera embotellaría. Esto es más grande incluso que correr por las praderas de Staffordshire, que el éxtasis de ver un cráneo con los curvos cuernos de un carnero, de tener a Flick solo para él por fin, su boca solo para él.

Iris será suya.

## En la línea

—Querido —dice Iris, tirando del brazo de Louis—. Caminas más despacio que Ginebra. Hay cosas más importantes que descubrir, al fin y al cabo, por ejemplo, si estoy en la línea.

—Vamos, compórtate con dignidad —replica él, pero se echa a reír y echa a andar con paso saltarín—. Estoy seguro de que no, de que lo habrán relegado a un rincón como el *Rienzi* de Hunt el año pasado.

La Real Academia está ante ellos, un enorme edificio de piedra que el humo ha ennegrecido. Hombres de oscuras chisteras se congregan entre las volutas del humo de las pipas, muy tiesos, bien plantados, con una seguridad que hace eco en la gruesa solidez del edificio y sus columnas.

Da la impresión de que ni un terremoto lo sacudiría, que sus ventanas son tan inviolables como la roca. El año que viene Iris hará su debut. Su cuadro será impecable, ambicioso, al menos de un metro y medio de altura. No tendrá miedo de ocupar espacio.

Un portero mantiene la puerta abierta, saluda con movimientos de cabeza, y ellos pasan por delante de la cola que aguarda para entrar. Louis le agarra el brazo con gesto tenso mientras suben por las escaleras de mármol, y ella siente un ramalazo de deseo. El destello de una imagen: sus labios contra su pene, la boca de él entreabierta mientras ella sube y baja sobre él. Iris se sonroja, ahoga una risa.

Louis se quita el sombrero ante varias personas a las que Iris no reconoce —o, para ser más precisos, se quita el sombrero de Millais, otra de sus prendas desechadas—, y ella advierte que tiene en el pelo una mancha de pintura azul. Él le va susurrando nombres entre dientes: —Ese es Brown, he oído grandes cosas de su *Chaucer*. Ah, Eastlake... y lady Eastlake con él... Y allí está Reynolds... Leighton...

Hay un rugido de conversaciones, una densa bruma de humo. Louis se busca la pipa en el bolsillo y muerde el extremo. Entran en la primera sala.

Louis mira primero en derredor, a la altura de los ojos, y luego por encima y por debajo de esa línea. Iris intenta imitarle, pero no puede centrar la vista. Lleva mucho tiempo imaginando este día, imaginando una pulcra hilera de cuadros. Pero esto es un caos, un hermoso caos. Las paredes son un entramado de cuadros dorados, desde el suelo hasta el techo. Apenas logra comprender la cantidad de esfuerzo y trabajo allí expuesta: decenas, centenas de años agrupados en un mismo lugar. Contempla el cuadro de un arroyo escocés y se imagina la mezcla de cada pigmento, cada pincelada.

Es una sala que oculta una cuidadosa consideración y mentes pensantes, todas las cuales existen tras estos cuadros como la maquinaria de un reloj tras su cara plana.

—No está aquí. —Louis se la lleva a la siguiente galería, abriéndose paso entre el gentío. El vestido de Iris va barriendo el parquet. Algunos contemplan las obras de arte, otros señalan y ríen. Todo Londres parece haberse congregado en estas salas para charlar.

—¿Cuántos cuadros crees que habrá aquí? —pregunta Iris.

—¿Qué? —Ella tiene que repetir la pregunta—. Ah, pues más de mil, por lo menos. Pero ¿dónde está?

Iris le tira de la manga.

—¡Ahí, ahí!

Está en la línea. Perfecta y justamente en la línea, en el centro de la Sala Occidental. Sus colores brillan entre los cuadros más bien pardos de alrededor. Iris está expuesta al mundo. Louis

la ha plasmado en pintura, la ha enmarcado entre los cuatros lados del marco dorado. Está ahí, de tamaño natural, inmovilizada en un fugaz momento.

¡Y con qué belleza la ha captado!

Ha pasado un mes desde que viera la obra por última vez. La reina, ella, está en su celda, el rostro de medio perfil, una mano a un costado y la otra tendida hacia la paloma que vuela tras los barrotes de la ventana. Iris se pregunta cómo puede haber dudado de que Louis la ama. Ahora se da cuenta de la ternura con la que está pintada, del afecto que hay en cada pincelada. El cuadro es una carta de amor.

—Debería haber hecho algo más con la hiedra. —Frunce el ceño Louis, retrocediendo un paso.

—Está en la línea —le susurra ella. La sala resulta reverente a pesar del ruido, e Iris desea preservar este momento entre ellos.

—Sí. Sí que lo está. Y mira... Ahí está *El retorno de la paloma al Arca*, también en la línea, y *Mariana*, un poco por debajo.

Iris se imagina su propio cuadro allí colgado, junto al de Louis. Solo acaba de empezarlo, ha trazado los contornos de luz y sombra en el duro lienzo blanco: la curva de un cuenco de fresas, el jarrón rebosante de flores. Esa tarde añadirá los primeros toques de pintura. Está deseando volver a su estudio.

—Señor Frost. —Un hombre le da unos golpecitos en el hombro. Louis se vuelve y se inclina, presenta a Iris y el hombre dice con una risa—: ¡Qué criatura tan majestuosa! ¡Tan alta! Es verdaderamente inconfundible. ¿Pero está ella también en venta?

Louis no sonríe. Charlan un momento comentando que Ruskin ya ha estado allí, que es maravilloso que se celebren en Londres dos exposiciones en dos días.

—Aunque la nuestra es mucho mejor —asegura el hombre—, pero la Gran Exposición nos ha robado a gran parte de nuestro público.

Louis resopla.

—Según me dicen, adolece de una absoluta carencia de individualidad, es un atiborrado revoltijo de diseños. ¿Y se ha enterado? No hay lugar para las bellas artes a menos que el cuadro presentado ilustre una mejora en los colores. Imagínese, ¿ser reconocido no por su capacidad artística, sino como mero preparador de pinturas!

Iris ya ha oído antes esas quejas, de manera que al cabo de un momento deja de escuchar y se limita a observar sus bocas. El hombre, que tiene en la mejilla una cicatriz de forma agusanada que tiembla cuando habla, coge a Louis del codo, apartando a Iris de la conversación.

—Me gustaría presentarle al señor Boddington, que ya ha expresado su interés en comprar su *Cautiverio de la reina de Guigemar*.

Los hombres se saludan con una reverencia. Iris se da media vuelta con una disculpa, pero nadie parece haberla oído. Vuelve a mirar el lienzo, la ternura de su expresión, la pasividad de su rostro serio, y siente un peso en su interior, un desaliento. Empieza a verlo no como una celebración, sino como una trampa que se ha cerrado en torno a ella. La mujer del cuadro se ha convertido en su gemela, es como ella y a la vez nada parecido a ella.

La ha sofocado, hasta que Iris no sabe dónde empieza una y termina la otra. Se ha escapado de una mitad de sí misma en favor de la otra.

¿Cómo no se le había ocurrido que la *Reina de Guigemar* estaría a la venta? Se imaginaba, de alguna manera, que Louis querría quedársela, que el cuadro estaba cargado de tantos recuerdos que no querría separarse de él, que no lo vendería. Pero la mujer del cuadro no es ella, se recuerda, y aun así, lo es.

—Por descontado que no es del gusto de todos. Entiendo que algunos críticos han sido más bien implacables en sus insultos hacia su dulce pastelito. Pero yo lo admiro intensamente. Me preguntaba cuál sería su precio.

Iris ve de reojo sonreír a Louis.

—No es que desee hacer de mercader, pero no me separaría de él por menos de cuatrocientas.

¡Cuatrocientas libras! Esa es su valía. Iris mira de nuevo el cuadro y los cuadros de otras mujeres: también sus imágenes quedarán preservadas durante cientos de años, allí para que cualquiera pueda observarlas o criticarlas. Y todas tienen un precio. Esto es poco más que una tienda maquillada, donde se venden hileras e hileras de lánguidas mujeres pintadas. Y ella es una más.

Se aleja un poco, ve que un francés se burla del *Mariana* de Millais, pero no le importa. Mariana también está en venta. Intenta dominarse, considerar que Louis es un artista, que esto es un oficio y que debe ganarse la vida, que establece transacciones con sus modelos igual que las establece con sus cuadros. Pero él había logrado intelectualizar su trabajo y hacerla olvidar que sus raíces están en el comercio. Recuerda las palabras de Millais: «¡Por Júpiter, necesitaré una criatura de magnífica belleza para el cuadro!» Y las de ahora: «¡Qué hermosa criatura!»

Siente una mano en el brazo y da un respingo. Es una mano fuerte cuyos dedos se le hunden en el codo. Piensa en la señora Salter. Siente entonces la bofetada de un olor rancio, desaseado, y no puede soportar ese contacto.

—Lo comprendo todo.

El asalto es incisivo como un mordisco, tan inesperado que por unos segundos se queda paralizada. Es un hombre de aliento putrefacto, de labios amoratados y brillantes. Iris tiene la impresión de que podría llevársela de la galería tan mansamente como una madre se lleva a su hijita, tan sobresaltada está, tan horrorizada. Ve la sala como a través de un velo, abre la boca, pero no emite sonidos. Es una mosca inmovilizada en una telaraña.

—Tienes que ser mi reina.

Solo entonces lo reconoce: es el hombre de la tienda, el que le dio de un modo tan extraño aquel adorno... ¿Elias? ¿Cecil? Silas, eso es. Intenta apartar el brazo, pero él no la suelta. Cuanto más piensa ella en escapar, más se aferra él. Iris no puede respirar, no puede soportar esa mano fría y sudorosa. Necesita recomponerse. Se le nubla la vista y el hedor de su acosador la asfixia.

Él le clava las uñas, y el latigazo de dolor parece despertarla, le recuerda que ella también tiene fuerza.

—¡Suélteme! —Y aparta el brazo con brusca violencia, molestando a un grupo de caballeros a su espalda. Los hombres suspiran y chasquean la lengua. Ella se sonroja. Ha agitado las aguas de la buena sociedad.

Cuando se da media vuelta, casi espera que él la siga, que la agarre con más fuerza. Pero el hombre se ha quedado quieto entre la estrepitosa muchedumbre, y su rostro es un rictus de dolor, como si su contacto le hubiera quemado.

## Ratones

La habitación es oscura. Albie parpadea, unas formas amarillas flotan ante su vista. Le duele la rodilla por el golpe que se ha dado contra la cornisa cuando entró a la fuerza por la ventana. Mira la vieja cama de metal de Silas, con sus sábanas sorprendentemente limpias. La pared del fondo está forrada de pequeñas pelusas. El niño se acerca y, solo cuando sus ojos se acostumbran a la penumbra, se da cuenta de que se trata de ratones disecados, unos blancos y otros marrones, casi todos vestidos con faldas, corpiños y bonetes. Le recuerdan las hileras de muñecas de la señora Salter, con sus volantes y sus caras inexpresivas. Coge el ratón más pequeño, que lleva un vestido a la altura de las rodillas y cierra las patas en torno a un pequeño círculo. Tiene un mechón de pelaje rojizo pegado a la cabeza. Albie se estremece, aunque en parte admira el ratón y en cualquier otro momento habría montado una escena callejera para jugar con ellos. Un reloj le pega un buen susto al dar la hora. Respira hondo y baja por las escaleras hasta la tienda.

La sala está tranquila. Apenas se oye nada del Strand. Los ojos de los animales disecados lo siguen por la estancia. Los cráneos le enseñan los dientes. El niño cae en la cuenta de que no tiene ni idea de lo que busca. Es ridículo haber pensado que Silas ocultaría a una mujer asesinada en su cuarto o que habría trazado sus planes para atacar a Iris.

El silencio le hiela la sangre. Palpa con las puntas de los dedos la textura de un enorme hueso amarillento. Un gorrión está atrapado en medio vuelo, con el pico afilado. Es como si la rueda del tiempo se hubiera detenido, paralizando a estas criaturas cuando volaban o descansaban o dormían.

Pero debe concentrarse en su tarea. Rebusca en los cajones de la cómoda, donde no encuentra más que trozos de cerámica y papeles viejos.

Aunque hubiera alguna nota incriminatoria, no la entendería, pues esos garabatos se desdibujan ante sus ojos.

Es tal el silencio que resulta escalofriante. Al fondo de la tienda hay una alfombra de piel de ciervo, con el morro plano y brillante. Se pregunta dónde preparará Silas sus especímenes. No puede ser en esa abarrotada tienda. En el dormitorio tampoco había herramientas. Busca con la mirada otra habitación, pero la ventana del fondo da a un patio, y no hay más puertas que la de la calle.

El polvo le hace toser. El olor químico le produce dolor de cabeza.

Debería marcharse. Se imagina de nuevo lo que le haría Silas si lo encontrara allí y se da una palmada en el bolsillo. Bien: conserva la navaja. Recuerda la sorprendente fuerza del hombre, el impacto del puñetazo, la pérdida de su último diente, la cabeza que le estuvo zumbando más de un día. ¿Pero en qué está pensando? Se la está jugando con un loco, ¿cómo se le ha ocurrido entrar a la fuerza en su casa? Intenta abrir la puerta, pero la llave está echada. Sube entonces los escalones de dos en dos, resbalándose, sudando, con la camisa ya húmeda. Tiene que salir de allí.

Pero mientras corre por el suelo de madera, que cruje maullando de dolor como un gato, atisba una pluma rosa bajo la cama de Silas. No sabe por qué le inquieta, pero se agacha y se la frota contra el dedo. No tiene nada de malo guardar una cosa así; de hecho ese hombre ya colecciona toda clase de artilugios, la mayoría mucho más raros. Aun así, Albie siente como un escalofrío, como si Silas le estuviera recorriendo con los dedos la columna. Le recuerda a alguien que llevaba una pluma rosa en el pelo, alguien que una vez tuvo la habitación junto a la de su hermana y era conocida por el falso trino de su «satisfacción». Pero se marchó, se convirtió en una dama

más fina, logró abrirse camino a base de trabajo desde los tugurios de St Giles hasta la mejor parte del Soho. Campanilla, así se llamaba. Cientos de muchachas pasan por su burdel y hace años que no piensa en ella ni ha oído hablar de ella. ¿Le habrá comprado Silas la pluma a la misma buhonera, una niña llena de churretes que anunciaba las plumas de colores?

Vuelve a pensar en su hermana, la ve contando las grasientas monedas, vuelve a meter la pluma bajo la cama y se incorpora. Y con tal apresuramiento contorsiona a través de la ventana su pequeño cuerpo, que cae mal al suelo y aterriza sobre el pie malo. Pero hasta el hedor del animal muerto del callejón es un bendito alivio.

## Tejados

—A ver, cuéntamelo otra vez, ¿qué te dijo? —Louis tiende la mano hacia el decantador. Están tumbados en una pequeña hondonada del tejado, al que han salido por la ventana de la buhardilla perturbando algunas tejas que se han caído al vacío. Louis insistió en llevar su oporto, lo cual le dejaba solo una mano libre para agarrarse al parapeto. Desde el hueco del tejado no ven de Londres más que las puntas de las torres bajo el peso de la bruma y el humo.

—No me acuerdo muy bien. —Iris se mira el brazo, los cuatro puntos rojos allá donde se hundieron aquellos dedos—. Que me entendía... o tal vez que entendía algo, que yo era su reina o cosa así... Ay, no sé. Fue muy raro.

—¿Y dices que ese hombre te agarró del brazo? —Louis da un trago al oporto. Iris hace un mohín y él le vierte un poco en la boca—. Pues opino que está loco de remate. ¿Abordó a alguien más?

—No que yo sepa. —Lo cierto es que ahora no parece gran cosa, pero aun así la enervó, la hizo sentirse vulnerable—. Una vez estuvo aquí, me pidió que visitara su tienda. —Entonces se le ocurre algo—: ¿Tú crees que puede haber sido el que me escribió la carta con la entrada?

—¿Qué carta?

Iris suspira.

—Tú no me escuchas.

—Ah, esa carta. Pues claro que te escucho. —Louis recorre las marcas de su brazo—. Pero parece más bien que el hombre que te agarró sencillamente te reconoció en el cuadro y quedó impresionado por el parecido. Eres muy cautivadora.

—No es eso.

¿Cómo explicarle lo desnuda, lo asustada que se siente de pronto?

Durante toda su vida ha puesto buen cuidado en no dar pie a ningún hombre, pero también en no menospreciarlos, siempre un poco temerosa de ellos. A ella la ven como un objeto que mirar o tocar a placer: un brazo en torno a su cintura no es más que un gesto amistoso, un susurro en su oído y un beso forzado en la mejilla es algo halagador, algo que ella debería agradecer. Debería apreciar mucho más las atenciones de los hombres, pero a la vez debería resistirse a ellas, sutilmente, de un modo que a la vez anime y desanime, para no generar dudas sobre su bondad y pureza, pero que ellos tampoco se sientan rechazados. Iris está cansada, le pesa todo el cuerpo. Lo intenta una vez más.

—Ya sé que parece una tontería.

—No es una tontería en absoluto. Mira cómo tienes el brazo, lleno de moratones. Si supiera quién es...

—¿Pero y si ese hombre está...? —No llega a decir «obsesionado» o «prendado» porque le resulta arrogante—. No sé. Es como si hubiera ido directamente a por mí. ¿Y si está ahora ahí fuera, vigilándome? —Iris se estremece—. Es que me pone... nerviosa.

—¿Qué sabes de él?

—Su nombre. Se llama Silas, y me dio un adorno con un ala de mariposa...

—¡El Cadáver! —Louis se incorpora—. ¡Menuda bestia!

—¿Lo conoces?

—Pues claro que lo conozco. Nos prepara animales para nuestros cuadros. A ver, es cierto que es un tipo extraño, pero no tienes que preocuparte por él. —Louis se queda pensativo un



momento—. Alguien me lo comentó... Albie, creo que fue. Sí, Albie. Comentó que andaba acechando ahí fuera, que... —Louis sacude la cabeza—. No importa.

—¿Qué dijo Albie?

—Apenas me acuerdo, solo que le tenía miedo. Yo estaba absorto en mi boceto. Pero de verdad, no creo que sea nada. Si conocieras al Cadáver igual que yo, sabrías que es un hombrecillo patético. Siempre solía rondar por Gower Street intentando vendernos bichos muertos a Millais y a mí para nuestros cuadros. Es conocido por ello. Acude a cualquier lugar donde pueda haber pintores para mercadear con sus criaturas y sus huesos. Por eso estaría seguramente en la Academia. —La expresión de Louis es triunfal, como si hubiera resuelto un enigma—. Ahora todo cobra sentido. Es inofensivo, te lo aseguro, y no tiene el talento que se cree. Vive engañado. —Louis se encoge de hombros—. Si quieres puedo ir a su tienda, tener unas palabras con él. Le preguntaré qué diantres hacía, asustándote de esa manera.

Iris vacila un momento. Se imagina la escena: Louis acudiendo a su rescate, abriéndose paso a codazos, voces subidas de tono, persuasiones, amenazas, Silas retrocediendo asustado. Pero lo que en realidad desea es olvidarse de él, y le preocupa que Louis lo provoque, o que convierta lo que no es más que un pellizco de cenizas en una montaña de basura.

Incluso ahora ese hombre ocupa el espacio entre ellos.

—No. Seguro que tienes razón. No es más que un loco. Y todo fue una casualidad.

Louis se arrellana.

—Solo que si estás en lo cierto, si te vuelve a molestar, debes decírmelo.

Beben por turnos del oporto, cogidos de la mano. Ella roza una teja con el pie. Es este el amor callado que siempre ha deseado. Apoya la mejilla sobre el hombro de Louis, él le acaricia el pelo. Silas parece algo absurdo, irrelevante, cuando ella es tan feliz. Louis le ha asegurado que no es más que un tipo extraño y solitario, que no hubo ninguna premeditación en sus actos, que sencillamente la agarraría de la muñeca sin medir sus fuerzas.

—¿Sabes? Alguien ha querido comprar mi cuadro.

—No pude evitar oírlo.

—Bueno, pues he decidido no venderlo.

—¿Por qué?

—Porque... Ay, te vas a creer que soy un sentimental.

—Qué va.

—Sí. —Y Louis se pone a hacerle cosquillas.

—¡Vale! ¡Sí!

Él se acomoda con los labios amoratados de oporto.

—No sé. Es como si ese cuadro fueras tú. ¿Te resulta extraño?

—Pero yo soy yo. No soy un pedazo de lienzo. Soy una mujer de verdad.

—No me lo recuerdes. —Louis le besa el cuello—. No está en venta. Ni aunque me lo pidiera el mismísimo Ruskin. Le ofrecí al señor Boddington *La pastora* cuando esté terminado, y se lo va a quedar por trescientas libras.

—¡Trescientas libras! —Iris piensa en todas las horas pasadas en la tienda de muñecas. Tardaría quince años en ganar eso, cientos de miles de muñecas de bocas sonrosadas. En ese tiempo, su hermana se habrá consumido hasta desaparecer.

—A ti te voy a dar cincuenta.

—¿Qué? No puedes.

—¿Por qué no puedo?

—Pero si lo único que yo hice fue posar.

Louis resopla desdeñoso.

—No te pago por eso. No. Tú pintaste la pradera, el cielo, aquellos malditos ranúnculos, docenas de ellos. Era un encargo de trabajo, y no permitiré que lo hagas gratis.

—No lo puedo aceptar. —Pero cuando Louis alza la mano para acallar sus objeciones, Iris no vuelve a protestar.

Se imagina a Rose como patrona de su propia tienda, montones de telas apiladas como cajas de bombones. Puede aceptar el dinero por su hermana.

Y Albie, con sus encías emnegrecidas. Podría darle tres libras para sus dientes nuevos; una suma absurdamente generosa, lo sabe, pero ¿por qué no? Se toca la escarapela en el pecho. Aparte de Louis, ha sido el único amigo que ha tenido en los últimos meses, y ve cómo sufre por más que el niño jamás emita una queja. Él habló con Rose, intentó convencerla para que se reconciliaran, le llevó sus cartas sin pedir nada a cambio. Y eso dejaría treinta y cinco libras para Rose; ella misma se quedaría con doce.

Louis le da un beso en la frente.

—No quiero separarme nunca de ti.

—Eres un sentimental —dice ella, aunque siente el pecho hinchido y dolorido a la vez—. ¿Qué le has echado al oporto? Me preocupa tenerte que llevar pronto a Bedlam.

—¿A verla? Yo solo quiero verte a ti.

—A Bedlam, el manicomio, so tonto.

Las palabras de Louis son tan calientes como el vino. Iris bebe un sorbo y se inclina para besarle. Le pasa la bebida a su boca, él se atraganta y escupe y le dice que es una bruta, pero se nota que también se ha excitado.

Su sabor es dulce, canela y tabaco de pipa. ¿No es esto como estar casados? Le pasa la mano por el pecho.

—¿Volvemos dentro? —pregunta él.

—¿Sí? —Y cuando se desabrocha la falda, no hay nadie excepto las palomas y las gaviotas. Ya no le preocupa Silas.

Esa misma tarde, Louis e Iris están en el estudio. El sol empieza a ponerse y Louis devora un cuenco de peras con chocolate.

—Un poco de gomaguta, por favor —pide Iris. Él se bebe los últimos restos de sirope.

—Necesitas también azul ultramar, para destacar las sombras. —Coge dos tubos de óleo y echa amarillo y azul en la paleta.

En el cuadro de Iris, tras el boceto de la silueta de un hombre y una mujer cogidos del brazo, hay un jarrón lleno de lirios y rosas. Ha dibujado cada pétalo, cada tallo. Ahora necesita poner los colores, insuflarles vida con cada pincelada. El ramo de lirios que Louis le compró se marchita deprisa, los pétalos se arrugan, pero servirán. Chupa el pincel de marta para afilarlo y añade un fino toque de azul ultramar aguado con aceite de linaza, pero deja el lienzo en blanco allá donde el pétalo es lechoso y donde cae la luz. Louis dice que va demasiado deprisa, que debería hacer más bocetos preparatorios antes de comprometerse con los óleos, pero ella no hace caso.

Mientras trabaja, hace exigencias como un cliente pomposo.

—Más azul. Un poco de esmeralda... no, más... sí, y aceite también. —Y él limpia los pinceles con los que ella ha terminado, separando los finos pelos.

—Iris... —Louis interrumpe su firme, abstracta concentración.

—Hum.

—¿Te importa que no vayamos a casarnos nunca?

Iris se limpia la mano con el paño de aguarrás, pero no contesta. Es una pregunta demasiado

cargada. Sabe que él querría que aliviara su preocupación, pero no puede. Porque sí le importa, aunque prefiere tener esto a no tener nada.

—Yo te quiero de verdad —insiste él.

—Estoy intentando pintar.

—Mi reina de corazón helado. —Una pausa—. ¿Ha sonado el timbre? Voy a ver. No quisiera que tu obra maestra se viera perturbada ni por un momento.

Cuando se cierra la puerta, Iris mira por la ventana los ángulos y pendientes de la silueta de Londres. La ciudad parece tan pequeña como un cuadro, conquistable, al alcance de la mano, como si pudiera abrir todos los tejados y jugar con las figurillas de dentro. Albie y su hermana, Rose en la tienda, sus padres sentados a la mesa con su Biblia.

—¿Quién era? —pregunta.

—Más vale que bajas. —Louis hace una mueca—. Es tu hermana.

Iris se levanta dando un golpe a la paleta.

—Ah. Y que hayas abierto tú...

Baja presurosa, se mira un momento en un espejo. Lleva el pelo suelto y alborotado, el vestido que se pone para pintar, arrugado y manchado de pintura, las uñas sucias de pigmentos...

—Rose. No te esperaba. Siento que...

—Debería haber escrito antes. Ha sido una grosería por mi parte aparecer así. Pero cuando la señora Salter me mandó a un recado, tenía que venir. Después de lo de ayer...

Rose está en el zaguán, con su habitual bonete de visera ancha que ensombrece su rostro y sus cicatrices. Lleva en la mano un lirio.

—Está floreciendo ahora mismo.

Iris lo acepta y dice con cariño: —Siempre despreciaste tanto estas extravagancias... ¿Sabías que estaba pintando un lirio justo ahora? Pero está ya medio muerto y este será perfecto. Vaya, no nos queda té, y nos hemos quedado sin galletas.

Ginebra, que es un tejón australiano, abrió la caja y...

Se da cuenta de que debe de sonar como una loca y guarda silencio. Su hermana la sigue hasta el salón. Iris se estremece de horror por el desorden. Quita del sofá un peine de carey (de Ginebra) y una copa sucia de brandi, ahueca los cojines, y Rose se sienta.

—¡Qué cambiada estás! Siempre fuiste más indómita que yo —dice Rose, pero está sonriendo.

—Ay —replica Iris, decidida a no volverse a ver en el espejo—. Siempre voy así cuando estoy pintando.

—Te he echado de menos —declara Rose, con la voz rota—. Tenía tanta... tanta envidia...

—Yo también fui horrible. —Iris se acuerda de cuando huyó de su hermana en la Exposición, cuando la abandonó llena de pánico entre la muchedumbre.

Rose abre la boca como para pedir más disculpas, pero Iris no lo puede soportar. Es en cierto modo grotesco ver a su hermana humillarse de esa manera. «Me veías como alguien patético, lamentable», recuerda, y sabe que es cierto, y la crueldad de este pensamiento le provoca ganas de toser, como si tuviera la garganta densa y aceitosa.

—De verdad que lo...

—No, por favor —la interrumpe Iris. Se da cuenta de que suena brusca, y se sienta junto a Rose en el sofá—. Quiero decir que no hace falta.

Se cogen de la mano. La sensación es tan familiar como si Iris se cogiera su propia mano. Mira los pequeños cráteres en los nudillos de Rose.

—¿La señora Salter sigue siendo medio humana medio pastilla?

—Sus ataques de láudano son peores que nunca. Esta mañana me ha abroncado por tener una

aventura amorosa con una muñeca de porcelana.

Iris se echa a reír, aunque no tiene gracia. Se imagina a su antigua ama en un brote de ira pellizcando la suave piel del brazo de su hermana.

—¿Y si...? ¿Y si montaras tu propia tienda?

—Ya, sacudiendo un árbol del dinero a ver si caen mil piezas de plata...

—No. Si yo te prestara el dinero.

Rose resopla burlona.

—Nunca tendrías suficiente. Piénsalo: el alquiler, y las existencias también. Necesitaría... no sé... ¡igual cincuenta libras!

—Para las existencias podrías pedir prestado, con un capital de treinta y cinco libras.

—Pero yo no...

—Yo las tengo.

Rose la mira de hito en hito.

—¿Cómo? ¿Cómo diantres...?

—De la pintura.

—¿Treinta y cinco libras? ¿Treinta y cinco libras?

—Ayudé a Louis a hacer el fondo de su cuadro, y luego lo vendió.

—¿Por cuánto?

—Eso no lo sé, no me lo ha dicho —miente Iris.

—No puedo aceptarlo. Es tu dinero.

—Podríamos decir que es un préstamo, si quieres...

—Lo pensaré —la interrumpe Rose.

A Iris le preocupa haberse precipitado, haber sido tan extravagante que Rose piense que le está restregando por la cara su nueva riqueza y oportunidades. En cuanto ha recuperado a su hermana, vuelve a alejarla.

Mira en torno a la caótica sala, recuerda lo mucho que la impresionó al principio: los cuadros con sus marcos dorados, el grueso papel azul de las paredes, las plumas de pavo real, la cantidad de libros y revistas, el corte oriental de la cornisa. Rose debe de sentirse igual.

—¿Qué estás pintando?

—Acabo de empezar algo nuevo. Todavía no es muy bueno, no hay más que unas cuantas formas.

—¿Puedo verlo?

—Bueno, supongo, pero...

—Louis está arriba.

—Sí.

—Bueno. —Rose se baja las mangas para ocultar los moratones de sus brazos—. Bueno, ya nos conocemos... Y si él no tiene objeciones, por supuesto.

—Ven.

Y Rose se coge del brazo de su hermana para subir al pequeño estudio.

## El sótano

Silas se retuerce la manga. No es consciente de que le tiembla la mano y solo se detiene cuando oye el desgarrar de la tela. No reconoce al hombre en que se ha convertido: agitado, desaseado, incapaz de encontrar alegría en los sencillos placeres que antes disfrutaba. Ella le ha hecho esto. Ella y sus engaños. Piensa en el cuadro, en la dulce expresión de adoración en su rostro, y no sabe por qué no lo ama. ¿Cómo puede no comprender cuán profundamente él la adora, cuán benévolo ha sido su interés por ella, lo mucho que le ha dado, el tiempo y dinero que ha gastado en su amistad?

Ella le inflige esas heridas con tan descuidado abandono... Lo que para ella podría ser un arañazo sin importancia a él le hiende el pecho con un hondo surco.

Pues si Iris le odia, él la odia todavía más. Cuando apartó el brazo, la ira se apoderó de él de tal manera que apenas pudo dominarse para no arrojarle sobre ella, para no estrujar su patético cuello nervudo hasta arrancarle la vida, para no estamparle la cabeza contra un marco dorado, una y otra y otra vez. Iris se lo merece: se ha burlado, lo ha rechazado una y otra vez, mientras que él le ha dado tantas oportunidades que ha perdido la cuenta. Y ella ha respondido a su bondad con creciente grosería.

Silas cae al suelo y se entrega al dolor, a la rabia, a la soledad, a los celos, a sentimientos que no sabría nombrar. Hasta que por fin se frota la mejilla y su expresión se aquieta. No, piensa, no permitirá que esto acabe con él. Debe poseerla. La poseerá. Ha sido demasiado apresurado, se ha hecho demasiado vulnerable.

Se levanta, baja al sótano cuyas paredes son densas como la roca, donde el único sonido es el zumbido en sus oídos, y empieza a planear.

Durante las siguientes dos semanas, trabaja sin descanso, más arduamente que con los cachorros siameses. Cose los desgarrones de sus ropas, se lava y se perfuma. Poco a poco, con cuidado, traslada los especímenes del sótano a la tienda, vierte el fluido de los tarros más grandes uno a uno y luego transporta las mojadas criaturas. Se cansa, pero obtiene satisfacción en la detallada tarea, en las cuidadosas minucias de su labor. La extracción de cada tarro es un estremecimiento, porque le acerca al momento en el que todo estará preparado. Toca los estantes que ha vaciado, orgulloso del trabajo que se ha tomado para despejarlos. Ninguna novia ha sido más escrupulosa en los cuidados a su amado, ningún amante ha sido más considerado. Silas ha pensado en todo.

Esto es diferente a sus preparaciones en el campo, ese pequeño mundo verde donde el cielo era poco más que una cuenta azul. Las zarzas cargadas de moras... eso le susurró a Flick. Ella pareció sorprendida y arqueó el labio porque él le estaba hablando y esa era la mueca de todos cuando Silas se dirigía a ellos, y miró sobre el hombro por si alguno de los otros niños los estaban viendo. Él le dijo que había muchísima fruta en ese lugar que había descubierto: que el suelo estaba alfombrado de fresas silvestres y que había ciruelos y manzanos tan cargados que la tierra estaba blanda con su pulpa. Sabía que ella tenía hambre, por el modo en que le sobresalían los huesos de la ropa. Flick se metió el pelo tras la oreja y lo miró con malicioso ceño. Era evidente que no estaba segura de creerle, y de nuevo ese rápido vistazo para comprobar que nadie los veía hablar, que nadie se burlaría de ella por la asociación. Al día siguiente, con dinero de sus fondos para Londres, Silas fue a los mercados y compró buenas frutas y le dijo que las había cogido del campo, y que si lo acompañaba le enseñaría el lugar. Flick aceptó el botín

apresuradamente, con un gesto brusco que nadie advertiría. Sus muñecas eran finas como ramitas, pues su almuerzo no consistía más que en un polvoriento pan duro empapado en agua, y devoró esas frutas como si jamás le hubieran dado de comer.

Cuando el sótano está vacío, excepto por una silla de madera, no parece más que una cueva. Un nido. Le gustaría hacerlo acogedor, como la celda de su cuadro —en ese aspecto, es generoso—, colgar pinturas, añadir una butaca, cuencos de rica fruta. Pero primero tendrá que confiar en ella.

Se sienta y se imagina cómo escaparía si se viera en la necesidad. Mira las húmedas paredes de piedra, que se doblan sobre él como un paladar.

Toca la roca. Está mojada, pero no se desmorona. El suelo es tierra plana, compactada por sus pasos de muchos años. La única luz proviene de su lámpara, que coloca en el suelo. Todos los candelabros han desaparecido, todos los apliques, retirados. No puede haber una esquirla de cristal, no puede quedar ningún arma posible. Incluso ha descolgado los estantes, aunque vaciló en cuanto al timbre y al final decidió dejarlo para poder oír si llama alguien cuando esté con ella.

Intenta quitar una piedra del techo. Tira con todas sus fuerzas, pero no logra más que magullarse los nudillos y romperse una uña. No, ella estará segura aquí. La dejará volver a salir al mundo cuando demuestre que lo ama. Y eso sucederá, no le cabe duda.

Vuelve a subir a la tienda, ordena pulcramente sus herramientas. Las ligaduras están hechas de una tela gruesa y fuerte, y le atará las manos con la tensión de un vendaje de cirujano. Hay una mordaza y, lo más importante, un pañuelo y los frascos de cloroformo por los que ha tenido que desplazarse por todo Londres para obtenerlos de diversos químicos.

Los cuenta blandiendo el dedo sobre ellos: veintiocho. ¡Veintiocho frascos! Se acuerda del estúpido perro de aguas, sus ojos brillantes, el latido de su corazón que se desvanecía mientras él lo asfixiaba.

Lo único que tiene que hacer es esperar el momento en que no la echen de menos, cuando esté sola. Su tienda lleva lista una semana. Le parece que él lleva listo toda su vida.

## Dientes

Albie ha comenzado a oler ese aroma químico de Silas por todas partes, lo encuentra incluso incrustado en sus manos sucias. Ha habido momentos en los que se ha encaminado hacia la puerta de Iris, dispuesto a avisarla, pero siempre se imaginaba a su hermana con el cuello cortado y a él llorándola a solas.

Advierte el cambio de humor en Silas: su estupor ha sido sustituido por una atención mucho más alarmante. Silas vigila a Iris desde que dan las once hasta las cuatro, y luego corre de vuelta a su tienda. Ha dejado la ventana bien cerrada, aunque Albie no se atrevería a volver a trepar a ella.

Se acuerda bien de la pluma de avestruz teñida de rosa debajo de la cama.

Cuando preguntó por Campanilla y le dijeron que hacía unas semanas se había caído de un resbalón y había muerto en una cuneta, el niño tuvo que tragarse un grito.

Su hermana se burla de él por su incesante inquietud, por su incapacidad para concentrarse o para entretenerla con sus cancioncillas de la calle como hiciera antaño.

—¿Qué pasa, cariñito? —le preguntó—. Si te agita pensar que a ti también te entregarán a los hombres, no tienes que preocuparte. El hermano de Moll necesitaba los cuartos más que yo. Tú vas a ir al colegio de pobres y tendrás una educación. —Pero él se zafaba de sus brazos y no le decía una palabra.

Ahora son las cinco. Sabe que Silas no se moverá de su tienda hasta mañana e intenta relajarse, aprovechar esas preciosas horas de sueño antes de que lo echen con cajas destempladas a las ocho para no permitirle volver hasta que la noche de trabajo de su hermana haya concluido. Ahora está tumbada, con su pelo blanco desparramado por la almohada, la boca yerta. Está tan quieta, con los brazos en un ángulo tan extraño, que le invade el temor de que esté muerta. Le toca la mejilla, y su aliento crea vapor en su mano.

Alguien pica en la ventana y Albie da un brinco. Será Silas otra vez.

—Alb —le llaman. Es el niño que solía indicarle dónde había criaturas muertas.

—Shhh. Mi hermana intenta dormir.

—No te oigo —berrea el chiquillo—. Sal.

Albie aparta la manta gris y sube por las escaleras.

—La mujer de la otra vez quiere verte. Me dio un penique si te encontraba.

Albie niega con la cabeza.

—Dile que no me has visto.

El otro niño se encoge de hombros.

—Mala suerte. Está ahí.

Albie se da la vuelta. Iris, con el pelo rojizo encrespado, saluda con la mano y va sorteando los riachuelos de pis y vinagre y mierda humana y de caballo. Albie alza la mano.

—Señorita, espere. Este no es lugar para personas como usted.

Iris señala el sucio edificio de paredes torcidas.

—¿Tú vives aquí?

—Pues sí, señorita —dice Albie, evitando mirarla.

—Tengo algo para ti. —Iris hace un gesto para darle un abrazo, pero el niño no se mueve—. Últimamente eres más difícil de localizar que un fantasma. Ven... tengo té y una sorpresa.

Él la sigue por las calles con todo el entusiasmo de un perro apaleado arrastrado por un dueño caprichoso. Y, cuando llegan a la puerta de Louis, meneas la cabeza.

—No tengo tiempo para entrar.

—He comprado unas natillas especialmente para ti. Fáciles de comer con tu diente...

—No tengo hambre, señorita. —Pero su estómago lo desafía con un rugido. Albie se sorprende de que Iris no haya advertido que le falta el colmillo. Baja más el labio—. Tengo una enfermedad.

—¿No quieres entrar?

—Tengo recados que hacer. —El niño habla con grosería, forzando una distancia entre ellos. No quiere mirarla. No va a mirarla. De cualquier forma, lee en su voz la sorpresa y la decepción.

*Cobarde.*

—Por lo menos entra a por tu sorpresa.

Y él no tiene más opción que pasar. Ve los zapatos de Iris acercándose a él, manchados, como el bajo de su falda, de la mugre marrón pegajosa de su calle.

—Bueno, si no tienes mucho tiempo... —Iris carraspea—. Louis vendió el cuadro de *La pastora*, para el que estabas tú posando y yo... o sea, él, me ha dado una parte de las ganancias.

Albie apenas escucha. Mira fijamente los diseños de la alfombra, pensando en los escalones podridos de su tugurio, en su hermana, en cómo dormía tan plácidamente...

—El caso es —prosigue ella— que quería darte tres libras para tus dientes.

—¿Qué? —El muchacho alza la cabeza de golpe y comete el error de mirarla a la cara, a sus amables ojos. Aparta la mirada y reanuda su estudio de la alfombra.

—Para tus dientes. Ya sé que es una buena suma, y algunos podrían pensar que es una locura, pero para mí eres como un hermano. —Se calla un momento—. No sabía que... ¿De verdad vives en aquel tugurio? ¿Tu hermana es...?

Albie no dice nada.

*«Avisala, pedazo de cobarde... asqueroso egoísta... ¡Gallina!»*

Comienza a rascarse los brazos, y se forman pequeñas burbujas de sangre, brillantes como diamantes de pasta, pero él sigue escarbando con las uñas. La ve meterse la mano en el bolsillo, y desearía que no lo hiciera, que lo dejara en paz. Él no merece nada.

*«¡Díselo, maldito desgraciado!»*

Y antes de poder dominarse, le arrebató el dinero de la mano más deprisa que un ladrón y sale corriendo.

—Albie... —lo llama ella con tono horrorizado, herida por su grosería.

Bien, piensa el niño, porque él no ha pedido el dinero. ¡No lo ha pedido!

Y querría estamparse contra el suelo, hacerse daño, lanzarse contra las ruedas de un carro.

*«Megalosaurus, megalosaurus, megalosaurus...»*

Intenta concentrarse, pero las palabras se retuercen.

*«Magalosiris, megalosiris, Iris, Iris, Iris, Iris...»*

No puede correr mucho tiempo con la respiración entrecortada y la nariz taponada.

Llega a la tienda con mocos en el labio superior, el blanco de sus ojos rosa como un sorbete. Se frota la humedad de la mejilla con una mano mientras con la otra aferra los billetes. No se atreve a soltarlos ni por un instante.

—¡Largo! —brama el dueño, protegiendo sus tarros de dientes fuera del alcance de Albie.

—Oiga, que tengo los cuartos, ¿no? —insiste él. Pero no piensa enseñarlos, no cuando ha visto a un vendedor ambulante apuñalado por dos guineas.

—A verlos.

—Ni hablar, hasta que me haya mostrado una buena dentadura de marfil.

—¿A quién has engañado? Los habrás robado, sospecho...



—¿Y a usted qué? A usted no le importa de dónde los he sacado, incluso cuando ha sido por medios honestos.

El dueño suspira y le deja entrar, aunque no quita la mano del cuello de su chaqueta.

Los dientes están dispuestos en perlado esplendor, tan valiosos como relicarios de plata. Duras encías rosa, blancos dientes pulidos.

—Tengo tres libras, señor. ¿Le vale para unos de marfil de morsa? Solo me faltarían tres chelines, y ahora tiene muchas ventas con la Exposición, y esos son los que yo quiero, señor, que no se rompen como los de porcelana ni se ponen amarillos como los Waterloos...

Albie echa un vistazo al dinero, una subrepticia mirada, y le horroriza ver que tiene en la mano cinco billetes arrugados, por valor de una libra cada uno.

¿Por qué de pronto Iris decidió darle más dinero? ¿Por la bajeza de su casa, por enterarse de lo de su hermana?

«Eres como un hermano para mí.»

—No es suficiente —dice el dueño.

—Tengo suficiente. Me había equivocado.

—Y ni se te ocurra salir corriendo cuando los tengas en tu sucia boca, o te pego tal puñetazo que te los tragas y te los dejo clavados en el estómago. —El hombre abre la vitrina de cristal y le tiende los dientes.

La bisagra de oro es preciosa, como un rizo de pelo, y los dientes... caray, jamás ha visto una cosa igual. Tiembla un poco cuando se los mete en la boca. Los nota obscenamente grandes, hinchados. Intenta hablar y solo le sale un *ghrggghhh*.

—Lleva su tiempo acostumbrarse. —El dueño le tiende un espejo.

Albie sonrío y se lleva la mano a la mandíbula. Son preciosos. Y él está guapísimo. Es todo lo que quería, lo que tanto ha deseado. Su cara con una sonrisa normal. Unos dientes rectos. Chasquea la lengua contra la parte trasera. Caray, son mejores que los de su hermana. Su hermana, tirada en la cama; su hermana, a quien pronto acudirán los hombres... Lo que cinco libras significarían para ella: pagar sus deudas y liberarse del tugurio, mientras que él está dispuesto a malgastarlas en una mera vanidad.

Escupe la dentadura y, antes de poderse dominar, se ha zafado de aquel hombre y ha dejado los dientes de marfil de morsa sobre el mostrador.

Una crítica y una réplica Fragmento de «Exposición de la Real Academia, segunda reseña», impreso en *The Times of London*, a 7 de mayo de 1851.

No podemos actualmente censurar con la extensión o el vigor que deseáramos el extraño desorden mental o visual que sigue imperando con incesante absurdo entre una clase de artistas juveniles que gustan de llamarse HPR, que interpretado significa Hermandad Prerrafaelita. Su credo parece consistir en un absoluto desprecio por la perspectiva y las conocidas leyes de luces y sombras, una aversión a la belleza en todas sus formas y una singular devoción a los mínimos accidentes de sus sujetos, incluyendo, o más bien buscando, cualquier exceso de angulosidad y deformidad [...]

Estos jóvenes artistas han llegado a hacerse lamentablemente notorios por su adicción a un estilo anticuado y una afectada simplicidad en la pintura, que es al arte genuino lo que las baladas medievales y las caricaturas del Punch son a Chaucer y Giotto. Con la más absoluta disposición a admitir incluso los caprichos del arte cuando llevan el sello de la originalidad y el genio, no podemos extender nuestra tolerancia a la mera imitación servil del estilo saturado, la falsa perspectiva y el tosco color de una antigüedad remota. No queremos ver lo que Fuseli denominó telas «rotas en lugar de dobladas», rostros hinchados y apopléticos o esqueletos extenuados,

colores sacados de los tarros de una botica y expresiones forzadas hasta la caricatura. [...]

Esa mórbida obsesión que sacrifica la verdad, la belleza y el sentimiento auténtico a la mera excentricidad no merece cuartel en las manos del público.

Fragmento de la carta de John Ruskin al editor, impresa en *The Times of London* a 12 de mayo de 1851

Señor: Confío en que su habitual liberalidad otorgue un lugar en sus columnas a esta expresión de mi pesar por el tono de la crítica publicada en *The*

*Times* del pasado miércoles sobre las obras del señor Millais [el señor Frost] y el señor Hunt, ahora en la Real Academia, una crítica tan despectiva como severa.

Lo lamento, en primer lugar, porque el mero trabajo dedicado a esas obras y su fidelidad a un cierto orden de verdad (trabajo y fidelidad que son de todo punto indiscutibles) deberían de inmediato haberlas situado por encima del listón del mero desprecio; y en segundo lugar, porque opino que estos jóvenes artistas se encuentran en un periodo sumamente crítico de su carrera: un punto de inflexión desde el que podrían bien hundirse en la nada, bien alzarse hasta la sublime grandeza. Y opino asimismo que la posibilidad de que elijan el camino hacia arriba o hacia abajo depende en no poca medida del carácter de las críticas que sus obras tengan que soportar [...] Debo disentir con usted cuando afirma en general que estos hombres «sacrifican la verdad, así como el sentimiento, a la excentricidad» [...]

Pero antes de entrar en tales particulares, permítame corregir una impresión que, probablemente, su artículo induzca en muchas mentes y que es de todo punto falsa. Estos prerrafaelistas (no puedo felicitarlos por su sentido común a la hora de elegir un nombre de guerra) no desean ni pretenden en modo alguno imitar la pintura antigua como tal. Poco sabe de pintura antigua quien supone que las obras de estos jóvenes artistas se parecen a ella [...]. Intentan volver a los tempranos días tan solo en un único punto: que en tanto en cuanto dependa de ellos, representarán bien lo que ven, bien lo que suponen podrían haber sido los acontecimientos auténticos de la escena que desean pintar, independientemente de cualquier regla convencional sobre la creación de imágenes.

[...]

Tengo el honor de ponerme, caballero, enteramente a su servicio, EL AUTOR DE PINTORES MODERNOS

Denmark-hill, 9 de mayo

## Enfermedad

*62 Great King Street, Edimburgo*

*11 de mayo*

Mi amor, mi aguerrido caballero, mi Valentín: Mi enfermedad se agrava. Me duele que hayas ignorado mis previas misivas. ¿Cómo puedo importarte tan poco?

Los médicos dicen que no hay remedio. Clarissa me ha atendido durante los últimos meses con la bondad que debería haber mostrado un amante.

Te suplico que acudas a mi lado antes de que deje atrás mi mortal envoltura.

«E invócame en el día de tu angustia; yo te libraré y tú me honrarás.»

Hasta entonces y siempre

*TU SYLVIA*

*62 Great King Street, Edimburgo*

*11 de mayo*

Queridísimo Louis: Prometí que te escribiría cuando se acercara el fin. Creo que ya es inminente; podría ser cuestión de meras horas.

Te llama constantemente, pero antes de que la atiendas, debes prepararte para su enorme cambio físico. Está delgada, agostada por este cáncer. Su rostro muestra manchas, y su figura, las secuelas de los tumores. Es una enfermedad cruel y degradante.

Te apremio a que tranquilices la conciencia de una moribunda. No me gustaría que tuvieras causa de arrepentimiento cuando sea demasiado tarde.

Jane ha recogido a tu hijo del colegio; ahora mismo viaja hacia casa.

Rezo por que llegues a tiempo.

*Con amor;  
CLARISSA*

## Edimburgo

—¿Lo has visto? —pregunta Millais en cuanto Iris abre la puerta, antes incluso de dejar su chistera en el perchero—. ¡Louis! ¡Louis! ¿Dónde estás? ¿Has leído el *Times* de hoy?

—¿Que si he visto qué? —Louis tiene las mejillas sonrosadas y la camisa mal abrochada, pues Millais llamó al timbre en el momento en que a Iris la vencía el éxtasis, y tuvieron ambos que vestirse apresuradamente, riéndose como un par de floristas.

—Esto. —Millais golpea un periódico y comienza a leer—. «Su habitual liberalidad», blablablá... «su fidelidad a un cierto orden de verdad, etc... deberían haberlos de inmediato situado por encima del listón del mero desprecio...»

—¿Qué parlosteas? —le espeta Louis. Pero le ha picado la curiosidad y se adelanta para quitarle a Millais el periódico.

—¡Ruskin! —resuella Millais—. Ha escrito al *Times*. Nos ha defendido. ¡John Ruskin! Y ha explicado nuestros principios a la perfección.

Iris lee el artículo por encima del hombro de Louis, pero solo ha llegado a la mitad cuando él dice: —Está bien, la verdad. No es que sea una alabanza... en absoluto. Pero evita el partidismo, y eso puede implicar más.

—¿No es maravilloso? Me ha escrito. —Millais saca una carta pulcramente alisada, como un mayordomo que presentara una prístina escudilla de sopa de tortuga—. Quería comprar *El regreso de la paloma*, pero está vendido. ¡Ah, ojalá hubiera esperado un poco! También ha preguntado por tu *Guigemar*.

—Pues ya puedes decirle que no está en venta.

—¡Pero que es Ruskin! —se horroriza Millais, como si Louis acabara de anunciar que había hecho trizas el lienzo para hacerse cien cigarros. Iris disimula una sonrisa—. Que no es el señor Boddington o un funcionario. Que es Ruskin, el mayor crítico de nuestro tiempo.

—Sé perfectamente quién es. Y sigue sin estar en venta. —De pronto Louis parece asimilar la noticia—. Pero... ¿de verdad Ruskin quería comprarlo?

—Sí.

—Bueno, también ha habido insultos, no lo olvidemos —dice Louis. Iris recuerda la fingida indiferencia de ambos cuando el *Punch* publicó las parodias de *Mariana* y *El cautiverio* la semana anterior, y la crítica del *Times* que impulsó a Louis a quemar el periódico con una cerilla. *Estilo saturado, tosco color, caricatura*. Louis sacude el papel—. Pero, sin duda, esto podría ser nuestro punto de inflexión, ¿no crees? Nuestro momento de entrar en la grandeza.

Millais asiente con la cabeza.

—Opino lo mismo.

—Es maravilloso —tercia Iris.

Sigue a los hombres hasta el salón. Louis se ausenta un momento para encargarse a un niño pastelillos calientes y brandi. Iris no quiere beber más: le duele la cabeza del día anterior. Invitó a Rose, pero su hermana había acordado con la señora Salter no dejar la tienda hasta que encontrara una nueva aprendiz, de manera que Louis e Iris remaron hasta Richmond con Rossetti y Hunt. Compraron dos botellas de clarete y curaçao. Era una hermosa tarde de mayo, las orillas se llenaban de flores rosa y las sombras de las truchas se deslizaban bajo la superficie del agua. Los hombres eran terribles remeros, así que Iris tomó los remos la mayor parte del camino de vuelta, con ayuda de Louis y para enorme indignación de Rossetti.

Aunque no tan enorme, como Louis señaló, como para tomar él mismo los remos. Pero el brazo de Louis chocaba contra el de Iris cuando ella impulsaba el agua, y la miraba con los ojos radiantes de afecto.

Es ya por la tarde cuando llega la carta. Millais ha salido a dar un paseo e Iris está en el sofá dibujando un cuenco de fresas al carboncillo. No logra plasmar bien su tersa redondez, la posición correcta de los tallos en relación con el borde del cuenco. Louis le ha dicho que las dibuje una y otra vez, hasta que su mano aprenda las formas, y sus piernas dobladas hacen de superficie sobre la que Iris apoya su cuaderno de dibujo.

Suena el timbre y Louis suspira.

—Siento desmontar tu mesa —le dice. Y solo desaparece un instante.

Cuando vuelve, se sienta junto a ella, pero sin mirarla. Tiene en la mano una carta.

—¿Qué es? ¿Qué pasa?

—Es de Sylvia. No suelo abrirlas, pero he reconocido la letra de Clarissa en el sobre.

—Ah. —Iris trata de mantener un tono neutro, ignorar el pellizco que ha sentido al oír ese nombre—. ¿Y qué dice?

—Pues... —Louis baja la vista al papel—. Parece ser que se está muriendo.

—Oh.

—Quiere que vaya a verla. Para despedirnos.

Iris juguetea con el carboncillo, ennegreciéndose las manos.

—¿Y vas a ir?

—Creo... creo que debo ir. Me ha pedido que vaya. Hay un vapor que sale para Edimburgo...

—Louis echa un vistazo al reloj— pronto, si me doy prisa. Se está muriendo. No puedo negárselo. Quiere una reconciliación.

—¿Una reconciliación? —Iris mantiene su tono de voz.

—No, no en ese sentido. O al menos, si es lo que pretende, yo no tengo ningún interés. Debo ir, ¿sabes?, tranquilizarla haciéndole saber que no le guardo ningún rencor. Sería cruel no hacerlo, ¿no crees? Sería cruel no ir, dejar que muera sin tener la conciencia limpia. Y mi hijo... debo consolarlo a él también.

—¿Pero no habías dicho que su enfermedad era fingida?

—Me ha escrito mi hermana, y si no me crees a mí...

—No es que no te crea a ti, es que no la creo a ella.

Louis le tiende la carta.

—Léela tú misma.

*Mi amor, mi aguerrido caballero, mi Valentín... ¿Cómo puedo importarte tan poco?... que debería haber mostrado un amante... reconciliate conmigo... ven a mi lado... tu Sylvia...*

Le tiemblan las manos. Es tan cursi, tan histérica, tan insincera.

—Es una carta de amor.

—Eso no es una carta de amor. —Louis la recupera—. Es la misiva final de una mujer moribunda.

—Pues claro —replica brusca Iris—. ¿Y a ti te importa ella?

—¿Cómo me puedes preguntar algo así? —Iris espera que insista en que no, que la idea es absurda. Pero en lugar de eso dice—: Claro que sí.

Iris mira un punto del papel pintado sobre la cabeza de Louis, donde el dibujo no está del todo bien alineado. La imperfección ha sido un constante incordio, y ahora tiene ganas de arrancar la lámina entera.

Louis trata de cogerle la mano, pero ella la aparta bruscamente. Debería ser más comprensiva,

apoyarle más. Pero se la llevan los demonios.

—Sé que piensas que...

—Por favor, no me digas lo que pienso.

—Sabes que te quiero a ti, no a ella. ¿Cómo podría? Pero se está muriendo, y sí le tengo afecto. Estuve casado con ella, es... era mi esposa.

—Louis la mira—. Entonces seré libre.

—¿Libre? —La irritación de Iris se desvanece—. ¿Libre para qué?

—Lo nuestro sería más honesto.

Iris no se atreve a formular la pregunta directamente. Se imagina lo que sería despertar por la mañana, desenredarse del húmedo calor del cuerpo de Louis, incorporarse sobre los codos. Mi queridísimo esposo, dirá, y sus padres le perdonarán la indiscreción de hacer de modelo, porque Louis es un partido mejor mucho mejor que el grasiento portero. Y ella también ama a Louis. ¡Ah, cómo lo ama!

—¿Más honesto?

—Bueno, yo ya no estaría casado.

—¿Y qué diferencia hay? —Iris coge el carboncillo, vuelve a dejarlo.

A él se le demuda el semblante.

—Ay, Iris, no para eso. No quería hacerte pensar que... O sea... ¿No he dicho siempre que no estoy de acuerdo con el matrimonio? Quería decir que nos sentiremos libres. Que no habrá ningún escándalo. —Se tira del lóbulo de la oreja en aquella vieja señal de agitación, pero sus palabras son como puños—. Ojalá supieras cuánto te amo.

—No lo suficiente.

—¡Sí! Te amo demasiado. Quiero estar contigo para siempre.

—Tienes que entender... —Su rabia ha vuelto, es un ceñido velo contra el que forcejea y que la impulsa a expresar sentimientos de los que se habría avergonzado tan solo dos minutos antes—. Tienes que entender mi posición. ¡Mis padres no soportan ni verme la cara! Esperas que me entregue a ti y no me ofreces ni la modestia básica de hacerme tu esposa, aunque por ella bien que lo hiciste, por Sylvia sí.

—Pero yo siempre he dejado muy claro que no estoy de acuerdo con el matrimonio, independientemente de Sylvia... quien, debería añadir, es una persona, no tan solo un estorbo entre yo y mi segunda unión...

—¡Ah, guiarse por los meros principios! Qué fácil debe de ser para ti.

—No es fácil en absoluto —protesta él.

—¿Cómo? ¿Dónde está la dificultad? —pregunta ella mirándolo fijamente—. ¡Tienes todo lo que quieres! Te aferras a tus principios, pero eres un hombre con las ventajas de una buena posición. Esta... esta «interacción» conmigo no te degrada. A los ojos del mundo, te convierte en un calavera, pero a mí en una puta. —Él da un respingo y ella lo repite, más alto—: ¡Sí, una puta! ¿Y qué hay de mis principios? ¿Qué pasa con el modo en que me miran, con el modo en que me desprecian, incluso tu criada? Soy tu querida y nada más... y si me abandonarás, no me quedaría nada.

—Yo no quería...

—No. —Iris aparta la mirada—. Yo no me atrevería a enredarte, a degradarte, a hacerte sufrir los tormentos de una vieja esposa cuando existe la emoción del dulce amor.

—Fue Rossetti quien dijo eso, no yo.

—Pues bien podrías haber sido tú.

Louis hace ademán de cogerle la mano, pero ella se aparta.

—Yo te quiero, Iris.

—Pero nunca te casarás conmigo.

Louis guarda silencio. Y eso es suficiente.

La decepción es una bofetada, un gélido agravio, e Iris no puede soportarlo más. Tiene que acelerar su partida, como quien arranca deprisa un diente.

—¿Cuándo sale el barco?

—¿No podemos...?

—¿Cuándo sale? —repite ella.

Louis alza las manos.

—Todas las tardes a las seis.

Ella echa un vistazo al reloj de pie.

—Pues más vale que te des prisa. Se requieren tus servicios como *Valentín* de Sylvia. —Su rabia se empaña—. Y tal vez a tu vuelta te encontrarás gloriosamente libre de mí.

Ahora que ha comenzado, no puede detenerse. La amenaza pende en el aire entre ellos. En cuanto las palabras han salido de su boca, desearía retirarlas. Pero es demasiado tarde, es demasiado orgullosa. Mira su reflejo en el espejo curvo, su pequeño mundo recién hecho añicos.

—Iris... no —suplica Louis espantado, pero ella lo aleja de un manotazo—. No puedes hablar en serio.

—Te voy a buscar un cabriolé.

—No me marcharé hasta que...

—Vete. —Una última puñalada—. Vete... Voy a por un cabriolé...

Y antes de que Louis pueda detenerla, Iris ha cerrado de un portazo y sale como una furia a la calle, sobre la paja resbaladiza.

Un torbellino de imágenes: Louis, en Venecia, sus manos en la cintura de Sylvia mientras bailan; Louis sobre Sylvia, engendrando un hijo. —«Mi aguerrido caballero», susurra ella, aferrada a su espalda—. Y ahora, Sylvia en su lecho de muerte, hermosa como un camafeo, su pelo desparramado en la almohada. Y Louis, a su lado como un obediente perro faldero, le besa la mano, le facilita la partida diciéndole que la ama. Iris intenta detener sus pensamientos, pero siguen apilándose unos sobre otros: los labios de Louis en los de Sylvia, el peso de su cuerpo sobre ella... Iris sacude la cabeza porque sabe que está siendo injusta, que está celosa de una moribunda. Louis debe ir. Tiene que ir. Pero no es el hecho de que acuda al lado de Sylvia lo que le hiende el corazón. Lo que la hiere es que amó a Sylvia lo suficiente para casarse, mientras que a ella no le otorga la misma dignidad.

—¡Te quiero! —grita Louis desde la ventana del estudio cuando ella gira la esquina de Charlotte Street—. Por favor, Iris.

Pero ella no contesta. Apenas logra contener los sollozos que nota agolparse en su interior.

## Cabriolé

El verano ha llegado temprano y el calor comienza a subir, una densa mortaja que se asienta sobre Silas y le hace sudar bajo el cuello. Se quita el remendado abrigo azul y su mirada vaga hasta un gato que trepa por el alféizar de la tienda vacía. Tiene el lomo extrañamente curvo, tal vez de una fractura parcial o una deformidad de nacimiento, barrunta. Hace unos meses quizá lo hubiera seguido para intentar atraparlo y extraerle la columna sobre su mesa, pero ahora pierde interés y vuelve a su contemplación de la casa de Louis. Un niño ha ido y venido con una carta.

Silas se enjuga la frente. Pronto caerá la tarde, y cuando refresque se relajará.

La puerta se cierra de golpe. Iris se aleja presurosa por la calzada. Se aleja de él. Sus faldas rozan los adoquines, su vestido ya polvoriento. Se abre una ventana. Silas se aparta del cristal.

—¡Te quiero! Por favor, Iris —oye gritar a Louis, y siente en la boca un regusto a limón.

Iris acudirá a él, con el mentón ladeado a la luz de la lámpara de aceite, tal como estaba al alba en el cuadro.

—Me has ayudado a amarte —le dirá—. ¿Cómo es que hasta ahora nunca me había fijado bien en ti?

Se plantea seguirla, pero Iris no lleva ni chal ni el bonete que siempre se pone vaya donde vaya, de manera que decide aguardar, suponiendo que volverá pronto. Y en efecto, se llena de orgullo al verla unos minutos más tarde: si fuera miembro del cuerpo de policía, lo útil que llegaría a ser, ¡qué crimen no resolvería con sus dotes de observación! Tras ella trota un cabriolé cuyo caballo alazán espumea con el calor y tiene el pelaje cubierto de sudor. El cochero luce un mostacho pelirrojo rizado, como los colmillos de una morsa. A Silas le preocupa que Iris suba al carruaje, que se quede a solas con ese hombre.

Pero al parecer el cabriolé es para Louis, que aguarda en la puerta con un pequeño baúl. Lo sube al techo y el cochero lo ata con cuerdas. El caballo bufa y resopla.

—Al muelle de London Bridge —oye a Louis indicar—. Y deprisa.

Intenta cogerle la mano a Iris, pero ella se aparta, dice algo con una voz aguda que Silas no entiende. Louis suplica un poco y al cabo suspira y sube al vehículo.

A Silas le duele la cabeza de rechinar los dientes. El alivio es inmenso: sabía que Iris no amaba realmente a Louis. Y con ello surge un pensamiento. No es más que un retoño, un brotito verde que asoma, pero se aferra a él porque este es su momento, y es tan perfecto, tan precisamente suyo, que está convencido de que solo puede haber ocurrido por designio.

Todo está a punto: el sótano está preparado, ha comprado veintiocho frascos de cloroformo. Está listo para su visita. Recuerda una palabra francesa que oyó pronunciar en un salón a una meretriz que venía de París: un *séjour*, una estancia. Todo está listo para el *séjour* de Iris. No debe retrasarse. ¿Y si su hermana llega justo en el momento en que él lo ha dispuesto todo de manera tan precisa? Es precisamente lo que oía discutir a los cirujanos cuando solía merodear por la Universidad de Londres: el cuerpo está tumbado, el cloroformo se ha administrado y la incisión debe hacerse rápida y limpia en el ángulo justo y con la presión exacta. La exactitud no depende solo de la precisión, sino también del momento.

Cuando el cabriolé dobla la esquina y el insensato de Louis asoma la mano por la ventana, Iris, allí plantada, se rodea con sus propios brazos y se echa a llorar.

«Mi vida es sombría.» Él le procurará alegría y consuelo.

Ahora está sola. Es el destino y ¿quién es él para negar el destino?



Silas corre por primera vez en años. Sus piernas se mueven atolondradas, desgarbadas, torcidas, lo precipitan contra damas y caballeros, barrenderos y buhoneros. Una mujer desparrama por la calle una pirámide de naranjas y le grita. Pero Silas corre como ha visto correr a los golfillos de la calle, y su corazón martillea, la garganta le duele del calor, el sudor le surca la espalda, gotas saladas le caen por las mejillas.

Se la imagina siguiendo la misma ruta, dando pasos sobre el fantasma de los suyos. Pero ella es una dama y, sin duda, no correrá, a pesar de la urgencia. Ve los ángulos de los edificios como a través de sus ojos. ¿Qué pensará de todo ello? Gira por su callejón. Nunca había advertido antes la roña verde de las paredes, jamás había notado lo encajonadas, lo apretadas que están las casas, que parecen inclinarse y constreñirle, nunca se había preocupado con las montañas de polvo que se acumulan contra los ladrillos. ¿Pasará ella por allí o aguardará a la entrada del pasaje? Es angosto y fétido. Barre con la mirada el suelo buscando el perro de aguas, pero se lo ha debido de llevar un cazador de huesos para vendérselo a una fábrica de pegamento. Por lo menos el callejón sin salida está desierto, no hay niños harapientos protegiéndose del viento, y el tráfico a estas horas resulta ensordecedor, entre el chirrido de las ruedas de los carruajes en el Strand y el parloteo de oficinistas vestidos de negro que se escabullen a sus casas al terminar el horario laboral. Nadie la oírá gritar. ¿Alzará alguien la vista hacia el callejón? No, no, es demasiado oscuro. Sus ojos no se adaptarían a tiempo. Y se dará prisa. Incluso ahora, él mismo apenas ve nada. La calle exterior, con sus casas blancas, era cegadora, y ahora en la oscuridad lo único que distingue es un torbellino de formas azules y amarillas. Iris experimentará lo mismo y no le verá agazapado detrás de la jamba de la puerta.

Aunque conoce la respuesta, quiere comprobar una última vez que todo está en orden. Se agacha para entrar en su casa, levanta la piel de ciervo que cubre la trampa y se imagina llevándola por la tienda, ligera y delicada en sus brazos. Si se rompe un tobillo mientras la baja al sótano, será un obstáculo más para cualquier intento de fuga. Silas intenta calmar el temblor de sus manos. Toca los frascos de cloroformo sobre la cómoda, acaricia el fémur que utilizará como porra. Pronto tendrá a su compañera.

Solo necesita a un escribidor de cartas, y en el Strand los hay a docenas, empleados a menudo por los funcionarios que carecen de la educación que fingen tener.

Ha preparado las palabras que hay que escribir.

## Pulga

—¿Qué quería?

El mocoso con la pluma se detiene. Albie se acerca más. Mira los pulcros garabatos del tablón del anuncio. Se pregunta cómo esos dibujos pueden formar palabras, cómo puede entenderlos nadie.

—¿Qué te ha pedido que escribas?

—¿Qué ha pedido quién?

—El hombre que se acaba de marchar. El del abrigo azul.

Albie lleva siguiendo a Silas toda la tarde y también vio a Louis subir al cabriolé y dar la dirección del muelle del London Bridge.

—¿Y a ti qué? —le espeta el chiquillo. Lleva una raída chaqueta de terciopelo y un canotíe con la paja despeluchada en los bordes. Mira más allá de Albie y grita estirando las vocales—: ¡Cartas por cinco peniques!

¡Buenas cartas por cinco peniques! —A continuación baja la voz—: Largo, desgraciado, que me vas a espantar a los clientes.

—Escúchame, chaval —sisea Albie—. El hombre ese... ¿qué le escribiste?

—Que te largues —repite el otro.

Albie lo mira furioso. ¿Acaso se creará mejor que él porque tiene una educación? El muchacho tiene delante un escritorio portátil, rimeros de papel de vitela sujetos por cuerdas y pisapapeles y una botella de leche llena de tinta. Albie coge esta última, la descorcha y vierte un poco de tinta al suelo.

—¡Dame eso! —exclama el chico—. Eso vale diez chelines...

Pero Albie alza la botella sobre su cabeza.

—La tiro, te lo juro. Dime qué le escribiste. No me da ningún miedo romper esto...

—Te arrepentirás. ¡Me las vas a pagar!

—Dime lo que quería —repite Albie, intentando mantener la voz serena, dominar el apremio. Tiene ganas de emprenderla a tortas con aquel miserable. «Dímelo», lo apremia mentalmente. «Por favor, dímelo.»

—Quería que le escribiera una carta.

—Eso ya lo sé. Pero ¿qué decía? Te hablo muy en serio. —Y vierte otro salpicón de tinta sobre el pavimento.

El muchacho gruñe, pero acaba cediendo.

—Era una nota de una muchacha que le pedía a su hermana que se reuniera con ella en una calle. Por ese callejón. —Señala con el pulgar en dirección a la tienda de Silas—. Diciendo que estaba enferma o algo. Es todo lo que sé. Ya está. Que me aspen si sé lo que significa. Y ahora devuélveme eso antes de que te dé una paliza.

Albie se muerde los labios intentando descifrar aquel galimatías.

—¿A qué muchacha le enviaba la carta?

—No sabría decirlo —contesta el otro con desdén.

—¿Era Iris?

—Podría ser. Y ahora te lo digo en serio. Dame esa botella o me pongo a gritar «al ladrón», y al infierno los diez chelines.

Albie le lanza la botella de tinta y sale disparado antes de que el otro pueda perseguirle. Sus

pasos se aminoran cuando dobla una esquina.

Piensa en Silas preparando aquella nota; en Iris, que se ha quedado sola porque seguro que Louis estará fuera unos días, con ese baúl que llevaba.

¿Advertirá Iris el engaño de la carta? Al niño le tamborilea el corazón.

*Cobarde asqueroso, gallina... tú la has metido en este lío.*

Y su hermana está ahora a salvo, en su nuevo alojamiento en la beneficencia de mujeres de Marylebone, con tres billetes de una libra bien guardados en su mandil. Ha comprado su libertad del tugurio y ha comenzado a aprender las labores de una doncella. Le aseguran que pronto tendrá trabajo y le buscarán una posición respetable. Silas no tendrá forma de dar con ella.

Albie siempre se ha dicho que actuaría cuando estuviera seguro. ¿Y acaso no está seguro ahora?

«Eres como un hermano para mí.»

Salta de un pie a otro, poseído por una helada sensación de culpa. Le gustaría darse de patadas, pegarse una buena paliza él solo. ¿Cómo ha podido ser tan «impuntual» en su advertencia?

Pero no es demasiado tarde. Iris todavía está a salvo. Tiene que avisarla.

Puede correr más deprisa que el mensajero. Puede alcanzar antes a Iris. ¿Y entonces qué? No tienen bastantes pruebas para conseguir que detengan a Silas, pero al menos él habrá hecho todo lo posible y ella estará sobre aviso y no le harán daño. Y eso ya es algo, ¿no? A lo mejor la pluma que encontró, la pluma de Campanilla, eso sí incriminará a Silas.

Y corre como no ha corrido en su vida, como impulsado por la fuerza del vapor, con el aire frío en la garganta. El trayecto parece durar horas, aunque emplea sus viejos atajos, calles por las que podría volar con los ojos cerrados. No es más que un niño, solo un arrapiezo de las alcantarillas, y aun así siente un estallido de fuerza. Puede avisarla. Ha vigilado a Silas, ha aguardado su momento... sabe algo que no sabe nadie más.

Nota las piernas curiosamente líquidas, como hierro caliente que se doblara bajo el martillo de un herrero. Piensa en Iris, en sus dedos que acariciaban la escarapela que él le había hecho, en los seis peniques que le dio cuando su hermana estaba enferma, en las cinco libras para sus dientes. Corre como loco hacia Oxford Street, a menos de cinco minutos de Colville Place, con la mente embarullada. Está distraído, sus pensamientos le rugen en los oídos, y esta vez no mira, no está pendiente de las formas ni de los caballos ni del siseo del peligro.

Un golpe, un chirrido de hierro contra hierro, el chasquido de la madera, el relincho de un caballo.

Y en el momento del impacto, cuando los cascos le repiquetean en el pecho y se ve lanzado como un muñeco de trapo bajo las ruedas del carro, en la callada pausa antes de que el hierro le parta el cráneo como si fuera una cáscara de huevo, antes de que se corte el pequeño hilo de su vida, no piensa en su hermana, no piensa en el amor o en sus sueños, ni siquiera piensa en Iris en realidad. Solo piensa en su dedo, un día en la fábrica de muñecas, cuando se deslizaba por la costura de una falda en miniatura y aplastó el caparazón de una pulga. Hizo tal sonido, tal chasquido... y la cuenta de sangre era tan bonita...

## Lumley Court

### *14, Lumley Court*

Querida señorita Iris: No nos han presentado, pero le escribo de parte de la señorita Rose. Ha sufrido un accidente. La asaltaron cuando caminaba por el Strand. El malhechor ha sido aprehendido. Yo la he traído a mi morada, y ella me ha informado de su dirección y le suplica que acuda enseguida. Podrá encontrarme en Lumley Court, al final de la calle. Su herida no es grave, aunque ya se ha llamado a un médico, de manera que no se preocupe usted en ese aspecto.

*Sinceramente,*  
*T. BAKER*

## El carro

Hay una conmoción en Oxford Street. Un carro ha volcado. Iris, que avanza apresurada por la calle, casi corriendo, abriéndose paso a empujones entre los mirones, se esfuerza por no volverse. Se oyen gritos, una dama se ha desmayado con gran histeria. Sabe que si mira no logrará más que disgustarse, pero como si tiraran de ella unos hilos invisibles, no puede resistirse a girar la cabeza. Y en ese breve y furtivo vistazo advierte unos cascotes temblorosos pateando al cielo, huesos en la rodilla del caballo, espuma roja que de su boca cae a la cuneta. El cochero intenta calmar al animal, lamentándose porque le pegarán un tiro, asegurando que el golfillo se lanzó a la calle sin mirar. Iris ve un cuerpecito cubierto por un paño del que los enfangados dedos de los pies asoman como diminutas conchas. Una muchacha de pelo muy rubio se inclina sobre el cuerpo.

Lleva un sencillito vestido azul, recién planchado, muy pulcro. Iris reconoce la tela y el corte: son idénticos a las vestimentas que cosió para la sociedad de Clarissa de mujeres deshonradas. La muchacha sacude todo su cuerpo, llora amargamente y le grita al cochero: —Mi hermano... mi hermano...

—¡No miró! Salió disparado —le grita a su vez el cochero a un policía, al tiempo que chasquea el látigo en dirección a un niño que intenta robarle el buje de una rueda.

Iris se vuelve meneando la cabeza como para librarse de esa imagen. Es como si hubiera una epidemia. Primero Sylvia al borde de la muerte, el ataque contra Rose, y ahora este arrapiezo atropellado a la vuelta de la esquina de su casa. Intenta acallar sus miedos. Son cosas que pasan constantemente, ha visto más muertos en la calle de los que puede recordar, algunos para quedarse grabados a fuego en su memoria: un recolector de excrementos de perro congelado en un escalón, un viejo caballero con la mano en el corazón, una indigente que sollozaba aferrada a un niño de piel gris. Y aun así, por muchos que vea, no pierden su capacidad de horrorizarla.

Se pregunta si Rose habrá sufrido muchos daños, espera que se haya roto un brazo y no la cara una vez más. Recuerda cuando su hermana le tendió la mano a Louis tragándose cualquier vestigio de celos que pudiera sentir.

Decide perdonarlo. Cuando se subió al cabriolé, prometió casarse con ella, pero Iris estaba demasiado furiosa, demasiado herida para tomarlo en serio.

—Quiero que lo hagas porque quieres tú, no porque te lo he suplicado yo —le replicó.

Cuando llegó la carta sobre el accidente de Rose, la rabia de Iris se había enfriado y estaba a punto de coger su capa para seguir a Louis hasta los muelles y reconciliarse antes de que se subiera al vapor. En lugar de eso, le escribirá a Edimburgo.

La ciudad zumba a su alrededor, la vida sigue, y lo único que ella desea es abrazar a su hermana y a Louis. El aliento le raspa la garganta. Una muchacha con un vestido gris le planta delante un par de zapatos desgastados («Dos peniques, señorita»); un niño le agarra el brazo y saca una cesta de caballas que relucen como peines de plata, y ella tiene que virar bruscamente para evitar tirar los peces al suelo.

Va zigzagueando por aquí y por allá, aminorando un poco el paso cuando las muchedumbres se agolpan y el fango es demasiado denso en el suelo. Las calles son un laberinto, están abarrotadas y cada poco tiempo toma por el callejón equivocado y tiene que volver atrás. El hedor del Támesis se intensifica. Un caballero borracho sale a trompicones del restaurante Rules y le sonríe, pero ella sigue adelante, más cerca del río, del Strand, donde se ve sacudida por el tumulto de apresurados funcionarios, como una colonia de hormigas que se derramara de un nido pateado.

¿Dónde estará la casa que busca? Supone que será lujosa, porque la carta estaba escrita en un papel bueno y grueso.

—¿Sabes dónde está Limley Court? —le pregunta a un niño que se dobla bajo el peso de una cesta de jabón moteado. Su camisa es un puro color gomaguta.

—Sí. —El chiquillo señala con el pulgar en la dirección de un túnel decrepito—. Es ahí.

Qué curioso, piensa Iris. Pero tal vez el señor Baker no es tan rico como el papel de la carta la había inducido a creer. Piensa en Louis cuando posaba para ella, en su hermoso aire infantil, su pelo oscuro y rizado...

Usará el esmeralda para darle sombra.

No mira dos veces el callejón mientras corre por él, apenas advierte que ha rozado con los hombros la piedra de la entrada y se ha manchado el vestido. Busca una casa, pero el sol de la calle la ha cegado ahora que se ha adentrado en la penumbra, y el golpe en la nuca la sorprende desprevenida.

## TERCERA PARTE

*Ses sires l'ad mi'en prisun*

*En une tur de marbre bis, Le jur ad mal e la nuit pis.*

(Estaba encerrada en una torre de mármol gris, donde los días eran malos y las noches, peores.)

*Lais de Marie de France,  
«Guigemar» (c. siglo XI)*

Mi vida es sombría, él no ha venido.

*ALFRED, lord TENNYSON,  
«Mariana» (1830)*

## *Séjour*

Iris está tirada en el suelo del sótano de Silas, que tiende la mano hacia ella. Está pálida, blanca más bien, y sus labios entreabiertos son como una herida. Le baja el cuello alto del vestido. Ahí está, tal como la ha visto tantas veces: en la Gran Exposición, en el cuadro de la Real Academia, en las calles cuando el viento le agitaba el chal. Una torcedura de piel sobre hueso. La textura es agradable, como un nudo en la madera de una gastada barandilla. Silas sonrío: lo ha logrado. Todos los que se han reído de él, los que se han burlado de él —su madre, los niños del patio de la alfarería, Gideon—, ninguno habría conseguido lo que ha conseguido él. Tenerla en su museo, aquí, en un *séjour*.

Apareció en el callejón con la luz del día a su espalda y pasó precipitada por delante de él sin verlo. Por supuesto le resultó difícil darle con el hueso en la cabeza, pero siempre supo que lo sería, y además, ¿dónde estaría la satisfacción si fuera fácil? Era como hacer un plato: si no necesitara dos cocciones y los torneros y los pulidores y los esmaltadores, ¿dónde estaba el placer de obtener la tersa loza?

Su sincronización fue perfecta. Ella se tambaleó un poco y gimió, pero él tenía a punto el paño con cloroformo que le pegó a la cara. La dejó tan aturdida, que apenas se debatió. Manoteó, gimoteó, pero cayó dormida con tal facilidad, con tal docilidad que no había duda de que lo deseaba.

Llevaba la carta en el puño, cosa que le alivió. Aquel fue el mayor riesgo que corrió: que la dejara atrás y Louis supiera dónde buscarla.

Vuelve a mirarla y le invade una súbita tristeza. No lo comprende. Un regusto amargo acecha en su garganta, y por mucha saliva que trague no se librerá de él. Suspira y la levanta hasta una silla. Le ata las piernas y las muñecas fuertemente con vendas resistentes, con más nudos de los necesarios, y luego se sienta.

La dejará para que se adapte a la situación. Más tarde le traerá comida y hablarán. Comenzarán a descubrir los hábitos y las historias el uno del otro. Cuando confíe más en ella, le desatará las manos y comerán juntos.

Ella le hablará de su vida en la tienda de muñecas y se reirán con sus espantosas historias sobre Louis («El muy cerdo... ya sé que no es propio de una dama utilizar ese lenguaje, pero ruego al cielo que me perdone.

Gracias a Dios que me liberaste de sus garras»).

Silas sonrío, olvidando al instante su negrura de ánimo. Y para cuando ya está en la tienda y ha arrastrado sobre la trampilla el aparador de lepidópteros, se está riendo, unas carcajadas fuertes, percutivas que, le da la impresión, podrían impulsarle a cualquier parte. Puede hacer cualquier cosa, puede hacer todo cuanto quiera. Sube a su cámara y vuelve a bajar a la tienda con la energía y el absurdo júbilo de un lunático.



## Silencio

Cuando Iris abre los ojos, es como si no los hubiera abierto. Está en una negrura que jamás ha conocido, un silencio que nunca había oído. Es una oscuridad que no admite luz de luna, ni el débil resplandor amarillento de la farola de gas de la calle. Es un silencio que carece de la cadencia de un borracho, el lejano llanto de un niño o el relincho de un caballo. Es pesado y denso como la melaza, es como estar envuelta en un rollo de oscuro terciopelo.

Cuando se va a llevar las manos a la cara, descubre que las tiene fuertemente atadas. Tira de los puños con más fuerza, pero no se mueven lo más mínimo, y las ataduras le irritan las muñecas. Las piernas también están atadas y agarrotadas, los pies hinchados donde se le ha agolpado la sangre. Está mareada. Le duele la cabeza.

Intenta gemir, pero algo le tapa la boca, el sonido queda apagado y su aliento rebota caliente contra su mejilla. Inhala, y el paño se le pega a los labios. Escupe, se agita, poseída por una creciente sensación de pánico.

¿Dónde está? ¿Qué ha pasado? Por un jubiloso segundo, intenta darle explicación: esto es cosa de Louis, una de sus bromas. Pero sabe que no es así y se siente débil, demolida, aplastada bajo olas de miedo.

Apenas es consciente de lo que hace, solo de súbitos ramalazos de dolor: los pies, con los que golpea el suelo; los dedos, que agita y retuerce.

Bambolea la silla hasta que se vuelca. Cae de lado, con un golpe en las costillas y la cadera. Tiene un brazo atrapado bajo ella, un codo clavado en el vientre, el rostro aplastado contra la tierra y, en la garganta, el gusto mohoso de los taninos del vino. Cuanto más se revuelve y se agita contra su confinamiento, mayor es su terror.

—*Ngggggghhhh* —intenta, ahogándose contra el suave paño de algodón—. *Ngggggghhhh*.

No puede respirar. Resuella, pero cada inspiración no parece llegarle más allá de los dientes. Nada. El sordo pulso de su respiración se intensifica, tiene los miembros tan helados y rígidos como la porcelana. Se retira al terror, a su mera cualidad física, al vértigo. Sus intestinos piden a gritos ser aliviados.

Las ataduras se le clavan en la carne. Y entonces lo entiende.

Silas.

Las vendas que le hienden la piel son sus dedos en la muñeca. Aquella mano... ¡cómo se debatió contra ella! La tierra es su apretón, su olor a húmedo. La mordaza, su boca contra la de ella, lacia y fría como franela helada. Él la ha atraído hasta aquí con la carta, y ella acudió danzando, como un perro tras un trozo de carne podrida. Intenta contener unos pensamientos que se tornan monstruosos. La mano de Silas en la suya, la asfixia. ¿Qué hará cuando venga a por ella? ¿O sencillamente la dejará morir allí, como una rata atrapada en un balde vuelto del revés?

Está viva. Respira ahora con menos agitación. Piensa en sus dedos, extendidos contra el papel pintado, las venas azules que llevan sangre; obtiene consuelo de los latidos de su corazón.

Pero ni un momento deja de temblar.

## Tofes

Silas se apresura por las calles con una bolsa de papel verde en las manos. Sabe que está siendo irracional, que el aparador de lepidópteros pesa y no hay forma de que ella haya podido zafarse de sus ataduras, pero teme que su joya encuentre la manera de escurrírsele entre los dedos.

Entrará por la puerta, oirá el silencio y todo habrá sido tan solo un sueño.

Estará solo una vez más. La soledad es un latigazo. Siempre ha fingido disfrutarla: no tiene elección, así que ¿por qué lamentar lo inevitable?

Pero la soledad de su tienda, las sábanas frías y vacías junto a él, que sus únicas conversaciones sean sus propios murmullos y el batir de sus pensamientos... Se ha sentido hueco por dentro.

Y ahora tiene a su criatura magnífica. Cuando Iris vea que le ha comprado sus dulces favoritos, de su vendedor favorito, cualquier inquietud se disipará. ¿Y cómo no? Es una dama, educada en la gratitud.

Abre la puerta y escucha. Si vuelve la oreja hacia el suelo oye un débil ruido, un forcejeo. Pero podría ser un gato o un niño en algún edificio cercano. Aparta el armario de lepidópteros, alza la trampilla y el gimoteo se intensifica. Se plantea acallarla, asegurarle que es su salvador, su consuelo. No se detiene a pensar cómo considera la situación: ¿es ella su prisionera, su invitada, su doncella o su espécimen? ¿Y es él, a su vez, su captor, su anfitrión, su rescatador o un coleccionista? Realmente lo único que importa es que está aquí, con él.

Con la lámpara de aceite en una mano y la bolsa de papel en los dientes, baja por la escalera, y al llegar al último peldaño se vuelve y ve que ha tirado la silla al suelo, que tiene los ojos desencajados e inyectados de sangre.

—No quiero hacerte daño —dice. Pero ella se retrae cuando se acerca. Silas endereza la silla—. Te he traído un regalo.

Iris le mira mientras él juguetea con su manga. ¡La expresión de miedo en su rostro! No la entiende. No hay nada extraordinario en lo que ha hecho. Les ha pasado a miles, a millones de mujeres a lo largo del tiempo.

Ella misma apareció en un cuadro como una de esas damas.

Se saca la bolsa verde de la espalda, y aquella mirada es afilada como una navaja.

—Tofes con chocolate —dice. Pero la expresión de ella no cambia. Silas prueba otra táctica—. Si eres buena, te desataré.

Carraspea. No está acostumbrado a ostentar este poder. No es desagradable, pero no sabe muy bien qué hacer con las manos. Le quita la mordaza. Ella mueve la mandíbula, pero no dice nada. No grita.

—Puedo irte dando los tofes. —Aunque al instante se arrepiente de haberlo sugerido. Es muy ordinario que a uno le den de comer así, como si fuera un bebé o un perro.

—Déjeme ir —pide ella, y su voz es tan sorprendente, tan suplicante, que a Silas casi se le cae la bolsa—. Por favor... suélteme. No le hablaré a nadie de usted. No diré nada. Pero se lo suplico, por favor, suélteme.

—Son de tu tienda favorita —insiste él, intentando cambiar de tema y esperando que ella no se dé cuenta.

—¿Qué quiere de mí? Si es dinero, Louis le pagará lo que le pida. Tiene que soltarme.

—Caramelos de tofe. —Silas alza uno de ellos—. Un penique por una docena.

—¡No quiero caramelos! —grita ella, y sus ojos vuelven a realizar aquella danza salvaje—. Suélteme, por favor.

—Yo solo quiero ser tu amigo.

—¿Y luego me soltará? —Iris se aferra a esto como un perro se lanzaría sobre un trozo de carne—. Por supuesto que soy su amiga —parlotea—, pero por favor, suélteme y se lo demostraré.

—Necesito que demuestres tu amistad escribiendo una carta.

—¿Una carta?

—Diciéndole a ese —Silas baja la voz—... a ese hombre que mencionaste, que estás a salvo y que no se preocupe.

—¡Pero no es cierto!

—Sí lo es —replica él con la misma convicción—. Estás a salvo conmigo.

Ella comienza a bambolearse de nuevo en la silla, adelante y atrás, adelante y atrás.

—No sé lo que quiere. Seré su amiga. Haré lo que sea.

—Quiero que escribas la carta —insiste él. Y entonces, como su tono suena poco natural, demasiado agudo, lo repite con más autoridad—. Escribirás esa carta.

Pero ella niega con la cabeza.

—Suélteme, por favor —repite—. Haré lo que quiera.

Silas siente una oleada de disgusto.

—Ya te lo he dicho. Te he dicho que te soltaré cuando sepa que eres mi amiga.

—Pero lo soy. ¡Lo soy! Solo dígame qué necesito hacer para demostrárselo.

—Te he traído tus caramelos. —A Silas se le revuelve el estómago ante sus incesantes lamentos. Sostiene un tofé sobre la palma de su mano como si se lo ofreciera a un caballo.

Y ella alza la cabeza y le muerde el dedo con una rapidez y una fuerza que él jamás habría esperado. Aparta el puño de un tirón, dándole un golpe en los dientes al mismo tiempo, y se agarra el dedo. Podría haberle roto el hueso. Y lo que sigue es peor. Sus gritos llenan el sótano, un penetrante aullido que resuena y rebota, y Silas quiere taparse las orejas con las manos, darle un buen golpe en el cráneo. No es un débil lamento, como el que imaginaba que surgiría de sus labios, sino un alarido gutural, bestial, tan solo interrumpido por esforzadas inhalaciones de aire.

—¡Basta! —Silas se rebusca el frasco en el bolsillo y vierte sus contenidos en la mordaza. Y ella grita y grita. Y parece que pasan horas antes de que surta efecto. Iris se revuelve y se debate hasta que lo único que puede hacer es sorber, hasta que por fin se desploma hacia delante y se hace el silencio.

## Clavícula

Los ojos de Silas brillan amarillentos en el reflejo de la lámpara.

«¿Qué me has hecho?», quiere preguntar ella, pero tras la mordaza apenas puede emitir un sonido. No lo entiende, pero el pañuelo parece hundirla en un sueño espeso al que es imposible resistirse, como si aquel hombre fuera una especie de mago. ¿Qué podría hacer con ella, si es incapaz de defenderse o gritar?

—Si no te comportas, no te dejaré hablar.

Ni hablar ni andar ni comer excepto de su mano. Y lo que es peor, tiene la vejiga llena. Se debate contra ello, deseando liberarse. Debe dominarse, no permitir que descendan los márgenes del terror. A pesar de todo, siente una cierta vergüenza por su falta de compostura, por la crudeza de sus gritos, por el modo en que lo ha desafiado. Siempre le han enseñado a acallar sus pasiones, a no gritar, a respetar las opiniones de los hombres.

Sus emociones siempre han burbujeado más de lo debido y ahora han terminado de explotar. Podría asfixiarse en su propia ira.

Pero mañana Rose encontrará vacía su vivienda, y Louis volverá pronto de Edimburgo. La luz oscila, se hace más tenue, y Silas no deja de mirarla, con una mirada tan penetrante que Iris piensa que la encogerá y la marchitará, que la quemará hasta convertirla en cenizas.

*Debo mirar esto durante días hasta haberlo aprendido de memoria.*

Ella está sencillamente posando; el dolor se debe a la inmovilidad de su pose. El ojo que la observa es el de un artista, el ojo de Louis, y su mirada es de amor y deseo. Dos oscuros pozos en los que podría ahogarse, un color que jamás lograría mezclar. Y pronto le dirá que ya puede moverse.

Echa un vistazo veloz como un rayo a Silas y capta la voracidad en su mirada, su gesto lascivo es una gota de pintura negra que se extendiera en el agua, infectándola a ella y a todo cuanto abarca. Intenta recordar a Louis cuando martilleaba con el pincel contra el caballete, cuando la observaba para aprendérsela de memoria. *Mi reina...*

Se le ocurre una idea y sigue la mirada de Silas. Su captor no se fija en su rostro ni en sus pechos, sino en su cuello, en su clavícula que, ahora se da cuenta, está expuesta. Le ha abierto el vestido con un corte. Iris corcovea en la silla. Todo comienza a tener explicación, por qué la ha elegido, cuando ella ha hecho caso omiso de cualquier intento de aproximación por su parte. Recuerda aquella ala de mariposa atrapada entre cristales y lo otro que Silas llevaba... el esqueleto y el pellejo de un cachorro, le dijo entonces. Y Louis le contó que hacía animales para sus cuadros. ¿Qué es, un recolector? Un mórbido coleccionista, un ensamblador de huesos, de cosas muertas. Y entonces su grito rebota en las paredes. Su vejiga, dominada tensamente hasta ahora, se afloja, y un líquido cálido se encharca en la silla y gotea hasta el suelo.

## Moras

Silas está en su tienda con un periódico en la mano, sentado en el borde de un barril. Diez cuervos flotan en él, invisibles tras la hojalata oxidada.

Antes estaban en tarros de cristal, en su sótano, pero los vertió en el barril cuando trasladó todos sus especímenes a la tienda. Son poco más que una lápida mortuoria de su deseo pasado.

Su habitación está hecha un desastre, llena de cosas apiladas unas sobre otras. Lejos queda el callado orden, los aparadores limpios y los tarros pulcramente etiquetados. Ahora la tienda refleja la quebradura de su mente. Hay polvo por todas partes —estornuda— y además apesta. Uno de los tarros está agrietado y el fluido se ha derramado en el suelo, dejando que se pudran los corazones de paloma que contiene. Silas pasa la mano por el tarro de cristal, por el borde de un objeto que ya no logra identificar... ¿Un hueso de alguna clase? Y se llena los dedos de mugre.

Oye un débil ruido abajo y piensa en ese olor, en el hedor a amoníaco de la orina. Le horrorizó. Su hermosa, su serena, su elegantísima reina farfullando y mordiendo como una bestia enjaulada, y luego orinándose en el suelo. Silas dio media vuelta y se marchó, subió como pudo por la escala, deseoso de alejarse de ella. Se imagina su vejiga en el interior del cuerpo, rosada y húmeda como pulpa de melocotón, y luego fuera, seca y blanca como una crujiente oreja de cerdo.

Pasa la vista por el periódico, deseando poder leer más deprisa. Solo se relaja cuando llega a los frívolos anuncios de jabón y perfume: no hay nada sobre la desaparición de Iris.

Necesita escapar de aquel lugar, de su barullo y su desorden, de modo que se pone el sombrero. Tiene que alejarse de ella, aunque sea por unos momentos. El sótano nunca pareció pequeño con sus silenciosos compañeros embotellados, pero ella parece crecer de manera monstruosa y llenar la habitación con sus chillidos y el olor de sus desechos. Por lo menos está sentada, y no tiene que enfrentarse también a su altura. Y por primera vez le asalta una duda: Iris es distinta a como él pensaba. ¿Podría eso significar que también se comportará de forma distinta, que no lo amará, que seguirá como está ahora, obstinada y maleducada?

Emprende su paseo. Es media mañana y los omnibuses van atestados de trabajadores. Silas se reprende a sí mismo: Iris lleva allí tal vez unas doce o catorce horas, y él anda preocupándose por su comportamiento. Pues claro que está confusa, pues claro que tardará un tiempo en adaptarse. Solo necesita tener paciencia, perdonar sus debilidades. Y es cierto que la noche pasó deprisa con alguien a su lado.

Observa a Rose en la tienda de muñecas, sin más motivo que el de serenar su mente, y luego la sigue cuando sale de paseo. Camina hasta la vivienda de Iris. La patrona abre la puerta. Silas imagina su conversación, la patrona le informará de que Iris no volvió la noche anterior. Se fija en la arruga de su frente deforme, en la preocupación que traicionan unos gestos demasiado bruscos. Rose llama a continuación a la puerta de Louis, la aporrea, pero no hay respuesta y ella vuelve a la calle. Silas se pregunta cuánto le habrá contado Iris sobre él y vuelve a arrepentirse de haberla agarrado por la muñeca en la Real Academia. Su falta de control, su falta de conocimientos le producen náuseas. Iris tiene que escribirle esa carta.

Tiene que escribírsela.

Deja a Rose y deambula por el laberinto de callejas hacia Hyde Park.

Tiene una ampolla y cojea. Hace parar a un ómnibus. Intenta recordar el olor de Flick, que era limpio, sin duda, no como el de Iris. Recuerda su blanca pureza, pero falta un fragmento entre el momento en que se metía las moras en la boca y cuando yacía inmóvil y fría en la pradera.

Siempre ha tenido esos flashes de memoria, pero los ha acallado, es un tarro que ha cerrado con precisión y firmeza. Fue el padre de Flick quien acabó con ella, y Silas encontró el cadáver. O el cadáver era meramente cosa de su imaginación, un vívido sueño, y Flick escapó de la fábrica y de las palizas de su padre y llegó a Londres.

Ha desgastado otros recuerdos de aquellos días hasta dejarlos tan suaves como la porcelana, como la expresión de Flick cuando él le ofreció las frutas del invernadero y le dijo que encontraría más si le acompañaba. No tenía entonces ningún plan, realmente. Era joven e inexperto y solo quería pasar la tarde con ella, solo quería que ella le quisiera.

Flick no paseó con él. Jamás lo habría hecho, jamás habría soportado por él las burlas de los otros niños. Silas atisbó sus incipientes pechos a través del vestido y se preguntó si serían como las tetas de una perra preñada, o más bonitas, como el morro húmedo de un gatito. Entonces ella se apartó de los demás y lo siguió adentrándose en el campo, donde las zarzas eran más densas.

—¿Esto es? —preguntó, mirando el esmirriado arbusto. Las moras relucían como rubíes, pero ella miró en derredor arrugando la nariz—. ¿No decías que había manzanas y ciruelas y melocotones y todo? Aquí solo hay moras, y yo ya tengo una zarza de estas cerca de mi casa, si las quisiera.

Silas se agitó.

—Yo pensaba...

—Mentiroso. Las otras frutas las compraste en el mercado.

—No —insistió él, pero se estaba enfadando. ¡Con todas las molestias que se había tomado! Se había esforzado mucho, había gastado mucho dinero.

—¿A quién le robaste los cuartos para comprarla?

—A nadie. Yo no robo. Solo quería enseñarte...

—Debería decírselo a tu madre. —Flick comenzó a meterse las moras en la boca, voraz, moviendo las manos como los martillos y yunques de la fábrica—. ¿Por qué tienes esa cara?

—¿Qué cara?

—Así... —Hizo una mueca como si fuera retrasada, y Silas la odió—. Vete a tu casa.

—Pero este sitio es mío. Te he traído yo. Quería enseñarte mi colección. He ahorrado dinero para nosotros... podemos ir a Londres...

—Largo —fue todo lo que le respondió ella, como si estuviera ahuyentando a un gato, y le tiró una mora que le estalló contra la camisa.

Flick se echó a reír y le tiró otra.

Entonces él le agarró la mano.

—Suelta. —Pero él apretó con más fuerza.

—Quiero enseñarte mis cosas. —Silas tiró de ella hasta un bosquecillo donde había dispuesto sus tesoros: el carnero y el ratón y los cráneos de zorro, todo en una pulcra hilera, y no podía comprender por qué ella no quería verlos. Flick intentaba zafarse de su mano y arañarle, y él tuvo que golpearla en la mejilla para calmarla. Ella pateó el carnero en la pelea y le partió el cráneo en dos.

Y luego yacía en la pradera, con la cara amoratada de jugo de moras.

Silas siente rabia, incluso ahora, ante la crueldad de sus palabras, de sus burlas. ¿No corrieron juntos por el campo, no iluminaba su cabello el sol?

No.

Se niega a pensar en ello. Mira, en cambio, el grandioso edificio ante él, el Palacio de Cristal, con sus cachorros dentro. Todos aquellos mocosos de la fábrica que se burlaban de él, con sus muecas desdeñosas y sus caras manchadas de arcilla, seguramente estarán ahora muertos de

silicosis.

Gideon tampoco ha logrado adquirir renombre, y eso que Silas ha buscado ansiosamente en *The Lancet* durante años. Tal vez esté muerto también, de alguna enfermedad contraída en un hospital de pobres.

La Gran Exposición relumbra al sol, las gradas y el tejado abovedado se parecen a las elaboradas tartas que ha visto en las confiterías a cada lado del Emporio de Muñecas. Su tersa geometría le complace.

La densa muchedumbre se mueve de un lado a otro, y Silas se abre paso con los codos entre serpenteantes lagartos de niños de colegio y turistas —una mujer ha venido andando desde Cornwall, dice en voz muy alta a cualquiera que la escuche— y a través de los molinillos, mostrando su entrada de temporada. Hoy se toma su tiempo, hoy se detiene ante los grandes engranajes negros de las máquinas industriales —motores, prensas, calderas—, que chirrían con metálico estrépito resollando vapor.

El olor a carbón impregna el aire. Ahora que no le preocupa si Iris aparecerá o no, está más tranquilo, puede apreciarlo todo más.

Deambula por los pasillos, atónito ante la variedad de objetos. El museo parece contener todo lo que se ha inventado, construido o formado jamás: un ataúd desplegable, el diamante Koh-i-Noor, un jarrón hecho de sebo de carnero, velocípedos y carruajes. Se para ante las piezas que más le interesan. La Unión Aduanera alemana ha presentado una colección de ranas disecadas con baberos a las que están afeitando y una camada de gatos sentados a una mesa bebiendo té. Advierte que las costuras son toscas y que los pequeños miembros sobresalen en ángulos nada naturales.

Deja su propia exposición para el final, un dulce en la manga que será todavía más delicioso por la anticipación de la espera. Los cachorros siameses, un par disecado, el otro un esqueleto articulado, están en sus monturas duales, con su nombre debajo.

SILAS REED.

Ese es él y esta es su obra.

Ah, si Iris hubiera acudido a él. Si hubiera venido cuando la invitó a su tienda, cuando la invitó a la Exposición, las cosas habrían sido muy distintas. Si Flick, en lugar de burlarse de él, hubiera caminado a su lado y le hubiera cogido la mano... Él no quería más que ser su amigo.

Verdaderamente, ellas eran las únicas culpables.

## Túnica

Las lágrimas de Iris humedecen la mordaza. Le pican las mejillas de la sal y los muslos le escuecen. Se lo ha hecho todo encima, no ha podido evitarlo, y cuando se mueve nota los desechos resbalar contra sus nalgas.

Tiene hambre y sed, pero la idea de comer de la mano de Silas resulta insoportable. Su situación es tan desolada, tan absolutamente patética, que duda poder escapar jamás de aquella caverna.

—Escríbeme una carta —repite él una y otra vez—. Es todo cuanto deseo. Una carta.

Lo utiliza como moneda de cambio, un chelín a cambio de una peonza, una guinea por una muñeca de porcelana.

Si le escribe esa carta, le desatará las manos y la dejará comer sola.

Si le escribe esa carta, la dejará pasear por el sótano sin ataduras.

Si le escribe esa carta, la dejará subir a su tienda.

Si le escribe esa carta, esto y lo otro y lo de más allá. Y ella, apretando los labios, niega con la cabeza.

Porque sabe que son todo mentiras. Ha puesto tantas esperanzas en Louis, que le duele. Si pierde esa oportunidad, no le queda nada.

Se hunde los dedos en las palmas de las manos. Deja de llorar, se dice.

Basta. No se quedará allí sentada gimoteando. Hará todo lo que pueda por sobrevivir, aunque eso signifique comer y beber de las manos de su captor como si fuera un animal. Se mantendrá con vida.

Se distrae pensando en el cuadro de Louis y el cuidadoso nudo de la túnica de la reina, en la exactitud de las pinceladas. Un pequeño toque cada vez, un poquito más; sombra verdiazul en un húmedo fondo blanco, y todos aquellos puntos creaban la ilusión de una persona real, una escena real, cuando en realidad no eran más que pigmento y pelo de marta. El lazo que solo Guigemar podía desatar. Intenta recordar los vívidos colores.

Aquí todo es marrón, negro, amarillo, como si el esmeralda, el escarlata, el azul ultramar solo existieran en su imaginación.

Por lo menos Silas ha dejado la lámpara y puede ver el paño de sus ligaduras. Examina la silla: sus piernas inmovilizadas por encima del travesaño de las patas; sus brazos atados a los dos reposabrazos con volutas, justo debajo del codo; el modo en que la madera se estrecha, más fina allí donde se encuentra con el asiento.

Contorsiona el cuerpo, logra bajar la atadura hasta la parte más fina del brazo de la silla. Le lleva horas, pero, a base de minúsculos incrementos, la tela comienza a soltarse. Dobla la mano hacia atrás y atrapa el nudo entre los dedos. Si son capaces de coger un lápiz y moverlo por un papel, sin duda, tendrán el poder de desatarla, ¿no es así? Y efectivamente, la venda comienza a deslizarse, muy poco a poco, hasta que ha conseguido soltarse la muñeca derecha.

Será libre. No morirá allí. Oirá de nuevo la voz de Louis, su tono a menudo alzado hacia una broma: *Hemos venido a rescatarte del rey*

*Mériaduc*. Flexiona los dedos —tiene marcado el brazo con la huella de las ligaduras— y se arranca la mordaza. Se pasa la lengua por los labios.

Tiene la boca seca, con un regusto amargo. El aire es más fresco.

Liberar la mano izquierda es cuestión de un momento, y las piernas después. Intenta



levantarse, pero se le doblan los miembros como si fueran de gelatina sacada de su molde antes de haber cuajado. Se levanta más despacio, gira un pie, luego la pierna. El dolor es tan intenso que es difícil contener un grito. Sabe que no servirá de nada, pero aun así sube por la escala y empuja la trampilla. Lo mismo le habría dado intentar derribar la Real Academia.

Planea entonces qué hacer. Coge la lámpara. Pesa. La blande tentativamente, se la imagina impactando contra la cabeza de Silas. Lo dejará aturdido y entonces ella escapará. La sacude con demasiada fuerza y maldice cuando la súbita ráfaga de aire hace oscilar el pábilo y morir la llama. Llega tanteando hasta la silla, se vuelve a sentar, se pone las ligaduras sobre brazos y piernas de forma que parece que todavía está atada. Tiene la lámpara en la mano derecha, en el lado que queda oculto desde la escala, de manera que espera que Silas no la vea al principio.

Oye el ruido del pesado objeto que bloquea la trampilla y se le dispara el corazón. Es como si Silas lo supiera todo, como si le hubiera dejado el tiempo exacto para liberarse. Como si aquello no fuera más que un juego.

Sus pasos en los peldaños resuenan en la pequeña celda. La luz se filtra como un destello de sol entre las nubes. Silas no dice nada, pero carga con un objeto. Es una silla que sostiene con tal torpeza que acaba cayéndose los últimos peldaños, maldiciendo entre dientes. Justo en el momento en que recupera el equilibrio, ella alza la lámpara. Él se agacha y el golpe le roza la oreja. Iris golpea de nuevo. Esta vez le alcanza en un lado y el hombre cae al suelo. Iris se abalanza hacia la escala —la trampilla está abierta—, sus manos resbalan en los peldaños. El metal es duro, frío, agradable. Ya asoma por el borde, a una habitación extraña, desordenada.

Pero algo la detiene.

Silas le ha agarrado el pie. Ella pateo. «No serás mi amo, no me derrotarás.» Y se zafa. Ya está a medias en la tienda, justo alzando las piernas, pero la mano le aferra de nuevo el tobillo, con más firmeza esta vez, dura como un grillete.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Me han secuestrado! ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Me va a matar! Me va...

Pierde apoyo, y con un rugido de rabia, de pura desesperación, vuelve a caer al sótano.

Esta podría ser su única oportunidad. Tiene que lograrlo. Tiene que escapar. Va a levantarse, dispuesta a luchar con uñas y dientes, pero él está sobre ella, con el pañuelo en la mano. Iris siente un pitido en los oídos —¿con qué la ha golpeado?, ¿con el puño?— y se ve tirada en el suelo. La mordaza se acerca.

—No —suplica—. No, por favor. Me sentaré... seré buena... por favor.

—No te creo. —Silas la agarra del pelo, le pone el pañuelo en la boca, apretado contra su nariz. Iris intenta concentrarse en permanecer despierta, contiene el aliento, culebrea, mantiene la mente activa, pero el mundo se nubla y centellea ante ella, como un espejismo.

Y se desvanece.

## Compañía

«Me va a matar.»

Silas la mira dormir. ¿Cómo puede pensar eso de él? Al menos eso explica su errático comportamiento y su miedo. Debe hacerla comprender que sus intenciones no son sino honorables, que lo único que desea es ser su amigo. Qué hermosa es... las cuencas de sus ojos cerrados, esa clavícula... Nota un tirón en la entrepierna. «Menuda verga.» Recuerda a la muchacha del tugurio, su falsedad, el timbre hueco de su voz, el tinte de su pelo, el olor de aquel antro, casi tan horrible como el hedor de Iris haciéndoselo todo encima.

Al volver de la Gran Exposición fue a ver a un carpintero para pedirle que abriera un agujero en el asiento de una silla. Iba a ser un regalo. Se imaginó la alegría de Iris ante aquella sorpresa. Pero, muy al contrario, cuando la bajó al sótano, ella le atacó. ¿Y cómo dio con la manera de liberarse? Ahora atiende sus heridas: cráneo, cúbito y dígito. Qué violento animal puede llegar a ser; hasta sus rasgos parecen vagamente simiescos bajo aquella luz.

Iris está sentada, desplomada hacia delante en su nueva silla, con un cubo de latón debajo. Silas le ha levantado las enaguas, pero no la ha tocado, aunque anhelaba mirar. Le aflojó las ligaduras un poco, por pura bondad: la carne estaba marcada y algo amoratada, como la piel de un cadáver de una semana. Con su aceite de lavanda le dio unos toquecitos en las sienes y las faldas, y ahora lo inhala. El aroma mitiga un poco el hedor de los excrementos. ¡Es tan dulce, tan hermosa!

Iris mueve un poco la boca. Un hilillo de baba le cuelga. Un sonido de asfixia, un parpadeo. ¡Su prisionera, su mascota, despierta!

Mira en torno a ella y un gemido escapa de sus labios.

—Te he trasladado a tu nueva silla. No te servirá de nada gritar. No te oírán nadie.

Iris se muerde los labios en silencio.

—Yo solo quiero ser tu amigo, ojalá...

—Me vas a matar —asegura ella con voz trémula—. Me vas a convertir en uno de tus especímenes. Quieres mi clavícula.

Silas se agacha para poner la cara al mismo nivel que la de ella.

—No. Tú no lo entiendes, yo eso nunca lo haría. ¿Cómo puedes pensarlo? Quiero ser tu amigo. Quiero que me quieras.

Ella niega con la cabeza.

—¿Qué? —pregunta él.

—¿Que te quiera? —repite ella con desdén, con una mueca de rechazo igual que la de su madre—. Eso nunca. ¡Te desprecio! Te odio, te...

—No hablas en serio. Aprenderás a quererme, ya lo verás.

Ella alza el mentón y escupe cada palabra: —Nunca. Jamás.

—Ya verás como sí.

—Me das asco.

Silas no esperaba aquel nivel de vitriolo. Acalla la rabia en su pecho, su exasperación ante tanta terquedad. Iris es peor que el obstinado buey que arrastraba el carbón para los hornos, que no hacía sino tropezar y trastabillar sin ir nunca en la dirección correcta. Pero el capataz acabó por domarlo, le marcó el lomo a latigazos hasta que sus brincos se tornaron en un lento paso con la cabeza gacha.

Silas aguarda a que Iris hable, y por fin lo hace, pero sin mirarlo.

—¿Por qué haces esto?

—¿El qué?

—Coleccionar... matar a esas criaturas, arrebatárles la vida.

Silas mueve la cabeza. Iris no comprende. Él no les arrebató la vida, sino que preserva su recuerdo; son tótems que perdurarán en el tiempo, pellejos que se habrían marchitado y podrido en los callejones. Y lo que es más, significan algo para él. ¿Por qué todo tiene que tener una función en esta época moderna? ¿Acaso no basta con el placer? Está a punto de expresar todo esto, cuando ella frena en seco sus pensamientos.

—Quiero comida —dice, con el tono de una princesa hacia un siervo.

La hará rabiarse un poco, solo como chanza.

—No sé yo...

Ella no le sigue el juego. Silas suspira.

—Antes me has mordido, ¿no? —Alza el dedo, hinchado y rojo, con cuatro rajitas curvas producidas por sus incisivos.

—No te morderé. Esta vez no. Tengo mucha hambre y mucha sed. —Alza los ojos hacia él, y es preciosa.

—Muy bien muy bien —cede Silas, antes de lo que pretendía. Suelta una risita: Iris sabe muy bien cómo salirse con la suya.

Saca un plato quirúrgico de latón, con forma de riñón. No arriesgará la mano otra vez. Coge los tofes de chocolate manchados de polvo que tiró antes por el suelo. Los coloca en la bandeja y la sostiene junto a su boca.

Ella vuelve la cara y coge uno de lado. Se los come todos.

—Agua —pide. Él se rebusca una botella en el abrigo, vierte el líquido en la bandeja y ella la lame como un gato. El polvo flota en el recipiente.

—¿Mejor? —pregunta él. Pero Iris guarda silencio.

Tiene que conseguir su amor.

—Lo digo en serio, solo quiero ser tu amigo.

Aguarda. Se pregunta si se habrá dormido.

—He estado... —forma la palabra primero con los labios, porque nunca la ha pronunciado en voz alta— solo. He estado... he estado muy solo.

No hay respuesta.

—Cuando era pequeño, nadie quería ser mi amigo. Nunca tuve un amigo. Deseaba que alguien quisiera serlo, pero todos me despreciaban. Se reían de mí. Y una vez creí tener un amigo, un cirujano, pero se burló de mí y...

Se lo cuenta todo. Habla y habla hasta quedarse ronco. De Gideon, de su madre, de los cráneos que vendía a las esposas de la fábrica. Vierte su vida en aquella habitación, y sus palabras y preocupaciones se incrustan en las paredes del sótano. Le dice lo triste que ha estado, lo mucho que ha trabajado, le confiesa que sus curiosidades han sido una vía de escape.

Y ella aún guarda silencio.

## Oscuridad

El tiempo pasa. Iris no sabe cuántos días o cuántas noches. Silas le lleva comida y agua. Parte de ella empieza a aguardar con ansia el ruido de arrastre contra el techo, el chirrido de las bisagras de la trampilla, sus pasos en los peldaños de la escala. Se odia por ello, pateando contra el suelo como revolviéndose contra su propia mente. Pero en compañía de Silas no siente que se está volviendo loca.

Porque todo es negro, negro, negro, un negro infinito, hasta el punto que le parece ahogarse. No hay pigmento bastante negro, no hay pincel bastante grueso para describirlo. Sus pensamientos se tornan desorganizados e irreales. Comienza a imaginar a su hermana sentada en el rincón, con la cabeza inclinada sobre su labor, el siseo de su aguja. Los arañazos de una rata se convierten en el *ras-ras* de la espátula de Millais contra el lienzo. La presión de sus ligaduras pasa a ser una caricia de Louis en su brazo, su susurro al oído. No se mueve, y la rigidez es dolor. Orina y defeca en un cubo. Es una anacoreta encerrada en una abadía. Una doncella medieval atrapada en una torre. Un conspirador en la cárcel. Una muñeca en una caja. Un perro en una jaula.

«Por Júpiter, ¡necesitaré una criatura de magnífica belleza!»

«¡Qué hermosa criatura!»

Come para conservar las fuerzas. No intenta escapar otra vez porque primero debe concebir un plan que no fracase: debe ser comedida, serena y paciente. Silas tiene que confiar primero en ella, cometer un error, olvidar algo, bajar la guardia. La vez anterior, Iris se apresuró. Debería haber esperado, o haberle golpeado más fuerte con la lámpara. Se agita en la silla ante su propia estupidez. Podría haber sido su única oportunidad.

Se pregunta si Louis habrá vuelto. Un millar de escenarios le cruzan la mente: Louis se enamora otra vez de Sylvia, que se recupera, y se queda en Edimburgo; el vapor se retrasa o se hunde; Louis vuelve y piensa que ella lo ha abandonado, como le dijo que haría.

O...

O...

Louis llega a Colville Place, oye el callado rumor de la casa, siente el frío de las habitaciones. La llama por su nombre y su propia voz resuena.

Se echa la capa sobre los hombros (¡ojalá hubiera dejado esa carta en la casa!) y se acerca a su vivienda en Charlotte Street. Hace una semana que no la ven, le dice la patrona. (¿Ha sido una semana o tan solo un par de días? El tiempo es resbaladizo.) No se ha llevado nada de su habitación, nada que sugiera un viaje. Louis se inquieta. Va a ver a Rose. Iris oye el timbre, huele esa empalagosa dulzura, siente la raída alfombra bajo las botas de Louis. Y Rose tampoco sabe nada. Y también está inquieta, porque Iris faltó a su paseo y ella pensó que se había marchado con Louis siguiendo un impulso.

Louis se acuerda ahora de Silas. ¡Pues claro! Recuerda el adorno de la mariposa y la mano en su muñeca, la preocupación y el miedo. Y acude de inmediato a la tienda.

Aparta a Silas dándole un puñetazo en el mentón.

Iris oye arriba los pasos de otro hombre y grita una y otra y otra vez.

Él aparta el pesado objeto que bloquea la trampilla. Y la trampilla se abre. Y allí está Louis, que la llama, la abraza, la libera de sus ataduras...

## La patrona

Silas está sentado en su butaca cuando oye el chasquido de la ratonera.

Dobla la revista *The Lancet* y el *Times* con cuidado y los mete en el revistero que ha hecho con hueso tallado y piel de tejón. Luego se chasquea todos los dedos uno a uno.

Normalmente, le pediría los especímenes a Albie, pero no ha visto a ese golfo desde hace semanas, y cuando fue a llamar a su ventana para recordarle su «pacto», le dio un susto de muerte a otro chiquillo. Tal vez se haya marchado, se haya trasladado a otro burdel, y pueda pasarse sin la generosidad de Silas. Así es más fácil, puesto que no querría tener al pequeño mocoso husmeando por allí mientras tiene a su presa en un *séjour*. Ya le preocupa que el chico sospeche demasiado.

Un ratón blanco y gordo yace en las fauces de la trampa. Tiene una mirada fija en sus ojos vacuos, dos rubíes rojos, pero su vientre se agita.

Silas lo toquetea con un palillo de dientes. ¡Qué desconcertante! Pero al cabo de un momento lo comprende: el vientre palpita lleno de crías. Solo lo ha visto una vez, pero en un perro. ¿Tendrán un nombre apropiado?

¿Cachorros? ¿Ratoncitos?

Libera al ratón. Es un buen espécimen. La columna rota no importa, pues lo que quiere es la piel, y el pelaje no ha sufrido daños.

Se sienta ante su banco de trabajo, coloca sus herramientas en una ordenada fila —tres escalpelos, tijeras quirúrgicas, un instrumento para desollar y un rascador de piel— y clava las cuatro patas del animal. Corta el trémulo vientre, imaginándose que es un cirujano.

—Ratona descocada —le dice—, vamos a sacar a esos bastardos.

Cada cría culebrea en un saco. Silas rompe las membranas y los recién nacidos se liberan y comienzan a olfatear por la mesa. Seis torpes ratoncillos, rosados y tiernos, con los ojos ligeramente amoratados, como la mosca en su larva. Uno le hace reír al toquetear su escalpelo con el morro traslúcido. Pero al cabo se aburre, los aplasta con un martillo, uno a uno, y se concentra en la madre. Trabaja con cuidado en torno a los puntos donde el músculo se pega a la piel —orejas, cola, patas delanteras— y cuando ya tiene el pellejo lacio y salazonado en las manos, decide dejarlo secar antes de rellenarlo. Así es menos probable que se pudra.

Se acuerda de Louis y la maldita paloma podrida. Eso es lo que dio comienzo a todo, lo que le entregó a Iris.

Mientras pasa un dedo humedecido por dentro de la piel del ratón, cae en la cuenta de que es la primera vez que piensa en Iris en toda la mañana.

Está empezando a cansarle, con sus ojos temerosos y el hedor de sus excrementos en el cubo. Es asqueroso, inhumano. Nunca se le había ocurrido pensar que pudiera producir tales olores.

Llaman a la puerta. Silas da un respingo y decide hacer caso omiso. Ya ha oído los pasos de unos cuantos clientes por el callejón, aunque el cartel de «Cerrado» ha sido suficiente para disuadirlos de llamar. Pero los golpes se hacen más fuertes, más insistentes. Silas mete las manos temblorosas entre los muslos. Oye el débil pulso del timbre del sótano. Iris lo oirá también. No es un visitante cualquiera. Se imagina allí a Louis, guiado por Albie.

—Señor Reed, le ordeno que abra esta puerta. —Una voz de hombre, firme y autoritaria. Silas no se mueve.

Otra voz: —Abre la puerta, hijo de perra...

Reconocería ese aullido en cualquier parte: es la patrona del Dolphin.

¿Qué querrá ahora? No es posible que siga con la tontería de aquella ramera muerta. Ni siquiera ha salido en los periódicos, de manera que no puede tener importancia. No es buen momento. Piensa en Iris en el sótano, en lo agudo de sus gritos. ¿Le apretó bien la mordaza? El sudor le perla la frente.

—¡Abra! —insiste la voz masculina. La puerta se sacude en las bisagras. Si no abre, la echarán abajo.

¿Quién es ese hombre? Silas concluye que será algún matón de la taberna. Rebusca en sus aparadores la afilada hoja que utiliza con los especímenes más grandes. Tranquilizará cualquiera de sus temores, responderá a sus preguntas. Y si el matón quiere problemas... bueno, él es rival para cualquier bravucón.

—¿Qué pasa? —pregunta al fin, abriendo la puerta una rendija.

Y para su sorpresa, no es un matón quien acompaña a la patrona, sino un policía alto, ataviado con un largo abrigo azul marino y un sombrero de cuero. En la cintura lleva una porra, una lámpara y una carraca. Sus placas y hebillas de plata relucen como arenques.

El cuchillo se le desliza en la palma, intenta metérselo por detrás en los pantalones.

—Siento molestarle, caballero —dice el agente. La madame tiene los ojos entornados, dos hendiduras serpentinas.

—Hijo de perra, sé que fuiste tú —le espeta, abalanzándose hacia él.

Pero el polizonte la detiene con una mano.

—Por favor, señora, domínese.

—¿Que yo fui qué? —Silas intenta mantener la voz serena—. Si hay alguna investigación en la que yo pueda ayudar, por favor hángamelo saber.

La boca del policía se mueve bajo su extenso bigote, y al principio Silas solo puede concentrarse en ese movimiento, un pequeño y agitado mamífero sobre su mesa.

—¿Qué? —pregunta, parpadeando.

—Le he preguntado si conoce usted a Jane Simmond.

—Campanilla —ladra la madame—. Campanilla. Pues claro que la conocías, asqueroso...

—La conocía, del mismo modo que la conocían los otros de la taberna. Solía estar allí, prostituyéndose.

Por el modo en que el policía martillea en el suelo con la punta del pie, se nota que ya está harto de la patrona, ansioso por despedirla tachándola de histérica. Silas sabe lo que tiene que hacer. Debe dirigirse a él de hombre a hombre.

—Solo la conocía de vista —prosigue—. Tenía muy malos modales. Oí que había muerto, pero lo cierto es que lo había olvidado. —Compone en su rostro una expresión de perplejidad—. Aunque lo cierto es que pensaba que no había nada sospechoso. Me dijeron que había perdido la cabeza a base de opio o de ginebra y se había caído de un resbalón. No alcanzo a comprender a qué han venido.

El policía asiente con la cabeza.

—Eso es lo que llegamos a creer, pero... —Hace un gesto hacia la patrona.

—Sé que fuiste tú —le espeta ella—. Sé que es así, y no pienso parar.

Silas entierra la barbilla en su cuello, fingiendo sorpresa.

—No se me ocurre, si su muerte fue un accidente, ¿qué diantres puede tener eso que ver conmigo?

El policía le mira como disculpándose.

—Debo preguntarle dónde estaba usted esa noche.

—Aquí, me imagino. —Silas cruza un pie sobre otro en postura despreocupada, pero le tiembla la pierna y tiene calor. El cuchillo comienza a deslizarse, y está deseando librarse de aquella gente.

Está oyendo a Iris, un callado e insistente gemido.

Le duele el corazón. Sin duda, hay hombres que han muerto de sobresaltos menores. Tienen que marcharse, tiene que alejarlos de allí.

—¿Señor? —dice el policía, mirándole más de cerca. Silas finge una sonrisa.

—Perdone. No le he...

—Le he preguntado qué pasó la tarde en la que discutieron. Cuéntemelo desde su llegada al Dolphin, y lo que sucedió después.

Fue al tugurio —aquella muchacha falsa con sus falsos tirabuzones— y luego volvió al Dolphin, y luego nada, hasta que se encontró esperando en Colville Place. Más: Louis e Iris entrelazados, y un olor, el perfume de Campanilla. Tiene que apoyarse contra el marco de la puerta. No debe pensar en eso. Solo tiene que evitar que oigan los aullidos de Iris.

—¿Qué hizo usted esa tarde? —insiste el policía.

—Fui al Dolphin, y ella fue un poco grosera, debo admitir —contesta Silas. Oye las palabras salir de su propia boca y no puede creerse lo tersas que suenan, cuán convincentes, cuán educadas, cuando todo en su mente es un caos—. Pero lo achaqué a que había bebido. Se tambaleaba en su asiento. Había un caballero con ella, un señor anciano. La verdad es que ni siquiera pensé en ello. Le mencioné aquí a la patrona...

La patrona le lanza un gruñido.

—Que me preocupaba que estuviera demasiado atiborrada de ginebra.

—¡Estaba lívido de ira! Estaba que echaba fuego...

El poli alza la mano para acallarla, y Silas sigue hablando. Si llena el vacío con palabras, el sonido enmascarará los chillidos que está oyendo en el mismísimo centro de su ser.

—Y luego... bueno, volví a casa.

—¿Había alguien con usted?

—Vivo solo. No es posible que se me considere sospechoso, ¿verdad?

El policía hace una pausa.

—¿Qué diantres es ese ruido?

—¿Qué ruido? —pregunta Silas, que nota el frío crecer en su interior.

Tiene la garganta seca. Carraspea.

—Ese ruido. Sin duda, también lo oye.

—Ah, eso. Me tiene loco. Los arrapiezos que viven ahí —señala el edificio en ruinas detrás de él, donde no ha visto pasar a nadie desde hace semanas— tienen a un gatito en una jaula. Es una crueldad de lo más inquietante.

—Ya veo. —El policía se encoge de hombros—. Golfillos de la calle.

Y se enzarza en una inane conversación sobre los problemas de vivienda de Londres. Silas apenas se puede creer que el policía haya olvidado por completo el tema de Campanilla y se haya creído a pies juntillas lo de los gritos de Iris. El agente confía en él y no lo encuentra nada sospechoso.

—¿Alguna cosa más? —se atreve Silas a poner fin a la conversación. Y añade—: Estoy seguro de que sufre usted su pérdida, señora. Ya sé que no siempre hemos estado de acuerdo, pero, de verdad, arrastrarme a este cenagal cuando está claro que aquello no fue sino un trágico accidente...

—¡Hijo de perra! —La patrona se abalanza contra él, le tira del pelo, le pellizca, le araña.

Silas no responde. Aguanta la embestida hasta que el policía la aparta con un reproche.

—Señora, por favor.

—No es culpa suya —dice Silas—. Es la ginebra. Si se abusa de ella, puede escabechar un cerebro hasta la histeria.

El policía pone los ojos en blanco.

—Ya está bien, señora. Y perdone que le hayamos causado molestias.

Silas cierra la puerta y apoya la espalda contra ella, resollando.



## Guigemar

*Querido Guigemar:*

Nuestro romance se ha deteriorado. Poco tengo que decir, excepto adiós.

No te preocupes por mí. Solo te pido que no me busques ni intentes entablar correspondencia alguna conmigo.

*Tuya,  
IRIS*

## Animal

Iris cierra los ojos. El suelo es frío contra su mejilla. Ha tirado de nuevo la silla en su frenesí. El cubo ha volcado junto con el asiento y algunos de sus contenidos se vierten en el suelo, otros en su falda. No hay esperanzas.

Todo ha sido para nada. Lo intentó con toda su alma, una y otra y otra vez, aquel grave y ronco aullido en sus pulmones, apagado por la mordaza. Una y otra vez chilló, pataleó, bamboleó la silla. Oyó el grito de una mujer —muy débil, pero algo era algo— y la vibración de la puerta al cerrarse.

Y ahora oye los pasos de él a través del techo.

El objeto pesado se retira, la trampa se abre. Iris parpadea contra el brillo de la lámpara. Percibe sus propios olores: pis y sudor. La horroriza.

Recuerda que se lavaba todas las mañanas en la jofaina, que estrujaba la esponja empapada en agua calentada con carbón y se la pasaba bajo los brazos, entre las piernas.

—Escríbeme esa carta —dice él, una vez que la ha enderezado y le ha quitado la mordaza. Está agitado, tiene los puños blancos. Pero ha venido, y algo es algo. Debe de haber pasado más de un día desde la última vez que bajó.

Iris tiene la garganta seca de sed, el estómago le ruge pidiendo comida, la lengua le pesa en la boca.

Y piensa: la mano de Silas en mi clavícula...

Y piensa: las ratas que se pelean por el suelo...

Y piensa: escapar. Escapar. Escapar. Si me escapo, buscaré a Louis y le creeré cuando me diga que me ama, y abrazaré a Rose y le pagaré una educación a Albie.

Silas le tiende papel y pluma.

—Lo único que necesito es que le escribas. ¡No sé por qué eres tan desobediente!

Ella intenta hablar, pero con tanta sed, apenas le sale un graznido: —Está... bien.

—¿Qué? —Los ojos de Silas se clavan en ella, llenos de sorpresa e incredulidad.

—Escribiré tu... tu maldita carta.

—Iris, querida mía, no utilices ese lenguaje tan sucio.

Y ella rechina los dientes.

—Lo haré, pero solo si me aflojas las ataduras y me traes agua y comida.

Silas se lo piensa un momento. Por su mueca se nota que está planteándose engañarla. Pero al final suspira y hace lo que le ha pedido. Le ofrece el plato metálico. Ella lame el turbio líquido sin mirar a su captor.

Y de pronto siente un súbito odio por Louis. ¿Dónde está? ¿Por qué no ha venido?

Cuando le desata el brazo derecho, rozándola con su pegajosa palma, Iris pega un grito. Rota la muñeca, la articulación chasquea.

Silas le da una pluma, pero cuando ella intenta escribir, su mano no es capaz de agarrarla. Suspira y luego, en un estallido de rabia, la lanza al otro extremo de la habitación.

—Shhh, shhh —la tranquiliza él, recogiendo la pluma—. ¿Acaso no es mi paciencia infinita? Tómate tu tiempo.

Y recita las palabras que ella debe escribir, las mentiras que la tinta debe derramar.

Cuando termina, Silas le arrebató el papel.

Iris espera que la referencia a Guigemar sea suficiente. Solo recuerda haberlo llamado

Guigemar como una broma, de manera que a él le sorprenderá, le extrañará. De ahí, confía en que comprenda que es una señal, una indicación de que está prisionera, que al igual que la reina en su cuadro, él debe ir a rescatarla. Es su única oportunidad, tiro al aire. Pero ¿y si Louis se cree la carta, y si se convence de que ya no quiere saber nada de él?

Iris tose. Le duele el pecho. La húmeda habitación, con sus goteras en el techo y las húmedas paredes... Cómo desea escapar, liberar sus miembros, echar a correr, ver la luz del día y la verde expansión de Hyde Park.

—Que-querido... —lee Silas. Y se detiene. Mira más de cerca. Golpetea el papel, arrugándolo frente a la cara de Iris. Ella se encoge—. ¿Qué es esto? ¿Gu-Gug-e-mar?

—Es como le llamo. Nunca le llamo Louis. Si le pusiera «Louis», sabría que no soy yo.

—Mientes.

—No —insiste ella—. No miento. Así es como lo llamo, Guigemar. Es el apodo que uso con él.

—Mientes —repite Silas, ahora a gritos. Arruga la carta—. Eres una mentirosa. Embustera. No eres más que una sucia bestia, un animal. Yo solo quería amarte y he intentado...

—¿Que yo soy un animal? ¿Yo? —chilla Iris, con similar ira—. Yo no soy el monstruo que me ha encerrado aquí, que me engañó.

—Tú lo deseabas.

—¿Que lo deseaba? Tú estás loco. ¡Estás loco y eres peor que un diablo! Te odio. Te odio con todo mi ser, con el último aliento de mi cuerpo. Eres patético. No me extraña que no tengas a nadie, que estés solo.

—¡Silencio! —brama él.

—Por eso te odiaba tu madre. Porque veía esa alma tan fea y retorcida que tienes. —Las palabras brotan de ella imparables, una negra marea de vitriolo que lleva guardando desde hace... ¿cuánto tiempo? ¿Una semana, dos, tan solo unos días? ¿Y dónde está Louis? ¿Por qué no ha venido?

—¡Silencio! —grita Silas de nuevo. Se rebusca en los bolsillos e Iris sabe lo que vendrá: la mordaza. No quiere, pero las palabras siguen manando. Sabe que debería callar, porque también le tiene miedo, pero la posee la ira.

—Nunca te querré, jamás. No haré sino odiarte, odiarte incluso más que tu madre. —Sorbe los mocos, forma un esputo, arquea el cuello y le escupe en la cara. Y se regodea al ver la flema resbalar por su mejilla.

Silas entonces bambolea la silla, la tira al suelo. Sus manos le atenazan la garganta. Iris intenta farfullar, gritar, gemir, pero no puede. El único sonido que emite es el de un gato atragantado.

## Ojos de cristal

Han pasado dos días desde que fue a ver a Iris. Despertó como de un sueño —los dedos en su cuello, el *agh-agh-agh* cuando ella intentaba respirar— y se desplomó hacia atrás. Luego enderezó la silla, y los entrecortados resuellos que oía eran reproches en sus oídos.

—Lo siento, lo siento —farfulló—, pero no deberías... no deberías haberme enfadado. —Ella vomitó entonces y él le limpió el amarillento hilillo de vómito con enorme ternura—. Venga, venga, ¿ves cómo te cuido? —Volvió a ponerle la mordaza y, tambaleándose, se apartó y subió por la escala. Aquellos ojos desencajados, inyectados en sangre... ¡Y sus gemidos! Metió la carta en el cajón de la cómoda, resuelto a no verla nunca más.

Silas no ha olvidado su mirada ni los sonidos que emitía. Ha bastado para mantenerlo alejado de ella dos días. Además, ha estado ocupado inspeccionando los periódicos cada mañana, intentando dar con Albie y preparando el ratón. En eso trabaja ahora mismo, en rellenar la coronilla con algodón, en encajar las cuentas negras en las cuencas de los ojos, en remeter el paño en los recovecos del cuerpo. El trabajo lo calma. Al cabo, el ratón comienza a llenarse, a parecerse a sí mismo cuando lo sacó de la ratonera.

Intenta no preocuparse por Campanilla. No ha habido más investigaciones, ni artículos en los periódicos. Al fin y al cabo, no tienen más evidencia que las delirantes sospechas de una histérica. La patrona debía de tener algo sustancioso que ofrecer a ese policía —tal vez era uno de los parroquianos más indeseables del Dolphin— para vencer el claro escepticismo que el hombre mostró con una sola mirada. Estaba claro que no había sido un interrogatorio serio. Si de verdad sospecharan de él, le habrían destrozado la tienda en un registro, se lo habrían llevado a rastras a las celdas.

Silas mantiene la concentración mientras va retorciendo el alambre dentro de la cola. Está seguro de que no volverá a saber nada de Campanilla. ¿Pero qué habría pasado si el policía no hubiera quedado satisfecho con su excusa del gatito enjaulado? ¿Y si hubiera entrado, si hubiera visto el cuchillo a su espalda, si hubiera encontrado a Iris en el sótano? Silas ha puesto mucho cuidado en cubrir sus huellas, en barrer tras él para borrar sus pasos, pero solo hace falta un estúpido desliz, una voz fisgoneando en la puerta, para que todo se acabe. ¿Y no volverá Louis pronto y se dará cuenta de que Iris ha desaparecido?

Se enjuga la frente, coloca derecho el ratón. No es su mejor trabajo, pero intenta cerrar y coser la incisión. Sus manos no le obedecen, la aguja picotea la piel, se hunde demasiado, la costura va saliendo torcida, irregular. Silas suspira. ¿Qué le está pasando? Por lo general cada pieza es una mejora sobre la anterior.

Para apaciguar el agrio rumbo de sus pensamientos, para tranquilizarse pensando que está siendo demasiado crítico con sus propias habilidades, corre arriba, donde tiene dispuestos los ratones en los estantes. Los cuenta: trece. Coge la última criatura terminada: pelaje marrón con la pluma rosa.

Examina la costura, admira los pulcros zigzags. ¡Con qué finura está hecha! Y el primer ratón que disejó en su vida, más pequeño que los otros, con un plato en las manos y un trozo de pelaje rojizo pegado al cráneo. Ese fue creado al principio, cuando era inexperto, y el cuerpo está algo hundido, la cabeza demasiado rellena y la piel muy estirada.

Tal vez su nuevo ratón no está tan mal hecho como pensaba. Vuelve a su mesa y lo sostiene en alto. Pero no, está todo fatal. El alambre no ha llegado al final de las patas y el relleno está

distribuido de forma irregular.

El viaje a la planta de arriba ha hecho poco por calmar la barahúnda de su mente.

«Mentiroso, diablo, Silas el Mirón, paso torcido...» Todas esas personas se han burlado de él, lo han odiado, lo han maltratado. Silas descarga un puñetazo sobre la mesa, se levanta de un respingo y decide visitarla.

## Bollo con pasas

Manos en su clavícula, aliento en su cuello... ¿Louis? ¿Silas? ¿O meramente su imaginación? Louis se alza ante ella, un desesperado espejismo, su pelo rizado en la nuca, su sonrisa. Le dice que Ginebra le ha construido un palacio y la guía por la casa hasta un enorme y luminoso estudio en el que cada pared está hecha de miles de paneles de cristal, con un estrado para que posen sus modelos. Pero luego el suelo desaparece y ella se encuentra en una húmeda negrura, y el rostro de Louis muta en el de Silas. Ella le suplica que vuelva, que no la abandone, pero es demasiado tarde. Una mano le manosea la clavícula, y es la mano de mármol del Museo Británico, con sus dedos de piedra.

—Louis —gime con voz rota—. Amor mío, amor mío. —Y luego—: Agua. —Bebe y bebe. El vaso está mojado contra sus labios y el agua se le derrama encima y la hiela. También hay un bollo con pasas, brillante con su glaseado de azúcar, que Silas parte en trocitos para írselos dando—. Más —pide ella aunque se le agarrota el estómago, porque no sabe cuánto tiempo la dejará sola esta vez. ¿Y si ya no acude más y la deja morir de hambre? ¿Y si lo retienen en algún sitio, o lo matan? Nadie sabría que ella está atrapada aquí—. Más...

Otro bollo que se come voraz.

—Estaba tan solo antes de que vinieras...

La cabeza de Iris retumba.

—Por favor, suéltame —pide. Ha perdido la cuenta de las veces que ha repetido esas palabras—. Por favor, suéltame. No le hablaré a nadie de ti... Fingiré que me marché...

—Mentirosa —replica él, pero su voz no carece de amabilidad.

—Por favor —suplica ella, y las lágrimas le gotean de la nariz y el mentón—. Por favor, Silas. Soy una muchacha, una persona como tú, no un espécimen, no soy un animal... por favor...

—Yo quería que fueras mi amiga. Lo deseaba muchísimo, y tú me ignoraste.

—Lo siento. —Iris habla entre sollozos y una tos cascada. Su cuerpo está húmedo de fiebre. Debe mantener cerca a Silas, asegurarse de que vuelve a bajar a verla pronto con agua y comida—. Eres mi amigo. Eres mi amigo, ¿no?

—No te creo.

—Te estoy diciendo la verdad. ¿Me vas a soltar algún día? ¿Me soltarás?

Silencio.

—Yo vendría a visitarte. Seguiría siendo tu amiga, podríamos ir a ver la Exposición juntos...

—Antes no lo hiciste.

—¡Pero ahora te conozco! Te conozco. Si me dejaras ir, verías lo mucho que deseo ser tu amiga, sabrías que lo digo de verdad, sabrías... —Y sigue parlotando, con palabras que se copian unas a otras, repitiéndose, siempre repitiendo, amiga, amiga, amiga. Y él sigue allí sentado, abrazándose.

—Háblame de ti.

—Te hablaré de mí la próxima vez. —Por favor, que haya una próxima vez—. Si me traes un pastel caliente y un poco de leche y caldo de carne.

Sus palabras quedan bruscamente interrumpidas por el resuello de un timbre en el rincón. Silas se levanta de un brinco. Iris se pone a gritar, pero su garganta grazna y el sonido es rasposo, muy lejos de los nítidos chillidos de hace unos pocos días. Antes de que pueda aspirar otra bocanada de aire, él ya tiene el pañuelo empapado del extraño líquido y se lo pega a la cara. Ella

se encabrita y le ataca con la cabeza, intentando liberarse, alzar la voz por encima del trozo de tela que le presiona la nariz y la boca.

El timbre suena de nuevo, y ella se debate y se debate.

No te duermas, Iris, se dice. No dejes que el mundo se desvanezca. Esta es otra oportunidad, otro atisbo. No permitas que el mundo se desvanezca... el rugido de las multitudes en la boda de la reina Victoria, el colchón de pelo de caballo... el niño bajo el carro y la aflicción de su hermana... un toque de color en el lienzo... un pincel dispuesto, fino como una aguja... el lirio que le trajo Rose... el hueco bajo el hombro de Louis, tallado para que descansa en él su cabeza... Louis Louis Louis Louis...

## Timbre

El ruido del timbre sacó a Silas sobresaltado de sus ensoñaciones. Por un momento había creído a Iris, había creído que de verdad quería ser su amigo, que era su amiga, y acarició genuinamente la idea de liberarla. Al fin y al cabo, podría hacerlo. Podría regocijarse en la certeza de su propia generosidad y la gratitud que ella le debía. Con el tiempo, ella le consolaría llevándole comida, sentándose con él mientras trabajaba en sus especímenes. Podría volver a abrir la tienda, porque no pasará mucho tiempo hasta que el casero le exija los alquileres atrasados, y entonces ¿qué pasará?

Pero cuando sus gritos llenaron el sótano, Silas supo que le mentía, que si la liberaba, Iris llamaría a la policía y todo se descubriría.

Se la queda mirando un momento, con la cabeza inclinada hacia delante.

El timbre suena de nuevo, más insistente, y los golpes son incesantes. Si es la patrona y el poli otra vez e irrumpen en la casa antes de que él tenga la ocasión de dejar a Iris, verán abierta la trampilla. Sus manos se resbalan en los peldaños en su impaciencia por subir hasta la tienda. Arrastra el armario sobre la entrada al sótano y se apresura a abrir el cerrojo de la puerta principal. Solo puede ser la patrona. Nadie más es tan insistente.

—¿Qué pasa? —pregunta.

Pero no es la patrona quien está en la puerta. Es ese bastardo de Louis.

Y Rose está a su lado, fea y amoratada como un cerdo despellejado. Silas da un respingo, preparándose para el puñetazo, para el final. Pero el hombre no lo aparta de un empujón, no entra a la fuerza en la tienda para correr hacia Iris. Silas agarra el marco. Eso significa que no puede saber nada, pues en ese caso habría traído al policía, o por lo menos a una banda de amigos decididos a tomarse la justicia por su mano, ¿no es así? Debe actuar con toda normalidad, evitar ahuyentarlo o levantar cualquier clase de sospecha. Intenta distorsionar la boca en una sonrisa, pero apenas acierta a formar una mueca enseñando los dientes como en un gruñido.

—¿Puedo... ayudarles en algo? —Su voz es agitada, su forzada cordialidad, molesta. ¿De cuánto tiempo dispone antes de que Iris despierte del cloroformo? ¿Cinco minutos? Si Louis oye sus forcejeos, no le apaciguará la historia del gatito. El corazón de Silas revolotea como un canario estampándose contra las paredes de su jaula—. ¿Ha venido a por otro espécimen? ¿Otra paloma, tal vez, o un gato? —Le parece tener la culpa escrita en toda la cara.

—¿Dónde está Iris? —pregunta Louis, y Rose clava en él su ojo bueno medio entornado.

Silas siente escalofríos, pero se recuerda que no saben nada, que sus sospechas carecen de fundamento.

—¿Cómo dice?

—¿Está aquí? ¿La tienes tú?

—Le contó a Louis que la agarraste por la muñeca —interviene Rose—. Y fuiste a su alojamiento, y ahora se ha marchado sin dejar rastro. ¿Dónde está?

«Se ha marchado», no «La han secuestrado» ni «Ha desaparecido». Silas atesora esa pista sobre lo que de verdad piensan, pero aun así apenas puede respirar.

—Ah, está aquí, por supuesto... tomando el té —añade a través de la melaza de su miedo. Y suelta una falsa carcajada.

Louis mira a un lado, a otro. Se pasa la mano por los rizos, y Silas desea tener a mano su cuchillo: podría estampar a Louis contra la pared y apuñalarlo hasta robarle el último aliento. Qué



estúpido, ¡menudo pipiolo!

—Tiene todo mi permiso para entrar, aunque sabe Dios qué espera encontrar. —Echa la vista atrás, ve su cuchillo en la cómoda donde lo dejó.

Louis mira en la penumbra, como temeroso de que al cruzar el umbral comience el descenso a la locura. Silas espera que decline la oferta, pero no.

—Muy bien, si no tienes objeciones... —Y junto con Rose pasa al interior.

—Adelante, ¿por qué no registran también los cajones del escritorio? —Silas intenta dominar el pánico que lo atenaza—. ¡Sal, cariño mío!

Se mete el cuchillo en el bolsillo. Louis no dice nada, se limita a mirar entre los artículos y luego —humillación de humillaciones— sube por las escaleras hacia el dormitorio.

—Debo insistir es que esto rebasa con creces... —Pero Louis lo ignora.

La moza picada de viruela frunce el ceño y Silas se ve fascinado por un cráter en su mejilla. Se pregunta si su piel mantendría esa cualidad rugosa si se arrancara del cráneo y se extendiera sobre una superficie plana.

—¿A qué se refiere con eso de que «se ha marchado»? —pregunta, y entonces se le ocurre algo. Le da la espalda a Rose para rebuscar en un cajón, rasga una hoja de papel y se la guarda en el bolsillo.

—Que se ha ido —responde Louis—. No ha dejado ninguna nota, ningún mensaje, nada.

Es un alivio para Silas verlo de nuevo abajo, con una expresión inquieta y algo avergonzada.

—¿No la ha encontrado debajo de mi cama?

—Esto no tiene ninguna gracia —le espeta Rose—. Mi hermana ha desaparecido y la vamos a encontrar. No es normal.

—Desde luego que no tiene gracia. —El rostro de Louis está incluso más pálido de lo habitual—. Si piensas que puedes hacer chanzas sobre el tema, cuando tú... cuando Albie me advirtió sobre ti. Iris también. Tú la atacaste, la incomodaste. Y ahora, tan solo unas semanas después de que la abordarás, vuelvo de Edimburgo y resulta que se ha desvanecido sin más. No es nada propio de ella.

Silas recuerda el beso evitado, el último sello de hostilidad mientras el cabriolé de Louis se alejaba rechinando por la calle cubierta de paja.

—¿Y no puede haber alguna causa para ello? ¿Una pelea tal vez?

—Eso no viene al caso. —Pero Silas advierte el temblor en su voz—. Y Albie me contó que la vigilabas.

—¿Albie? —Silas se tira de un mechón de pelo. Albie, el cabo suelto, ese diablillo. No hacía falta más que un susurro suyo para traicionarle, para que todo se desmoronara. ¿Podría Albie haberle contado a Louis lo que sabe, habría puesto en peligro a su hermana?

—Albie está muerto —anuncia Louis, con tono inexpresivo.

—¿Muerto?

—Lo atropelló un carro. Su hermana acudió a mí. La he empleado como mi doncella y me contó el odio que te tenía Albie.

Ese abyecto arrapiezo, ¡un vil traidor, cuando Silas no le había mostrado más que bondad! Pero no debe obcecarse en eso, debe concentrarse más bien en echarlos de su tienda. Debe poner en marcha su plan, por más que no sea más que un esbozo. Y si no funciona o Iris se despierta... Silas pasa el dedo por el filo de la hoja y nota el surco en el pulgar. Conquistará por sorpresa, rajará a Louis de la molleja a la entrepierna y a Rose le rebanará el cuello en un instante.

—Al fin y al cabo, desaparecer está en su carácter —comienza.

—¿Qué sabes tú de su carácter? —le espeta Louis.

—¿No se lo dijo?

—¿Decirme qué? —Louis se adelanta un paso. Rose sigue fulminándolo con la mirada, con unos ojos tan penetrantes como el foco de un carruaje.

—Siendo asunto de una dama... —dice Silas, con el retintín de quien oculta un secreto. El martilleo de su corazón no le da descanso—. Bueno, sería una indiscreción.

—¿Cómo te atreves! —exclama Louis, pero deja hablar al otro.

—No sé muy bien cómo decir esto, pero... en fin. —Silas se muerde el labio—. Manteníamos... una relación romántica. Una relación venérea.

—Ni hablar.

—¡Mentira! —grita Rose—. Yo lo sabría.

—Ay, Rose, lo hizo delante de sus narices.

—¡Eres un villano! ¡Un monstruo!

Silas nota que mengua su autodomínio.

—Cuando trabajaba para la señora Salter, ¿acaso no fui a la tienda a buscarla? —Se maravilla por un segundo de su propia memoria. Unas veces es una bruma densa como un puré, y otras, afilada como un alfiler—. ¿Se acuerda?

—¿Cuándo fue eso? —le pregunta Louis a Rose—. ¿A qué se refiere?

Silas cierra los dedos en torno a la empuñadura del cuchillo, pero fija la mirada en una liebre que flota en un tarro, y respira hondo.

—Es cierto que no estuvimos juntos mucho tiempo. Yo la quería. Ella me invitó a la visita privada de la Real Academia, me dijo que se exponía allí su retrato. ¿Y qué tontería es esa de que la agarré, de que la atacé?

—La agarraste de la muñeca —dice Louis—. Y no la soltabas.

Silas resopla.

—Yo no hice nada parecido. Ella me invitó, conversamos educadamente... A menos que fuera un cuento que se inventó para darle lástima, para llamar su atención.

—Mentiroso. —Pero a Louis le falla la voz—. No te creo. Que Iris me hubiera mentido...

—Muy enojoso.

—¿Qué le has hecho? —pregunta Louis de nuevo.

Silas se mete la mano en el bolsillo. ¿Cuánto falta para que Iris despierte? Tienen que irse.

—Nada, de verdad. Yo no he hecho nada. Ella tiene el hábito... el hábito de desaparecer. Estoy seguro de que ustedes no discutieron, pero en fin, si lo hicieron... Bien que dejó a su hermana sin pensárselo, ¿no es cierto?

—Eso fue distinto —intenta protestar Rose. Pero Silas la interrumpe.

—Y a mí me dejó tirado como si fuera el corazón de una manzana. Véanlo ustedes mismos. —Se saca del bolsillo la carta, de la que ha rasgado el comienzo: «A Guigemar.» Podría recitarla de memoria—. «Nuestro romance se ha deteriorado. Poco tengo que decir, excepto adiós. No te preocupes por mí. Solo te pido que no me busques ni intentes entablar correspondencia alguna conmigo. Tuya, Iris.»

Louis se la arrebató bruscamente. Rose se asoma por encima de su hombro.

—¿De dónde has sacado esto? —pregunta él.

—Me la envió a mí. ¿Acaso no es su caligrafía?

Y Louis se tapa la cara.

—Dios mío, no me lo puedo creer.

—No es verdad —asegura Rose—. No sé qué trucos habrá utilizado para conseguir esto.

—Yo..., en realidad, no me lo creo —dice Louis, pero suena como un fuelle deshinchado—.

¡No la dejaré ir, maldita sea! No me rendiré.

—Y ahora, si no les importa, tengo asuntos que atender.

Louis se abalanza sobre él con el puño alzado, pero Rose lo detiene, una mano tierna que tiene el mismo efecto que si fuera la de un boxeador profesional. Louis hunde los hombros, exhala despacio y deja que Rose se lo lleve de la tienda.

—Esto no se acaba así. No creas que lo voy a dejar ahí. —Pero sus palabras han perdido la bravura.

Silas cierra de un portazo.

De pronto se oye un martilleo.

—No te creo... ¡No me creo nada! —grita Louis—. Voy a llegar al fondo de este asunto. Como le hayas hecho daño te arrepentirás. La amo. —Y Silas se da cuenta de que el hombre está llorando.

—Venga, aquí no vamos a sacar nada en limpio —dice Rose.

La puerta se estremece con una última patada, y entonces se hace un momento de dulce silencio antes de que Iris comience de nuevo a gimotear.

## Paloma

Cuando Iris y Rose eran pequeñas, un vendedor de pájaros solía anunciar sus mercancías en la calle junto a su casa. Llevaba un chaleco beige y un sombrero torcido y blandía jaulas de madera que contenían palomas y verderones con las plumas pintadas de colores como aves exóticas.

—Canarios un monís, loros dos monises —cantaba.

Iris se detenía allí cada mañana, fascinada por las engomadas alas de las criaturas, sus lánguidos graznidos, la postura que adoptaban como para alzar el vuelo cuando solo golpeaban los límites de la jaula. No soportaba verlas en su confinamiento, y eso le dijeron su hermana y ella al vendedor, Rose con los ojos muy abiertos y cara suplicante, Iris pateando el suelo y exigiéndole que las liberase. El hombre ahuyentaba a las gemelas, golpeaba a Iris en la cabeza y le decía que iba a ser muy mala buhonera si no estaba dispuesta a engañar y maquinarse esa clase de trucos.

—Una tan dulce como una fresa, y la otra, una grosella amarga —decía de ellas.

—No pensarías así si fueras tú el que está dentro de esa jaula —le espetaba Iris.

—Ay, por favor, suéltelos —suplicaba Rose.

Y cada vez que pasaban junto a él, la furia de Iris se calentaba, hasta que llegó a ponerse al rojo vivo. Un día, estaba castigada por alguna razón —podía ser haberse ensuciado el mandil, o haber hecho una mueca en la cena y negarse a comer un plato de parduzcas verduras recocidas, o por reírse en la iglesia, o por quemarse las cejas con una vela para ver qué pasaba —y le susurró a Rose que lo distrajera.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó su hermana, temerosa.

—Tú solo distráelo.

Y mientras Rose parlotaba sobre las palomas y preguntaba si los seres humanos podían aprender a volar, y el hombre le decía riéndose: «¿Volar la humanidad? Antes pasaremos por la luna», Iris cogió una de las jaulas.

Intentó abrir el pasador, pero estaba bien sujeto. Aprovechando que el hombre de los pájaros seguía cotorreando, partió tres de los barrotes de madera, poco más gruesos que una cerilla.

—Vuela —apremió a la paloma pintada. La criatura se limitó a mirarla perpleja y arrullar—. ¡Vete! —Y sacudió la jaula, pero el pájaro se negaba a moverse.

El vendedor se dio cuenta de todo y fue a agarrar a Iris justo cuando la paloma se escapaba de un salto. Ella creyó que se alzaría hacia el cielo, una paloma de vistosos colores como un pavo real en miniatura. Se la imaginó asentándose entre los tristes grises de sus congéneres, el embeleso con el que la recibirían. No se le había ocurrido que la pintura le había pegado las plumas y le impedía extender las alas. El pájaro anadeó por el suelo, sacudiendo el cuello con cada paso.

—¡No! —gritó ella. Pero era demasiado tarde: la paloma quedó hecha papilla bajo la rueda de un carruaje de caza.

Se odió entonces, por más que sus intenciones fueran buenas. Rose lloraba, el vendedor de pájaros golpeó a Iris con el cuero de su zapato y luego les exigió a sus padres dos chelines.

No sabe por qué se ha acordado de esto. Otros pensamientos, otras imágenes se agolpan en su mente.

Louis, el batir de su cuerpo contra ella cuando yacían juntos en el tejado, sus faldas en torno a la cintura, los pantalones de él arrugados en sus tobillos. Allí, a plena luz del día, apareándose bajo el cielo, descarados, desvergonzados. Susurros al oído: «Te quiero, te quiero, te quiero.»

Él no ha venido. No ha habido rescate, no ha aparecido Louis en la escala, apresurándose a soltar sus ligaduras. Está indefensa, ajena a cualquier alboroto que pueda haberse levantado por su desaparición, a la liberación que podría llegar en meros minutos.

«Mi vida es sombría. Él no ha venido.»

Se imagina que la encuentra en esta habitación, sucia, apestosa, febril y manchada de sus propios excrementos, la verdadera cara del cautiverio: poco más que un cerdo en su pocilga, no el idealizado rostro de su cuadro, pálido y limpio, vuelto hacia la luz.

Anhela el rumor de la trampa, pero no llega. Oye a Silas en el piso de arriba, paseando de un lado a otro, y su indiferencia la espanta. Necesita que Silas esté frenético y afectuoso, que la tranquilice, que le asegure que no quiere hacerle daño, que solo quiere ser su amigo.

«Visítame —ordena mentalmente—, háblame. Dame comida.»

Lo que quiere decir es: «No me dejes morir aquí.»

El terror se apodera de ella.

La paloma.

Las plumas pegadas.

Ahora es ella la que está en la jaula, y no hay ningún niño que rompa los barrotes de madera.

Es entonces cuando se le ocurre algo. Una idea lejana.

## La Real Academia

Silas despierta después del mediodía. Hay un periódico en la cama. Si Iris no hubiera escrito ese falso «Guigemar» en la carta, él no habría advertido el párrafo de la esquina inferior izquierda.

Tan solo ha pasado un día desde que Louis apareció por su tienda, y no ha perdido tiempo en poner un anuncio. Tal vez sus insinuaciones lo impulsaron a ello.

Silas coge el periódico. Las letras se distorsionan en sus manos. Al principio se tropezaba con las palabras, pero ahora podría recitarlas con los ojos cerrados.

Mi reina: No dejaré de buscarte. Te quiero y sé que tú también me quieres, que nuestra discusión fue una riña sin importancia. Te encontraré y me casaré contigo, si aceptas tan mísera perspectiva. Por favor, escíbeme. No puedo vivir sin ti.

TU GUIGEMAR

Es infernalmente sentimental, tan poco original, tan grotesca... Louis no tiene idea de lo que es el amor, de la paciencia que requiere, la planificación, el cuidado. Silas se pone de pie y se queda mirando los ratones disfrazados del estante. Siente la boca seca, un dolor hondo, como si lo hubieran partido de un hachazo como para hacer leña.

Ya no puede olvidar sus recuerdos con un parpadeo. Ahí está el ratón de la fábrica de cerámica. Pequeño, de color apagado, con un plato en las manos. El rostro de ojillos brillantes era el de Flick, manchado de polvo de arcilla, hundido por el puño de su padre. No está sonriendo, sino enseñando los dientes, asustada, debajo de él. Mentiroso, le dijo.

Mentiroso. Y pateó su preciado espécimen en sus prisas por escapar. Era el carnero con los cuernos curvos —lo recuerda vívidamente—, y lo partió en dos. Y eso fue lo que de verdad lo empujó al agitado pozo de calor y furia y puñetazos. Antes de darse cuenta de lo que pasaba, tenía las manos en su cuello, y ella estaba debajo de él, y su cara se amorataba y se hinchaba. Y esa O en los labios. Lo había hecho él. Se unió a las partidas de búsqueda, visitó dos veces su cuerpo, pasó los dedos por su piel a medida que se amorataba y se descomponía. Quería explorar los pilares de sus huesos, pero la búsqueda lo asustó y acabó enterrándola en el bosque, con los únicos testigos de la hoz de la luna y un zorro que huyó. Las hojas de los árboles parecieron rizarse de horror, los búhos ululaban su secreto al aire, los escarabajos se escabullían a lugares ocultos.

Silas deja el ratón Flick. Junto a ella está el único ratón macho, con el atuendo de estudiante médico: diminuta gorra satinada, chaqueta de franela y mandil. La pata rosa de la criatura aferra una aguja a modo de escalpelo.

Es Gideon.

Era una noche ventosa, salpicada de lluvia, y Gideon tardaba tanto en salir de la universidad que Silas llegó a pensar que se le había escapado.

Pero siguió esperando, con un puñal en la mano y un resentimiento denso en el corazón.

Ahora pasa el dedo por el ratón y se chupa los dientes. Recuerda a Iris como la reina en el cuadro, tan regia.

Se asea por primera vez en semanas, se frota las axilas y los genitales con un paño, ahuyenta los olores humanos con su limpia fragancia. Una vez vestido, saca un escalpelo del cajón de la

cómoda, el más afilado, el que usa para la primera incisión de sus criaturas. Y sale de casa.

Entra en el barullo del Strand. Un ómnibus vomita lacayos de negros bigotes y trabajadoras, un rebaño de champiñones saltarines con sus bonetes de ala ancha. Las masas se abren ante él. Durante toda su vida ha recibido burlas e insultos, y se ha sentido muy desgraciado y muy muy solo.

Camina deprisa por Trafalgar Square y ni siquiera se inmuta cuando choca contra un vendedor de patatas asadas cuyas ascuas naranja chisporrotean y sisean en el suelo. Hay un hombre en la entrada de la Real Academia, pero Silas no permitirá que lo detengan. No se arredra al ver a dos camaradas que suben por las escaleras cogidos del brazo, no aparta la mirada cuando ve a una muchacha susurrar al oído de un hombre. Siente la promesa del puñal en su bolsillo y se dirige derecho, a través del laberinto de grandiosas salas empapeladas de cuadros, hasta la Sala Oeste.

Ahí está.

Era tan dulce entonces, tan limpia, tan pura. La última vez que estuvo aquí, en la visita privada de la exposición, Silas albergaba grandes esperanzas y las notaba alzarse como un globo aerostático de deseo de ser amado, de certeza de que ella le amaría. Pensaba que sería feliz para siempre si pudiera verla cada día, tocarle la clavícula, hablar con ella. Se imaginaba su rostro vuelto hacia él, gozoso por su cautiverio, igual que en el cuadro. Confiaría en ella lo suficiente para dejarla moverse por el sótano y amontonaría la comida a sus pies: cálices de plata llenos de vino, hogazas frescas de pan, cuencos de porcelana rebosantes de higos y fresas.

Y ella apartaría la mirada, pudorosa, pura, su pelo cayendo a la espalda, su piel suave e inmaculada, sus faldas alisadas.

Pero el pequeño mundo perfecto que se prometía se desmorona día a día. Iris ha resultado ser una bestia sucia de piel magullada, rosada y escocida por la mordaza. Su lenguaje, vil y bajuno, su mal genio, intolerable. Lo que es más, el policía o Louis podrían volver. Podrían estar ahora mismo en su tienda, oyendo sus gritos, levantando el aparador de las mariposas y liberándola. Silas se frota el mentón.

Mira de cerca el rostro de la reina, ve el atisbo de una pincelada en la mejilla, el toque de luz en el ojo, el interior de la boca de un verde estridente, antinatural. De cerca, el cuadro revela no ser más que un amago, un truco, como el engañoso pelo rojizo de aquella puta. Silas no soporta la falsedad; es lo peor de todo.

Le tiembla la mano al sacar el puñal. Espera a que se disperse la multitud, a que una conversación particularmente estrepitosa alcance su cenit en un rincón. Presiona la hoja contra el borde del lienzo. Es tan duro como la madera, pero el escalpelo está afilado y lo hiende con un crujido.

El cuadro no es grande: de la longitud de su brazo. Con un terso movimiento lo rasga de un lado a otro, produciendo un sonido ronco. La pintura se desconcha, la trama se deshilacha. La reina está cercenada por la cintura, la ventana cortada en dos. Silas sonríe, se guarda el escalpelo y disfruta del chasquido de sus pasos por el parquet, por las escaleras, por el patio y hasta el clamor de la calle.

## Agua

Las piernas de Iris son tan inútiles como si Silas le hubiera cortado los tendones de las rodillas. Se imagina un par de relucientes tijeras quirúrgicas en sus manos. *Chac, chac.*

En el momento en que lo oye marchar, intenta auparse sobre los dedos de los pies, como un jorobado al que la silla ha empujado hacia delante.

Pero los músculos de sus piernas están tan exangües y agarrotados que le arrancan un grito de dolor. Vuelve a caer hacia atrás.

Jadea tras la mordaza, y su aliento es tan apestoso, tan pútrido, la piel en torno a las mejillas está tan escocida, que le da fuerzas para intentarlo de nuevo. Tiene que escapar, tiene que respirar aire fresco, oler algo que no sean sus propios excrementos, ver algo más que ese vacío negro. En su segundo intento, logra mover la silla hacia la pared. Descansa la frente contra la piedra fría y húmeda, se muerde con fuerza el labio entre los calambres musculares.

Estoy viva, piensa.

Al principio tiene miedo de lisiarse al estampar el reposabrazos contra la pared. Un raspón de madera contra piedra, el tartajeo de dos texturas al colisionar. Se golpea el antebrazo, resuella, siente el cálido fluido de la sangre. No le importa. Obtiene de ello un perverso placer: puede soportar cualquier cosa. El dolor le apuñala las piernas, los brazos, la cabeza con un lento martilleo, pero vuelve a lanzarse contra la pared una y otra y otra vez. A veces está segura de oír un ligero chasquido como de madera astillada, pero cuando intenta rotar la muñeca, la madera no cede. Solo necesita liberar un brazo para poder desatarse. Solo un brazo.

A veces cierra los ojos y se dice que es inútil y se siente arrastrada por una corriente invisible, aplastada por el peso de su patética situación.

Jamás escapará, jamás será libre. Tose hasta dejarse en carne viva la garganta. El mundo da vueltas, está tan mareada, tan febril que tiene la tentación de dormirse.

Pero luchará contra ello. Se resistirá. Como sea.

Tiene el brazo herido, le arden las piernas, pero va contando las veces que se estampa contra la pared. Doce, trece, catorce. Se imagina que sus miembros no son sino porcelana, su vestido desgarrado y manchado, el elegante atuendo de una muñeca. Lleva rígido satén con espumoso ribete de encaje, y sus pies son negros, con diminutos botones pintados. El dolor no es más que los accidentales pinchazos de la aguja de Rose cuando cose la falda sobre su cuerpo de trapo.

—¿Viva o muerta? —le pregunta a su hermana, que disimula una sonrisa.

—Hermana, ¿tienes que jugar siempre a este juego?

—Sus ojos están un poco borrosos, creo que...

Viva o muerta...

Ruge y se lanza una última vez contra la pared. La fuerza de sus piernas la sorprende, y por fin, el más glorioso de los sonidos. La madera se parte.

Lo nota de inmediato, en la súbita flojera de sus ataduras. El dolor le atraviesa la muñeca, le sube por el brazo, y es tal que por un momento la deja sin fuerzas. Pero resulta reconfortante seguir adelante, más allá del límite de lo que se creía capaz de soportar. Trabaja con los dedos en los otros tres nudos, estira las muñecas, los tobillos. Pronto intentará ponerse en pie.

Oye los andares de Silas. El techo cruje. Los pasos se detienen sobre la trampilla. Si baja, verá el reposabrazos roto de la silla, las ligaduras en el suelo, y ella no tiene preparado ningún plan. Está débil, indefensa. La volverá a atar, más fuerte, de otra manera, para impedir que vuelva



a liberarse a base de golpes. Y jamás escapará.

Oye que aparta el peso y tiene ganas de gritar y despotricar y maldecir.

Se abre la trampilla y las paredes del sótano se iluminan, amarillas como la gangrena. Iris tiene el brazo dolorido, ensangrentado, la ropa sucia y manchada. Oye el chasquido de la lámpara, el arañar de sus botas. Pronto estará aquí.

Intenta gritarle, maldecir, pero tiene tanta sed que no le salen las palabras, la garganta no le obedece. Apenas reconoce el gorgoteo monstruoso que sale de ella.

«No bajas —le apremia mentalmente—. No...»

Y entonces, apenas puede creerlo, la trampilla se cierra y los pasos retroceden.

Cuando se desata de la silla, le fallan las piernas. Recuerda aquella vez que quiso moverse después de posar una hora sentada sobre sus piernas, y cómo se rio Louis. Se tambaleó como si estuviera borracha y cayó de lado sobre el sofá. Ahora él la agarra, la persuade para que se incorpore, la sostiene a medida que ella va añadiendo peso a sus miembros, muy poco a poco. Rose la anima con susurros. «Inténtalo otra vez, hermana.»

Su única arma es el brazo de la silla. Busca por el suelo cualquier cosa, aunque sea una mera esquirla de cristal, pero Silas ha sido muy cuidadoso.

Recuerda entonces el timbre que sonó en el rincón. ¿Podría soltar el alambre? No sabe muy bien de qué podría servirle, pero algo es algo. Por lo menos debe intentarlo.

Pasa los dedos por las piedras del techo del sótano, de hilera en hilera.

Están húmedas, viscosas, y los cristales de moho se hacen migas en su mano. Por fin da con metal frío. El timbre es una cúpula con un martillito en el interior. Se le pegan las telarañas a los dedos. Trastea con el timbre y lo suelta, con mucho cuidado para que no caiga haciendo ruido. Es el martillo lo que está atado al alambre, pero el hilo está tenso y no cede. Lo menea de un lado y otro, tira con todas sus fuerzas y entonces se resbala y se cae. Lo intenta una vez más. Se oye un golpe lejano, un chasquido, un siseo de metal que se desenrosca, y por fin puede ir cobrando alambre milímetro a milímetro, poco a poco, dando un respingo con cada ruido.

Arriba no se oyen pasos, no hay gritos. Silas debe de estar dormido o fuera de casa.

Vuelve a preguntarse qué hará con el alambre, pero le consuela saber que si el brazo de la silla se rompe, tiene algo más. ¿Podría atarlo con él?

¿Ahorcarlo? Esta vez no tendrá miedo de hacerle daño. Cuando blanda el trozo de madera, pondrá en ello todo su peso. Practica golpeando el aire.

Lo único que necesita es que Silas aparezca.

Espera y espera y espera.

Duerme en la silla de un solo brazo, los párpados se le hunden con voluntad propia. Intenta conservar las fuerzas quedándose inmóvil, dando unos pasos de vez en cuando para que no se le agarroten los músculos, pero se siente más débil por momentos, y la bruma comienza a volver.

Sed. Hambre. Nunca ha experimentado una sed así. La vacía por dentro, le roe las entrañas, le hace sentir la cabeza hinchada de puro dolor. Sueña con agua, con hundir el pincel en un tarro de líquido lodoso y luego bebérselo todo.

Parpadea e intenta concentrarse en su cuerpo. En su aliento.

Está viva.

¿Por qué no viene?

Lame la humedad de la pared hasta que le dan náuseas. No tiene nada que vomitar. Se plantea morderse el brazo para chupar la sangre, pero ¿de qué le iba a servir? Además, sin duda con ello perdería todavía más la noción de la realidad.

Nada en un lago cristalino, se sumerge, abre la boca y deja que fluya el agua fría. Se agarra a

una piedra, pero es la cabeza de porcelana de una muñeca manchada por el agua sucia que ha derramado sobre ella. Cuando vuelve a mirar, es el cráneo de una joven, su propio cráneo, y el lecho del lago está plagado de ellos. Hileras de muñecas, hileras de mujeres pintadas, hileras de cráneos. Muertos, muertos, todos muertos.

¿Dónde está Silas? ¿Cuánto tiempo le queda hasta desfallecer?

Ha luchado todo lo que ha podido, pero ya está consumida.

El rostro de Louis aparece en las tinieblas. Nota su aliento en la mejilla.

—Deberíamos entrar —le dice, besándole el lóbulo de la oreja.

—Vamos a quedarnos aquí —replica ella, y él le vierte en la boca el oportuno caliente del sol, hasta que ella se atraganta y escupe. El vino le mancha el vestido, y él la besa y la besa, hasta que ya no siente nada. La oscuridad es tan suave, tan cálida como una colcha de plumas. Se deja caer en ella, en Louis.

Por fin está con él.

## Aguja

Silas pega las diminutas piezas de madera, del tamaño de cuatro cerillas. Alza el último borde... ya está, un cuadrado dorado. Coge el ratón blanco, ataviado con un sencillo vestido azul pulcramente cosido. Como muchos de los cirujanos cuyas conversaciones ha oído a hurtadillas, Silas está tan cómodo con una aguja como con un escalpelo. Solía oírlos jactarse de sus habilidades para zurcir calcetines, de las prácticas de costura que hacían en los vestidos de las muñecas de sus hijas, del premio anual de bordado quirúrgico.

—Eres toda una belleza, mi reina —le dice al roedor mientras acaricia el suave pelaje de su cabeza y lo sujeta a una base. Cuelga una mosca del armazón para representar la paloma hacia la que Iris tendía la mano en el cuadro, y la coloca delante del ratón. Contempla entonces su pieza acabada. No es perfecta, pero servirá. Por la tarde, la llevará arriba para colocarla con los otros ratones.

Hace más de un día que no oye a Iris, ni gemidos, ni golpes... nada. El silencio le consuela y le espanta a partes iguales. Qué sereno, qué fantasmagórico es todo sin ningún ruido, sin nadie con quien hablar. En realidad, es un alivio. Nada de aullidos, ni gritos interminables, nada de su astuta labia que le hacían plantearse liberarla. No. Es mejor así, incluso cuando él no lo haya decidido. Pronto podrá trasladar todos sus tarros y sus especímenes de nuevo al sótano.

Limpia el polvo de las campanas de cristal, bruñe los huesos con un paño y aceite, ordena los pellejos disecados. Coge un ejemplar de *The Lancet*, lee sobre el modo en que la clavícula se une a otros huesos, sobre su articulación con el manubrio del esternón y la articulación entre esternón y clavícula. Llaman a la puerta.

—¿Quién es?

—Mabel —contesta alguien—. Vengo a por un broche de mariposa para mi ama.

Silas abre la puerta y se encuentra con una criada.

—Señor, creo que su timbre está roto. Y el cartel dice que hay que llamar al timbre y a la puerta. —Silas mira hacia donde ella señala: hay un hueco vacío en la pared, y el llamador está volcado en el suelo. Lanza una maldición—. ¿Puedo entrar, señor?

Silas sonríe, se pone su máscara para los clientes.

—Me temo que he estado fuera y la tienda está hecha un desastre. Un verdadero caos. Pero si vuelve en dos días, todo estará como antes.

Cuando se marcha, Silas inspecciona el timbre. Debe de haber sido el súbito calor, que ha fundido las sujeciones. Bajará al sótano a ver cómo lo puede arreglar.

Aparta el armario de lepidópteros, enfoca hacia abajo con la lámpara.

Iris está vencida hacia delante en su silla. Silas se pega el pañuelo a la nariz y baja por la escala con una mano, intentando no respirar. Una vez abajo, se da la vuelta.

Ahí está ella, con la piel más blanca que cuando estaba con vida. El sudor se agolpa en ella, como la humedad en un chicharrón. Lo intentó, eso lo sabe. Se esforzó más, se debatió con más fuerza que Campanilla, que Flick, que cualquiera de los otros.

Le encanta la caída de su pelo. Deja que se escurra un mechón por su mano. Es suave como pelaje, dorado mezclado con castaño mezclado con marrón. Tira de él. Está un poco apelmazado, pero él deshará cada nudo con el cuidado de un amante. Le recuerda a aquel primer zorro que encontró, su pelaje rojo, el aterciopelado pelo del vientre, blanco como alúmina, la poderosa fuerza de la mandíbula, de color masilla, los dientes entrelazados. Otrora lleno de movimiento y

luego un esqueleto como mero monumento a su ser anterior.

Es entonces cuando se le acumulan las lágrimas en la garganta, y vierte toda la emoción, la preocupación, el miedo y el amor que ha mantenido a raya los últimos diez días. ¡Diez días es todo el tiempo que ha estado con ella! Diez días para atrapar este hermoso ratón, este pastelito. Una nueva oleada de sollozos, que provienen de un hondo pozo en su interior. ¡Que algo tan deslumbrante ya no exista!

—Lo siento —repite una y otra y otra vez.

Los ojos de Iris están ocultos por la caída de su pelo. Silas se tapa la cara y llora.

## El aparador de mariposas

Cuando le tira del pelo, ella imagina que sencillamente tira de los rizos de una muñeca, provenientes de la cabellera de una campesina del sur de Alemania. Sus labios son pigmento carmín; sus miembros son de fría porcelana cocida, sus ojos, relucientes canicas verdes. Está rígida en el estante de la señora Salter, apuntalada en su peana de metal. Las manos de Silas, sus manos grasientas, no son más que las de un niño revoltoso que juega con ella, y ella no se moverá.

Él no parece haber notado el reposabrazos que falta, las ligaduras medio sueltas, el alambre que cuelga de su mano. Su olor es distinto, limpio y químico. Huele al cajón de las medicinas de la señora Salter, con sus píldoras molidas, sus lociones y sus jarabes, todo promesas de eterna juventud y belleza. Huele a agarrás y a pinceles recién limpios.

Le falla la vista. Sabe que su única oportunidad es la sorpresa. Silas debe seguir creyendo que está muerta. Aunque sin duda oye. Está segura de que está oyendo el resuello de su corazón, sus débiles inhalaciones.

Cuando él se echa a llorar, un jirón de lástima no hace sino galvanizar su odio. Le desprecia con una fuerza que casi le arranca un grito. Pero debe permanecer inmóvil. «Reinita, no te muevas. Podrían confundirme con un daguerrotipo *memento mori*. Si me fotografieran, ni siquiera saldría borrosa.»

Él se agacha y se cubre el rostro con las manos. Pero el aire parece denso como el lodo, y cuando Iris intenta alzar el brazo, el miembro no le obedece y queda colgado a un costado, como si perteneciera a otra persona, tan muerto como si llevara horas aplastado bajo su peso, entumeciéndose poco a poco. Debe moverlo muy despacio, una lenta recuperación de color, un gesto del dedo, un giro de la muñeca.

Louis está sentado a un lado, su hermana al otro. Se imagina que los ve de nuevo fuera de su spectral presencia en las paredes del sótano. Se imagina verlos como son, verlos de verdad. Su hermana, dueña de una tienda, anotando las ventas en su libro de contabilidad, con un aprendiz a su lado; Louis pintando junto a ella, con las comisuras de la boca alzadas por un chiste imaginado, y la fuerza de sus manos al pasar el pincel por el lienzo. Y su propio cuadro terminado en la Academia, en la línea, o justo por debajo o por encima.

Con las últimas patadas hacia la superficie de una mujer que se ahoga, alza el brazo, y es fácil. Su cuerpo se arquea al descargar el palo de madera contra la cabeza de Silas. Es un golpe limpio, nota la vibración del cráneo en el hombro. El mundo se convierte en súbitos destellos, la tosca marca de una espátula en un lienzo, la abrupta violencia de la pintura arrojada sobre una pieza acabada. Silas trastabilla, se vuelve. Iris alza el reposabrazos una vez más y le golpea en la frente, armada con más odio, con tanta rabia que tiembla, con una ira que la embriaga. Y entonces, sangre, un impacto de puro carmesí.

Silas aúlla, manotea por el suelo buscándole las piernas. Está demasiado cerca. Iris coge el cubo rebosante de excrementos y se lo vuelca por la cabeza. Lo golpea una vez más con el brazo de la silla mientras el mundo da vueltas y vueltas a su alrededor. Oye el crujido del hueso —las costillas, lo más probable— y el chasquido de la madera al romperse. Se apoya contra la pared para recuperar el equilibrio. Todo el sótano hace olas.

Los peldaños de la escala están ante ella, deliciosamente fríos, pero su avance es lento, impedido por la fatiga y por sus faldas, que se arremolinan y se enganchan en sus pies. Tiene el alambre enrollado en torno a la muñeca, pero solo se da cuenta de que le ha cortado la palma de

la mano cuando ve la sangre. Se detiene. El mundo es un barullo a su alrededor, por todas partes surgen sombras. Sus dedos resbalan.

Silas gime, manotea hacia ella. Iris se tambalea de cansancio y de mareo. Es su última oportunidad, se dice. Vivirá. Tiene que vivir.

Vuelve a agarrarse al peldaño y se mueve más despacio, con más cuidado. Oye a Silas debajo de ella, pero intenta no hacer caso. No puede caerse. Un paso más, aparta de una patada las enaguas. Otro paso. Y otro.

Ya está a medias en la tienda.

El sol es súbito, puro. Un rayo de luz tan brillante que le parece poder atraparlo entre los dedos. Entorna los ojos. Se oye el lejano rumor de los carruajes en el Strand: gente normal con sus vidas normales. El aire es más limpio. Los animales la miran desde el líquido turbio de sus tarros.

Iris va a auparse para salir de la trampilla cuando vuelve a sentir una mano en el tobillo. Al volver la cabeza ve la grasienta raya de su pelo más abajo.

Da una patada, pero no es suficiente. Está perdiendo el sentido. El alambre. Recuerda el alambre y fustiga con él los nudillos de su captor. Un grito... no sabría decir de quién.

La mano se suelta de su pie.

Es tiempo suficiente para auparse al suelo de la tienda. ¡La luz! Querría bebérsela, saborear hasta la última gota. Pero lo oye a él abajo, el golpe hueco de una bota en la escala, y cierra de golpe la trampilla. Los bordes no encajan del todo, una esquina ya se está alzando por el empuje de una mano. Iris mira alrededor. No tiene fuerza para mover el armario, ni siquiera puede permanecer de pie. Se sienta en un charco de sus propias faldas rotas y manchadas, con las mejillas escocidas por el roce de la mordaza, el brazo herido por los golpes de la silla contra la pared.

Gatea hasta el otro lado del aparador de pesada caoba y cristal y se apoya contra él. El mueble se mueve ligeramente. Iris empuja con todo su peso y el armario oscila, queda en suspenso como colgado de una cuerda y por fin se desploma. El polvo se alza en una nube, la madera cruje y por toda la tienda se desparraman cristales rotos y alas de mariposa.

Solo cuando sabe que él está atrapado, avanza ella a trompicones. Se lanza hacia la puerta, mientras el mundo se desdibuja, se dobla y gira en torno a ella. Tiene cristales en la mano, sangre en las rodillas, las faldas subidas y arrugadas. Irrumpe en el pasaje, trastabilla, se endereza. Huele a fritanga y las aguas pútridas del Támesis, a humo de pipa y a fuegos de leña y verduras podridas y otro millar de cosas. Los montones de ceniza están secos, y la polvareda de los carruajes le provoca tos. Y encima de todo ello, el sol brilla y se desliza entre los altos edificios. Todo es hermoso, todo suyo. La paz de un momento inmovilizado.

Piensa que no le quedan fuerzas.

Y aun así.

Aun así avanza a trompicones hacia el barullo y el estruendo y los apresurados oficinistas.

Pero, sobre todo, ver aquello. Podría contemplarlo durante días, durante años, y nunca se cansaría. Los desconchados ladrillos de un edificio, el brazo estirado de un niño que anuncia sus cartas, la perspectiva desdibujada del Strand cuando irrumpe en él. Desearía tener su caballete y sus pinturas, tener a Louis a su lado para que la enseñara a usar los colores: el negro de una chistera, el esmeralda puro de un carruaje que pasa, y una muchacha con el pelo suelto rojizo, a la carrera.

## LONDRES

*Mayo de 1852*

El cuadro «Real Academia: Segunda Reseña. Nuestro crítico entre cuadros»: fragmento de la crítica del *Illustrated London News*, 22 de mayo de 1852.

En los últimos años he fustigado con mi pluma la paleta de la Hermandad Prerrafaelita, pero este año debo ser menos severo en mi censura. Ciertamente, al entrar en la Sala Este, el ojo se ve de inmediato atraído hacia un lienzo de tamaño medio ligeramente bajo la línea, una obra de tan dignificado sentimiento que pasé una hora de todo punto gozosa en su contemplación. A pesar de mostrar ciertos defectos de ejecución, y, sin duda, la artista tiene mucho margen de mejora técnica, su reacción a la naturaleza es grata.

En común con la obra de la llamada Hermandad Prerrafaelita, está pintado con estridentes colores, con un interés en la luz y con una ecuanimidad de foco que concede igual importancia a cada objeto. El problema de este enfoque es, por descontado, que los objetos pequeños se copian con gran atención, mientras que los grandes temas reciben poco cuidado. Un ratón escapa de la zarpa de un gato, un jarrón está lleno de lirios y rosas aún por florecer del todo, y una doncella rubia se sienta al fondo sirviéndose de un cuenco de fresas cuando su ama aparta la mirada.

Estos innecesarios detalles distraen de la verdadera intimidad que yace en el corazón de esta obra, esto es, los amantes abrazados. Se miran como al borde de la risa, y están dispuestos con extrema dulzura, pero tan cruda naturalidad que se evita que la escena se decante hacia un empalagoso sentimentalismo.

En la pared se discierne un espejo convexo que muestra una dimensión más amplia fuera del alcance del cuadro. Un manido tropo en el arte moderno, aquí la inclusión del espejo justifica su propósito al doblar a sus sujetos. En el reflejo, una figura casi idéntica a la mujer central está sentada ante una mesa, absorta en una caja registradora de bronce. Está perfectamente realizada, y su rostro desfigurado alude al paso del tiempo y el deterioro, mientras que la caja registradora como una moderna balanza simboliza el juicio metafísico y el transcurso de los días.

La doncella de cabello blanco, por otra parte, encuentra su doble en los similares rasgos de un niño pequeño de bombachos azules, atrapado en una pirámide de luz que penetra por la ventana. Tiende la mano hacia el observador, como animándolo a entrar en el marco, o tal vez mendigando una moneda.

Este sencillo aunque atestado cuadro tal vez no remita a la poesía de Shakespeare, pero su representación pintoresca y honesta de una escena doméstica ha dejado a este crítico —descortés villano amante de las burlas — lleno de admiración por su natural encanto.

## Nota de la autora

En el momento en el que transcurre la novela, Lizzie escribía su apellido como «Siddall», pero Rossetti la convenció más adelante para que lo cambiara a «Sidal» porque parecía más elegante.



## Agradecimientos

Gracias...

A Maddy, defensora, fuerza motriz, amiga y la mejor agente que existe.

Por los tés y luego el champán, por creer en mí, por tu experta guía y tu serenidad. A toda la agencia Medeleine Milburn: Anna Hogarty, Giles Milburn, Hayley Steed y Alice Sutherland-Hawes.

A mi soberbia editora Sophie Jonathan, cuyo ojo de halcón y sabiduría han hecho de este libro lo que es: mil y mil gracias. A mi editora estadounidense, Emily Bestler, por sus valiosas sugerencias, comentarios y entusiasmo. Os estoy muy agradecida a las dos.

A los de Picador, incluida Camilla Elworthy, diosa entre los publicistas, Paul Baggaley, Lara Borlenghi, Gill Fitzgerald-Kelly y Katie Tooke. A los de Simon & Schuster en Estados Unidos, en particular a Lara Jones y Libby McGuire.

Al grupo de mi taller de Londres, los mejores y más talentosos amigos: Megan Davis, Richard O'Halloran, Sophie Kirkwood, Campaspe Lloyd-

Jacob y Tom Watson. Mi especial agradecimiento a Emily Ruth Ford, cuya edición, apoyo y amistad lo significan todo para mí.

A Lydia Matthews y Diana Parker, que han leído todo lo que he escrito en la última década y me han animado en cada tropiezo. A Lucy Clarke, Alessandra Crawford, Elizabeth Day, Chris McQuitty, Julia Murday, Ed ParrySmith, Emma Sharp, Nayela Wickramasuriya y Elizabeth Wignall por sus consejos y sus discursos de ánimo, sobre todo en los primeros borradores de esta novela. Ahora tengo la suerte de consideraros amigos.

A mis profesores de Literatura: Paul Cheetham, Pippa Donald, Rob

Harrison, Joe McKee y Betty Thompson. A Fiona Stafford, mi tutora en Somerville College, que alimentó mi amor por la ficción victoriana y me animó a escribir mi tesina sobre el coleccionismo en la época victoriana, lo cual despertó mi interés por el tema, por la Hermandad Prerrafaelita y por la Gran Exposición.

A todos los de la UEA, que me apoyaron, me animaron, me enseñaron.

A mis tutores Giles Foden, Philip Langeskov, Laura Joyce, Rebecca Stort y especialmente a Joe Dunthorne; y al grupo del taller que leyó los primeros capítulos de esta novela y me dijeron que siguiera escribiendo.

A las fundaciones Malcolm Bradbury e Ian Watt, cuyas becas me concedieron tiempo para escribir, al Caledonia Novel Award y Wendy Bough por la noticia más maravillosa en un momento crucial, por presentarme a mi agente y por su apoyo y amistad.

A Josh Bennett, Terry Blundell, Dan Reeve y Viktor Wynd, por sus amplios conocimientos en temas que van del romance medieval a la taxidermia o la pintura al óleo. Cualquier error es mío.

A mis padres, que siempre me han animado a aspirar más allá de lo que yo me veía capaz, que me abrazaron cuando fracasé y luego me dijeron que lo intentara de nuevo. Por leer y alabar cada palabra que os envié (por terrible que fuera) y por estar siempre siempre ahí. Gracias.

Y a toda mi familia. A mi tía Dinah, la mejor compañera de viaje, que siempre te dirá las cosas como son. A mis hermanos y hermana, Peter, Hector y Laura, por años de amor, rivalidad y diversión. A mi abuela y a mi abuelo, Enid y Arthur Bourne, que estaban orgullosos de mí antes de que lograra nada, que tanto me enseñaron. Siempre os prometí mi primera novela y desearía poder haber compartido esta con vosotros. Os echo de menos.

A Jonny. Por todo.



**La embriagadora historia de una joven que aspira a convertirse en artista y del hombre que, obsesionado con ella, amenaza con destruir su mundo para siempre.**

Londres, 1850. La hermosa Iris trabaja, junto a su hermana, como aprendiz en el famoso taller de muñecas de la déspota señora Salter, pero su pasión es el arte. Cuando el pintor Louis Frost le pide que pose para él como modelo, ante ella se abre un mundo nuevo en el que, quizás, consiga su sueño de convertirse también en pintora.

Sin embargo, su destino se truncará cuando Silas, un solitario taxidermista y coleccionista de curiosidades morbosas que está en contacto con el mundo artístico londinense, descubre la existencia de Iris durante la inauguración de la Gran Exposición Universal de Londres. La obsesión de Silas por Iris irá creciendo y tornándose cada vez más oscura, hasta que solo aspire a convertirle en la pieza estrella de su colección.

**La crítica ha dicho:**

«Una sobresaliente novela histórica, llena de vida, color e inteligencia.»

*Sunday Times*

«Vívica, cautivadora, absorbente.»

*Evening Standard*

«Magnífica, nos ofrece un repertorio de personajes extraordinario e inolvidable. Una historia única, evocativa y de irrefrenable lectura donde la tensión va creciendo hasta un clímax que te deja sin aliento.»

*Daily Express*

«Una historia penetrante, aterradora y maravillosamente evocativa sobre el amor y la obsesión.»

Paula Hawkins, autora de *La chica del tren*

**Elizabeth Macneal** nació en Edimburgo y vive actualmente en Londres, donde trabaja como ceramista. Estudió literatura inglesa en Oxford y trabajó durante varios años en la City, antes de cursar un máster en escritura creativa, que le dio las bases para escribir *El taller de muñecas*, su primera novela, ganadora del Caledonia Novel Award y vendida a veinticuatro países.

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

Título original: *The Doll Factory*

Edición en formato digital: septiembre de 2019

© 2019, Elizabeth Macneal © 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona © 2019, Sonia Tapia, por la traducción  
Adaptación del diseño original de Picador Fotografía de portada: Martin Andersen Penguin  
Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la  
creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre  
expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y  
por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por  
ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE  
continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de  
Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-666-6631-2

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

megustaleer

## Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

Visita:

[ebooks.megustaleer.club](http://ebooks.megustaleer.club)



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

## Índice

[El taller de muñecas](#)

[LONDRES. Noviembre de 1850](#)

[Un retrato](#)

[PRIMERA PARTE](#)

[Tienda de curiosidades antiguas y nuevas de Silas Reed](#)

[Niño](#)

[Emporio de Muñecas de la señora Salter](#)

[Cachorros](#)

[La pintora](#)

[La Gran Exposición](#)

[Ratero](#)

[El gran gasto](#)

[HPR](#)

[Disputa](#)

[SEGUNDA PARTE](#)

[Megalosaurus](#)

[Correspondencia](#)

[La fábrica](#)

[Un par de cartas](#)

[Petirrojo](#)

[Ataúd](#)

[Gutagamba y carmín](#)

[León](#)

[Adorno](#)

[Patinaje](#)

[La reina](#)

[Tugurio](#)

[Marfil de morsa](#)

[El lamento del tejón](#)

[EL LAMENTO DEL TEJÓN](#)

[Luz de luna](#)

[Alma gemela](#)

[Florecimiento](#)

[Pastor](#)

[Un niño](#)

[Indagaciones](#)

[Claude](#)

[Mancha](#)

[Sylvia](#)

[Mariposa](#)

[Hueso](#)

[Caballero](#)

[Mirada](#)  
[Entrada](#)  
[Palacio de Cristal](#)  
[Rose](#)  
[Navaja](#)  
[La visita privada](#)  
[En la línea](#)  
[Ratones](#)  
[Tejados](#)  
[El sótano](#)  
[Dientes](#)  
[Una crítica y una réplica](#)  
[Enfermedad](#)  
[Edimburgo](#)  
[Cabriolé](#)  
[Pulga](#)  
[Lumley Court](#)  
[El carro](#)  
[TERCERA PARTE](#)  
[Séjour](#)  
[Silencio](#)  
[Tofes](#)  
[Clavícula](#)  
[Moras](#)  
[Túnica](#)  
[Compañía](#)  
[Oscuridad](#)  
[La patrona](#)  
[Guigemar](#)  
[Animal](#)  
[Ojos de cristal](#)  
[Bol o con pasas](#)  
[Timbre](#)  
[Paloma](#)  
[La Real Academia](#)  
[Agua](#)  
[Aguja](#)  
[El aparador de mariposas](#)  
[LONDRES. Mayo de 1852](#)  
[El cuadro](#)  
[Nota de la autora](#)  
[Agradecimientos](#)  
[Sobre este libro](#)  
[Sobre Elisabeth Macneal](#)  
[Créditos](#)